

EL ASESINO DEL HIELO

JAY BONANSINGA



LIBRO SINGO

En el hielo de Alaska aparece un cadáver momificado, la víctima de un asesinato ritual cometido hace seis mil años. Mientras los científicos analizan los restos del hombre del hielo, la periodista Maura County quiere reconstruir en su artículo el perfil psicológico del asesino del pasado. Para ello necesita la ayuda de un experto. El agente Ulysses Grave es uno de los mejores en su especialidad, un profiler nato. Sin embargo, su último caso —una serie de espantosos homicidios sin resolver— casi ha agotado sus fuerzas. Apartado de la investigación, atiende la llamada de Maura. Y en ese remoto laboratorio de Alaska descubre que todo, hasta el mínimo detalle del asesinato prehistórico, encaja con el perfil y el modus operandi del asesino en serie que desde hace meses tiene en jaque al FBI. Un ciclo del mal, tan eterno y poderoso como el tiempo, ha despertado...

JAY BONANSINGA
EL ASESINO DEL HIELO

PRIMERA PARTE

Bajo el hielo

Todo es un damero de días y noches
Donde el destino juega con los hombres cuales fichas.
Aquí y allá las mueve, las empareja y las sacrifica;
Y, una a una, a la oscuridad las devuelve.
OMAR JAYAM, *Rubaiyat*

El reloj de la prueba

Aquella noche, mientras tenía lugar el séptimo asesinato en las sombras azotadas por la tormenta de un parque natural de Colorado, a veintiún mil kilómetros más hacia el oeste, Ulises Grove se agitaba en un inquieto sueño en su apartamento de Virginia.

Hacía meses que el especialista del FBI en psicología criminal no dormía bien. Todas las noches, su mente repasaba los detalles de los seis asesinatos sin resolver que habían llegado a conocerse como «la serie de Sun City» (bautizados así por la cerrada comunidad de Huntley, en Illinois, donde había sido descubierto el primero de ellos). Todas las noches, los callejones sin salida, las pruebas deterioradas y las firmas carentes de motivo carcomían el cerebro del criminalista como parásitos que socavaban su confianza. A veces, aquellas calenturientas cavilaciones se somatizaban en síntomas parecidos a los de la gripe, y Grove tenía que recurrir a las pastillas para poder dormir. Sin embargo, esa agitada noche, mientras se retorció en sus arrugadas y húmedas sábanas, aferrándose al borde del sueño y con la morena piel color melaza reluciente de sudor, el criminalista era totalmente ajeno a lo que estaba sucediendo en la otra punta del país. Allí bajo los truenos y el estroboscópico resplandor de los rayos y relámpagos de un perdido rincón del Parque Nacional de Rocky Mountain, un hombre sin identificar surgía de una acequia de desagüe que bordeaba la tupida bóveda de píceas. Sostenía un arco de caza y se había pintado con negro de humo el enjuto y nervioso rostro. De mediana edad, alto, delgado y con la cabeza llena de voces, el asesino fijó el punto de mira en su siguiente víctima a través del velo de la oscura llovizna.

El restallido de la cuerda del arco quedó completamente ahogado por el golpeteo de las gotas de lluvia en las copas de los árboles. La víctima —un trabajador negro de los servicios de limpieza cuya enorme tripa estaba a punto de desgarrar los botones de su chubasquero de ciudad— apenas tuvo tiempo de alzar la vista antes de que la flecha casera atravesara con un siseo el follaje a su espalda.

El proyectil lo alcanzó en los músculos del cuello y lo empujó al camino. La sangre arterial humedeció el sotobosque mientras el basurero estaba tendido en el mohoso suelo y sus signos vitales se apagaban antes incluso de quedar inerte sobre el barro. El cubo de basura que sostenía volcó y rodó sendero abajo —una distancia exacta de doce metros, según determinarían tres horas más tarde los del laboratorio forense— haciendo un ruido hueco y retumbante como un timbal llamando a difuntos. De hecho, el estruendo fue tan fuerte y discordante que ahogó por completo el ruido de los pasos del asesino que se aproximaba por entre las sombras desde el oeste. Las suyas sí que eran pisadas firmes y decididas; con un propósito, por mucho que la víctima hubiera sido elegida al azar. Y es que existía una clara intención en lo que iba a hacerle a aquel cuerpo. Lo que el asesino se disponía a hacerle al cadáver no solamente proporcionaría la clave para resolver el caso de Sun City, sino que también determinaría el destino del hombre que acabaría dándole caza.

El mismo hombre que, lejos, en la costa Este, forcejeaba en esos momentos con sus propios fantasmas.

En la oscuridad del dormitorio, Grove se despertó con un sobresalto al oír el sonido de su móvil.

Rodó a un lado mientras en su cerebro todavía perduraban los ecos de un sueño recurrente de tumbas innumerables y habitaciones desiertas, y rebuscó el teléfono que, como era costumbre durante las noches de la semana, se hallaba conectado al cargador. Como asesor de campo de la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI, Ulysses Grove no estaba de guardia las veinticuatro horas de día, pero casi; especialmente a raíz de las dificultades de un caso como el de Sun City.

—Grove —masculló al teléfono tras haberse sentado al borde de la cama.

Era un afroamericano alto, de facciones marcadas y cuerpo de corredor. Llevaba solo unos calzoncillos bóxer, y las piernas se le pusieron de carne de gallina por el frío de la madrugada.

—Tenemos otro —restalló la voz en el oído de Grove al comunicarle las noticias con la misma manera entrecortada y brusca con la que se esperaba recibirlas en tiempo de guerra en la carlinga de un avión. Grove reconoció inmediatamente la fuente así como la importancia de las palabras.

—¿Sun City?

—Sí. Esta vez en Colorado —respondió la voz de Tom Geisel, el jefe de la Unidad de Ciencias del Comportamiento. Geisel hablaba con la misma dolorida determinación de un general confederado al rendir su guarnición.

—Así que Colorado... —repuso Grove con un suspiro, frotándose el cuello y haciendo un esfuerzo por despertarse del todo y hacerse una idea de la situación. En la penumbra, su piel parecía casi de color índigo—. Eso significa que está viajando hacia el oeste, o al menos hacia el noroeste.

—La cuestión es, muchacho, que debemos hacernos cargo del caso.

—Lo entiendo.

—Tenemos que echarle mano cuando aún está reciente.

—Estoy de acuerdo, Tom.

—Lo que quiero decir es que necesitamos tener a alguien allí desde hace diez minutos.

—Voy para allá —contestó Grove poniéndose en pie. El suelo estaba frío bajo sus pies—. Cogeré el primer vuelo que salga de Dulles y estaré allí antes de que los de uniforme hayan acabado los donuts.

Al otro lado del hilo se hizo el silencio.

Grove respiró hondo y supo al instante lo que eso significaba: Geisel estaba preocupado, y no solo por el caso Sun City y las desagradables consecuencias provocadas por los doce meses de goteo de macabras fotografías de las escenas de los crímenes que habían caído en manos de la prensa y convertido al país en presa del terror, por no mencionar los furiosos grupos de ciudadanos y los indignados políticos que se echaban sobre el FBI acusándolo de chapucero; Geisel estaba preocupado por Grove, que empezaba a presentar síntomas de desfallecimiento bajo el peso de las expectativas.

La presión era tremenda. Grove había sido incorporado al caso nueve meses atrás, después del segundo asesinato, y desde entonces prácticamente no había podido aportar ninguna ayuda. El problema no radicaba en la falta de pruebas directamente observables. El asesino era a todas luces una personalidad organizada que controlaba perfectamente sus acciones, alguien por completo consciente de lo que hacía. No, lo que tenía a todo el mundo en jaque era lo azaroso de sus acciones. Grove nunca había visto un *modus operandi* tan meticuloso y específico, y una firma tan concreta — en la forma en que cada víctima había sido cazada, despachada y colocada tras la muerte— combinados con una selección tan al azar.

Tras el sexto asesinato, Grove tuvo la sensación de estar hundiéndose en arenas movedizas, ahogado por el peso del papeleo. Normalmente, el FBI recibía el número suficiente de llamadas para tener a sus criminalistas ocupados en más de un caso a la vez; sin embargo, el caso Sun City había

acabado convirtiéndose en una prioridad para Grove, en un ascua en su cerebro y después en un atizador al rojo que removía sus pensamientos y le perturbaba el sueño. Grove no estaba acostumbrado al fracaso. Tenía el índice de éxito más alto de todos los criminalistas del Buró. Él lo sabía. Sus colegas lo sabían y también sabían que él lo sabía. La modestia no figuraba entre las cualidades de Grove. Sin embargo, el caso Sun City amenazaba con hundir al criminalista hasta el nivel de los simples mortales; especialmente a la luz de un aspecto de la firma del asesino que no se había hecho público: la disposición post mórtem de todos y cada uno de los cuerpos.

Al fin, la voz de Geisel rompió el silencio.

—La verdad es que estoy pensando en que quizá deberíamos enviar a Zorn.

—No hagas eso, Tom.

—Ulysses...

—No me interpretes mal: Zorn es un buen hombre, —Grove empezó a caminar al lado de la cama por el frío suelo de baldosas, frunciendo el ceño por la tensión nerviosa. Su apartamento estaba empezando a iluminarse con los pálidos rayos de sol que penetraban por entre las cortinas. La mínima decoración reflejaba la austera naturaleza del criminalista: el solitario y reluciente sillón de acero inoxidable del rincón y la lámpara escandinava de diseño que parecía una enorme aguja hipodérmica invertida. Resultaba extraño cómo Grove había eliminado de su vida todos los tejidos naturales, la madera y las esquinas redondeadas tras la muerte de su esposa a causa de un cáncer de ovarios, cuatro años antes. Había sido como si su fallecimiento hubiera arrancado todas las texturas de la vida de Grove y dejado únicamente agudos cantos metálicos en su lugar.

—Verás... —prosiguió—, es que yo he estado en esto desde el principio. Necesito llegar al final. No me lo quites, Tom. Te lo pido por favor.

Se produjo una larga pausa, y Grove agarró con fuerza el móvil mientras aguardaba. Al fin, la voz de Geisel regresó con un tono de cansada resignación.

—Shirley te enviará el billete y la dirección por fax. Sal echando chispas y a ver si me descifras a ese monstruo.

El director de la Unidad, Tom Geisel, colgó el teléfono y se recostó en su silla giratoria de caoba pulida. Se pasó los dedos por los cabellos de color gris acero y dejó escapar un suspiro mientras se preguntaba si habría cometido un nuevo y grave error de apreciación al enviar de nuevo a un criminalista quemado a una zona «húmeda». Estaba claro que Ulysses Grove se estaba desmoronando. Geisel había podido percibirlo en la voz del hombre. Pero ¿quién no habría cedido bajo la carga que Grove estaba soportando? El criminalista no solo estaba capeando la tormenta desatada por los medios de comunicación en el caso Sun City, sino que participaba al menos en una docena más de asuntos en marcha. Su labor se estaba volviendo chapucera y sus informes se espaciaban cada vez más; sin embargo, Geisel no tenía el ánimo suficiente para desmoralizarlo apartándolo del caso Sun City.

Últimamente, Geisel había cometido una serie de errores y empezaba a preguntarse si los cenizos del Buró no estarían en lo cierto respecto a la Unidad de Ciencias del Comportamiento. Era posible que la unidad hubiera conocido tiempos mejores. Con los últimos adelantos en el análisis del ADN y con la proliferación de los laboratorios criminalistas regionales, la magia parecía haber abandonado a los modernos «cazadores de mentes». Algunos bromistas incluso habían empezado a llamar a la UCC, la unidad de Geisel, la «Unidad de Cretinos Caducos». ¿Y quién era Geisel para discutirlo?

Frotándose los cansados ojos rodeados de arrugas, el director pensó en prepararse un café. Iba

a ser una larga mañana, y le quedaban un montón de llamadas por hacer.

Geisel seguía vestido con su bata y pijama, refugiado en las profundidades del estudio lujosamente decorado de su mansión de Fredericksburg de estilo plantación. El lugar apestaba a dinero —gran parte del cual provenía del imperio Geisel Family Farm que Thomas Geisel, el mayor de cuatro hermanos, había heredado—, pero los aditamentos de la casa eran cortesía exclusiva de Lois Geisel, la sacrificada segunda esposa del director. Empezando por el acogedor mobiliario rústico hasta llegar a la impresionante colección de arte folclórico, la mansión ofrecía un apetecible refugio tras las exigencias y sinsabores de las oficinas de la UCC en Quantico, a treinta kilómetros al norte siguiendo la orilla del Potomac.

Geisel echó una mirada a la bandeja de entrada que tenía en una esquina de su abarrotado escritorio colonial. El recipiente rebosaba de documentos, memorandos y cartas. Geisel se llevaba con frecuencia el trabajo a casa, y últimamente su lista de tareas pendientes había aumentado a niveles estratosféricos. Perdidas entre los montones de papeles había como mínimo docenas de notas de los jefes del FBI recriminándole que no hubiera sustituido a Grove; y, por si fuera poco, llevaba meses dando vueltas al mismo asunto con los de Dirección. El no dejaba de decirles que al final Grove triunfaría, que era el mejor hombre que tenían; no obstante, en sus meditaciones de las tres de la madrugada, Tom Geisel empezaba a dudar de la invencibilidad del criminalista.

En el fondo de la atestada bandeja reposaba un documento aparentemente inofensivo que Geisel había estado relegando durante semanas a los últimos lugares de las prioridades. Era la copia impresa de un correo electrónico enviado meses atrás a la UCC por un periodista de la revista *Discover*, la clase de material que la Unidad recibía por miles todas las semanas. O bien se trataba de la petición de algún canal de noticias de veinticuatro horas solicitando información sobre cualquier escándalo de alguna celebridad, o bien de la morbosa curiosidad de algún medio de comunicación solicitando alguna declaración. Aunque no era frecuente que una publicación como *Discover* se pusiera en contacto con la UCC, Geisel seguía sin ver motivos para tomárselo en serio. Desde luego, era la última persona en el mundo capaz de intuir que aquel e-mail de algún científico medio pirado, que llevaba cuatro meses acumulando polvo, pudiera alterar el curso de la investigación del caso Sun City.

Pero Geisel ya se había equivocado en el pasado; y, tal como no tardaría en comprobar, volvía a equivocarse una vez más.

En la ciencia forense existe un concepto que se conoce con el nombre de «el reloj de la prueba». Ese reloj se pone en marcha en el instante en que se comete el asesinato, momento a partir del cual las pruebas empiezan a degradarse. Las huellas se mezclan unas con otras, el ADN se disuelve y la sangre se seca, se convierte en polvo y desaparece. Incluso las pruebas psicológicas se atrofian con el tiempo. Las posiciones de los cuerpos varían, los agentes de uniforme cambian las cosas de sitio. Se trata de un hecho inevitable que se produce en cualquier escena del crimen. Y es algo que nadie conoce tan bien como los criminólogos del FBI.

Esa era la razón de que Ulysses Grove tuviera esa mañana tantas prisas por llegar a Estes Park en Colorado.

Ni siquiera se molestó en coger más que una muda, de manera que llevó solo su bolsa de día, el maletín y la gastada gabardina Burberry que Hannah le había regalado por su cumpleaños, diez años atrás. El criminólogo nunca habría aceptado reemplazar aquella vieja prenda; ese era un rasgo de su personalidad que casi nadie conocía: guardaba cosas. No es que fuera un sentimental, pero guardaba cosas en secreto. Cosas como la botella de aceite de lavanda solidificada que tenía en lo alto del

armario de la ropa blanca del baño, el mismo que solía utilizar Hannah. Durante meses tras la muerte de su esposa, incapaz de llorar, incapaz de dar rienda suelta a su pena, había percibido olores fantasma de aquella maldita lavanda en las toallas, en los cajones del vestidor, en su propia ropa hasta que, al final, llenó la bañera con agua caliente, echó la mitad del aceite que restaba, se metió dentro y lloró como un niño durante una hora. De eso hacía ya ocho años, y Grove conservaba aún la botella de aceite.

La terapia tampoco le había sido de gran ayuda. Uno de los loqueros le dijo que estaba enfrentándose a su pena a fuerza de matarse a trabajar, persiguiendo violentos criminales y ejecutando una sagrada venganza; como si el mero hecho de evitar más muertes pudiera compensar de alguna manera la pérdida de su esposa; lo cual resultaba, naturalmente, ridículo. La única verdad era que Grove era un cazador de hombres nato.

Desde el instante en que, de niño, había puesto los ojos en su primera novela de Conan Doyle, hasta que se había graduado en criminología por la Universidad de Michigan, pasando por sus años como suboficial del ejército —primero como policía militar y después como investigador en el Departamento de Investigación Criminal del cuerpo—, Ulysses había demostrado tener un talento natural. Cuando fue licenciado con honores en 1987 —solo meses después de haber contraído matrimonio con una de sus colegas, la encantadora y deslumbrante teniente Hannah S. Washington— fue reclutado por el FBI. La acción ejecutiva no tuvo nada que ver (aunque los jefazos de Quantico estuvieron secretamente encantados de tener a tan brillante profesional en sus filas). Había una razón más sencilla que explicaba la meteórica carrera de Ulysses Grove: conseguía resultados.

Grove había sido el único investigador que, en 1990, estuvo convencido de que la policía de Oregón había detenido al hombre equivocado en el caso del asesino de la Cara Feliz. Siguiendo una corazonada tras ver el garabato de una «cara feliz» en la pared del aseo de una gasolinera, Grove había conducido a los detectives hasta el verdadero asesino, un camionero perturbado llamado Keith Hunter Jesperson. En 1996, mientras trabajaba con la INTERPOL, Grove ayudó a capturar a Anatol Onoprienko, un ucraniano, antiguo paciente de instituciones psiquiátricas, y seguramente el asesino múltiple más prolífico de todos los tiempos (con un récord de cincuenta y dos asesinatos confirmados). Su descubrimiento en el dedo de la prometida de Onoprienko de un anillo de compromiso robado había ayudado a cerrar el caso.

Después... llegó el asesino de Sun City.

En el instante en que Grove había visto a la primera víctima en aquella comunidad de jubilados del norte de Illinois, la primavera del año anterior —la mujer yacía boca arriba en un campo de maíz con una punzante herida traumática en la nuca y los fríos y delgados brazos torpemente cruzados sobre el pecho, uno de ellos inmovilizado en una posición algo superior a la del otro— se había quedado perplejo. No le funcionó ninguno de sus trucos. Igual que un artista enfrentado a una crisis creativa que le debilitaba, fue incapaz de interpretar los modelos. No pudo extrapolar una chispa de psicología.

Se quedó como muerto cerebralmente.

Tan muerto como las víctimas seleccionadas al azar e inmovilizadas en sus barrocas posturas.

Durante la mayor parte del vuelo, Grove reparó vagamente en la joven con la camiseta de la Colorado State University que estaba sentada al otro lado del pasillo y que fingía no mirarlo. Grove estaba acostumbrado a esas miradas de arrobó, y los hombres en su mayoría habrían estado encantados con ellas; pero no él. Su atractivo era una de las maldiciones de su existencia, y no se debía solamente al «factor músculo», ese equivalente masculino de la mujer hermosa que tiene que

esforzarse constantemente para que la tomen en serio. El verdadero problema consistía en que Grove no se creía bien parecido. No se consideraba deseable. Lo cierto era que detestaba muchos detalles de su apariencia. Detestaba sus ensortijados y tupidos cabellos de ónice; sus marcados y casi femeninos pómulos y sus largas pestañas; detestaba su oscura piel, una combinación de la de su negra madre africana y la de color caramelo de su padre jamaicano.

Hasta cierto punto, Grove seguramente compensaba en exceso todo aquel desprecio hacia sí mismo con una indudable formalidad a la hora de vestir. Nunca iba desarreglado, nunca llevaba vaqueros, pantalones cortos ni zapatillas a menos que fuera completamente necesario. Incluso en sus días libres vestía camisa y pantalón con raya. Sus colegas de Quantico se burlaban de él diciendo que parecía uno de los idiotas de la Nation of Islam que dirigía Lewis Farrakhan, lo cual lo irritaba aún más que los comentarios acerca de su aspecto porque ya había tenido enfrentamientos con su propia cultura, al menos en Norteamérica. Detestaba a los militantes negros, la música rap y el estilo gángster chic. Según él, su propia raza era la responsable de la violencia que los negros ejercían unos sobre otros; y si había algo que Grove comprendiera implícitamente, eso era la violencia.

El avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Denver unos minutos antes de lo previsto gracias a un inesperado viento de cola. Grove desembarcó a toda prisa.

Nadie le esperaba en la puerta, ninguno de los habituales enlaces de la policía o de los relaciones públicas del ayuntamiento que habitualmente lo acompañaban hasta las escenas del crimen. La suya era una misión de sigilo que no había sido anunciada a nadie salvo a los principales detectives que se hallaban en el lugar de los hechos, en Estes. El reloj de la prueba marcaba ya unas ocho o diez horas pasadas desde el momento de la muerte y las pruebas se estaban deteriorando rápidamente.

Grove cruzó las puertas de cristal y salió al fragante aire de las montañas ante la parada de taxis con la gabardina en una mano y su maletín en la otra. Era finales de la primavera. Las lluvias habían terminado, y en esos momentos la ciudad se perfumaba con el aroma de una cristalina mañana. El cielo estaba despejado y salpicado de nubes, y en el extremo occidental de la terminal se divisaban las nevadas cimas de Berthoud Pass. Sin embargo, Grove hizo caso omiso de todo ese magnífico paisaje mientras llamaba uno de los taxis Rocky Mountain del aeropuerto.

Pasó las dos horas del trayecto hacia el norte consultando sus notas, y diciendo muy poco al parlanchín conductor. Llegó a la escena del crimen unos minutos antes de las diez, cuando el sol penetraba a través de las copas de las píceas que bordeaban la reserva natural como viejos centinelas. Una serie de vehículos de la policía y del FBI, estos últimos sin identificar, ocupaban el camino. Grupos de hombres uniformados y otros con chaquetas deportivas se arracimaban aquí y allá. La cinta que delimitaba la escena del crimen se agitaba al viento.

El vahído lo afectó nada más bajar del taxi. Al principio lo atribuyó a la altitud, a los nervios o el estómago vacío; quizá a las tres cosas juntas. Rodeó el taxi hasta situarse al lado de la ventanilla del conductor, pagó la carrera y acto seguido cogió su bolsa de viaje y el maletín y fue hacia la zona de sucia gravilla. Al llegar a la cinta, lo recibió un hombre de cabellos color arena vestido con traje y una placa de identificación de la policía del estado de Colorado que se retorció en la brisa de la mañana colgándole del cuello.

Grove se identificó.

—Se ha dado prisa —comentó el hombre de rubios cabellos echando un vistazo a su reloj y acto seguido tendiéndole la mano—. Soy el teniente Jack Slater, de la policía del estado, Homicidios. Le agradezco que haya venido tan pronto.

Grove notó que la cabeza le daba vueltas mientras estrechaba la mano del hombre. A

continuación le presentaron a los demás agentes. Los detectives lo obsequiaron con el clásico vistazo mientras disimulaban la suspicacia con asentimientos y educadas sonrisas. Normalmente, Grove no habría hecho caso de tan frío recibimiento porque la mayoría de los detectives desconfiaban como norma de los expertos del gobierno y de los asesores externos altamente remunerados; sin embargo, aquella mañana, sus hoscos semblantes le provocaron un nudo en el estómago e hicieron que le diera vueltas la cabeza. Se sentía como si estuviera borracho.

Le hicieron pasar por debajo de la cinta y lo condujeron por un serpenteante sendero a través de un bosquecillo de pinos del Canadá. El perfumado aire resultaba más fresco entre los árboles y estaba limpio por la lluvia de la noche. Los mosquitos zumbaban ante el rostro de Grove, y este notó el terreno esponjoso bajo los pies. Su mente flotaba.

—El primero en llegar a la escena del crimen —dijo monótonamente la voz de Slater mientras se adentraban en el bosque— fue un patrullero del estado que estaba comprobando la presencia de un camión de la basura que había encontrado con el motor en marcha a menos de dos kilómetros por el camino de acceso.

Unas figuras aparecieron ante ellos a un centenar de metros. Cerca de un cubo de basura volcado, un grupo de técnicos vestidos de civil se agachaban al borde del sendero, midiendo y tomando huellas. Grove tragó saliva para combatir la sensación de mareo que lo invadía. Apenas podía sostenerse en pie. Nunca le había sucedido nada parecido. Sin duda había sufrido vahídos anteriormente, pero nunca en la escena de un crimen. En ellas, Grove se comportaba habitualmente igual que una máquina, concentrado con la intensidad de un rayo láser.

«Ya pasará —se dijo—. Debe de ser cosa de la altura. Se me pasará.»

El grupo se aproximó al cubo caído.

—La víctima está ahí delante —explicó Slater hablando por encima del hombro, fingiendo no haberse dado cuenta de que Grove se estaba quedando atrás, tosiendo y zigzagueando levemente—. Los forenses establecen la hora de la muerte entre la medianoche y las dos de la madrugada. Estamos esperando el...

La luz se oscureció y Grove se tambaleó.

—¡Eh! ¿Se encuentra bien, profesor?

De repente, la voz de Slater le sonó acuosa y distante.

Se apoyó en el tronco de un árbol para sostenerse mientras el bosque que lo rodeaba empezaba a dar vueltas como si estuviera en un tiovivo. Con la mirada desenfocada, distinguió el cuerpo a unos diez metros de distancia. Yacía boca arriba en la hojarasca, un hombre corpulento, colocado igual que los otros, con los gruesos brazos cruzados sobre el pecho y petrificados por el rigor monis, uno más alto que el otro. De debajo del cuerpo surgían en forma de abanico por el suelo cubierto de agujas de pino una serie de rastros de sangre emborronados por la lluvia. La sangre, negra como la tinta, había formado un charco bajo la cabeza del basurero; según parecía, como resultado de una punzante herida traumática. El mismo modus operandi y la misma firma que en los demás casos.

—Grove, ¿está usted bien?

El criminalista intentó decir algo, pero un velo cayó sobre él. Trastabilló un instante antes de perder el equilibrio del todo, y el suelo ascendió bruscamente hasta golpearlo en un lado de la cabeza. Luego, todo se volvió oscuro.

Oscuro y silencioso.

Las siguientes doce horas fueron un calvario para Grove, principalmente porque los médicos del Loveland General no pudieron detectar ninguna dolencia específica. Su corazón estaba bien, su

sistema circulatorio parecía sano, el escáner cerebral había arrojado un resultado de lo más normal. Para él, ese desvanecimiento, ocurrido ante los ojos de una docena de endurecidos detectives, representaba la máxima humillación. Según los médicos, se debía seguramente al estrés; pero él no lo creía: el estrés era algo con lo que convivía diariamente, y nunca le había ocurrido nada parecido.

Grove pasó la mayor parte de la tarde sentado al borde de la cama del hospital, en un cuarto para él solo, haciendo crucigramas a la espera de que lo dejaran marchar. Más o menos cada media hora aparecía una enfermera para comprobar sus constantes vitales, que seguían siendo normales, y una presión sanguínea que se mantenía en ocho y dieciséis. Grove ya no aguantaba más. Deseaba dejar atrás la humillación de haberse desmayado ante un grupo de policías y solo deseaba volver al trabajo. Pero también había otra razón para que quisiera largarse: su mujer había muerto en una habitación como aquella —en el mismo armatoste de cama, con las mismas cortinas desteñidas, el mismo traqueteante ventilador de calefacción y la misma hilera de monitores—. Grove no era capaz de olvidar las noches de aquel mes que había pasado medio durmiendo en el sillón de recto respaldo mientras el cáncer devoraba, viva y lentamente, a su amada Hannah.

Justo antes de la hora de la cena, una voz surgió del pequeño altavoz situado encima de la cabecera de la cama.

—Señor Grove, tiene usted una visita.

Hasta ese instante, Grove había estado paseándose vestido con su ridícula bata de hospital y con el culo medio al aire; de modo que frunció el ceño mientras se dirigía hacia la puerta preguntándose si se trataría del teniente Slater que venía a saludarlo o si sería alguno de los chicos de Asuntos Internos que llegaba para comprobar que nadie del cuerpo era responsable de su desmayo. Se asomó al pasillo, pero no vio más que una multitud de médicos, enfermeras vestidas de blanco y pacientes en sillas de ruedas que iban atareadamente de un lado a otro.

De repente, una cabeza de grises cabellos de lo más familiar apareció tras doblar la esquina del mostrador de enfermeras, un hombre que llevaba el abrigo en el brazo y mostraba una expresión de circunstancias en su ajado rostro.

—¿Tom? —preguntó Grove, boquiabierto y con un nudo en el estómago al ver acercarse a Geisel—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—¿Acaso un general no puede ir a visitar a sus soldados heridos en el campo de batalla? —Geisel sonrió y le dio una amistosa palmada en el hombro, gestos ambos que parecían un tanto forzados.

—Estoy bien. Fue solo... No sé. Puede que se debiera al cansancio. Eso creo, al menos.

—¿Y qué dicen los médicos?

—Dicen que tengo el corazón de un chico de doce años.

—Ya lo sé. No me lo digas. Lo conservas en formol en tu despacho —bromeó Geisel, y los dos hombres compartieron una nerviosa sonrisa.

Tras un momento de incomodidad, Grove le hizo una señal con el pulgar por encima del hombro.

—Entra.

Cerraron la puerta tras ellos para estar a solas, y Geisel dejó el abrigo encima del respaldo del sofá. Luego, tomó asiento. Grove hizo lo mismo al borde de la cama, cohibido por la bata azul cielo que llevaba atada a la espalda con lazos que sobresalían. Durante un momento, los dos hombres charlaron de nimiedades hasta que, al final, el canoso jefe de sección se frotó pensativamente la barbilla y fue al grano.

—Ulysses, necesito que te tomes un tiempo de descanso —dijo.

—Tom, sé qué parece todo esto, pero te prometo que...

—No me importa lo que parezca —lo interrumpió Geisel—. Lo que me importa eres tú. Te necesito a pleno rendimiento.

—Estoy bien, Tom. Estoy bien. Te lo prometo.

—Lo entiendo, muchacho. Lo entiendo; pero me parece que deberías tomarte un descanso, darte un respiro. Quizá aclarar la mente durante unas cuantas semanas.

—Unas cuantas semanas...

—Ulysses...

—Unas cuantas semanas y Sun City podría quedarse hibernando. Estas fueron tus palabras.

Geisel lo fulminó con la mirada.

—Esto no es materia negociable, muchacho.

Grove dejó escapar un suspiro.

El jefe de la UCC metió la mano en su deportivo abrigo y sacó algo de un bolsillo interior.

—Sabía que no eras la clase de tipo que se dedica a matar el tiempo de cualquier manera —dijo desdoblando un documento del tamaño de una carta—. Esto llegó hará unos meses y pensé: «Espera un momento, qué estupenda manera para que Grove se distancie del caso Sun City durante unos días». ¿Por qué no lo lees tú mismo en lugar de dejar que me enrolle?

Geisel se levantó y entregó el documento a Grove, que lo contempló. Tuvo que leerlo dos veces, aunque solo fuera para comprender el contexto, sin sospechar ni por un segundo que, enterrada en sus líneas, se ocultaba una revelación que no solo lo conduciría a la resolución del caso Sun City, sino que cambiaría su vida para siempre.

Neolítico

Asunto: Una oportunidad interesante para un perfil

Fecha: 2-11-04. 10.03.01 h AM

Hora del Pacífico De: Mcounty@Discovermagazine.com

Para: Tgeisel@BSU/FBI.com

Señor Geisel:

Mi nombre es Maura County, y soy editora colaboradora de la revista Discover. Me consta que es usted un hombre muy ocupado y que lo último que desea es tener que dedicar su atención a complacer a un miembro de los detestados medios de comunicación (¡ja!). No obstante, he decidido lanzarme al intento, por muy largo que sea. Permita que me explique:

Como redactora y habitual colaboradora de Discover en materia de arqueología, he estado muy ocupada los últimos tiempos con un reciente hallazgo realizado en Alaska. Para abreviar: el año pasado, el 13 de abril, en el Parque Nacional de Lake Clark, un par de excursionistas hallaron unos restos humanos en la ladera del Mount Cairn, a unos trescientos metros de su cima. El cuerpo estaba muy bien conservado, como si hubiera quedado atrapado en una cápsula de nieve, bajo un glaciar inmóvil. Por ese motivo, había quedado congelado y protegido de la acción de los elementos.

Dado que esa parte del estado pertenece a la jurisdicción del Bureau of Land Management, el cuerpo fue entregado a la custodia de la oficina local del FBI. Al principio, se creyó que se trataba de los restos de un montañero local que llevaba años desaparecido; pero, entonces, un investigador más espabilado decidió ponerse en contacto con la Universidad de Alaska, en Anchorage, y consiguió que alguien del departamento de arqueología fuera a examinar el cuerpo.

Llegados a ese punto, las autoridades empezaron a pensar que quizá tuvieran entre manos los restos de un montañero del siglo diecinueve o que incluso fueran más antiguos. Sin embargo, cuando Michael Okuda, el antropólogo de la universidad, por fin consiguió echarle un vistazo, la expectación empezó a extenderse por toda la comunidad científica. A Okuda le bastó un examen superficial para determinar que el cuerpo era antiguo; muy, muy antiguo. Por su indumentaria y las herramientas encontradas junto a él, además de por los tatuajes de su momificada piel, Okuda pensó que debía de pertenecer a la Edad Media o a épocas incluso anteriores. El cuerpo fue enviado entonces a la universidad para ser sometido a la datación del carbono 14, y los resultados fueron sorprendentes.

Resulta que la momia —a quien los medios han bautizado como el «Hombre de Hielo»— tiene más de seis mil años de antigüedad y es un varón del Neolítico que pertenece a principios de la Edad del Bronce! No hace falta decir que se trata del cuerpo más antiguo perfectamente conservado jamás descubierto. Lo cual me lleva a la razón que me hace molestarlo, señor Geisel.

El motivo por el que le escribo es este: al principio, se creyó que el Hombre de Hielo había muerto debido a causas naturales —que quizá había sufrido una caída o no había podido sobrevivir a aquellas altitudes—. Sin embargo, recientes análisis y resonancias magnéticas efectuadas al cuerpo han revelado que la momia presenta heridas que de ningún modo pudieron

ser autoinfligidas u ocasionadas por un animal. Por lo tanto, la realidad es que nuestro Hombre de Hielo de seis mil años de antigüedad fue víctima de un asesinato.

Y he aquí mi pregunta: ¿le interesaría a usted mandar a uno de sus criminalistas del FBI para que echara un vistazo al descubrimiento y quizá trazara un perfil psicológico del asesino de la Edad del Bronce? Sería un artículo fascinante, y sé que a nuestros lectores les encantaría. Naturalmente, Discover estaría encantada de correr con todos los gastos. Podríamos enviarlo a usted o a alguno de sus hombres a Alaska y hacerle una extensa entrevista para nuestra publicación.

En fin, esto es lo que hay. Me doy cuenta de que se trata de una petición poco usual y comprendería perfectamente que usted estuviera demasiado ocupado para dedicar su tiempo a un asunto tan «muerto» (¡ja!). De todas maneras, si la cuestión llegara a despertar su interés, no dude en llamarme o en ponerse en contacto conmigo por correo electrónico cuando quiera.

Reciba un atento saludo.

Maura County, Editora Asociada

Class Mark Publishing

415-567-1259 (trabajo)

415-332-1856 (móvil)

Al principio, Grove fue incapaz de articular una respuesta. Sentado al borde de la cama del hospital, releyó el e-mail por tercera vez y se preguntó si se trataba de algún tipo de broma.

—¿Esto va en serio? —preguntó al fin sosteniendo el mensaje con la punta de los dedos como si la hoja estuviera infectada de gérmenes—. ¿Quieres que vaya a Alaska a hacer de Indiana Jones? ¿Es eso?

—Piensa en ello como en unas vacaciones con deberes —sugirió Geisel con una medio sonrisa.

—Y, entretanto, Zorn seguirá con el caso Sun City, ¿no?

Geisel suspiró.

—Esto no es propio de ti, muchacho.

—¿El qué?

—Paranoia, celos profesionales. Llámalo como quieras.

La furia se agitó en las tripas de Grove.

—Los celos no tienen nada que ver en esto, Tom. No son celos, es por el caso, es por Sun City.

—Alaska es precioso en esta época del año —dijo Geisel—. ¿Has estado alguna vez allí?

—¿Momias, Tom? ¿Ahora me sales con momias?

Geisel se encogió de hombros.

—Te lo diré sencillamente: fue el único modo que se me ocurrió para que te tomaras un descanso.

—¿Enviándome a que examine una momia?

—Enviándote a trabajar.

Grove se levantó de la cama y arrojó el mensaje a la mesilla de noche. La hoja flotó en el aire hasta que aterrizó entre un vaso de plástico y una caja de kleenex, donde se empapó de inmediato con un aro de agua que le dejó una marca en el centro. Grove caminó un momento por el cuarto antes de detenerse y mirar a su jefe.

—Me siento como si me estuvieras exiliando a Siberia.

Geisel sonrió.

—Sí, pero la comida de Alaska es mejor. Además, no tendrás la barrera del idioma.

Grove se frotó el rostro.

—Si me encargo de este asunto... Si voy hasta allí y hago las tonterías que haga falta tendrás que hacerme un favor.

—El que quieras.

Grove hizo una pausa. Luego, clavó la mirada en el hombre mayor. Geisel era algo más que su jefe, era su mentor, su amigo. Ulysses Grove nunca había tenido un verdadero padre. El suyo se había desvanecido sin dejar rastro mientras él estaba en el vientre materno, dejando a su madre —una keniana recién llegada a Norteamérica y que casi no sabía hablar inglés— para que se las arreglara sola como pudiera para sacar adelante a su hijo. Sin embargo, aunque Geisel era sin duda lo más parecido a un padre que Grove había tenido, lo que seguramente le pesaba más era que Hannah siempre lo había adorado. Las dos parejas se habían visto a menudo fuera del trabajo, y el anciano siempre había hecho reír a Hannah. Cuando ella murió, Geisel fue uno de los pocos miembros del FBI que fue al entierro.

Grove repasó aquella larga relación entre ellos antes de decir:

—Quiero que me prometas que, si el asesino de Sun City vuelve a matar, volverás a asignarme el caso.

Tras una breve pausa, Geisel asintió.

—Te lo prometo, muchacho.

—Maura, tienes una llamada en la línea uno.

Maura County suspiró ante el chasquido de la voz que surgía del intercomunicador de las oficinas de *Discover* y que acababa de interrumpirla. Se hallaba a mitad de frase, defendiendo su última historia con toda la vehemencia de la que era capaz, cuando sintió que la interrupción la bloqueaba igual que a un corredor que tropezara en plena carrera. Cerró los ojos y meneó lentamente la cabeza. ¿De qué se trataría esa vez? ¿Otro anunciante disgustado? ¿Otro instituto solicitando una docena de suscripciones gratis para su departamento de ciencias?

—Será mejor que atiendas esta llamada —la urgió Chester Joyce desde detrás de su enorme escritorio Steelcase.

El viejo editor jefe estaba repantigado en las mullidas profundidades de su ergonómica silla giratoria igual que un arrugado tirano en un trono de alta tecnología. Su calva salpicada de manchas hepáticas brillaba bajo las lámparas halógenas de la oficina. Respiraba entrecortadamente y con ásperos jadeos entre frase y frase, casi como si las puntuara mientras la botella de oxígeno descansaba a su lado en el suelo igual que si fuera su mascota favorita, siseando todo el rato y enviándole aire a los marchitos pulmones.

—Dentro de un segundo —contestó Maura apartándose del fino rostro los largos mechones de cabello rubio. Se frotó rápidamente las pequeñas manos como si se las estuviera calentando ante una hoguera, cosa que solía hacer cuando se sentía acorralada o estresada—. Necesito un espacio definitivo para esto, Chester, y necesito oír que viene de lo más alto.

—Maura, la cuestión es que no...

—Es una buena historia, Chester.

—Estoy seguro de que lo es.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

El anciano se frotó el arrugado rostro.

—¿*La dieta del Paleolítico*, Maura? —dijo entre ahogos—. Si me perdonas el decirlo, me suena mil veces a *Omni*. Si no estoy equivocado, estamos en el siglo veintiuno.

Maura reprimió el impulso de gritar.

—Todo lo que estoy pidiendo son mil palabras.

—Mil palabras son mil palabras.

Fuera de la oficina, la amplificadora voz dijo:

—Maura, la llamada sigue esperando en la línea uno... Maura County, tienes una llamada aparcada en la línea uno.

—Setecientas cincuenta palabras —suplicó Maura inclinándose ávidamente hacia delante en su silla— y solo un despiece. Eso es todo lo que pido.

Tras un largo instante, Joyce dijo:

—Deja que lo piense.

—Todo lo que pido es...

El editor jefe alzó la mano para interrumpirla.

—He dicho que lo pensaría. Ahora atiende esa llamada.

Maura asintió lacónicamente y alzó su metro cincuenta y siete.

—Continuará —dijo, y acto seguido dio media vuelta y salió del despacho del editor jefe apretando los puños.

Caminó por el pasillo hacia su diminuto despacho mientras se preguntaba si acababa de arruinar su futuro en la revista al haber recordado a Chester su promesa de ascenderla al cargo de editora general. No era buena cuando se trataba de política de despachos ni dedicaba tiempo a las habladurías. Todo lo que sabía hacer era escribir y editar, y la única materia en la que tenía experiencia era la científica. No obstante, en esos momentos empezaba a preguntarse si sus dos titulaciones —en antropología física y en geología— no se estarían convirtiendo en dos inútiles añadidos, igual que un par de apéndices atrofiados.

Su oficina se hallaba al final del pasillo; era una abarrotada colmena de libros y archivadores apretujados junto a varias mesas de composición iluminadas por fluorescentes. En las dependencias de *Discover* sonaba una permanente música de rock ligero, y la mayoría de los tabloncillos de sus compañeros de trabajo estaban decorados con las típicas trivialidades de sus asuntos personales: fotos de sus familias, de sus mascotas, viñetas del *New Yorker* y pegatinas humorísticas. Solo el espacio de Maura reflejaba una mínima inquietud intelectual: las fotos de Stonehenge, de Einstein, de las momias egipcias y de Stephen Hawking rivalizaban por el espacio de la pared junto con carteles que anunciaban olvidados conciertos de punk rock y viejos programas de funciones del Théâtre du Grand Guignol.

Maura se acomodó en su silla y contempló la parpadeante luz de su extensión telefónica preparándose para otra tediosa llamada de algún anunciante. Vestida con un suéter sin mangas y unos gastados y parcheados vaqueros, Maura era una mujer menuda y fibrosa de treinta y bastantes años con una melena rubia peinada sobre un lado de la cabeza. En una de las orejas —la visible— llevaba una tira de *piercings*, y su cuello lo adornaba un pequeño tatuaje de una rosa negra. Su piel era tan pálida que las venas se le destacaban en los brazos como porcelana finamente vetada.

—Soy Maura County —dijo en el teléfono tras presionar el botón luminoso y esperando escuchar la empalagosa voz de algún vendedor. Sin embargo, lo que llegó a sus oídos fue una agradable voz de barítono.

—Buenos días, me llamo Ulysses Grove. Pertenezco al FBI, a la Unidad de Ciencias de Comportamiento.

Maura frunció el entrecejo.

—¿Ciencias del Comportamiento? Esto... ¿Tiene algo que ver con...?

—¿Con la momia? Sí. Supongo que estoy hablando con la misma Maura County que se puso en contacto con nuestro departamento, hace ya un tiempo, solicitando un criminalista, ¿verdad?

Maura se enderezó de golpe en su asiento.

—¡Oh, sí! ¡Sí, claro! Gracias por haber telefonado, señor Grove. ¿He de llamarle señor Grove?

—Con agente especial Grove bastará.

Maura se hizo un lío con las palabras.

—Agente... Agente espe... —balbuceó—. Agente especial Grove. De acuerdo.

—También puede llamarme Ulysses.

—Ulysses... Sí, faltaría más.

—Bueno, ¿y de qué se trata?

Maura suspiró.

—Perdone, Ulysses, le aseguro que normalmente no soy tan torpe. Llámeme Maura. Lo siento. Ha sido una semana de locos.

—Sí. Yo he tenido muchas así.

Aquella voz quería que lo supiera. Maura casi pudo ver la fatigada sonrisa al otro lado del teléfono, y notó que la invadía una sensación de alivio. Nunca en su vida había tenido que tratar con un representante de ninguna de las agencias de seguridad del gobierno. Gracias a Dios, nunca había sido víctima de ningún delito; y ni siquiera había tenido que hablar con un policía. ¡Diantre!, si ni siquiera le gustaban los programas de policías o las novelas de misterio; pero allí estaba, hablando con aquel condenado Sherlock Holmes que sonaba como si fuera un tipo normal y decente.

—En fin —dijo Maura—, como podrá imaginar, en nuestro campo todo el mundo habla del hallazgo de ese Hombre de Hielo; sobre todo porque da la impresión de que fue asesinado. Ya sabe que estamos hablando de un hombre de la Edad del Bronce hallado perfectamente intacto. *Discover* ya ha hecho dos reportajes sobre el tema.

—Doy por sentado que habrán hecho la secuenciación del ADN de la momia, ¿no?

—Sí. Bueno, verá... Fue entonces cuando las cosas se pusieron complicadas. —Maura se apartó del escritorio, se puso en pie y empezó a caminar por su oficina, con el teléfono pegado a la oreja, igual que un animal enjaulado—. Además, se ha desatado una pugna entre el estado de Alaska y el Servicio de Parques para ver a quién pertenece esa dichosa momia. Es un verdadero lío.

—¿Dónde lo guardan ahora?

—Sigue estando en la Universidad de Alaska. Allí tienen un laboratorio de lo más impresionante donde lo conservan en estado de congelación. Una vez lo derritieron para tomar muestras.

—De huesos y de tejidos, supongo.

—Sí. Exacto —asintió Maura—. Creo que le sacaron un gramo de la cadera; pero esa zona del cuerpo estaba estropeada de cuando los excursionistas lo sacaron del hielo, de manera que los primeros análisis resultaron un poco confusos.

—Deje que lo adivine —repuso la voz—: obtuvieron un montón de secuencias diferentes.

—Eso es. Eso es. ¿Cómo lo ha sabido?

—Es algo que vemos con frecuencia en las escenas del crimen. Uno intenta hacer una prueba mitocondrial, pero al final acaba con un montón de secuencias distintas porque ha estado trabajando en la superficie. Se parece mucho a cuando uno saca un montón de huellas en la escena de un crimen porque han movido mucho a la víctima.

—Eso es, eso es —dijo Maura sin dejar de asentir—. Por eso hicieron una segunda prueba

después de cortar los tejidos externos. Cuando llegaron al núcleo, obtuvieron una secuencia limpia, y eso puso a todo el mundo como una moto.

Tras una pausa, la voz dijo:

—Me parece que lo mejor sería reunimos e ir a echar un vistazo a esa cosa.

Un chorro de fría adrenalina recorrió las tripas de Maura. Apenas podía creer que aquello estuviera ocurriendo realmente. Que *La dieta del Paleolítico* se fuera a la mierda. Al fin y al cabo, ¡Maura County iba a ganar el Pulitzer! Pero, en ese instante de exaltación, una sombra de duda cruzó por su cerebro. Algo en la voz del criminalista la inquietaba. Ese tal Grove no sonaba bien, estaba diciendo las palabras adecuadas, pero el tono sonaba mal, reticente, quizá incluso apesadumbrado. Por un momento se preguntó si no estaría a punto de embarcar a la persona equivocada en aquel proyecto que, de tan importante, podía ser un hito en la carrera de cualquiera. Sin embargo, descartó la idea tan pronto como esta hubo cruzado por su cerebro y dijo:

—De acuerdo. Fantástico. Supongo que el siguiente paso será que nos encontremos en Alaska.

La voz respondió que le parecía bien.

El lunes siguiente, que era un cinco de mayo (una época de lo más benigna tratándose de Alaska), Maura County se hallaba esperando en el vestíbulo del edificio Heinrich Schliemann, que albergaba el laboratorio de arqueología de la universidad, en la zona noroeste del campus. El día era despejado, y el sol caía como un martillo a través de los ventanales y abrasaba con su fuego amarillo el suelo enmoquetado. Eran casi las tres de la tarde, el criminalista se estaba retrasando, y Maura empezaba a preguntarse si al final aparecería. No había dejado de pensar en el sonido de la voz de aquel hombre a través del teléfono, en la extraña reticencia de sus palabras. Quizá estuviera cometiendo un gran error.

Aplastó su tercer cigarrillo en el cenicero que había cerca de las puertas de cristal y siguió caminando y dándole vueltas a la cabeza. Ese día, había vestido su menudo cuerpo con un traje chaqueta de lo menos habitual en ella, cuya raya del pantalón parecía casi amenazadora de lo recta que era. Hasta sus cabellos habían sido aplacados y recogidos en la nuca. Se sentía ridícula con un atuendo tan conservador; pero iba en representación de la revista y deseaba causar buena impresión a Ulysses Grove, a pesar de que no supiera qué clase de hombre debía esperar.

Por el sonido de su voz en el teléfono, se había hecho la idea de que sería un hombre de mediana edad, blanco y probablemente del Medio Oeste. Su trato le había parecido amistoso aunque reservado, y su voz denotaba confianza; pero, ¿y el nombre?, «Ulysses» sonaba aristocrático y pomposo, sureño; de todos modos, la voz había estado desprovista de acento. Quizá Grove fuera uno de esos astutos clintonianos salido del «nuevo sur». Maura los conocía bien porque se había tropezado con un buen número de burócratas arrogantes en el mundo académico. Sin embargo, en esos momentos se trataba de su espectáculo. La idea era suya, suyo el artículo y suya la revista, y no estaba dispuesta a permitir que ningún cretino blanco de mediana edad del FBI llegara dándole órdenes.

Estaba terminando su cuarto cigarrillo y perdida en sus pensamientos cuando una alta figura entró en el vestíbulo a través de la puerta giratoria. Maura se dio la vuelta y le preguntó:

—¿Es usted el agente especial Ulysses Grove?

—¿La señorita County? —respondió el hombre con una sonrisa de rutina mientras se acercaba con la mano tendida.

—Maura. Por favor, llámame Maura —dijo ella estrechando una delgada mano de concertista y eliminando de su rostro la expresión de perplejidad que apareció en él durante una fracción de

segundo. No se había debido al hecho de que el recién llegado fuera negro —aunque en parte sí—, ni a que fuera tan apuesto y tuviera tan buen aspecto con su traje a medida, su gabardina y un maletín que parecía una extensión de su persona. Lo que la había dejado boquiabierta un instante era la falta de malicia de su rostro: aquel hombre representaba la antítesis del burócrata pedante. Parecía un visitante de otra época, un abolicionista del siglo diecinueve o un poeta. Sus oscuros ojos brillaban de intensidad.

—Te llamaré Maura con la condición de que tú me llames Ulysses —repuso con expresión amistosa.

—De acuerdo. Te agradezco de veras que hayas hecho el viaje hasta aquí.

—Solo espero poder ser de alguna ayuda.

—Estoy segura de que será fascinante. ¿Qué tal ha ido el viaje?

—Hubo un problema con los enlaces y tuve que coger un avión de hélice en Anchorage que me dio la impresión que funcionaba con gomas elásticas.

Maura sonrió.

—Bienvenido a Alaska.

—Vaya, menudas instalaciones tienen aquí —comentó Grove abarcando el lugar con la mirada.

Ella asintió y le señaló las puertas interiores que había en el otro extremo del vestíbulo.

—¿Qué te parece si damos una vuelta y te lo enseño? La responsable del proyecto nos está esperando en el laboratorio.

Grove hizo un gesto con la cabeza.

—Adelante pues.

Cruzaron la sala de brillantes baldosas y desaparecieron por las dobles puertas de vidrio.

El Laboratorio Paleogenético de la Universidad de Alaska es uno de los más importantes de Norteamérica en su especialidad. Ubicado en las plantas del subsuelo del Edificio Schliemann, con su temperatura y humedad reguladas, la instalación rivaliza con el Pentágono en cuanto a seguridad. Sus interminables laberintos de pasillos iluminados con fluorescentes se extienden por casi cuarenta hectáreas. Todos los hallazgos arqueológicos de cierta importancia que se realizan en el hemisferio occidental llegan allí tarde o temprano para ser datados, muestreados, secuenciados, analizados, catalogados, estudiados o simplemente exhibidos. La universidad tiene prioridad sobre las instalaciones de enseñanza del laboratorio, pero la misión principal de este último es la investigación, y esa es la razón de que anualmente reciba miles de millones de dólares en forma de donaciones de las grandes corporaciones. Todas las multinacionales —desde Exxon hasta Union Carbide— han metido dinero, y en el campus las controversias hacen furor entre los grupos ecologistas hartos de que las compañías tengan secuestrada a la comunidad científica. No obstante, el laboratorio continúa funcionando como la seda, en parte gracias al constante aflujo de dinero y en parte gracias a la férrea mano con que lo dirige su directora, la doctora Lorraine G. Mathis.

De hecho, al instante de ser presentado a aquella estirada cincuentona de bata blanca, Grove se percató de que era una mezcla de tenacidad y paranoia.

—Ahora vamos a girar a la izquierda al final del pasillo —dijo la directora mientras conducía al grupo por el enmoquetado corredor de expositores de cristal llenos de esqueletos de animales exóticos, pájaros, reptiles y anfibios—, y eso nos conducirá a la cámara húmeda, donde se realiza la limpieza y clasificación de los restos arqueológicos que nos llegan.

El grupo lo formaban otras tres personas que se apresuraban a mantener el paso de la rimbombante doctora Mathis, que caminaba con la misma firmeza de un oficial de las SS: Grove

Maura County y un joven investigador llamado Michael Okuda. Flaco como un alambre bajo su bat de laboratorio, y de delicadas facciones asiáticas, Okuda había sido el primer científico que había visto la momia en la ladera del Mount Cairn, y de eso hacía casi un año; había sido llamado por uno de los investigadores iniciales y había hecho el viaje de doscientos kilómetros hasta Lake Clark convencido de que no iba a encontrar más que algún desventurado excursionista congelado desde la era Cárter; sin embargo, desde el instante en que había visto aquel quebradizo y descarnado cadáver tirado en un aparcamiento cerca de la cabaña de un *ranger* supo que acababa de tropezar con algo de una época remota. Lo supo por las pieles de animales disecadas que todavía colgaban de los endebles brazos de la momia, por el cuero relleno de hierba seca que envolvía sus perfectamente conservados pies y por la tosca hacha que descansaba al lado del cuerpo.

La doctora Mathis se detuvo ante una puerta de seguridad, rebuscó en uno de sus bolsillos y extrajo una tarjeta de seguridad.

—El problema con los tejemanajes de la prensa —masculló mientras pasaba la tarjeta por el lector magnético— es la condición en que se encuentra la momia. Sus restos deben ser mantenidos a una temperatura constante de menos seis coma seis grados centígrados y una humedad del noventa y ocho por ciento para que puedan conservarse. Cada vez que lo descongelamos para que lo examinen, para una simple extracción o para bobadas como esta, los tejidos se secan, y las células se descomponen aún más.

De pie tras la científica, esperando para seguirla al interior del laboratorio, Grove reparó en las distintas reacciones de los miembros del grupo. Okuda, el joven subordinado, apartó la vista un instante, como si se sintiera avergonzado por la actitud de su superiora; y la periodista de *Discover*, una mujer realmente agradable en opinión de Grove, clavó la vista en el suelo y dejó escapar un imperceptible suspiro de exasperación. Grove dio por hecho que la pulla de los tejemanajes de medios de comunicación, iba dirigida directamente contra ella. A Grove, que detestaba la grosería en todas sus manifestaciones, la severa administradora empezaba a no caerle bien; pero lo peor era que volvía a sentir la misma sensación de mareo: notaba que el estómago le subía a la garganta y que las paredes de aquella artificial cueva subterránea se cerraban sobre él. Necesitaba salir de allí lo antes posible.

La puerta se abrió con un siseo y Mathis condujo al grupo al interior de una estrecha estancia que apestaba a desinfectante y a algo más, a algo sutil bajo la superficie, algo como el hedor dulzón de la carne podrida. En el aire se oía ruido de voces, sonidos electrónicos y el zumbido de las centrifugadoras.

—Somos la única instalación de Norteamérica equipada para hacernos cargo de un hallazgo así —parloteó Mathis mientras caminaba por el laboratorio seco. Una docena de investigadores vestidos con batas blancas se afanaban en torno a microscopios electrónicos, hileras de ordenadores y mesas abarrotadas de muestras de rocas. Ninguno levantó la vista cuando el grupo pasó, como si la doctora Mathis fuera a golpearlos en los nudillos con una regla si se atrevían a mostrar tamaña insolencia—. Disponemos de los equipos necesarios para realizar dataciones por el método del carbono y de luminiscencia, análisis de isótopos y espectrometría fluorescente —prosiguió diciendo—. También podemos llevar a cabo análisis gamma no destructivos, que es lo que ya hemos hecho con los dientes y el tejido óseo del espécimen, así como las pruebas de ADN.

Al fin llegaron ante una gruesa puerta de metal con una pequeña ventanilla de cristal de seguridad a un lado. Un rótulo sobre el dintel avisaba: atención: solo personal autorizado.

Grove echó una mirada por la ventanilla, pero apenas logró ver más que un estrecho cuarto de exploraciones y, en el centro, parte de lo que podía ser una mesa o una camilla, brillante bajo las

luces halógenas. Luego, miró a Maura County que había dado un paso atrás y se mantenía tras Okuda con una expresión de timidez en el rostro. Ella le devolvió una sonrisa nerviosa pero de ánimo, y Grove la correspondió. Aquella mujer le gustaba: mostraba una especie de decidida franqueza que resultaba una bocanada de aire fresco.

Mathis manipuló los tambores de la cerradura de una caja metálica que había al lado de la puerta y abrió la tapa. Del interior de contenedor sacó varias bolsas selladas. En una había una mascarilla esterilizada; en la otra, un par de guantes de látex. Se las entregó a Grove y les hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Dispone usted de cuatro minutos, señor Grove —anunció sin más ceremonias ni emoción.

La puerta se abrió lentamente.

Ulysses Grove respiró hondo, dejó el maletín, se puso la mascarilla y los guantes y entró en la estancia.

No necesitó los cuatro minutos. Ni siquiera necesitó cuatro segundos. Todo lo que necesitó fue echarle una buena ojeada a aquel cadáver de seis mil años de antigüedad y todo cambió. En la mente de Grove todo quedó reordenado como si una serie de engranajes hubieran encajado formando una nueva y horrible combinación que alteró su mundo para siempre y provocó que unos dedos helados le corrieran por la espalda. No emitió ningún sonido. No se movió. Lo único que hizo durante unos angustiosos instantes fue quedarse allí mirando la estrecha mesa de acero inoxidable que había en el centro de aquel cuarto esterilizado.

El Hombre de Hielo yacía en ella, en un círculo de plateada luz. Incluso para un ojo no entrenado, resultaba obvio que se trataba de un cadáver muy antiguo: sus esqueléticos brazos y piernas aparecían cubiertos de una piel de color tabaco, tan vieja que parecía haberse contraído sobre los huesos y los tendones. El cuerpo estaba tan bien conservado que incluso los globos oculares seguían intactos —dos recocidos huevos de codorniz que miraban sin ver la milagrosa luz del futuro milenio—. Conforme con los patrones modernos, aquella momia en vida había sido menuda —seguramente no más alta de un metro cincuenta— y presentaba la prominente mandíbula de un primitivo *Homo sapiens*.

Pero en la muerte, había adquirido el inquietante aspecto de un juguete colocado en una postura determinada por un niño perturbado.

El malestar se apoderó nuevamente de Grove, que buscó algo en que apoyarse. No había nada a lo que pudiera sujetarse salvo la mesa, de modo que trastabilló ligeramente. Luego, se quedó allí, parpadeando para luchar contra la perplejidad.

En una ocasión, cuando contaba solamente ocho años de edad, los matones de su clase le tendieron una trampa, lo encerraron en el gimnasio y a continuación se dedicaron a aterrorizarlo proyectando sombras fantasmales por las ventanas con la ayuda de un proyector de diapositivas. Él tardó más de una hora en vencer su terror y en analizar la situación hasta que al final consiguió desentrañar cuál era la fuente de aquellos «fantasmas». No obstante, durante aquel rato, su paralizante confusión había sido peor que el propio miedo. Ya de pequeño, Grove había odiado no entender las cosas; y en aquella terrible noche, especialmente durante los primeros momentos, no dejó de repetirse: «Tiene que haber una explicación, tiene que haber una explicación lógica para todo esto».

Al final, consiguió alejarse de la momia y volverse hacia la puerta.

La cerradura se descorrió, y él salió a la otra habitación, tropezando, casi cayendo en brazos de Lorraine Mathis. La científica se apartó bruscamente con aire de disgusto, pero Maura se adelantó

con expresión preocupada.

—Ulysses, parece que hayas visto un fantasma. ¿Qué ha pasado?

Grove respiró hondo otra vez y tuvo que hacer frente a una nueva náusea antes de poder responder.

—La resonancia magnética..., la que indicaba que se trataba de una muerte no accidental...

Mathis frunció el ceño.

—¿Qué? ¿De qué está usted hablando?

—De la resonancia que le hicieron a esa momia.

—En realidad fueron unos rayos X —intervino Okuda—. La semana que viene publicaremos parte de los resultados en *Scientific American*.

Grove miró al joven asiático.

—Esas pruebas mostraban una aguda y penetrante herida traumática en la primera vértebra cervical, ¿verdad?

Okuda lo observó fijamente un instante y a continuación posó la mirada en Lorraine Mathis, que contemplaba fijamente al criminalista. El silencio se prolongó.

La caja del rompecabezas

—Pudo haberse tratado de cualquier cosa, de un enfrentamiento, de un asesinato, de una disputa por el territorio —comentó Lorraine Mathis mientras caminaba arriba y abajo por su abarrotada oficina. Ya se había puesto el abrigo y estaba cerrando cajones, apagando luces y en general invitando a marcharse. Según parecía, Grove y su repentino y misterioso interés en la muerte del Hombre de Hielo habían agotado su paciencia—. Además, el aspecto antropológico es simple especulación —añadió con un gesto displicente de la mano—. Yo pensaba que ese era su ámbito de actuación, agente Grove.

El criminalista se encontraba sentado al otro lado de la habitación, cerca de la puerta, con las manos entrelazadas sobre el maletín que descansaba en su regazo. No había desvelado gran cosa de su sorprendente descubrimiento en la sala de exploraciones, pero se daba cuenta de que los presentes percibían su nerviosa agitación.

—Simplemente me estoy preguntando cuál habrá sido la patología —dijo con tono sumamente cortés, intentando sonsacar cuanta información pudiera de aquella bruja de directora—. Después de todo, estoy acostumbrado a llegar a la escena del crimen con un poco menos de retraso.

Los pintarrajeados ojos de Mathis no reflejaron el más mínimo sentido del humor mientras se abrochaba el abrigo.

—Haré que Michael le haga copias de los informes iniciales y del resultado de las pruebas de rayos X.

Grove le contestó que eso sería estupendo.

Ella lo miró.

—¿Será eso todo? —le preguntó. Grove le ofreció su mejor sonrisa.

—Me pregunto si hay algo que pueda decirme usted sobre la víctima, el Hombre de Hielo.

—¿Con respecto a qué?

Grove se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá algo relacionado con el fondo o el contexto, creo. Digamos que con cuestiones culturales.

La mujer suspiró mientras se ponía unos elegantes guantes de cabritilla. Tenía todo el aspecto de una impaciente madre que esperara a que sus hijos ordenaran su habitación.

Maura County estaba sentada encima de un archivador, tomando notas en su libreta rápidamente; y Okuda se mantenía de pie en un rincón, retorciéndose las delicadas manos y presenciándolo todo con aire agitado. El despacho se hallaba situado en las profundidades del último nivel subterráneo; eran veinte metros cuadrados de papeles y carpetas apretujados en cualquier espacio disponible de las estanterías. El enrarecido ambiente olía a tinta de fotocopidora y al penetrante perfume de Mathis. El resplandor de los fluorescentes del techo solo servía para subrayar la fría e institucional naturaleza del lugar.

—Lo siento, agente Grove —dijo finalmente la directora—, pero en estos momentos no estoy de humor para hacerle de guía turística. Ya me comprenderá. Tengo un comité de recaudación de fondos que me está presionando y una serie de reuniones previstas para junio con el BLM^[1] y la Asociación

de Pueblos Indígenas para tratar de quién es esa momia. Estoy segura de que comprende que tenga la cabeza en otro sitio.

Grove se las arregló para mostrar otra sonrisa conciliadora.

—Lo comprendo perfectamente.

Mathis fue hacia la puerta y se detuvo mientras anudaba un pañuelo sobre sus canosos cabellos.

—Confío en que su visita le habrá proporcionado todo lo que necesitaba. Me temo que esta habrá sido seguramente la última vez que haya podido ver de cerca el espécimen. Ya ha sufrido demasiados exámenes y demasiadas fluctuaciones de la temperatura. Mis prioridades siempre han estado del lado del hallazgo. —Dicho lo cual dirigió una rápida sonrisa a todos los presentes y agregó—: Michael les acompañará a la salida. Ha sido un placer conocerlo, agente Grove.

—Lo mismo digo —respondió este.

La directora desapareció dejando tras ella un rastro de tensión flotando en el aire. La puerta se cerró con un siseo, y el pestillo hizo un chasquido metálico al cerrarse en el silencio del despacho.

Michael Okuda se metió las manos en los bolsillos y clavó la vista en el suelo.

—Tengo la impresión de que la he ofendido sin saber cómo —dijo Grove sin dirigirse a nadie en especial.

Okuda meneó la cabeza.

—De ningún modo. Miren, la verdad es que normalmente no es tan... brusca.

Grove hizo un gesto con la mano.

—No pasa nada.

—Lo cierto es que es muy inteligente.

—No me cabe duda de que lo es.

—Desde luego, a veces puede tener un trato difícil —intentó explicar el investigador—; y desde luego es desconfiada con los desconocidos. Sin embargo, su trabajo es impecable. Pueden creerme.

Grove asintió.

—Estoy convencido.

—Simplemente es que, con todo el lío del arbitraje, anda con pies de plomo con toda la gente de fuera que viene por aquí.

—¿Y eso, cómo va a quedar?

—Yo apostaría por los indígenas —murmuró Okuda mientras cruzaba el despacho y se sentaba en una esquina de la mesa dejando escapar un suspiro. Las manos le temblaban—. Tienen de su parte la constitución del estado. Entretanto, nosotros intentamos aprender todo lo posible de Keanu mientras sigue aquí.

—¿De quién?

Okuda sonrió.

—En realidad es un chiste sin gracia. Unos tíos del departamento de datación, unos fanáticos de *Matrix*, empezaron a llamarlo «Neo» por su aspecto neolítico.

Grove se quedó perplejo, y Maura debió de verlo porque dejó de escribir y le aclaró:

—«Neo» era el personaje que interpretaba Keanu Reeves en las películas de la serie *Matrix*.

Okuda seguía sonriendo.

—Sí, y además estaba esa otra broma que circulaba por el laboratorio que decía que nuestro Hombre de Hielo era un poco más expresivo que Keanu Reeves. Supongo que a partir de ahí se le quedó el nombre. Es de lo más infantil.

Grove preguntó si se habían tomado fotografías de la escena.

—¿De qué escena? —preguntó Okuda con aire confundido.

—De la escena del crimen, del lugar donde murió el Hombre de Hielo.

El investigador lo pensó un momento y contestó que no estaba seguro pero que creía haber visto algunas fotos aéreas de aquella parte del glaciar.

—Pero ¿no se tomaron fotografías antes de que el cuerpo fuera retirado?

—Creo que no. De todas maneras, hay algunos dibujos.

—¿Dibujos?

—Sí, uno de los investigadores de la Unidad de Homicidios de la policía del estado, un tipo llamado Pinsky, el teniente Alan Pinsky, pidió a los excursionistas que le hicieran un boceto de cómo estaba colocado el cuerpo cuando lo encontraron.

Se produjo una pausa, y Maura miró a Grove.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro, Ulysses? —preguntó.

—Es una historia muy larga —contestó él frotándose los ojos. Le dolía la cabeza; la migraña le perforaba las sienes.

—¿Te importa si te pregunto cómo sabías lo de la herida punzante? No creo haberlo mencionado en mi correo electrónico, y es algo que se descubrió después de que los artículos salieran publicados, de modo que... no tenías forma de saberlo.

Grove la miró y se preguntó hasta dónde podía llegar con ella, cuánto debía revelar. Se sentía al descubierto, fuera de control, y esas eran emociones nuevas para él. Se suponía que había ido hasta allí, a aquellos remotos territorios, para matar el tiempo. Sin embargo, en esos momentos todo había cambiado: el destino se había cruzado con el mundo de Grove.

El sonido de una secretaria tecleando en el despacho contiguo se filtró a través de la puerta. Al fin, Grove miró a Okuda.

—¿Hay algún sitio adonde podamos ir, alguna parte donde podamos hablar?

La noche llegó e inundó las colinas y las heladas calles con sus negras sombras.

El aparcamiento del Marriott Courtyard, apenas visible a través de las cortinas de la habitación de Maura County, tremolaba bajo las frías y desoladas luces de las lámparas de sodio que se encendían a intervalos irregulares.

Maura se apartó de la ventana y volvió al pequeño cuarto de baño donde había dejado esparcidas sus cosas para pasar la noche. Por alguna razón, se había llevado el estuche de imitación de piel de leopardo con sus utensilios de maquillaje. Allí tenía varias barras de labios de diferentes colores, un lápiz de ojos, una caja de Q-tips y una de colorete que hacía años que no había utilizado. Contempló su pálido rostro en el espejo y se sintió ridícula intentando ponerse guapa para la cena que la aguardaba con el criminalista. Ella era periodista, y Grove el tema de su trabajo. Además, el tipo estaba casado: se había fijado en el anillo de boda nada más conocerlo.

Así pues, ¿por qué estaba allí, de pie, contemplándose en el espejo igual que una colegiala en la noche de su graduación? ¿A quién pretendía impresionar? Una década de relaciones fallidas había reducido a Maura a aquella condición: la de una mujer desesperadamente necesitada que buscaba la aprobación en un mundo de relaciones de usar y tirar. En los pasados meses incluso había llegado al extremo de recurrir a un servicio de citas a través de internet, pero con resultados desastrosos. El último candidato había sido un cretino de San Rafael recién salido de su segundo divorcio que la había llevado a un espectáculo de sexo en vivo en el O'Farrell y después al Sybaris para un poco de sadomaso y disciplina. Lo suficiente para reducir a cenizas el corazón de cualquier joven.

Al final, se recogió el pelo en una cola de caballo y se aplicó una generosa dosis de lápiz de ojos mientras intentaba ocupar sus pensamientos en el artículo del Hombre de Hielo. La extraña

reacción de Grove tras ver la momia —lo mismo que su misteriosa actitud posterior— no solo la habían intrigado, sino que le picaban la curiosidad. Alguna de las tareas que le habían encargado se había abierto igual que una caja china, y en esos momentos esa era la sensación que tenía. Ignoraba cómo iba a suceder, y la poca disposición de Grove a decirle nada antes de que se reunieran para cenar resultaba irritante. A pesar de todo, sus instintos le decían que se avecinaba algo importante.

Su mirada se posó en la fotocopia pegada con cinta en la esquina del espejo.

Cuando esa mañana había llegado al motel había dedicado un rato a organizar sus notas y las cintas de cásete. Había llevado con ella algunas fotocopias de la momia sacadas de anteriores artículos suyos y había enganchado algunas imágenes por la habitación para inspirarse. En esos momentos contemplaba aquel viejo rostro y sus ojos como huevos que miraban estúpidamente el gran vacío de los eones. Había algo profundamente inquietante en la expresión que había conservado el descarnado rostro de la momia. Al principio, a Maura le había parecido que era de terror; pero, cuanto más la estudiaba más convencida estaba de que su cara reflejaba una especie de conocimiento. ¿De qué podía tratarse? ¿Cuál era aquella terrible noción?

Maura dio un respingo al oír la llamada en la puerta, y tardó unos segundos en recobrarse antes de cruzar el cuarto.

—¿Estás lista? —le preguntó Ulysses Grove cuando ella abrió y le dio la bienvenida con una leve sonrisa. El agente llevaba la gabardina abrochada hasta arriba, y el cuello levantado para protegerse del frío nocturno.

—Deja que coja mi abrigo y mi grabadora —dijo Maura dirigiéndose hacia la cama, donde tenía sus notas esparcidas encima de la colcha de barato tafetán.

—Verás, con respecto a la grabadora... —dijo Grove desde el umbral.

Maura se dio la vuelta.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Lo siento, pero tengo que pedirte que la dejes en la habitación.

Ella lo miró.

—Así que ahora me vas a decir que se trata de un *off the record*, ¿no?

—Algo parecido.

Ella frunció los labios.

—De acuerdo, pero prométeme una cosa: sea lo que sea, fuera lo que fuera lo que hayas visto hoy en el laboratorio, me darás la exclusiva del asunto... cuando estés preparado.

Tras pensarlo un instante, Grove sonrió y dijo:

—Venga, vayamos a gastarnos el dinero de tu revista.

Salieron y cruzaron la calle hacia un establecimiento llamado el Black Bear Lounge.

El roto cartel de neón de la cerveza Schaffer que colgaba sobre la maciza y carcomida puerta de roble dio a Maura una pista de lo que iban a encontrar dentro. Era una de esas oscuras y mohosas tabernas que se disfrazaban de restaurante —del tipo que se encuentran en todos los campus universitarios— con estrechos reservados, lámparas emplomadas con cristales de colores y el suelo lleno de cáscaras de cacahuets. Unas cuantas cabezas de alce disecadas y unos esquíes cruzados añadían un toque de color local, pero esencialmente se trataba de un sitio donde se reunían los colegas para tomarse unas cervezas.

Okuda los esperaba en la entrada, y Grove preguntó a la camarera si les podía dar una de las mesas de atrás. La falsa rubia platino condujo al trío por entre las sombras mientras los Rolling Stones explicaban a todo volumen por qué el azúcar moreno sabía tan bien.

Se instalaron en un reservado del fondo y pidieron una ronda de bebidas: una cerveza de barril

para Okuda, una copa de Pinot Grigio para Maura y un whisky de malta, sin agua, para Grove. Maura preguntó entonces al criminalista si estaba dispuesto a explicarles lo que pasaba o si prefería mantener la intriga eternamente. Tras tomar un trago de su Glenlivet, Grove les indicó que la información que se disponía a facilitarles no era para consumo del público, y miró directamente a Maura a los ojos mientras añadía que resultaba sumamente irregular que un miembro del Buró revelara detalles de una investigación que seguía abierta. Ella se puso ligeramente a la defensiva: no solo tenía por costumbre comportarse como una consumada profesional cuando se trataba de confidencialidad, sino que las posibilidades de que alguna agencia de seguridad nacional se fijara en alguno de sus artículos de *Discover* resultaba más que remota.

Tras una larga pausa, Grove les habló por fin de la serie de asesinatos que estaban investigando. A diferencia de la mayoría de asesinos múltiples, que siempre reflejaban en sus crímenes algún tipo de necesidad psicosexual identificable, ese tipo seguía siendo un misterio a pesar de haber cometido ya siete asesinatos, y constituía el caso más difícil al que Grove se había enfrentado. A continuación les describió el modo en que el asesino daba caza a sus víctimas, aparentemente escogidas al azar, y cómo después las despachaba con algún tipo de arma punzante, una espada o una flecha. Por último, y en tono casi pedante, igual que un profesor que informara a sus alumnos de sus malas notas, les detalló la disposición post mortem de los cuerpos.

—¡Dios Santo! —exclamó Maura casi sin ser consciente de su propia voz.

—Es una coincidencia —soltó Okuda con los brillantes ojos fijos en Grove.

Este se encogió de hombros.

—Os enseñaré las fotos que los forenses tomaron en la última escena del crimen y me diréis si ese brazo alzado, esa posición supina y esa herida en el cuello, si todo eso es una simple coincidencia.

—No es posible, ¿verdad? —preguntó Maura.

Grove se encogió nuevamente de hombros.

—A ver, un momento. ¿Aquí de qué estamos hablando? —quiso saber Okuda.

Grove lo miró.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, nos has dicho que estás investigando una serie de homicidios que tienen una... ¿cómo lo has llamado...?

—Una firma, una constante.

—Eso, una firma. ¿Y eso qué significa? ¿Significa que esas víctimas se parecían mucho a nuestro Keanu?

Grove corrigió al joven asiático.

—No es que se parezcan mucho, es que son idénticas.

De repente, un escalofrío recorrió la espalda de Maura por la forma en que el criminalista había pronunciado la palabra «idénticas» y por aquellos almendrados ojos, hundidos en el esculpido y moreno rostro. Durante años, Maura County había hallado refugio —y puede que incluso soledad— en el barniz protector de la historia. El dolor y el salvajismo eran abstracciones. Sin embargo, de golpe, el trabajo que tenía entre manos se había convertido en algo más que simple carne congelada y huesos petrificados. En el lapso de un instante, el asunto había adquirido las dimensiones del allí y el entonces; del dolor real, de la sangre auténtica y del electrizante espanto. El cambio hizo que la periodista se tambaleara. Miró a Okuda y vio la incredulidad reflejada en los ojos del joven científico.

—Sigo sin entender por qué descartas la posibilidad de que se trate de una simple coincidencia

—dijo este tras tomar un trago de cerveza y contener un eructo.

—Técnicamente tienes razón —replicó Grove con un gesto de indiferencia—; pero, en este negocio, lo cierto es que uno lo sigue todo hasta sus conclusiones lógicas.

—Pero ¿dónde está la lógica aquí?

Grove contempló las huellas de los vasos en la mesa.

—Todo lo que tenemos ahora mismo es una conexión, una conexión visual y nada más.

—De acuerdo, ¿y...?

—Puede que nos enfrentemos a algún tipo de ritual, algún tipo de culto de esos que se inspiran en los ritos de los hombres antiguos.

Okuda apartó la vista unos instantes, pensativo, y Maura vio un destello en los ojos del joven asiático. Grove también lo vio, pero no dijo nada. Las manos de Okuda temblaban de nuevo, y Grove se preguntó cómo era posible que alguien con unos temblores tan acusados pudiera hacer trabajos delicados con el microscopio o cualquier aparato de precisión, al margen de si el temblor era un simple tic nervioso o algún tipo de reacción al giro que estaba tomando la conversación.

—Por otra parte —dijo Grove—, hay que contemplar la posibilidad de un imitador.

Maura se enderezó.

—Pero ¿cómo podría alguien...?

—Se han publicado fotografías, ¿no es así? Imágenes, mapas, diagramas, fotos de la postura de la momia, de su gesto.

Maura lo pensó unos instantes.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Crees que algún chalado vio al Hombre de Hielo en *Discover* y decidió recrear esa muerte una y otra vez?

—Es una posibilidad que no se puede descartar.

Okuda miró a Grove.

—¿Y qué más?

El criminalista dejó escapar un suspiro.

—¿Qué más? Pues también está el factor equis.

—Que significa...

—El factor equis es la conexión que todavía no hemos establecido.

—¿Y qué otra posible conexión podría haber?

—Todavía no lo sé.

—Escucha, aquí estamos hablando de los inicios de la Edad del Bronce —le recordó Okuda.

—Comprendo que...

—Eso son seis mil años atrás, ¿vale? En esa época no se habían planteado ni lo que era una rueda.

—Si no te importa, lo que me gustaría es que me lo contaras todo sobre esa época.

El científico tragó saliva como si le hubieran pedido que cruzara a nado el canal de la Mancha con un ancla colgada del cuello.

—Es un tema de lo más amplio, Ulysses.

Grove le obsequió con su mejor sonrisa.

—¡Pero si no tenemos que ir a ninguna parte!

Consumieron su primera ronda de bebidas bastante deprisa mientras Okuda describía cómo era el mundo en aquella época, hacía seis mil años.

El bar empezó a llenarse con ruidosos estudiantes y con hirsutos clientes locales que buscaban ahogar las penas de una solitaria noche. El volumen de la máquina de discos pareció ir en aumento

con cada banal canción pop, y Okuda tuvo que alzar la voz para hacerse entender. Explicó que la opinión general entre los arqueólogos era que el Hombre de Hielo tenía orígenes europeos, o al menos había nacido en Asia Central y que había llegado al continente norteamericano atravesando el estrecho de Bering. A juzgar por las herramientas halladas cerca del cuerpo, había muchas posibilidades de que se hubiera tratado de un hombre de las montañas de vida itinerante.

En un momento dado, la camarera regresó para preguntar si deseaban encargarse algo de comer. Nadie tenía hambre, pero pidieron otra ronda de bebidas. Cuando la mujer se hubo marchado, Okuda añadió:

—Podría haberse tratado perfectamente de un chamán, alguien que iba de pueblo en pueblo curando a la gente. Ya sabes.

Grove lo miró.

—Un curandero, ¿es eso a lo que te refieres? Okuda asintió.

—Ese es el motivo de que la Edad del Bronce sea una época tan fascinante desde un punto de vista antropológico, porque antes de ella la especialización no existía, como tampoco los oficios.

—¿A qué te refieres?

—A que antes de la Edad del Bronce, la gente lo hacía casi todo ella misma. Cultivaban, se ocupaban de sus hijos, construían sus propios refugios, cazaban... Básicamente hacían de todo. Pero, hará unos cuatro mil años antes de Jesucristo, la gente empezó a desarrollar especializaciones.

—¿Me estás hablando de ocupaciones?

—Exactamente. Podía llegar un tipo y construirte algo. Otro era bueno haciendo herramientas mientras que otro sabía reparar cosas. Eso lo cambió todo.

Grove reflexionó haciendo girar los cubitos de hielo en el vaso.

—Un curandero itinerante —murmuró.

—Naturalmente, no son más que meras especulaciones —prosiguió Okuda—, pero podemos averiguar mucho de él por los objetos que hallamos a su alrededor. Quedó tan bien preservado en esa cápsula de hielo, que conseguimos recuperar un montón de elementos que han cambiado nuestra forma de pensar, como por ejemplo la hoja del hacha.

—¿Qué pasa con ella?

Los ojos de Okuda se llenaron de entusiasmo.

—Hasta ahora, creíamos que las hojas de hacha de esa época eran de lo más primitivas, planas y sencillamente desbastadas golpeándolas sobre una piedra; pero la de Keanu tiene resaltes y un reborde. Es muy avanzada. Sería como descubrir el sepulcro de un caballero medieval y encontrarse con que tiene una escopeta de repetición del calibre doce.

—¿Se sabe algo de su lengua, de su religión o de sus creencias?

—Nuevamente no son más que especulaciones, pero es probable que hablara una lengua llamada indoeuropea. En esencia, la mayoría de las lenguas europeas de la actualidad provienen de esa raíz. En cuanto a su religión, yo diría que era politeísta, especialmente si tenemos en cuenta sus tatuajes.

—Háblame de ellos.

—No son como los tatuajes de hoy en día, que no son otra cosa que meros adornos; ya sabes: «Mamá», «Nacido para mi Harley» o esas cosas. Los tatuajes de Keanu están en ciertas partes de cuerpo que suelen quedar ocultas, como la parte baja de la espalda o el interior de los tobillos. Eso sugiere, al menos a mí, que estaban pensados para conferirle ciertos poderes sobrenaturales o algún tipo de protección.

La camarera regresó con las bebidas, y Maura aprovechó la ocasión para observar a Grove. El

criminalista estaba reflexionando, contemplando las sombras mientras la mujer limpiaba torpemente la mesa y reponía las bebidas. El silencio los envolvía como un velo, y durante mucho rato a lo largo del resto de la conversación, Maura se preguntó qué estaría cruzando por la mente de Grove.

¿Con qué oscura veta se habían topado?

El viento serpentea por entre el oscuro pasillo que forman los esqueléticos árboles. Sopla alrededor del chamán igual que una bruja aullándole al oído. Este da un paso cada vez, hundiendo sus botas rellenas de hierba seca en la nieve, hasta las rodillas. Tiene los pies entumecidos, y apenas puede verse las manos ante el rostro a medida que trepa por la grieta del glaciar. Casi ha llegado, se encuentra casi en la llanura.

Se detiene para recuperar el aliento.

Mirando por encima del hombro ve el valle de alerces extenderse en la distancia igual que la piel de un gran animal tendida sobre el territorio. El sol se acuesta en el horizonte entre centelleos color magenta y dorados. La temperatura desciende rápidamente. Pronto oscurecerá, y con la oscuridad llegarán nuevos peligros. Debe apresurarse.

Vuelve a oír el grito. Como siempre, empieza desde abajo y desde una gran distancia; después se va alzando en forma de un tremendo y ululante aullido que perfora el viento y despierta ecos en el valle, más abajo. Es un primitivo gemido de muerte —medio animal y medio humano— que penetra en la médula del chamán y le atraviesa el alma como una descarga. ¡Zzzap!

—¡Qué!

Grove abrió los ojos en la oscuridad de la habitación, con la cabeza hundida en la almohada y las sábanas hechas un lío en los pies.

Desde algún lugar de su derecha, la pálida luz de la luna penetraba en el cuarto del motel. Se estremeció. El sudor nocturno que había empapado los cobertores se había enfriado inexplicablemente en una helada corriente. Todavía podía escuchar aquel agudo sonido de su sueño, el horrible grito y los latidos de su corazón.

Se quedó tendido durante un incómodo momento, esperando a que la bendita realidad disolviera su pesadilla; pero algo lo importunaba desde el fondo de su mente. Parpadeó y contempló la oscuridad que lo rodeaba. Pequeñas partículas flotaban en la penumbra. Al principio le parecieron simplemente puntos de su adormecida visión, manchas en el fondo de sus dilatadas pupilas. Pero, cuanto más observó la oscuridad, más se dio cuenta de que estaba presenciando algo mucho más corpóreo que una simple ilusión óptica.

Nieve.

¡Nevaba dentro de la habitación del motel!

Grove tragó saliva y aferró los cobertores. Miró a un lado y a otro y vio que las paredes se habían desvanecido. Los latidos de su corazón se aceleraron cuando tomó conciencia de ciertos hechos innegables: de algún modo, gracias a un brusco giro de la realidad, su arrugada cama yacía en esos momentos en el ventisquero de una ladera de una montaña primordial, una enorme masa de granito que se elevaba en el cielo nocturno tras su patético cabezal de madera contrachapada.

Grove respiró entrecortadamente, y un aire helado entró en sus pulmones.

La luna neolítica brillaba igual que un rostro luminoso y siniestro en el paisaje alpino que lo rodeaba, y un viento gélido y furioso se arremolinaba alrededor de la incongruente y ridícula cama. Su respiración se interrumpió. Lo más extraño de todo, lo más difícil de explicar a los no iniciados, era que Grove había experimentado momentos parecidos a lo largo de su vida, especialmente en

épocas de mucha tensión, como cuando a los doce años tuvo una visión premonitrice de su mejor amigo muerto por un conductor que se había dado a la fuga; o aquella vez, durante su entrenamiento básico en el cuerpo, cuando se despertó una noche y se vio encadenado en la bodega de un barco de esclavos del siglo XVIII. Con los años, Grove había aprendido a suprimir aquellas visiones recurriendo a pequeños trucos físicos igual que alguien con el síndrome de Tourette-^[2] que aprende a morderse la lengua o a respirar más regularmente.

Sin pensarlo, Grove hizo de repente la única cosa que siempre había hecho de niño cuando visiones como aquella lo atormentaban por las noches: cerró los ojos.

En la ciega oscuridad, notó —«percibió» sería más exacto— una brusca entrada de aire a la que siguió como una potente succión hasta que la presión del aire del cuarto pareció recobrar la normalidad. Al abrir los ojos de nuevo se encontró de vuelta en su barata habitación individual para fumadores del Marriott, ligeramente iluminada por la claridad que precedía al amanecer y que penetraba por las polvorientas cortinas de persianilla.

Grove contempló a su alrededor la mesa de contrachapado de su izquierda, su traje cuidadosamente doblado encima del respaldo de la silla, el televisor Sony de veinticuatro pulgadas montado en una bisagra a su derecha. Se empapó de aquellos insignificantes detalles igual que un zarandeado marinero fija su vista en el horizonte, aferrándose a la promesa de la tierra. Vio la pequeña luz roja de seguridad del cuarto de baño y su móvil montado en el cargador, al lado del tríptico con la programación del canal de pago. Por alguna razón, la visión del diminuto punto verde brillando en el cargador lo devolvió definitivamente a la realidad. Dejó escapar una larga y dolorida exhalación.

Se sentó. Vestido únicamente con ropa interior, se dio cuenta de que tenía todo el cuerpo en carne de gallina. Le dolían los dientes. Le dolía la cabeza, y cientos de agujas le pinchaban los entumecidos y desnudos pies. Miró el reloj de la radio digital de la mesita de noche.

Indicaba las 5.11 horas.

Dejó escapar otro suspiro. Solo hacía unas pocas horas que había vuelto a su cuarto desde el Black Bear Lounge, pero se sentía como si desde entonces hubiera pasado por un largo y extenuante trayecto. «Ahora no es el momento —se recriminó en silencio—. Déjalo a un lado, olvídale. Tienes asuntos más importantes de los que ocuparte. Tienes una momia con la misma firma del asesino de un caso que sigue abierto. Pégate a la realidad, haz tu trabajo y olvídate de las malditas visiones.»

Pero «visión» resultaba una palabra sumamente inadecuada para lo que acababa de experimentar, algo que venía sufriendo de forma intermitente desde la escuela primaria. «Alteración dimensional» era más preciso, aunque todavía le sonaba demasiado a cuento de fantasmas para su mente forense. Quizá «episodio neurológico» fuera lo que más se aproximaba, aunque aquellas chifladuras suyas nunca habían sido objeto de diagnóstico. Esas visiones siempre formarían parte de su ámbito secreto.

Se levantó y se vistió. Ya era hora de que llamara a Geisel y le contara lo del Hombre de Hielo. Pero, antes de que tuviera tiempo de marcar el número de la casa de Geisel en Virginia, se dio cuenta de que era demasiado temprano para llamar allí.

Otro cartón doblado encima del televisor prometía a los huéspedes un delicioso desayuno continental en el salón desde las siete de la mañana hasta las diez en punto.

Grove bajó al desierto vestíbulo y descubrió un escaso buffet montado en una mesa lateral que incluía cajas individuales de cereales, un gran cuenco de plástico lleno de hielo y pequeños recipientes con leche y zumo de naranja, y un gran termo de acero inoxidable con café. Se sirvió un poco en una taza de plástico y se sentó solo a una mesa redonda para leer la edición matutina del

USA Today mientras la CNN parloteaba desde un televisor montado en el techo.

A las nueve en punto, Grove volvió a su cuarto y llamó a la residencia de Tom en Fredericksburg.

—¿Qué, cómo va el asunto de la momia? —quiso saber su superior después de intercambiar los saludos de rigor.

—La verdad es que el asunto de la momia es magnífico —le contestó Grove—. Mejor de lo que yo esperaba.

—Estupendo.

Se produjo una larga pausa.

—Tom, ¿estás sentado?

SEGUNDA PARTE

El umbral

Hay más cosas en la tierra y en el cielo, Horacio, de las que sueña tu filosofía.

Shakespeare, *Hamlet*

La cara oculta de la luna

El inofensivo rascacielos se alzaba en la esquina de una tranquila calle del adormecido barrio residencial de Restin, en Virginia. Los de dentro lo llamaban «el Annex», y era una imponente mole de espejo y acero que se erguía hacia un pálido cielo. Las madres a bordo de sus cuatro por cuatro y los chavales sobre sus monopatines pasaban ante la anónima fachada, ajenos a los estrictos procedimientos, los macabros pases de diapositivas y las morbosas conversaciones sobre la muerte que se desarrollaban en su interior.

El FBI había trasladado allí parte de sus actividades en 2002 como resultado de la repentina afluencia de fondos tras la paranoia del 11 de septiembre; en esos momentos, los pasillos bullían con la incesante actividad. La UCC tenía sus oficinas allí; estaba formada por un grupo de seis agentes encabezados por Terry Zorn.

—¡Eso sí que es una teoría! —se maravilló Zorn desde un rincón de su despacho, recostándose en su silla giratoria tras su abarrotado escritorio; se dirigía a Tom Geisel a través de un micrófono y unos auriculares inalámbricos. Las luces fluorescentes se reflejaban en su reluciente cráneo meticulosamente afeitado.

—Pues eso es todo lo que hay, Terry —zumbó la voz de Geisel en el auricular—. De hecho, no estoy seguro siquiera de que exista una teoría. En estos momentos se trata como mucho de una simple observación, un guiño interesante.

—Recuerdo que leí algo sobre el tema cuando se descubrió el maldito asunto. No recuerdo dónde fue. Quizá en el *National Geographic*. No sé.

—Da igual. Esa es la situación que tenemos.

—¿Y él qué quiere, Tom?

—Quiere trabajar en el caso. Quiere llegar hasta el fondo con esa momia.

—De acuerdo.

—La verdad es que ha sido culpa mía. Yo lo envié allí. ¿Quién podía imaginarlo? Es un buen hombre, Terry.

—¡Pues claro que es un buen hombre! ¡Y también un maldito prodigio! Si Ulysses Grove me dijera que existe una relación entre el asesino de Sun City y Papá Noel yo me lo creería.

Al otro extremo del hilo, Geisel dejó escapar un suspiro. Fue un sonido de exasperación, el sonido que hace un entrenador cuando ve que el partido está perdido. Zorn se deleitó secretamente. A sus cuarenta años, era uno de los criminalistas más jóvenes del departamento. También era un trepador y un manajo de ambición desde la punta de su elegante y calva cabeza hasta el extremo de sus botas de vaquero de piel de cocodrilo de mil dólares. Originario de Amarillo, licenciado por Texas y con un máster de Yale, seguía hablando con acento y arrastrando las palabras. Los policías lo adoraban, y en los escenarios del crimen interpretaba su papel de detective a la vieja escuela hasta el final.

—No estoy diciendo que no tenga fe en ese hombre —murmuró al fin Geisel—. Por lo que me han contado, y como dice Grove, esa momia puede esconder la clave de Sun City. Lo que digo es que hemos tenido a Grove al frente de ese caso durante doce meses y que ahora está trabajando allí arriba, solo y sin otra perspectiva. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Quieres que vaya.

—Sé que tienes un trabajo del demonio, Terry, y que están a punto de pasar revista.

—No le des más vueltas, Tom. Cogeré el primer vuelo que salga mañana.

—Te lo agradezco de verdad, Terry.

—¿Cómo has quedado con Ulysses?

—Me preguntó si podía enviarle alguna ayuda, y le dije que lo preguntaría.

—Estupendo, Tom.

—Lo cual me recuerda...

Entonces se produjo una pausa, y Zorn aguardó. Sabía que el viejo tenía debilidad por Grove, y probablemente lo mortificaba tener que segar la hierba bajo los pies de su protegido; pero para Zorn estaba claro que los días de Grove estaban llegando a su fin. El gran Ulysses Grove por fin había flaqueado y se encontraba en las tierras de Alaska investigando un viejo fósil cuando en realidad debería estar dedicado de lleno a elaborar un plan de respuesta rápido para cuando se produjera el siguiente escenario del crimen de Sun City.

—¿Qué te recuerda? —preguntó Zorn.

La pausa se prolongó un instante más, un suspiro más.

—Terry, oficialmente te mando con facultades de segundo de a bordo el caso de la momia esa. Recibirás las órdenes de Grove. Vas para ayudar. Que se vea. Pero, extraoficialmente, quiero que tomes nota de todo. Controla el caso y, si puedes, haz que Grove vuelva a lo de Sun City. La cuestión es que ahora eres mi hombre. A partir de ahora tendrás que ser mis ojos y mis oídos allí arriba. ¿Lo entiendes?

Zorn sonrió para sus adentros.

—Lo entiendo perfectamente, Tom.

Grove pasó el resto del día aprendiendo todo lo que se podía aprender del Hombre de Hielo. Fue a la biblioteca de la universidad con Okuda y recibió un baño elemental sobre la Edad del Bronce. Volvió al Laboratorio Schliemann y echó otro vistazo —aunque a través del cristal sellado— a la momia. Tomó unas cuantas fotos digitales y pasó una considerable cantidad de tiempo estudiando el descarnado rostro del Hombre de Hielo. Había algo en aquella cara, en aquellos abiertos y cerúleos ojos, que lo hipnotizaba. Quizá se debiera a la pesadilla de la noche anterior o quizá fuera el parecido con otras víctimas; el caso es que había algo en la fija expresión de la momia que lo fascinaba.

Se lo comentó a Okuda, y este le dijo que, en su opinión, podía tratarse de una pista del modo en que el chamán había muerto. Okuda creía que la momia había sido la víctima de un sacrificio. Los hombres de la Edad del Bronce adoraban muchos dioses de la naturaleza, incluyendo a deidades de las montañas, y creían que las ofrendas de sacrificios eran importantes y que afectaban a las cosechas, al clima o a los nacimientos. Según él, todo eso se sabía gracias al registro fósil y por las herramientas y materiales hallados junto a otras momias parecidas a Keanu. Además, recientes escáneres y análisis de imagen tridimensional efectuados en los órganos de la momia habían revelado que parte de su hígado y corazón habían sido extirpados una vez muerto, a través de una irregular incisión bajo las costillas, una herida que al principio se había creído que era resultado de una caída. Okuda veía en ello una prueba más de que se trataba de una especie de muerte ritual.

Tras un breve almuerzo en la cafetería del laboratorio —Grove no había tenido demasiado apetito y se había conformado con medio emparedado—, pasó varias horas en el reducido despacho de Okuda, situado en las entrañas del Laboratorio Schliemann, repasando los resultados de las

pruebas efectuadas en el Hombre de Hielo. Estudió las interminables secuencias de ADN que habían sido extraídas de la médula de la momia y repasó las placas de rayos X y los escáneres de la que se suponía era la herida fatal: la aguda incisión traumática de la nuca que había sido el anzuelo que le había hecho picar. Tras llamar por conferencia de larga distancia a Quantico y hacer que una de las secretarias le enviara por fax una serie de informes forenses sobre las víctimas de Sun City, el criminalista empezó a realizar comparaciones visuales entre la antigua víctima y las más recientes. Las heridas resultaron ser absolutamente idénticas. La única anomalía acabó siendo la falta de los órganos internos del Hombre de Hielo. A tenor de los informes forenses, las víctimas de Sun City estaban intactas por dentro.

Grove no pasó por alto ningún detalle ni consideró nada como irrelevante. Se enteró de que el Hombre de Hielo había llevado un extraño objeto: un pequeño pedazo de un hongo mohoso atravesado por una tira de cuero. El hongo contenía sustancias conocidas por su efecto antibiótico, lo cual para Okuda era señal de que el hongo formaba parte de la panoplia médica del curandero. Grove también examinó la exhaustiva reconstrucción en arcilla del rostro de la momia, así como sus botas de hierba y su ropa minuciosamente reconstruidas. Incluso sostuvo en la mano la pequeña hacha, que encontró curiosamente cómoda de sujetar, bien equilibrada y finamente trabajada. Según le explicó Okuda, desde un punto de vista místico, cada golpe del hacha del Hombre de Hielo participaba de lo sagrado. Matar una cabra montes o abatir una plántula habría estado relacionado con algún dios cuya propia hacha habría servido para bendecir el mundo; o puede que el acto hubiera emulado alguna figura mítica que hubiera cabalgado por los dominios del demonio.

Grove no estaba seguro de qué estaba buscando, pero tenía la impresión de que, cuanto más supiera acerca de los orígenes y entorno de la momia, mejor podría reconstruir su asesinato y al final establecer las conexiones que lo relacionaban con Sun City.

Aquella noche trabajó durante la hora de la cena mientras picaba distraídamente de una ración de chopsuey que Maura le había llevado del campus. La periodista había estado en contacto con él y con Okuda durante todo el día, animándolos y preguntándoles si necesitaban algo. Poco a poco, y de un modo bastante sutil, Grove había empezado a apreciar a aquella joven rubia y medio punk. Bromeaba con ella y, cuando aparecía, agradecía su buen humor; además, tenía la impresión de que era correspondido y que ella se interesaba por él.

Esa noche, alrededor de las nueve, apareció en el despacho de Okuda con los brazos en jarras y una burlona sonrisa.

—¿Qué? ¿No crees que es hora de que lo dejes por hoy? —le preguntó.

Grove se enderezó frotándose la nuca.

—No es mala idea. Me estoy quedando bizco.

Ella le preguntó dónde estaba Okuda.

—Se ha marchado a casa y me ha abandonado.

—Vamos. Te invito a una taza de café —le propuso—. Hay algo que me gustaría comentar contigo.

Apagaron las luces y cerraron el despacho con llave.

Maura acompañó a Grove con el coche hasta el motel —donde encontraron la cafetera todavía humeante y medio llena de un rancio brebaje— y se instalaron en las mesas del vestíbulo que daban a las ventanas. Las luces de los vehículos que pasaban se reflejaban en sus rostros entre el ruido de los neumáticos que aplastaban la nieve. Grove se frotó los fatigados ojos.

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo —dijo finalmente con un suspiro.

—Pues bienvenido a mi mundo —murmuró Maura.

El le sonrió.

—¡Qué dices! A mí me pareces de lo más organizada y racional.

Ella se echó a reír, y el sonido de su voz —esa ronca, alegre y despreocupada risa— tocó una fibra en lo profundo de Grove. El vio en los azules iris de la periodista un destello dorado, y de repente sintió algo que no había experimentado desde la muerte de su esposa y que lo inquietó: atracción hacia aquella joven con aspecto de huerfanita, una atracción tan real y cálida como la corriente eléctrica que lo recorría y que hacía que añorara a su mujer todavía más.

—Me han llamado muchas cosas, pero «racional y organizada», nunca.

—Me dijiste que querías hablar conmigo de algo.

—Sí. Es una idea, puede que un nuevo enfoque de este asunto para cuando estés listo para hacerlo público.

—Adelante.

—Puede que sea una pérdida de tiempo. No lo sé. Pero se me ha ocurrido, con tu permiso.

—Te escucho.

Maura encendió un cigarrillo y expulsó el humo apartándolo del rostro del criminalista.

—Para serte sincera, saqué la idea de la página web del FBI.

—Cuéntamela.

—La base de datos que utilizan los agentes del FBI, ¿cómo se llama, PDCB?

—Se llama PDCV, que significa Programa de Detención de Criminales Violentos.

—Así es, PDCV. Lo siento. En fin, el caso es que se me ha ocurrido, ¿por qué no crear una base de datos parecida en la historia antigua?

Grove le contestó que no la seguía.

—De acuerdo. Pongamos por caso que pudiéramos mandar una carta, un correo electrónico o lo que sea a toda la comunidad arqueológica.

—¿Es eso posible? ¿A toda la comunidad?

Maura se encogió de hombros y dio otra calada a su cigarrillo.

—Se lo pregunté a Michael Okuda, y me dijo que tiene una lista de correspondencia de lo más nutrida. Bueno, ¿qué te parecería si nos dirigiéramos a toda la comunidad y les preguntáramos si tienen alguna prueba de asesinatos parecidos? ¿Ves adonde quiero ir a parar con esto?

Grove la miró.

—¿Qué te hace pensar que vamos a encontrar asesinatos parecidos?

—No lo sé. Quizá no sea más que una corazonada. Quizá no encontremos nada. Es solo que pensé que resultaría fascinante. ¿Qué opinas?

Grove se levantó y empezó a caminar por el desierto vestíbulo del motel. En la recepción no se veía a nadie, y de las oficinas interiores salía el rumor apenas audible de un televisor. El criminalista pensó en su pesadilla, cuya inquietante e intensa cualidad seguía presente en su cerebro. En aquel sueño, él había sido el Hombre de Hielo, él había sido la víctima para el sacrificio, el resultado de un destino cruel e inexorable.

Al final se volvió y miró a Maura County, que seguía sentada al lado de la ventana, esperando su respuesta con sus azules ojos salpicados de dorado. Grove le sonrió y dijo:

—Tengo que admitir que se trata de una idea muy interesante.

Aquella noche, a mil quinientos kilómetros más al sur, justo en las afueras de Las Vegas, al borde del desierto, cerca de la reserva india de Moapa River, la parada para camiones Masón Dixor surgía bajo el resplandor de un centenar de lámparas de sodio.

La iluminación era tan intensa, tan constante y general, que las estrellas del vasto cielo de Nevada resultaban invisibles en un radio de quinientos metros. En lo alto revoloteaban miles de polillas del tamaño de nueces que zumbaban y chocaban con un ruido que apenas se oía a causa de la música ambiental que sonaba en el aparcamiento. Una serie de surtidores —doce de diesel y ocho de gasolina— se repartían por el área de cemento blanqueado. Solo había un vehículo estacionado ante uno de ellos: un Honda Odyssey de color verde claro. El conductor, una mujer de cuarenta y tres años y madre de dos hijos llamada Carolyn Kenly, acababa de apagar el motor.

Se apeó del vehículo y caminó rápidamente hacia el restaurante y el mini supermercado. Ataviada con un vestido sin mangas de tela vaquera se movió con la energía y determinación propias de una mujer que está sola a altas horas de la noche, con la mirada fija en la entrada, y las sandalias coqueteando rítmicamente. Luego desapareció en el interior del establecimiento.

Un breve momento fue todo lo que el asesino necesitó. Surgió de entre las sombras de un contenedor de basura y cruzó el iluminado aparcamiento con la cabeza alta y los brazos a los lados, con la mayor naturalidad. Era un hombre alto y fibroso, con el enjuto rostro manchado de suciedad. Llegó hasta el todoterreno verde claro y se detuvo ante la parte delantera, mirando a un lado y a otro para asegurarse de que nadie observaba. Sus movimientos fueron precisos y diestros a pesar de que iba vestido con harapos y apestaba a sudor y a heces secas. A lo que anidaba en su interior no le interesaba la higiene, solamente su elevada finalidad.

El asesino sacó una navaja de campo del bolsillo trasero de su sucio y desgarrado pantalón caqui, se agachó ante el neumático delantero izquierdo, se deslizó bajo el chasis y trabajó velozmente. La tarea no le llevó más de un minuto, treinta segundos como mucho. Localizó el cable adecuado y lo cortó de un solo tajo.

Cuando la mujer del vestido sin mangas regresó al vehículo, el asesino ya había vuelto tras el contenedor de basura, donde se hallaba su vehículo, un Mercedes SL-500 al ralentí, aparcado en la oscuridad. El interior hedía a orines, a comida descompuesta y a sudor; pero el asesino apenas lo notaba.

El Honda salió de la parada para camiones y enfiló por la Highway 15.

El asesino lo siguió.

Los siguientes treinta minutos fueron como un juego. El asesino se mantuvo tras el todoterreno, con los faros apagados, guardando la distancia suficiente para permanecer sumido en la oscuridad del desierto. La mujer llamada Carolyn Kenly conducía por encima del límite de velocidad, y parecía tener prisa por llegar a alguna parte. El asesino observó detenidamente cuando el cable roto hizo su efecto, y la trasera del Honda empezó a serpentear. Brillaron las luces de freno, y el vehículo se detuvo a trompicones en un lado de la carretera.

El asesino llevó a cabo su plan con tremenda precisión y aplomo. Se detuvo en la cuneta aproximadamente a unos quinientos metros detrás del todoterreno y apagó el motor. El arco, el carcaj y las herramientas se hallaban en el maletero. Los cogió, se echó el carcaj a la espalda, se ciñó el cinturón de herramientas, cogió el arco con la mano izquierda y se encaminó hacia el Honda.

El desierto estaba tan negro, en el cielo había tantas miríadas de estrellas que era como caminar por el lado oscuro de la luna.

El asesino solo tardó cinco minutos en alcanzar el averiado todoterreno y a la frenética mujer. El Honda tenía el capó levantado. La conductora se hallaba en el interior, hablando por el móvil con alguien, seguramente su marido o quizá el empleado del Masón Dixon. Poco importaba. El asesino recogió del suelo una piedra y la lanzó contra la parte trasera del coche.

El sonido sonó igual que un disparo, e hizo que la mujer diera un respingo, como si alguien la

hubiera golpeado en la nuca. Acto seguido, llevada por el instinto, abrió la puerta, saltó del vehículo y tropezó. El asesino la observó oculto tras unos altos cactus. La mujer seguía aferrando el móvil y hablando por él mientras cruzaba la desierta carretera y se adentraba en la escabrosa vegetación, tambaleándose.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha sido eso? —balbuceó en el teléfono mientras seguía avanzando—. ¡Danny! ¿Puedes oírme? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha sido eso? ¡Danny! ¡Dannyyy!

El asesino se acercó.

Apenas a veinte metros detrás de la mujer, corriendo a grandes zancadas por la endurecida arena y sin aminorar el paso, se llevó la mano a la espalda, como si fuera a rascarse, y la metió en el carcaj. Aquel movimiento le salía cada día mejor. Con un único y grácil gesto, sacó la flecha, la colocó en el arco, lo tensó como un muelle y se lo llevó a la altura de la cara. La cuerda crujió. Contuvo el aliento, apuntó y disparó.

La flecha siseó en la oscuridad de la noche.

Alcanzó a la mujer en la nuca con tanta fuerza que la levantó del suelo. De los labios de la víctima salió un quejido que sonó como el aire que es expulsado de un globo, y ella se derrumbó en el suelo como un guiñapo, como la muñeca de trapo tirada por un niño malcriado.

El asesino se acercó.

Carolyn Kenly se aferró a la vida durante unos minutos; durante ese tiempo, mientras boqueaba en busca de aire y se ahogaba en su propia sangre, retorciéndose por el dolor que produce una vértebra fracturada, pensó en sus hijos, pensó en su marido, en sus veintidós años de matrimonio, y pensó en los sueños y en los proyectos que ya no se harían realidad. Pero, sobre todo, escuchó los amortiguados pasos que se acercaban.

La mujer expiró justo cuando el asesino entraba en su campo de visión y sacaba del cinturón de herramientas unos alicates con el mango revestido de caucho.

De nuevo Grove no podía dormir. Aparte de tomarse una pastilla —cosa que solo hacía en casos extremos—, lo había intentado todo, pero sin resultado. Había visto los anuncios de la televisión, había caminado por el cuarto y encendido el ventilador de la calefacción para tener un ruido de fondo, pero nada había dado resultado. La habitación del motel, con su moqueta de color naranja oscuro y su fea acuarela de una marina, era como el interior de un bombo, y los latidos del corazón de Grove resonaban en su interior, aporreándole los oídos y manteniéndolo despierto. Su mente se resistía a desconectar.

Una serie de imágenes y sentimientos se repetía en su cerebro: la visión de hallarse en una antigua montaña, rodeado de nieve; el destello dorado en los ojos de Maura County, el fragmentario recuerdo de la última vez que se había masturbado, cuando una inesperada lágrima le había corrido por la mejilla y se había mezclado con las gotas de semen de su mano. Al final, alrededor de las cuatro de la madrugada, abandonó todo intento de dormir y se levantó.

Durante las siguientes horas, hasta que el amanecer hizo retroceder las sombras y envió sus primeros rayos a través de los estores, el criminalista se quedó sentado al escritorio, estudiando las notas del proyecto Hombre de Hielo, las copias de las radiografías y los expedientes de los asesinatos de Sun City. Las pistas se encontraban allí, ocultas entre aquellos documentos; pero las respuestas seguían estando fuera de su alcance; igual que una palabra en la punta de su lengua, un nombre o un lugar inaccesibles.

En algún momento de alrededor de las seis de la mañana, sonó su móvil, y cuando respondió no le sorprendió escuchar el campechano tono de Terry Zorn en sus oídos.

—Espero no haberte despertado —chisporroteó la voz.

—Hola, Terry. No. Ya estaba despierto.

—¿Cómo va todo por el Gran Norte?

—Hace frío.

—Tengo entendido que te has agenciado una momia o algo parecido.

—Bueno, sí. Es una larga historia.

—Me encantaría escucharla. ¿Qué tal? ¿Te apetece un poco de compañía?

—Sí. Estupendo. Tom mencionó que quizá podría apartarte del francotirador de Baltimore.

—Soy todo tuyo, colega.

—Estupendo.

—Tengo previsto salir de Dulles a las nueve y media y llegar a Anchorage alrededor de la una, hora de Alaska. ¿Hay alguna posibilidad de que me recojas?

—Claro. Estaré encantado. Dame el número de tu vuelo.

Zorn le dio la información, y Grove se despidió tras desearle un buen vuelo.

Cuando cortó la comunicación, notó el cosquilleo de la tensión nerviosa en el estómago. Ya había trabajado otras veces con Zorn y respetaba las habilidades del tejano; sin embargo, había algo en él que siempre lo había preocupado. Quizá fuera el sutil desprecio que flotaba bajo la superficie de sus constantes bromas, o la leve chispa de hostilidad que anidaba en su mirada; además, su apariencia de buen chico siempre lo había puesto nervioso. Zorn fue el que extendió por Quantico la broma de que Grove tenía pinta de miembro de la Nation of Islam. Los dos hombres habían trabajado en el caso del asesino Cara Feliz y Zorn había demostrado ser un colaborador competente; sin embargo, sus constantes bromas habían acabado con la paciencia de Grove.

¿Se estaría mostrando demasiado quisquilloso? ¿Era acaso excesivamente susceptible ante aquellas cosas? A veces se preguntaba si su sensibilidad tendría su origen en la niñez.

Ulysses Grove provenía de un entorno de culturas enfrentadas, de un entorno dislocado. Había crecido en un barrio obrero del sector norte de Chicago y se había educado en la escuela pública, entre gente que prefería la conformidad a la individualidad. Sin embargo, el joven Ulysses no lo había tenido fácil a la hora de encajar: su padre jamaicano, George Grove (apellidado originariamente Groviere) ya no era más que un mal recuerdo desde el día de su nacimiento; y su madre, Vida, que no resultaba precisamente ninguna Carol Brady^[3], había insistido en vestir a su hijo con túnicas multicolores, trajes folclóricos y enviarlo al colegio cargado de adornos tribales. En las raras ocasiones en que los amigos de Ulysses iban a verlo a su casa, ella les servía platos de la cocina tradicional de Kenia y, en lugar de poner cubiertos, hacía que los chicos utilizaran el tradicional *injera* —una especie de torta de pan con la consistencia de la piel humana— para que cogieran la comida. Aquello había convertido a Grove en objeto de toda clase de bromas, pero la mujer era demasiado orgullosa para integrarse y siguió vistiendo a su hijo como le dio la gana.

Toda aquella presión cultural fue responsable en gran medida de que Grove acabara distanciándose de su madre. En esos momentos, con casi ochenta años, la mujer vivía sola en el mismo apartamento de Chicago, rodeada de sus reliquias tribales; pero Grove no la había visto desde hacía años. Había dicho definitivamente adiós a ese estilo de vida cuando se había marchado a la Universidad de Michigan, a finales de 1970. Luego, a medida que se había ido integrando —primero en el ejército y después en el FBI—, su resentimiento hacia la insistencia de su madre por mantener las raíces étnicas no hizo sino aumentar.

En ese momento de su vida intentaba pensar en ello lo menos posible, y esa era la razón de que

estuviera apretando nerviosamente las distintas presintonías de la radio de su coche de alquiler mientras conducía hacia el sur por la Highway 3, camino del aeropuerto internacional de Anchorage.

Todo lo que pudo encontrar fue música country o molestas tertulias políticas de tinte conservador, de modo que al final apagó la radio y se concentró en llevar el Nissan Máxima por entre los cañones de granito que bordeaban las afueras de Anchorage. El sol primaveral había traspasado las nubes hacía unas cuantas horas, y en esos instantes el áspero paisaje parecía estar derritiéndose ante los ojos de Grove. La carretera rebosaba de coches, y el criminalista tuvo que entrecerrar los ojos para protegerse del resplandor y poder leer los carteles indicadores.

Vio el símbolo de un avión y enfiló por la siguiente salida. Diez minutos más tarde metía el coche en el aparcamiento para estancias breves que había al lado de la terminal. Se apeó y cogió el túnel subterráneo que comunicaba con el edificio. Una escalera mecánica lo llevó hasta el ruidoso bullicio del vestíbulo. Consultó el papel donde había anotado el vuelo de Zorn y la puerta de llegada.

Grove encontró al tejano de pie, hablando por teléfono junto a una cabina telefónica, con una bolsa para trajes sobre el hombro y el sombrero de vaquero ladeado sobre su calva cabeza mientras tomaba notas. Sus ojos se iluminaron cuando vio a Grove que se acercaba.

—Un momento, Tom, no cuelgues —dijo por el micrófono y, a continuación, tendió la mano a Grove—. Aquí está.

—¿Qué tal, Terry? —dijo Grove estrechándosela.

El apretón de Zorn fue firme y seco.

—Enseguida estoy contigo —le dijo este, alzando un dedo y volviéndose—. Entiendo lo que me dices, Tom, pero no te preocupes. Cuando llegemos esta vez, estará todo más fresco que una rosa. —Zorn soltó una carcajada de complicidad que, por alguna razón, hizo que Grove apartara la vista—. Además, ya estamos en el maldito aeropuerto. Todo lo que tenemos que hacer es tomar un enlace hasta allí abajo, ¿no? ¿Qué te parece? Te llamaremos desde la escena del crimen. Hasta luego, Tom. —Zorn cerró el auricular y se volvió hacia Grove—. ¿Te apetece tomar un avión?

—¿Qué?

—Me acaban de llamar de Quantico. Sun City ha vuelto a las andadas.

—¿Dónde?

—A unos kilómetros de Las Vegas. —Zorn le dio una amistosa palmada en la espalda y a continuación se dirigió hacia la hilera de monitores donde aparecían las salidas—. Te contaré los detalles por el camino —añadió hablando por encima del hombro.

Grove suspiró y lo siguió.

Victimología

Permanecieron sentados en la parte de atrás del 767 de Alaskan Airlines mientras el avión ascendía con un rugido y efectuaba un cerrado viraje hacia el sur haciendo que la cruda luz del sol entrara a chorros por las ventanillas. Las turbulencias sacudieron los armarios del techo y las taquillas, y Grove se aferró a sus notas.

Zorn se hallaba instalado a su derecha, repasando su libreta.

—Consideraciones jurisdiccionales al margen, la sección de Homicidios de Las Vegas ha sido la primera en hacerse cargo.

Grove lo miró.

—¿Y la zona donde fue arrojado el cadáver?

Zorn miró sus notas.

—Una zona del desierto no incorporada.

—Eso me suena a policía del estado.

Zorn asintió.

—Sí, pero no están hechos de la misma pasta que la policía de Las Vegas.

Permanecieron en silencio durante un rato, hasta que finalmente Grove preguntó quién había atribuido a Sun City la muerte del desierto.

—Supongo que los primeros que se hicieron cargo debieron de reconocer la firma —contestó Zorn repasando sus apuntes—. Fue un tal capitán Hauser.

—Me has dicho que le víctima ha sido una mujer, ¿verdad?

—En efecto. Ya tienen una identificación. Cuarenta y tres años de edad, blanca, de nombre Carolyn Kenly, casada, madre de dos hijos, residente en Henderson, Nevada.

—¿Hay algo de ella en alguna parte?

—Nada. Una simple mujer. De nuevo parece haber sido seleccionada al azar.

Se produjo otro silencio. Grove no podía quitarse de la cabeza la imagen del Hombre de Hielo. Al final, se volvió hacia Zorn y le dijo:

—¿Volvemos a encontrarnos ante una aguda herida en las cervicales?

Zorn asintió de nuevo.

—Eso parece. No hay balística y tampoco se ha encontrado ninguna arma de fuego. Los forenses ya se han puesto manos a la obra.

—¿Hora de la muerte?

Zorn consultó sus notas.

—A ver... Parece que fue entre la medianoche y las tres de la madrugada.

—¿Una aguda incisión?

—Exactamente.

—¿Y la colocación, la postura del cuerpo?

—Todavía no tenemos los detalles, pero sí, parece que tienen entre manos a Sun City.

Grove contempló por la ventanilla el océano de nubes que se extendía por debajo del avión. De tanto en cuanto, el manto se abría y aparecía la vasta extensión de oscuras montañas. Grove contempló el agreste territorio que pasaba bajo las alas y se preguntó si tendría que haber llamado a

Maura County para avisarla de su inesperado viaje. Realmente no estaba obligado a mantener informada a la periodista de todos sus movimientos; pero de algún modo, aquella joven había dejado de ser la simple entrevistadora de una desconocida revista científica y se había convertido en una colega; aunque quizá la palabra «colega» no fuera exacta. Hacía tanto tiempo que Grove no se enfrentaba a esos sentimientos que no estaba seguro de cómo interpretarlos. Lo único que sabía era que no se quitaba de la cabeza a aquella joven rubia.

El resto del vuelo hasta Las Vegas transcurrió en un incómodo silencio. Zorn hizo alguna que otra broma acerca de la momia, y Grove le preguntó otros detalles del asesinato de Las Vegas; pero, al margen de aquello, estuvieron callados casi todo el viaje. La azafata de vuelo se les acercó en un par de ocasiones, una para preguntarles qué deseaban beber y la otra para servirles la comida; aparte de eso, el resto del vuelo resultó de lo más anodino. Sin embargo, Grove no pudo quitarse de la cabeza la impresión de que Zorn ocultaba algo. En todas sus bromas, en todos sus comentarios había una nota cortante.

El avión comenzó su descenso hacia el Aeropuerto Internacional McCarran alrededor de las seis de la tarde, mientras las luces del atardecer teñían el cielo de colores pastel.

Tras un suave aterrizaje, los dos criminalistas bajaron a toda prisa del avión y cruzaron la pista; notaron de inmediato el cambio de clima. El aire resultaba cálido y ventoso, un fuerte contraste con el frío pegajoso de Alaska. Pasaron por la bulliciosa terminal y se dirigieron a la zona de taxis haciendo caso omiso de las máquinas tragaperras que parecía haber por todas partes.

—¿Sabes si Tom pidió a los tipos de la policía que hicieran fotos de la gente que estuvo en la escena del crimen? —preguntó Grove mientras ambos se ponían en la cola para coger un taxi.

Zorn lo miró.

—¿Crees que ese tío es un espectador?

—Creo que aquí nos enfrentamos con muchos significados, con muchos rituales y ceremonias.

Zorn meneó la cabeza.

—No creo que nuestro asesino sea tan estúpido como para quedarse en la escena del crimen.

—No es cuestión de estupidez o inteligencia, sino de que forme parte de la experiencia.

Un taxi amarillo se detuvo ante ellos. El cartel luminoso del techo anunciaba: bare assests gentlemen's club. all nude review. Los dos agentes se acomodaron en el asiento de atrás, y Zorn dijo al chófer que tenían que ir al palacio de justicia de la ciudad, que era donde tenía su sede la Unidad Especial de Crímenes Violentos de la Policía de las Vegas. El conductor, un paquistaní tocado con una gorra de béisbol, bajó la bandera y arrancó.

Durante el trayecto hacia la ciudad, Zorn dijo:

—En mi opinión, nuestro hombre es un artista, un profesional, alguien muy cuidadoso.

Grove miraba por la ventana.

—Pero hay algo más profundo que tiene que ver con él.

—¿Eso te lo ha contado la momia?

Grove se volvió.

—¿Cómo has dicho?

—Solo estaba bromeando, hombre.

Unos minutos más tarde se detuvieron delante del edificio de los tribunales, una gran construcción de piedra que se alzaba hacia el pálido cielo del desierto. Sus ventanas resplandecían bajo el sol.

Zorn pagó al taxista, y los dos criminalistas se dirigieron a la entrada. El vestíbulo se hallaba desierto salvo por los dos guardias de seguridad que flanqueaban el arco detector de metales. Grove

y Zorn mostraron sus identificaciones, pasaron por el detector y siguieron por el pasillo principal. Una puerta de cristal rotulada con las iniciales DPLV del Departamento de Policía de Las Vegas los llevó hasta otra zona de recepción donde fueron recibidos por una mujer de mediana edad con gafas de gruesos cristales. Zorn se identificó. La mujer apretó en un tablero el botón de un intercomunicador interior y avisó al capitán de que los dos criminalistas acababan de llegar; a continuación, asintió y colgó.

—El capitán Hauser estará enseguida con ustedes —dijo antes de volver a su máquina de escribir.

Grove se volvió hacia Zorn y le dijo por lo bajo:

—Por si no lo sabías, la momia me contó un montón de cosas sobre Sun City.

Zorn lo miró.

—¿Por ejemplo?

—Pues que los asesinatos no han sido improvisados.

—¿Me estás diciendo que han sido premeditados?

—Estoy diciendo que hay un simbolismo en todos ellos, y que para la momia resulta relevante.

—Ya... ¿Qué más?

—Todavía no la tengo, me refiero a la conexión, pero estoy cerca.

Tras un largo momento, Zorn sonrió maliciosamente.

—Quizá estés demasiado cerca.

Grove apartó la mirada.

—Lo que tú digas, Terry.

El capitán Hauser, de la Unidad de Crímenes Violentos del DPLV, un hombretón con un gran bigote de morsa y varios tatuajes de marinero en sus bronceados antebrazos, acompañó en coche a los dos criminalistas hasta la escena del crimen.

La víctima había sido encontrada en un campo, a unos veinte kilómetros al nordeste de la ciudad, cerca de la Base Nellis de las Fuerzas Aéreas. La mujer había sido arrojada o dejada por muerta a unos treinta metros de la carretera. Su cuerpo había sido hallado por un rancharo que había salido antes de que amaneciera para reparar un cercado. Con la primera llamada de aviso, la policía envió un coche patrulla al lugar del suceso. El patrullero echó un vistazo al mutilado cuerpo y llamó enseguida a la división de investigaciones.

Al salir el sol, la zona se había convertido en un hervidero de policías y técnicos forenses.

Eso había ocurrido casi doce horas antes. Sin embargo, en esos momentos, mientras el Crowr Victoria sin distintivos de Hauser se acercaba a la escena del crimen, el número de vehículos de las fuerzas del orden y del laboratorio que ocupaban más de medio kilómetro de la carretera del desierto apenas había disminuido. Una multitud de luces centelleantes brillaban en la distancia, y los flashes destellaban en el distante paisaje.

Zorn iba sentado delante, en el asiento del conductor; y Grove detrás, mirando el sombrero del vaquero, sintiéndose ridículo, pequeño y fuera de lugar. Los dos hombres se habían pasado el trayecto discutiendo, y el ambiente dentro del vehículo se podía cortar con un cuchillo.

—¿Y qué pasa si no hay ninguna relación? —quiso saber Zorn que miraba por la ventanilla y cuyo tono era tenso por el enfado—. ¿Qué pasa si no estamos más que ante un pirado que se ha suscrito a *National Geographic*? Eso es lo que estoy intentando que te entre en esa dura mollera que tienes.

Grove observó los destellos azules que se acercaban.

—Hay una relación —murmuró.

—¡Pero si no es más que una maldita momia, Ulysses! ¡Un fiambre de más de seis mil años!

—La postura es idéntica.

—¿Y qué?

—Mi experiencia me dice que hay que seguir todas las pistas.

El tejano meneó la cabeza.

—Claro. Y mientras tú te dedicas a tus cuentos de ciencia ficción, ese asesino se nos marcha a Disneyland.

A Grove le entraron ganas de atravesar el respaldo del asiento de Zorn de un puñetazo.

—Terry, tú quieres decir algo. ¿Por qué no lo dices de una vez?

—Te lo estoy diciendo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Te lo estoy diciendo.

—No. Creo que no. Me parece que no estás diciendo lo que realmente piensas.

—¿Cómo? ¿Ahora me estás psicoanalizando?

—¡Por amor de Dios, ya basta! —tronó Hauser de repente, clavando los frenos en la cuneta y deteniendo el coche en una nube de polvo—. Miren, los llevo escuchando discutir desde que hemos salido y ya estoy harto. Pensaba que trabajaban en el mismo equipo.

Zorn contemplaba la oscuridad de la noche. Sacó del bolsillo unos guantes de látex y se los puso.

—Forma parte del procedimiento, jefe. Así es como trabajamos.

—¡No me jodan! —exclamó el capitán.

—Dilo de una vez, Terry —lo apremió Grove desde el asiento de atrás mientras también se ponía los guantes que guardaba en una bolsa para bocadillos.

—¿Qué quieres que diga? —Zorn se enfundó los guantes con un restallido.

—Sencillamente di lo que quieras decir.

—Esto es ridículo.

Zorn abrió la puerta y se apeó flexionando los dedos dentro de los guantes. Grove lo siguió, y el capitán se quedó en el automóvil para fumarse un cigarrillo o para descansar de las discusiones de los enfrentados agentes del FBI.

Los dos criminalistas cruzaron la carretera que estaba bloqueada por bengalas y vallas de madera. La cinta amarilla que delimitaba la escena del crimen se agitaba en la brisa nocturna. Cruzaron el seco lecho de un arroyo y se encaminaron hacia el amplio círculo de luz de tungsteno que brillaba a unos treinta metros de distancia. Los técnicos forenses seguían afanándose alrededor del cuerpo sin vida. Había una ambulancia cerca, con las puertas abiertas. Los reflectores de alta potencia volcaban su resplandor sobre los restos humanos.

Mientras caminaba hacia ellos, Grove notó que la furia le hacía un nudo en las tripas.

—¿Por qué no lo sueltas de una vez?

Zorn se detuvo, dio media vuelta, se encaró con Grove y gruñó entre dientes.

—¡Muy bien, tú lo has querido! No eres más que un payaso. Estás acabado, quemado. No tienes ninguna credibilidad.

—¿Así que soy un payaso? ¿Es eso?

—Sí. Eso es. ¿Por qué, si no, crees que Geisel te encargó lo de esa maldita momia?

—Soy un payaso.

—Afróntalo, colega. Tus días de gloria son cosa pasada. Hace tres años que no ayudas a

resolver ni un maldito caso, y el de Sun City se está convirtiendo en el ridículo de toda la División. Y ahora, por si fuera poco, la momia esa se ha convertido en la guinda que corona el pastel.

—¿Quieres dejarlo, Terry? ¿Quieres volver a casa? Por mí no hay problema.

—No lo has entendido, colega. Si alguien se va a marchar a casa, ese vas a ser tú.

Grove se echó a reír.

—¿Ah, sí? ¿Yo voy a irme a casa? ¿Voy a irme a casa ahora, Terry?

—Pues sí.

—Así que voy a irme a casa... ¿Y tú, Terry, cuántos casos has resuelto últimamente?

—¡Vete a la mierda!

—¡Ah, esa sí que es una buena rép...

Grove se disponía a pronunciar la palabra «réplica» con toda la mala uva de la que era capaz cuando algo se la quitó de los labios. Permaneció en el sitio un momento, mirando más allá de Zorn, hacia el círculo de luz que iluminaba el oscuro campo. No se podía mover. Contemplaba el cuerpo que yacía bajo los focos a unos quince metros de distancia. Lo contempló fijamente y notó que la revelación se agitaba en su interior igual que una lombriz. Zorn decía algo desagradable, pero Grove ya no podía oír nada más aparte del zumbido de sus oídos. Fue entonces cuando comprendió que había descubierto la clave de Sun City, la conexión entre la momia y los crímenes de las últimas temporadas.

—¡Grove! ¡Eh, Grove! —espetó Zorn.

Grove se volvió hacia el tejano y dijo con mucha calma:

—Que todo el mundo se aparte.

—¿Qué?

—Que todos, incluido el forense, se aparten. Quiero a todo el mundo lejos.

Echó a andar hacia el cuerpo.

Zorn corrió tras él y lo agarró del brazo.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? ¿Has visto algo?

—Haz que se aparten —repitió Grove haciendo chasquear los guantes al ponérselos y acercándose al grupo de gente que se arracimaba alrededor del cuerpo. Había media docena de especialistas: dos detectives del DPLV vestidos de civil, uno de los enfermeros de la ambulancia, un patólogo, un técnico en pruebas del FBI y el forense, un hombre de cabello entrecano vestido con una bata blanca. Zorn sacó su placa y la mostró.

—Amigos, este es el agente especial Grove, de la Unidad de Crimen Múltiple. Yo soy el agente especial Zorn y los dos les estaríamos muy agradecidos si nos concedieran unos minutos a solas con la víctima.

Tras un instante de incómodo silencio, todos empezaron a alejarse mientras Grove se acercaba y se arrodillaba ante el cuerpo.

Bajo las luces halógenas, la piel de la mujer tenía el aspecto de un mármol gris, y en su vestido sin mangas aparecía una mancha de sangre color rubí. Sus ojos seguían abiertos; estaban cubiertos por una sustancia lechosa que los patólogos conocían con el nombre de «adipocere». Un brazo estaba pillado bajo la espalda, y el otro levantado en la pose que era la marca distintiva de todas las otras víctimas, incluyendo al Hombre de Hielo. Parecía como si estuviera resguardando su rostro cadavérico de un sol invisible. Su cuello estaba cubierto de sangre. Con mucho cuidado, Grove le deslizó una mano bajo la espalda y le dio la vuelta.

La herida del cuello era idéntica a las demás, una desgarrada hendidura del tamaño de una moneda de cincuenta centavos. Pero no era eso lo que Grove estaba buscando. Sacó una linterna er

forma de lápiz del bolsillo interior de su americana y la encendió. El pequeño círculo de luz viajó por la espalda de la mujer hasta la parte baja. Grove estudió el tejido del vestido, que estaba desgarrado y empapado de sangre. Con el dedo enfundado en látex abrió un poco más el desgarrón. Las mismas e inexplicables heridas se entrecruzaban en la tersa piel de la mujer: una serie de cortes perpendiculares con la sangre ya seca. Al igual que en las demás víctimas, parecían haber sido hechas apresuradamente y con una hoja mellada o serrada.

—Son superficiales —murmuró Grove para sí mientras recorría las heridas con la punta del dedo y después hacía presión en ellas. La piel se tensó igual que la de un tambor, confirmando algo que a Grove ya le habían confirmado docenas de forenses. Sin embargo, hasta ese momento, el dato había carecido de importancia.

—¿Qué? ¿Qué es lo superficial? —Zorn se hallaba de pie, tras él, observando con impaciencia. Grove se levantó.

—La diferencia entre esta víctima y el Hombre de Hielo.

—¿De qué demonios estás hablando?

Grove echó a andar con paso vivo hacia el vehículo de Hauser.

—Todo radica en la victimología, en observar a las víctimas, en estudiarlas. Zorn corrió tras él.

—¿Qué has visto? ¿Qué está ocurriendo?

Grove se quitó los guantes mientras caminaba.

—Vamos a tener que hablar con el primero que estuvo en la escena del crimen de Alaska.

—¡Cielo Santo! ¿Se puede saber de qué estás hablando? ¡En Alaska no hay ninguna escena de ningún crimen!

—Sí: cuando la encontraron, cuando la sacaron del hielo. Esa momia es la puerta.

Zorn atrapó al fin a Grove y lo cogió del brazo.

—¿Qué puerta? ¿Qué son estos desvarios tuyos?

Grove se detuvo y lo miró directamente a los ojos.

—A la momia le faltan algunos órganos internos. En cambio, las víctimas de Sun City están intactas. Esa es la clave.

Las heridas por donde extirparon los órganos de la momia nunca se hicieron públicas, nunca aparecieron en los artículos de *Discover*.

Grove dio media vuelta y siguió caminando a grandes zancadas hacia el coche del capitán, pero Zorn volvió a sujetarlo.

—¡Espera, Grove! ¡Un momento! No te entiendo.

Nuevamente, el criminalista lo traspasó con la mirada.

—Hablo del tipo que estamos buscando, del asesino de Sun City. Vio al Hombre de Hielo.

—¿Cómo lo sabes?

—A la momia le habían quitado algunos órganos internos, y esa es la parte en la que el asesino se equivoca.

—¿Cómo es eso?

—Porque no podía saberlo, y no podía saberlo porque no lo vio. Todo radica en ver.

Zorn frunció el entrecejo.

—Pareces muy seguro de lo que dices.

—El estuvo allí, Terry. Cuando descubrieron la momia, estuvo allí; estuvo allí y la vio.

Grove se dio la vuelta y se encaminó hacia el coche de Hauser dejando a Zorn boquiabierto y sin habla en medio de las luces centelleantes.

Fuerzas invisibles

Las botas de excursionista de Michael Okuda resonaron en el desierto lavabo de caballeros mientras se dirigía al excusado y se encerraba dentro. El ruido lo puso doblemente nervioso. Había decidido acudir al laboratorio muy temprano, antes del amanecer, con la intención de adelantar el trabajo que la doctora Mathis le había encargado —una carpeta llena de análisis que debían ser completados—, y en esos momentos empezaba a lamentar su decisión. Podría haberse quedado en casa, durmiendo; o, mejor aun, podría estar ocupándose de sus cosas, puede que terminando su currículum para poder presentarlo en algún otro trabajo que ofreciera posibilidades de ascenso.

Echó el pestillo y se sentó en el borde del inodoro con los pantalones abrochados, las manos temblorosas y su cartera de cuero colgándole todavía del hombro. No tenía intención de vaciar las tripas. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una caja de cerillas cerrada con cinta adhesiva y un elástico.

Dentro había un pequeño frasco con heroína que sacó y desprecintó con cuidado. Conseguía sus dosis de un estudiante que trabajaba en el edificio de química y le proporcionaba una mierda exclusiva para *gourmets*: calidad de laboratorio. Okuda había llegado al punto de no poder funcionar normalmente sin una o incluso dos dosis diarias. Hasta esos momentos había conseguido mantenerlo en secreto, pero cada vez se le hacía más difícil. Hacía escasos días, Mathis lo había abordado inesperadamente en el comedor y él se había visto obligado a tirar por el fregadero setenta dólares de buen polvo.

Rebuscó en su cartera, encontró una lámina de plástico rígido —una de las radiografías de Keanu— y formó una línea de polvo en su brillante superficie; a continuación sacó una pajita y esnifó ávidamente la dosis.

Una fría descarga le penetró por la nariz y le llegó hasta la garganta. Siempre había preferido esnifar la heroína en lugar de fumarla, por no hablar de inyectársela. Odiaba las agujas. Se echó hacia atrás, apoyando la cabeza en la pared, esperando a que el polvo lo tranquilizara. Le temblaban las manos y los nervios le atenazaban el abdomen. Contempló la radiografía que tenía en el regazo, todavía sucia de polvo, y vio la borrosa imagen del cráneo del Hombre de Hielo cuyas cuencas oculares parecían enormes cráteres de algún terrible mapa en relieve.

Desde el momento en que el criminalista del FBI había empezado a husmear por el laboratorio y a establecer conexiones entre la momia y aquel asesino múltiple, el miedo de Okuda no había dejado de aumentar. Algo estaba ocurriendo que se hallaba fuera de su control, más allá del prosaico mundo de los análisis de laboratorio y el método científico.

Un súbito ruido en el pasillo le puso los pelos de punta. Sonaba como pasos amortiguados o quizá se tratara de una voz. No estaba seguro. Los bedeles solían pasear a aquellas horas. Seguramente sería uno de ellos. Se estaba volviendo paranoico y asustadizo, y se preguntó cómo se encontraría sin la ayuda de la heroína; se preguntó si los ataques de pánico serían constantes y si sus nervios acabarían llevándolo a una institución psiquiátrica. En una ocasión había tenido un terapeuta que le había dicho que su adicción se debía a que sus padres habían sido demasiado exigentes con él. Originarios de Okinawa, los Okuda siempre habían estimulado a su hijo para que participara en todo tipo de competiciones académicas —debates, concursos de ensayos— porque así era como

funcionaban las cosas en Norteamérica: a fuerza de competir, de ganar y de superar a los demás. Ya en el instituto, Okuda había padecido una úlcera de estómago.

El ruido se oyó fuera del lavabo de caballeros: pasos presurosos y una voz amortiguada.

—Michael, ¿estás ahí?

El ruido de los nudillos llamando a la puerta le hizo dar un respingo, y la radiografía y la caja de cerillas se le cayeron al suelo. La adrenalina le corría por las venas y un fogonazo como de fuegos artificiales explotó en su línea de visión a consecuencia del subidón. Se pasó la mano por la cara y tragó saliva. Tenía la boca seca. Respiró hondo e intentó despejarse. ¿Quién demonios podía estar buscándolo a las cinco de la mañana?

—Sí. ¿Quién es? —preguntó con voz vacilante.

—Soy Grove, el agente Grove. El vigilante me ha dejado pasar. Me dijo que estaba aquí.

—Un momento —durante unos instantes, Okuda fue incapaz de tragar de tan seca como tenía la boca. Se agachó de rodillas y recogió la radiografía y la caja de cerillas. Metió la primera en su cartera, y la segunda se la guardó en el bolsillo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la voz.

—Ya voy.

Okuda abrió la puerta del excusado y se dirigió al espejo. Tenía el rostro ceniciento, y en los acuosos ojos el brillo delator del reciente subidón. ¿Reconocería el criminalista los indicios de la droga en sus pupilas? Extrañamente, a Okuda no le importó. ¿Se debía eso a los efectos de la heroína? ¿Era un falso coraje inducido por ella? Se echó un poco de agua en la cara, se la secó y se encaminó hacia la puerta.

—Lamento apremiarte —dijo el alto hombre negro cuando Okuda salió de los aseos. Se hallaba de pie en el pasillo, con su gabardina, las manos en los bolsillos y una expresión de urgencia en el rostro. Tenía los hombros mojados por la lluvia—. Intenté localizarte en tu apartamento, pero entonces imaginé que habrías venido temprano a trabajar.

—¿Qué ocurre? —preguntó con una voz que a sus propios oídos sonó débil y ahogada—. ¿Algo va mal?

—Necesito tu ayuda.

—Tú dirás.

—Necesito saber algo acerca de aquel día.

—¿Qué día?

—Cuando la encontraron.

—¿A la momia? ¿A Keanu?

—Exacto. Necesito saber quién la encontró, quién la vio primero.

Okuda reflexionó unos instantes.

—Creo que fueron unos excursionistas. No estoy seguro... Me parece que estaban de vacaciones.

Los ojos de Grove ardían de intensidad.

—Necesito todo lo que tengas: nombres, direcciones, números de teléfono. Necesito saberlo todo sobre todas las personas que estuvieron en la montaña ese día.

Okuda se encogió de hombros.

—Tenemos algo en los archivos, aunque puede que también quieras hablar con la policía.

—¿Te importaría mostrarme lo que tienes?

—Acompáñame —repuso Okuda saliendo al vestíbulo.

El joven asiático llevó a Grove por un desierto pasillo. Pasaron frente a una multitud de

cubículos, mesas de luz, microscopios electrónicos y zonas de análisis. Conocido como el «laboratorio seco», aquella zona ocupaba la mayor parte del sótano, y en esos momentos se hallaba totalmente desierto, oscuro y silencioso. El subidón de Okuda estaba en su apogeo, y le parecía que las sombras latían con una extraña forma de energía, una energía que también parecía irradiar de Grove. A Okuda se le antojaba como un halo rojo que se agitaba tras el apuesto criminalista. La expresión de Grove era de intensa concentración, como la del jugador de béisbol que se apresta a lanzar.

De repente, al doblar la esquina del pasillo, Okuda se acordó del diario.

—¿Sabes una cosa? Puede que haya un documento en especial que te interese consultar.

—¿Qué clase de documento? —preguntó Grove mientras caminaba a grandes zancadas al lado del científico.

—Ese día, en el parque, estaba de servicio una *ranger* que llevaba un diario.

—¿Un diario?

—Sí. Un diario. Nosotros utilizamos algunas de sus anotaciones para nuestra presentación ante la Royal Academy, el año pasado.

—¿Y tienes sus anotaciones del día en que descubrieron la momia?

—Sí, eso es lo que estoy diciendo. —Okuda asintió mientras caminaban—. Tenemos las anotaciones que hizo ella en el diario el día en que descubrieron al Hombre de Hielo.

Doblaron otra esquina y entraron en otro pasillo lleno de puertas sin identificar. Grove parecía intrigado.

—¿Se trata de un diario privado?

—¿Qué quieres decir?

—Que si es algo personal. No será un libro oficial de registro o algo relacionado con el trabajo de esa *ranger*, ¿no?

—No, no. Se trata de una copia del diario privado de esa chica. Estaba bastante asustada por todo el asunto. Ya hemos llegado. —Okuda se detuvo al final del corredor ante una puerta metálica pintada y dotada de una complicada cerradura magnética. Sacó la cartera del bolsillo y extrajo una tarjeta magnética que pasó por la ranura del cierre. La puerta se abrió con un chasquido y Okuda y el criminalista entraron en una oscura sala de archivos.

Los fluorescentes parpadearon, iluminando una estancia llena de estanterías repletas de archivadores y de viejos volúmenes que llegaban hasta el techo. En el centro se veía una vieja mesa de trabajo llena de índices. La vieja moqueta era de un color mostaza oscuro y el aire olía a humedad.

—Si no estoy equivocado, el diario debe hallarse todavía en la sección de ID —murmuró Okuda para sí más que para Grove mientras cruzaba la estancia y se arrodillaba ante una serie de clasificadores de vinilo negro apretujados como sardinas en lata.

—¿El archivador ID?

—Sí. ID por Interdepartamental... Aquí lo tenemos. —Okuda se sentía agradablemente mareado mientras sacaba uno de los clasificadores y lo abría. Vio la etiqueta identificativa de la primera página y una serie de números de código escritos encima de una página fotocopiada y firmada. Okuda sonrió. Contrariamente a lo que se cree, los adictos a la heroína no son unos seres antisociales que se sestean en las sombras de un sueño opiáceo con las agujas colgándoles del brazo. El subidón que proporciona la heroína transforma hasta tal punto y de una forma tan absoluta el sistema nervioso central que el adicto no puede evitar convertirse en una especie de ser angelical. Solo cuando recobra la sobriedad se despierta en el infierno—. Creo que las primeras diez páginas son más o

menos las de ese día —dijo Okuda entregando a Grove el archivador—. La *ranger* es una joven llamada Lori Havers. No puedo decirte gran cosa de ella, salvo que es la encargada del sendero de Mount Cairn, que es la zona donde la momia fue descubierta.

El criminalista cogió el expediente y empezó a leer.

—Si la memoria no me engaña —prosiguió Okuda—, creo que es de Denver y que tiene un máster en asistencia social o algo parecido. Dejó el servicio con los *ranger* poco después que ocurriera todo, y creo que volvió a Denver. No dudes en ponerte cómodo. —Okuda le señaló la mesa—. Tómame el tiempo que desees y, si quieres llamarme, hazlo a través del teléfono interior marcando el ocho dos uno.

Grove asintió, le dio las gracias y se sentó a la mesa de trabajo.

Sus ojos no se apartaron ni un momento de las páginas del diario.

19 de marzo

Lo que ha ocurrido hoy: empezó como un día cualquiera y acabó como un sueño, de modo que me parece que será mejor que lo ponga por escrito antes de que empiece a olvidarme de cosas.

Eran las 6.45 de la mañana, y yo estaba en mi cabaña de ranger, creo que leyendo el diario y tomándome la primera taza de café del día. Debería mencionar que los oí llegar antes de verlos. De eso me acuerdo bien porque oí al hombre y a la mujer discutiendo por encima del rumor del arroyo y de los pájaros. No sé de qué discutían, pero estaban muy enfadados. Se les notaba el enfado en la voz, pero principalmente era la mujer la que protestaba y echaba la bronca al marido.

Me asomé a la ventana del refugio y los vi a un centenar de metros, al inicio del camino, donde los olmos forman un claro, una pareja de mediana edad llevando un objeto grande entre los dos. Al principio creí que era un capullo muy grande, una gran colmena o algo parecido. Era de un color oscuro y tenía forma ovalada y palos que sobresalían en los extremos. Cogí el walkie-talkie y salí a toda prisa de la cabaña.

Fui hacia ellos diciendo: «¡Disculpen!». Recuerdo que el corazón me latía a toda prisa porque me parecía que se estaban llevando algo del parque —fuera lo que fuese aquella cosa—, y en lo único en que pensaba era en las estrictas normas que nos habían metido en la cabeza durante el entrenamiento sobre no llevarse ningún tipo de flora o fauna del parque. Así que me acerqué diciéndoles: «¡Señor, señora! ¡Perdonen!».

Y ellos se acercaron, aquella adinerada pareja de montañeros, con su ropa de marca, y yo les dije que no podían llevarse nada del parque, que si las reglas esto y que si las reglas lo otro, ¡hasta que la mujer empezó a gritarme a mí también!

«Usted no lo entiende, usted no lo entiende», repetía, jadeando y resoplando mientras arrastraba aquella cosa hacia mí. Parecía agotada, y las venas se le hinchaban en el delgado cuello mientras tiraba de su extremo.

Aquí tengo que hacer un breve inciso. Normalmente, ese tipo de mujer me habría producido ganas de vomitar con su ropa de diseño y sus botas último modelo, toda temerosa de romperse una de sus pintarrajeadas uñas; sin embargo, aquella mujer parecía muy afectada, como si acabara de ver un fantasma. Eso hizo que me pusiera en guardia.

Otro inciso: ese año, el invierno había sido benigno en Alaska, y la primavera estaba resultando húmeda y cálida, de modo que el terreno alrededor del sendero estaba realmente blando y mojado. Y recuerdo que lo que estaban transportando hizo ruido de salpicar cuando lo

dejaron caer en el suelo, ante mi cabaña. Entonces, la mujer empezó a decir: «Sé que no tendríamos que haber tocado nada, pero no me vi con ánimos de dejarlo allí arriba, de modo que, si quiere, puede denunciarme. Lo siento».

Su marido era un tipo grandullón con pinta de cretino que llevaba un abrigo de terciopelo y que tenía aspecto de querer ponerse a gritar a pesar de que no tenía cojones de hacerlo. Simplemente se quedó allí, como atontado.

Por fin, me decidí a echar una ojeada y me di cuenta de lo que era.

Es difícil de explicar, pero al contemplar aquella cosa descarnada, el cadáver, la momia o lo que demonios fuera, me quedé un buen rato sin habla. No me podía mover. No podía hacer otra cosa que no fuera mirar. Ya sé que se supone que soy una profesional y todo lo demás, que estoy entrenada para resolver emergencias, pero ¡Dios del cielo! Nunca leí nada de cadáveres humanos en los manuales. Creo que ni siquiera respiré. ¡Qué expresión tenía la cara de aquella cosa!

No sabía qué hacer. Intenté pensar, pero lo único que recuerdo es haberme quedado mirando aquel arrugado cuerpo marrón que yacía a mis pies sin ser capaz de expresar con palabras el más mínimo pensamiento. Ellos me dijeron dónde lo habían encontrado. En realidad, el marido fue el primero que lo encontró. Cuando me dijo dónde lo había encontrado —cerca del hito 10K del sendero— aun me quedé más confundida. Esa parte es una de las zonas más transitadas de la montaña. Es como esos cruces donde un camino secundario desemboca en otro principal. Supongo que por allí habrán pasado un millar de personas desde que el parque abrió sus puertas en el 27. ¡Casi ochenta deshielos de primavera y tiene que ser ese idiota quien encuentre la cosa esa!

Al final, les dije a los dos que adelante, que entraran en la cabaña y que se sentaran, que estaría con ellos enseguida que hubiera llamado a la policía.

Nunca olvidaré a esa pareja: Helen y Richard Ackerman, de Wilmette, Illinois. Más tarde, cuando intentaba poner en orden la cronología de su hallazgo, me enteré de todo lo relativo a su estilo de vida de ricachones del Medio Oeste, de sus perros, de sus coches, su barco y todas esas tonterías. En fin, el caso es que cuando los tuve cobijados y a salvo en la cabaña, llamé al departamento del sheriff.

La única persona que estaba de servicio a esa hora de la mañana era un joven ayudante llamado Nick Sabitine. Yo conocía a Nick de haber jugado algunos partidos de softball. Es un buen tipo, tirando a tímido. El caso es que siempre le gustaba echar un vistazo por encima del hombro de los detectives. Supongo que debía de haber enviado un montón de solicitudes a sus superiores para que lo enviaran a distintos programas de entrenamiento. En fin, no hace falta que diga que cuando recibió mi frenética llamada por radio aquella mañana, las orejas de Nick Sabitine se alzaron como las de un sabueso.

El ayudante hizo todo el trayecto hasta el sendero en menos de veinte minutos. Cuando llegó, yo estaba hecha un manojo de nervios mientras intentaba mantener alejados del cuerpo a los curiosos y procuraba evitar que los Ackerman me desmontaran la cabaña.

Nada más echar un vistazo al cuerpo —y especialmente a la expresión del rostro—, Nick sacó a todo el mundo de allí y acordonó la zona con cinta amarilla. Metió a los Ackerman en la parte trasera de su coche (y debo decir que no fue tarea fácil) y a continuación llamó a los del laboratorio criminalista.

Hay algo más que debo mencionar. En aquellos momentos, Nick no tenía ninguna prueba, aparte de la expresión de la momia, de que aquel caso fuera otra cosa que un excursionista extraviado que había muerto tras caer por un barranco. La sugerencia de que pudiera tratarse de algo más no surgió hasta una hora más tarde, cuando el teniente Alan Pinsky, un detective de la

Brigada de Homicidios del Distrito 17 de Anchorage, se presentó en el lugar.

Pinsky llegó alrededor de las once y se hizo cargo del mando por completo. No sé si el tío padece algún tipo de complejo napoleónico o qué. Es bajito y calvo, pero tiene una fuerte personalidad, con su gabardina al estilo del teniente Colombo y sus penetrantes ojillos. En fin, no es que me queje, porque me trató con todo respeto y cortesía. De todas maneras, tomó el mando nada más llegar.

Recuerdo que dijo que creía que el cuerpo podía ser el de un montañista que había formado parte de un grupo de escalada y que se había perdido hacía unos años. También recuerdo que los ojos le brillaban de curiosidad al arrodillarse para examinar el cadáver.

Yo le dije a Pinsky que teníamos en el coche de Nick a los que lo habían encontrado. Él me miró y me dijo: «¿Crees que han encontrado la polla de este pobre infeliz allí arriba?». Yo respondí: «¿Qué?». Y Pinsky añadió: «Su pene, su picha», y entonces señaló la entrepierna de la momia.

Pinsky pasó varios minutos examinando el cuerpo. Después dijo a Nick que llamara a la universidad en Anchorage, a esa que tiene un departamento de antropología física.

Llegado a ese punto, Nick ya tenía dispuestos el bolígrafo y la libreta y escribía como un loco. Luego, salió corriendo hacia su coche dejándonos a Pinsky y a mí para que nos ocupáramos de los excursionistas que se amontonaban al otro lado de la cinta y también con los Ackerman, que en esos momentos me seguían a todas partes, gritando.

Observé a Pinsky encargarse de todo el mundo como un profesional, pero con quien más ocupado estaba era con Helen Ackerman, que llegada a ese punto ya no estaba de humor para un nuevo interrogatorio. Tenía una cita para que le hicieran la manicura o un masaje facial en el Eskimo Village Resort y ningún detective judío iba a retenerla ni un instante más en aquella horrible cabaña.

Otro inciso: aquella señora era una antisemita de la peor clase, lo cual resultaba francamente irónico porque, según el interrogatorio, se había casado con un judío. ¡Dios, hay de todo por ahí!

En fin, el caso es que Pinsky acabó tan harto de ella que dijo a los Ackerman que ya se podían marchar. Ellos se largaron a toda prisa. El marido siguió a su iracunda mujer igual que un perrito faldero. Pinsky y yo nos quedamos sentados en el capó de su coche durante un momento hablando de no sé qué. Tengo la impresión de que, incluso entonces, mientras estábamos conversando, sentados al sol, el detective me estaba sonsacando información. Ese tipo era un verdadero profesional.

El tío de la universidad llegó tres cuartos de hora después. Se llamaba Michael Okuda, y era un joven asiático. Intercambió un saludo con nosotros y a continuación fue con su pequeña mochila hasta el cuerpo que se estaba descongelando.

Pinsky y yo nos quedamos cerca mientras él se arrodillaba y lo examinaba.

Pinsky le preguntó: «¿Qué le parece?», y el joven asiático murmuró algo sin apartar la vista del cuerpo.

Pinsky le preguntó qué había dicho, y el tal Okuda nos miró y dijo: «¡Santo cielo!». Juro que fue eso lo que dijo. Esas fueron exactamente las palabras de Michael Okuda, que a continuación nos explicó que el cuerpo era realmente muy viejo.

Pinsky le preguntó cuánto, y él dijo: «Mucho, mucho». Pinsky lo miró y preguntó: «¿Cómo cuánto, cien años?».

Y Okuda le contestó: «Como del jodido Neolítico».

Y así fue básicamente como todo empezó.

Grove miró su reloj. Indicaba las 9.07 h. Cerró la carpeta. Llevaba casi una hora en la sala de archivos, leyendo y relejando el diario de la *ranger*, y notaba un nudo en el estómago.

Encima de un archivador, al otro lado del cuarto, había un teléfono. Grove fue hasta él, marcó el ocho dos uno y, tras un solo timbrado, escuchó la voz de Okuda al otro lado de la línea.

—Los Ackerman, Helen y Richard —dijo.

—¿Quién? —Okuda parecía soñoliento.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con ellos?

Tras una pausa, Okuda contestó:

—Estoy seguro de que tenemos su dirección de contacto por alguna parte. Déme un minuto y se la conseguiré.

—Estupendo. Gracias.

Grove colgó y regresó a la sección de ID para comprobar si había otras fuentes. Se agachó entre las apretadas filas de archivadores y ladeó la cabeza para leer mejor las etiquetas de los lomos donde aparecían códigos interdepartamentales como «PALEO-3-XX-ID» o «PERSONAL EAX-03». Le ardía el estómago y notaba que la cabeza le daba vueltas. Desde que había vuelto de Las Vegas la noche anterior, no había tomado más que café y tampoco había dormido mucho. ¿Por eso seguía teniendo aquellos extraños trances? Necesitaba comer algo, necesitaba llamar a Tom Geisel y necesitaba hablar con Maura County; pero todo eso iba a tener que esperar porque estaba lanzado. Había encontrado una pista que lo conducía a Sun City y experimentaba esa secreta y deliciosa sensación que los criminalistas disfrutaban a veces cuando el progreso es inminente; pero, en esa ocasión más que en ningún otro caso en el que hubiera trabajado en el pasado, intuía que se había puesto en marcha un extraño mecanismo de fuerzas invisibles.

Lo había notado por primera vez la semana anterior, cuando había ido a Colorado a examinar el asesinato del bosque, el hombre de la basura y le había sobrevenido el desmayo. No se lo había mencionado a los médicos de Denver, pero el desvanecimiento había ido acompañado de una avalancha de algo mucho más difuso que el vahído, algo parecido a una transmisión de imágenes, puede que incluso de fragmentos de memoria que habían cruzado por su cerebro demasiado rápidamente para que pudiera concretar algo. Lo había vuelto a notar cuando había visto al Hombre de Hielo: un torrente de imágenes cruzando por el ojo de su mente. Pero en aquellos momentos, a medida que el misterio de Sun City se iba desvelando igual que se desprendían las capas de una cebolla, Grove intuía que algo inexplicable actuaba de catalizador de los acontecimientos, como si cada capa sucesiva revelara algo por debajo de la verdad.

El sonido de alguien llamando a la puerta interrumpió sus reflexiones, y alzó la vista.

—Sí, pase.

Grove se quedó contemplando a Terry Zorn.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le preguntó.

—Tenemos que hablar —repuso el tejano.

Grove se levantó.

—Pensaba que te ibas a quedar en Las Vegas para trabajar en el caso de Kenly.

—Sí, bueno; pero me puse a pensar.

—No me digas.

—Estuve pensando en las cosas que te dije, aquello de que eras un payaso y que estabas quemado. —Zorn se detuvo mientras se mordía el labio y miraba a su alrededor como si le costase

hallar las palabras adecuadas—. Bueno, solo quería que supieras que lo decía completamente en serio —añadió soltando a continuación una sonora carcajada.

Grove alzó los ojos al cielo mientras Zorn recuperaba el control y decía:

—Bueno, me parece que tienes algo que bulle en esa cabezota tuya.

—¿Qué quieres, Terry?

—Quiero ayudar. Quiero trabajar en el caso. —La expresión de Zorn se endureció—. Lamento haberla tomado contigo. Me equivoqué, pero ahora estoy de tu lado.

Grove lo miró.

—¿Lo dices en serio?

Zorn se encogió de hombros.

—Me parece que tienes una teoría. Bien, sigámosla hasta el final. Hagamos de detectives.

—¿Se acabaron las tonterías?

Zorn asintió y le hizo un gesto de sinceridad llevándose la mano al pecho.

—¿Y yo voy a seguir dirigiendo el caso de Sun City? —añadió Grove.

—Siempre.

—¿Y tú vas a apoyarme en todo?

—Va a ser un privilegio trabajar a tu lado, Ulysses. Te lo prometo.

Tras un largo rato, Grove señaló la sección de ID.

—Bueno, aquí está la cosa: creo que hay muchas probabilidades de que el asesino de Sun City esté en alguna parte de este archivo. No te mentaré, Terry. Eso quiere decir un montón de horas clavando los codos, leer mucho; pero creo que está aquí, en alguna parte.

Zorn sonrió maliciosamente.

—Entonces será mejor que nos pongamos manos a la obra y encontremos a ese asesino hijo de puta.

Desentrañando la oscuridad

Más tarde, esa misma mañana, sola en su habitación del motel y mientras repasaba sus e-mail, Maura County se encontró con el siguiente mensaje de su madre:

Asunto: Hola, cariño

Fecha: 17-3-05. 10.12.57h AM Hora del Pacífico

De: lrenemcounty8@aol.com

Para: Mcounty@Discovermagazine.com

Cariño, esto es para continuar la charla que tuvimos la semana pasada (aquella en la que hablamos de organizarte la vida con un hombre decente, ¡ja,ja!). Ayer vi a Roger Simonton en el A&P y me contó que su chico, Cari, está a punto de acabar la universidad. Tengo entendido que ese joven va a la Loyola University, en Chicago, y que pasó el último verano trabajando en el Cuerpo de Paz de los jesuitas en no sé qué remota isla del Pacífico. No solo parece que se trata de un buen chico, sino que lo mejor es que está libre de compromiso. ¿No sería agradable tener un abogado en la familia? ¡Ja, ja! Pero, ahora en serio, cariño: creo que, con todo lo que te gustan las piedras y los huesos antiguos, la historia y esas cosas, tenéis mucho en común. En caso de que te interese, se llama Cari Simonton (un muchacho bueno y católico) y su teléfono es el (312)986-3411.

No es mi intención presionarte, cariño. Me limito a pasarte la información. Una madre se preocupa siempre, ¿no? Bueno, espero que te estés tomando tus pastillas de calcio y glucosamina. Acuérdate de la osteoporosis que te espera. Bueno, es broma. Bla, bla, bla.

Tu madre, que te quiere.

Maura apoyó la cabeza en el borde de la mesa de su habitación del motel y soltó un bufido de exasperación. Vestida con una vieja sudadera rosa de Go-Gos y con el cabello recogido en una tensa cola de caballo (para evitar un necesario lavado), sintió ganas de gritar. Por si el estrés que suponía el proyecto del Hombre de Hielo fuera poco, tenía que ocuparse además de los constantes mensajes de su madre. Aunque la adoraba, a veces sentía deseos de estrangularla. Buscó el paquete de cigarrillos, sacó el último y retorcido cilindro, lo encendió, apretó el icono «Responder» en el ordenador y tecleó rápidamente el siguiente mensaje:

Asunto: re: Hola cariño

Fecha: 17-3-05 11.19.12h AM Hora del Pacífico De: Mcounty@Discovermagazine.com Para: lrenemcounty@aol.com

Querida madre:

Gracias por tus desvelos, pero he decidido huir y unirme a un circo. Me he enamorado perdidamente del torso humano y hemos decidido casarnos. Se llama Wolfgang Cockenlacher, y es realmente un hombre encantador, un ateo convencido que prefiere la necrofilia en sus relaciones

sexuales. Reconozco que está la cuestión de su falta de miembros, pero nadie es perfecto, ¿verdad? Además, está decidido a hacer de mí una mujer virtuosa. Para los regalos de boda hemos abierto una lista en Madam Xena's House of Pain y en Adult Books Emporium.

No te importe mandar el dinero en sobres discretamente cerrados. Esperamos casarnos en primavera, principalmente porque es cuando Wolfy sale de la cárcel donde ha pasado una temporada por la injusta demanda por daños morales que le interpuso la mujer barbuda. Bla, bla, bla. Tu hija que te quiere.

Maura apagó el cigarrillo en la jabonera llena de colillas. Su habitación era para no fumadores, pero le daba igual. Últimamente estaba hecha un manojo de nervios, debido especialmente al inesperado e inquietante rumbo que había tomado el proyecto del Hombre de Hielo. Maura se preguntó qué diría su madre si supiera que su hija estaba empezando a perder la cabeza como una colegiala por un obsesivo criminalista negro del FBI, un hombre que, además, estaba casado. Maura se odiaba por no haber podido evitar fijarse en el anillo de boda de Ulysses Grove. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Realmente estaba tan desesperada?

Recorrió la habitación con los ojos y su mirada se posó en la abarrotada mesita de noche. Entre los frascos de leche hidratante, aceite para bebés y Chap-Stick —la primavera de Alaska le estaba destrozando la piel— había un montón de expedientes medio caídos de casi quince centímetros de alto. En su mayoría se trataba de datos que había pedido a la editorial de su revista acerca de las momias más famosas halladas a lo largo de la historia. Se levantó, fue hasta la mesilla y los hojeó. Después, localizó la carpeta azul cielo que Okuda le había entregado la noche anterior y dentro encontró las direcciones de correo electrónico de los arqueólogos más importantes. Volvió a su ordenador con la hoja bajo el brazo y empezó a enviar el siguiente mensaje a todos los que figuraban en la lista, instituciones incluidas:

Asunto: Fwd: Una invitación abierta a toda la comunidad arqueológica

Fecha: 17-3-05. 11.33.07h AM Hora del Pacífico De: Mcounty@Discovermagazine.com

Para: patelfossil48@Dukeunivesity.edu

Dr. Patel:

Su organización me ha sido mencionada como una excelente fuente potencial para un proyecto sin precedentes que estoy investigando en la actualidad. Me doy cuenta de que se trata de una petición que no le ha sido comunicada, y, si se encuentra demasiado ocupado o no puede participar por la razón que sea, le ruego que acepte mis más sinceras disculpas. No obstante, si se siente mínimamente interesado, le ruego que siga leyendo.

Sin duda estará usted al tanto del Hombre de Hielo que fue descubierto en las laderas de Mount Cairn, hace un año, dentro del Parque Nacional de Lake Clark. Ese hombre del Neolítico que según las dataciones efectuadas mediante el carbono-14 pertenece a la Edad del Bronce, es el hallazgo mejor preservado de su clase en la historia de la especialidad. Sin embargo, el aspecto más interesante del descubrimiento es la causa aparente de la muerte.

Al principio se pensó que el Hombre de Hielo había muerto por causas naturales —que hubiera sufrido una caída o había fallecido de agotamiento por la altitud—, pero estudios recientes mediante rayos X han sacado a la luz heridas que no pudieron ser accidentales. Los expertos sospechan que fue un asesinato, un sacrificio humano o alguna variante violenta del mismo.

Adjuntos encontrará usted los diagramas y los análisis que muestran la posición exacta del cuerpo, las lesiones y las causas de la muerte; además hallará un fascinante informe elaborado por un criminalista del FBI en el que se especula con la firma, el modus operandi y los posibles motivos del asesino de nuestro Hombre de Hielo.

Durante el tiempo que he estado escribiendo una serie de artículos sobre el tema, se me ha ocurrido una idea basada en los bancos de datos que tiene el FBI sobre los asesinos múltiples de nuestros días y que se llama PDCV (Programa de Detención de Criminales Violentos). El FBI lo utiliza para cruzar datos y servir información a los investigadores sobre crímenes que todavía están por resolver. Dado que el Hombre de Hielo fue asesinado hace más de seis mil años, ¿por qué no crear una base de datos equivalente para la antigüedad?, ¿por qué no crear un programa PDCV para los archivos de las momias?

Aquí es donde usted y su organización entran en juego. Me gustaría invitarle a usted o a un representante suyo para que informara de causas de muerte parecidas de las que usted tenga constancia en los archivos de los últimos seis mil años.

No tiene que concentrarse necesariamente en la Edad del Bronce. Cualquier época sería apropiada. Lo que estoy buscando son causas de muerte halladas en el examen de restos momificados —o en el archivo fósil— que se correspondan o se aproximen al modus operandi descrito en el anexo.

También debo añadir que si usted se encuentra en la zona de la bahía de San Francisco —o tiene pensado visitar la zona próximamente— estaríamos encantados de que nos lo comunicara para poder reservar el acomodo pertinente para que usted y su personal puedan visitar las oficinas de Discover. Estamos planeando para un futuro cercano una especie de mini conferencia, así que le ruego que me lo haga saber en caso de que le interese asistir.

Agradeciéndole de antemano su interés, reciba un cordial saludo de:

Maura County, Editora Asociada

Class Mark Publishing

415-567-1259 (trabajo)

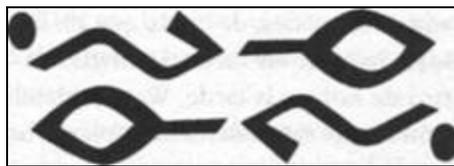
415-332-1856 (móvil)

Los dos agentes del FBI tuvieron ocupado a Okuda durante el resto del día. Los criminalistas le pidieron la información de contacto de las docenas de personas que habían estado en las proximidades de la momia durante los frenéticos días inmediatos a su descubrimiento, lo cual incluía a los excursionistas, la *ranger*, al ayudante del sheriff, al detective, a los mirones de paso que hubieran dejado sus datos, al conductor de la furgoneta del que había llevado los restos a la universidad e incluso a los auxiliares del laboratorio que habían ayudado a preparar el espécimen para los análisis. Por si todo eso fuera poco, los agentes solicitaron una sala privada con un teléfono directo. Con lo primero no hubo problemas porque había un montón de salas disponibles en los sótanos del Edificio Schliemann; pero lo segundo resultó más complicado, y Okuda acabó tendiendo una derivación de veinticinco metros desde uno de los cuartos de archivo y usando una de las extensiones de la doctora Mathis a sus espaldas. La directora del laboratorio no quería saber nada de Grove ni de Zorn y no se había dejado ver, lo cual a Okuda le pareció bien, porque lo que menos deseaba era tenerla encima, incordiándole con los resultados de los análisis mientras él ayudaba a los agentes del FBI.

Sin embargo, a medida que la tarde avanzaba, la presión empezó a hacer mella en el joven científico. El chute de la mañana ya había dejado de hacerle efecto y se encontraba nervioso y

mareado. No había podido comer nada, y le había costado concentrarse en las muchas preguntas de Grove así como en los resultados de los análisis. Había una cuestión que lo intrigaba especialmente: ¿qué significado tenían los tatuajes de Keanu?

Grove se lo había preguntado repetidamente, pero el asunto parecía un *non sequitur*. Si Grove estaba persiguiendo a un imitador local, ¿qué sentido tenía preocuparse por el desciframiento de los tatuajes? ¿Acaso pensaba que el asesino los había interpretado? Pero lo que más corroía a Okuda era que él se había devanado los sesos durante meses intentando hallar un significado a aquellos símbolos. Años antes, durante un curso becado en Harvard, Okuda había formado parte del Proyecto Arquímedes, un grupo internacional de eruditos dedicado a recoger lenguas muertas y símbolos para formar con ellos una base de datos. Siempre había sido un genio con la simbología y la pictografía, especialmente de orígenes presúmenos. Sin embargo, las extrañas marcas en la parte trasera de las rodillas de la momia de Mount Cairn seguían dejándolo perplejo y persiguiéndolo en sus alucinados sueños de drogadicto:



Aquellos pétalos medio rotos, que siempre le habían hecho pensar en pequeñas puntas de flecha, indicaban sin duda algo cortante e inexorable, puede que incluso primordial para el Hombre de Hielo; pero era un significado que a Okuda se le seguía escapando. Por eso le intrigaba tanto el decidido interés de Grove por los tatuajes.

Hacia el final de la tarde, el joven científico se encontraba agotado y dijo a los agentes que tendrían que volver a la mañana siguiente porque el laboratorio necesitaba atención y él había hecho planes para la noche. Por suerte, el agente Grove fue lo bastante misericordioso para poner punto final al trabajo por aquel día. Grove le caía bien. El otro agente, Zorn, le parecía un tipo difícil, pero Grove era buena persona, educado y atento. Cuando los dos criminalistas se hubieron marchado, Okuda volvió corriendo al lavabo de caballeros del ala sudoeste y se metió una raya lo bastante grande para anestesiar un rinoceronte. A las seis de la tarde, el laboratorio estaba desierto, y Okuda volvía a encontrarse de humor para relajarse.

Dado que no le apetecía volver al triste apartamento donde vivía y que estaba ubicado en el deprimente barrio estudiantil de Hausmann Flats, decidió llamar a su amiga Wendy Hetch, una estudiante que estaba acabando su doctorado en antropología, e invitarla al laboratorio para pasar el rato y puede que ver una película. Eso era algo que hacían a menudo. En la sala de descanso del personal había un televisor de plasma y una colección de películas en DVD. Él sabía cómo abrir la cerradura magnética, de modo que allí disfrutaban de cierta intimidad, lejos de las furtivas miradas de los bedeles.

Tres cuartos de hora más tarde, Wendy Hetch se presentaba ante la entrada de mercancías de la planta baja. Era una joven de origen judío, pechugona y vestida con vaqueros y camisa de franela; traía una bolsa de papel que contenía una botella de tequila y unos cuantos limones. Okuda le dio un beso y la condujo abajo por la escalera de atrás saltándose de paso varias normas del protocolo de seguridad del laboratorio.

Caminaban deprisa y de la mano por el pasillo principal hacia la sala de descanso igual que niños traviesos, cuando Wendy susurró:

—¿Hay alguna posibilidad de que esta pobre estudiante que necesita doctorarse pueda echarle

un vistazo a la joya de la corona de Schliemann?

Okuda no aminoró el paso.

—Cariño, si quieres que me baje los pantalones no tienes más que pedirlo.

—¡Qué gracioso! Vamos, Mickey, ¿lo han sacado hoy de la nevera?

Okuda suspiró.

—La respuesta a la segunda pregunta es «sí», y la respuesta a la primera es «sí, pero solo un momento y a través del cristal».

Al cabo de un instante, tras doblar la esquina, Okuda hizo entrar a su amiga a escondidas en el laboratorio. Cruzaron de puntillas la «zona húmeda» y llegaron a la puerta de la cámara de Keanu, donde lo contemplaron a través del cristal como dos crios extasiados ante el escaparate de una juguetería.

La oscura y descarnada forma yacía boca arriba en la mesa. Sus brazos parecían ramitas de canela y su piel, corteza de árbol. Los siglos pasados en el hielo le habían dejado grabado un rictus en forma de sonrisa, un retraimiento de los labios, y a Okuda le dio la impresión de que la momia sonreía al techo; pero un pensamiento más le cruzó por la mente: «parece distinto».

—Bueno, el espectáculo del monstruo se ha acabado —susurró al oído de su amiga tirándole del brazo.

—Espera un segundo.

—Vamonos, ¡ya!

Okuda arrastró a Wendy y a la botella de tequila fuera de la «zona húmeda» y a continuación la llevó a toda prisa por los desiertos pasillos donde zumbaban los fluorescentes. Llegaron a la sala de descanso y miraron a un lado y a otro como niños traviesos que se aseguran de que sus padres no estén cerca. Todo estaba tan silencioso como el interior de una mina.

—Esto está mejor —murmuró Okuda después de haber cerrado la puerta tras él y hallarse los dos a salvo en la acogedora salita, con sus sofás, sus armarios de laminado blanco, sus tabloncillos de anuncios y el olor a cigarrillos y café recalentado. Sacaron los vasos de plástico, se sirvieron un poco de tequila, mordisquearon los limones entre risas y se besaron. Al cabo de un rato, Wendy fue hasta el televisor y revisó la colección de películas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó seleccionando una de las películas—. ¡Qué título tan apropiado para un lugar tenebroso como este!

Okuda medio seesteaba en el sofá.

—No me hagas esto —murmuró.

—Veamos la peli —rió Wendy introduciendo el disco en el reproductor que había encima del televisor.

Tras unos segundos de oscuridad, los títulos de una vieja película en blanco y negro aparecieron en la pantalla; primero, el nombre de Boris Karloff con una pirámide de cartón piedra de fondo, y después el nombre de la película, goteante: *La momia*.

—¡Oh, no! —gruñó Okuda—. Otra vez no.

—Shhh —dijo Wendy volviendo al sofá y sentándose al lado de su amigo.

Okuda la rodeó con el brazo y meneó la cabeza mientras sonaba la vieja banda sonora con música de Chaikovski.

Bebieron tequila y masticaron limones y contemplaron la vieja historia de un grupo de arqueólogos del British Museum que desenterraban una antigua momia llamada Imhotep y, haciendo caso omiso de las advertencias sobre la maldición, rompían el sello del Papiro de Toth y devolvían la vida a los restos. El monstruo, interpretado magistralmente por Boris Karloff, aparecía envuelto en

ventas mugrientas aterrorizando a todo el mundo a su paso.

Okuda había visto la película más de una docena de veces, en Harvard, en el trabajo y en distintas fiestas; pero, esa vez, cuando se produjo el primer susto en la pantalla, se quedó muy quieto, mirando. Quizá fuera cosa de la droga, del agotamiento o por cualquier otro motivo; pero Okuda contempló la parte en que Karloff abría los ojos por primera vez y extendía lentamente los harapientos brazos, y, de repente, tuvo la sensación de que estaba a punto de desentrañar el significado de los tatuajes del Hombre de Hielo.

La momia extendió el brazo y acarició suavemente el pergamino con la punta de un dedo petrificado mientras una risa malsana surgía de alguna parte fuera de la pantalla.

—¡Michael! ¡Mickey! ¿Estás bien?

Okuda salió de su momentáneo trance y miró a su amiga.

—Sí, estoy bien. Es que tengo que anotar algo.

La conversación que quedaría grabada para siempre en la mente de Grove como la primera y significativa ruptura en el caso Sun City tuvo lugar a la mañana siguiente en la pequeña sala de reuniones del sótano del Edificio Schliemann. La estancia, un agujero donde se guardaban viejos archivos, parecía ser el depósito de una década de detritos administrativos. En un rincón, se alzaban hasta el techo montones de cajas de cartón, mientras que fajos de documentos sujetos con gomas elásticas ocupaban casi toda la mesa situada en el centro del cuarto.

Durante la mayor parte de la conversación Zorn se mantuvo apoyado en una mesita auxiliar que había en una esquina, escuchando mientras Grove daba vueltas alrededor de la mesa como una fiera enjaulada.

Una voz de mujer sonaba a través del altavoz del teléfono de conferencias que se sostenía en precario equilibrio encima de una pila de sobres.

—¿Puedo preguntarle cuál es el motivo de la llamada?

—Es en referencia al descubrimiento de unos restos humanos en las laderas de Mount Cairn, hará cosa de un año —respondió Grove.

—¡Dios mío!

—¿Cómo dice?

Al otro lado de la línea se oyeron ruidos de pies que se arrastraban.

—¡Por amor de Dios! ¿Cuántas veces voy a tener que pasar por lo mismo?

—Lo siento, señora. Solo estamos reuniendo información sobre ese asunto.

—Ya no hay más información que puedan reunir.

—Perdón...

—Ya respondí a todas las preguntas que se le ocurrieron a aquel puñetero detective, ¿cómo se llamaba? ¿Pinkham?

—Pinsky —la corrigió Grove.

—Eso es. ¡Jesús! He hablado con ese viejo judío al menos una docena de veces durante el último año.

Zorn y Grove intercambiaron una mirada.

—Lamento, señora Ackerman, que todo esto le parezca redundante.

Se oyó un suspiro.

—Por favor, llámeme Helen.

—Como guste.

—Bueno, dígame: ¿por qué siguen torturándome?

Grove escogió las palabras.

—Mire, Helen, la verdad es que cabe la posibilidad de que ese día se nos pasara algo por alto, algo que puede sernos de ayuda en otro caso.

—Esa maldita momia ha sido la maldición de mi vida.

—Le prometo que intentaremos molestarla lo menos que...

—¿Y qué diferencia puede suponer para alguien lo que yo llevaba puesto ese día, la dirección en que soplaban el viento o lo que desayuné aquella mañana?

—Me consta que seguramente lo habrá oído otras veces, pero cualquier detalle, por pequeño que sea, puede tener importancia.

Tras una pausa, la mujer prosiguió:

—Adelante. Hágame sus malditas preguntas y acabemos de una vez. Tengo una reunión de la Liga Juvenil dentro de una hora.

—Será rápido. Se lo prometo. —Grove consultó sus notas—. Veamos, según el registro del detective Pinsky, usted y su esposo Richard se encontraban de excursión por la montaña cuando descubrieron al Hombre de Hielo.

—Por enésima vez: sí —dijo la mujer por el altavoz—. Habíamos salido pronto porque queríamos llegar a la cima antes de que empezaran las tormentas de la tarde y porque en la recepción del hotel nos habían dicho que las salidas del sol eran preciosas, pero que teníamos que llegar pronto para que no nos pillara la lluvia; así que, en efecto, subíamos por el camino cuando nos encontramos con aquel repugnante y congelado saco de huesos.

Grove tomó nota y miró el altavoz.

—¿Puedo preguntarle quién lo vio primero?

Una pausa.

—¿Cómo dice?

—La momia. Me estaba preguntando quién la vio primero aquella mañana, usted o su marido.

—Como le dije al detective, Richard la vio primero. Al menos creo que la vio. ¿Qué diferencia puede haber? Cuando por fin vi lo que tenía entre manos pensé que se trataba de un abrigo, que alguien se habría dejado un abrigo de cuero en aquellas alturas; pero entonces me pregunté quién sería capaz de olvidarse un abrigo de cuero en plena montaña.

—Entonces, ¿fue su marido el que vio la momia primero?

—¿Qué es lo que acabo de decirle? ¡Que sí, por amor de Dios! ¡Que Richard vio esa cosa e primero!

Grove se acercó al altavoz.

—¿Puedo preguntarle a qué se refería cuando dijo que creía que él la había visto?

La exasperación se notó al otro lado del hilo telefónico.

—Ya volvemos a empezar. De acuerdo, por última vez, yo no vi nada al principio. Richard tropezó con algo, y yo miré y allí no había nada. Juro por Dios que allí no había nada. Ni un tronco, ni una roca, solo Richard sentado sobre su culo y mirando el sendero desierto.

Se hizo un breve silencio.

—¿Sería posible que habláramos con el señor Ackerman en algún momento del día?

Otra pausa.

—¿Me lo pregunta en serio o me está tomando el pelo?

—¿Hay algún problema?

Una breve risotada salió por el altavoz.

—No sé... ¿Hay algún problema? Déjeme ver... Pues sí. Me parece que tenemos un pequeñ

problema para que Richard se ponga al teléfono.

Los dos agentes cruzaron otra mirada. Luego, Grove pidió a la mujer que continuara. El tono de Helen Ackerman sonó tan tenso como un cable a punto de romperse.

—Si ustedes dos, pedazos de idiotas, hubieran hecho su trabajo como es debido ya sabrían que mi esposo salió una mañana a comprar tabaco y nunca más volvió.

Grove y Zorn se miraron mientras el silencio se apoderaba del cuarto.

Grove notó que el pulso se le aceleraba.

Maura estaba sentada a una mesa, en un rincón de la abarrotada cafetería del Mariott Courtyard, picoteando un reblandecido emparedado de beicon, lechuga y tomate y repasando sus notas para un artículo que no sabía si llegaría a publicar cuando, con el rabillo del ojo, se fijó en la familiar figura que pasaba ante el recepcionista de la entrada llevando una bolsa de viaje y un maletín. Vestido con su elegante gabardina Burberry's, Ulysses Grove tenía un aire distraído y ceñudo mientras permanecía allí, de pie, examinando el concurrido restaurante. Maura experimentó un leve estremecimiento cuando sus miradas se encontraron y los ojos del criminalista se iluminaron al acercarse.

—Aquí estás —dijo él sonriendo.

—¿Nos dejas? —preguntó Maura.

—Sí. Yo... —Grove observó la comida apenas probada—. Lamento interrumpir tu almuerzo, pero ¿te importaría acompañarme un momento a dar una vuelta?

Salieron del restaurante al ventoso y áspero mediodía de Alaska. Grove le dijo que se dirigía a la parada de taxis, y Maura casi tuvo que correr para mantener el paso. Caminaron a lo largo de la gastada acera que rodeaba la entrada del motel sorteando rápidamente a clientes y botones cargados con maletas. El criminalista le explicó que se había producido una novedad en el caso Sun City y que esa misma tarde iba a volar hasta Illinois con su compañero, el agente Zorn, para realizar un interrogatorio y que necesitaba preguntarle algo antes de marchar tras aquella pista. Ella le respondió que le contaría todo lo que supiera.

—Esa gente que descubrió la momia en Mount Cairn... —dijo Grove mientras caminaba.

—Sí —asintió Maura recordando la conversación telefónica que había tenido con la mujer el año anterior—. ¿Cómo se llamaban, Ackerman?

—Exacto. Bueno, pues lo que me estaba preguntando era si los entrevistaste para tu artículo.

Maura asintió, apresurándose para mantener el paso.

—Sí, a la mujer. Hablé por teléfono con ella.

—¿Y no notaste nada, ya sabes, nada raro, nada fuera de lo normal?

—¿Raro? —Maura lo pensó—. La verdad es que no. Lo que sí me pareció es que ella era una de esas típicas...

—¿Arpías?

Maura sonrió.

—Esa es exactamente la palabra que buscaba.

—¿Algo más?

Ella se encogió de hombros mientras caminaba.

—Pues no. Se limitó a ofrecerme un breve resumen de lo que estaban haciendo allí arriba cuando se tropezaron con la cosa.

Grove asintió cuando se aproximaron a la rotonda que había ante la entrada. Se veía mucho movimiento en la parada de taxis. Grove se detuvo e hizo un gesto con la mano a una furgoneta del

aeropuerto que lo esperaba al final del camino, a unos veinte metros de distancia. Fuera, apoyado contra la parte de atrás, había un hombre con un sombrero Stetson leyendo un periódico y, según parecía, esperándolo también. Maura supuso que aquel vaquero era el misterioso agente Zorn con el que Grove había desaparecido hacía dos días.

—Hay algo más que quería mencionarte —dijo Grove en tono grave. Parecía muy ansioso y distraído.

—Claro. Adelante. —Maura esperó bajo el viento.

—Tienes frío. Será mejor que lo dejemos para otra ocasión.

—No, no. Sigue.

Él se llevó la mano a la barbilla.

—La verdad es que no soy muy bueno para estas cosas.

—Dilo, simplemente. Lo que sea. No importa.

Grove la miró.

—Hace cuatro años, mi mujer murió de cáncer, y desde entonces no ha pasado un solo día que no haya pensado en ella.

—¡Oh, Dios mío, sí que lo siento! —De repente, el corazón de Maura se llenó de emociones contradictorias—. ¡Lo siento tanto!

—La cuestión es que he de seguir con mi vida. Hannah me habría animado para que lo hiciera. Es lo que habría querido.

Maura no sabía adonde la conducía todo aquello.

—Pues habría tenido razón.

—La cuestión, lo que quería pedirte, es si... cuando esto haya acabado, te apetecería..., no sé, salir o ir a tomar algo.

—Salir a tomar algo... —Maura asentía frenéticamente—. Pues sí, claro que sí.

—Estupendo, estupendo —repuso él apartándose torpemente de ella como si fuera a hacerse un lío con sus propios pies—. Estaremos en contacto. Cuídate.

Dio media vuelta y se encaminó por la acera hacia la furgoneta que lo esperaba. Maura lo observó con los ojos que le dolían por culpa del viento e inesperadas emociones bulleron en su interior.

Un fantasma con un traje de tres piezas

—Debería estar por aquí, a la izquierda. —Grove levantó la vista del MapQuest y estudió la elegante valla de madera que corría a lo largo de la carretera. Estaban llegando al final de su trayecto de veinte kilómetros desde el Aeropuerto Internacional O'Hare tras haber pasado por una violenta tormenta de primavera; sin embargo, en ese momento había dejado de llover y la noche era limpia y cristalina.

—Me parece que me he equivocado de profesión —comentó Zorn mientras aparcaba el coche en la acera frente al 2233 de N. Linden Avenue.

Se hallaban en un mundo de casas victorianas y de viejos y cuidados árboles. Las farolas iluminaban las aceras y el agua de lluvia goteaba de canalones de cobre. Todo tenía el lustre de las viejas fortunas.

La casa de los Ackerman era una vasta construcción de estilo Reina Ana, rodeada de una veranda y con más techos a dos aguas que un hotel del siglo XIX. La mayoría de las cortinas estaban cerradas y el sendero de acceso de gravilla, iluminado por farolas de gas.

Grove y Zorn se pusieron sus americanas antes de bajar del coche, y el segundo se encasquetó además el sombrero vaquero en la reluciente calva. Atravesaron en silencio la ajardinada entrada y subieron los peldaños que llevaban a la amplia puerta de roble.

El timbre sonó como la campana de la catedral de St. Mary.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó tras entreabrir la puerta una rolliza mujer negra vestida con uniforme azul claro.

Grove se identificó, presentó a su compañero y anunció que estaban allí para ver a la señora Ackerman.

—¿Los está esperando?

—Yo diría que sí —repuso Grove con una sonrisa.

La sirvienta los dejó entrar y les dijo que esperaran un momento.

Los dos hombres aguardaron en el espacioso vestíbulo mientras la criada desaparecía en las profundidades de la planta baja. Grove contempló el interior de la mansión, maravillándose por la pulida cualidad del lugar y su lujoso mobiliario. En el ambiente se respiraba el aroma propio de los museos, el que solo puede disfrutarse en una antigua mansión, una mezcla de madera, aceites y ricas especias. Una gigantesca escalinata de madera dominaba la entrada y ascendía en curva hasta la galería del primer piso. A Grove no le costó nada imaginar a Helen Ackerman bajando aquellos peldaños durante una fiesta, vestida de Versace o Donna Karan, igual que un general que pasa revista a sus tropas.

Grove conocía aquella zona —Wilmette, Illinois— de la niñez: había crecido a unos quince kilómetros más al sur, en una parte de Chicago mucho más humilde llamada Uptown. Los chicos de Uptown nunca subían tanto hacia el norte; los chicos de Uptown jugaban al hockey en las calles sucias de basura, se unían a las pandillas y crecían haciéndose duros y malos. Los que no terminaban dando con sus huesos en la cárcel se convertían en ratas de fábrica o en empleados municipales. De vez en cuando, algunos se incorporaban al ejército, y quizá llegaban a la universidad gracias a alguna beca; y muy, muy de tanto en tanto, quizá una vez cada millón de años, un chico de Uptown lograba

escalar hasta alcanzar la cima de la UCC en el seno del FBI.

En algún lugar del interior de la casa se oyó el murmullo de una voz, probablemente la de la sirvienta que avisaba a su señora por algún teléfono interior. Grove pensó en su madre, que debía de tener la misma edad de la criada y que sin duda provenía del mismo nivel social. Vida Grove seguía viviendo justo al sur de allí. De hecho, se encontraba en casa en esos momentos, en el laberinto de bloques de pisos de Lawrence Avenue, cobijándose en el mismo pequeño y agobiante apartamento donde él había pasado sus años de formación; seguramente estaría preparando algún pésimo guiso africano en la misma vieja estufa en forma de barril. Grove recordaba haberse calentado las manos en las brasas de aquella estufa en las frías mañanas de invierno; recordaba el frío que se le metía por debajo de aquellos terribles *dashikis* teñidos a mano que ella le obligaba a vestir para ir al colegio. Con el tiempo, Grove había logrado borrar todo aquello de su memoria consciente; lo había apartado por completo de su vida, y esa era la razón de que pudiera sentirse perfectamente cómodo visitando aquella parte de Chicago sin pensar siquiera en llamar a su madre.

—Espero que podamos acabar con esto lo antes posible —dijo una voz que provenía del otro lado del vestíbulo.

Los dos hombres se dieron la vuelta y vieron a Helen Ackerman al pie de la escalinata, vestida con un chándal de terciopelo color vino y con un pañuelo de seda atado en la cabeza. No pasaba del metro cincuenta, pero su nariz de patricia y el brillo de sus ojos le conferían cierto porte regio. Las pulseras de sus muñecas tintineaban mientras caminaba.

—Esta noche tengo una clase de Pilates en el centro cívico —añadió acercándose a los dos agentes— y no pienso faltar.

—Le agradecemos que haya accedido a atendernos tan rápidamente —dijo Grove tendiéndole la mano—. Soy el agente especial Ulysses Grove.

El apretón de Helen Ackerman fue frío y huesudo.

—Un nombre interesante —dijo ella estrechándosela—. Ulysses... ¿Qué es, griego?

Grove sonrió.

—No estamos seguros de qué es. —Señaló a Zorn—. El es el agente especial Zorn.

Zorn se quitó el sombrero, sonrió y la saludó.

—Terry Zorn, señora. Es un placer.

—Bueno, será mejor que nos sentemos —dijo ella con tono de dolida resignación. Luego, llamó por encima del hombro—: ¡Alice, lleva el café al solarío!

A continuación, Helen Ackerman condujo a los dos hombres a través del salón hasta un impresionante solarío con el techo de cristal situado en la parte posterior de la casa. Una jungla de plantas exóticas perfumaba el ambiente, y algunas gotas de lluvia salpicaban todavía los emplomados cristales del techo. La mujer les indicó un par de sillones y se acomodó en un diván de mimbre al lado de dos enormes ficus.

—Bueno, veamos... O sea que no ha visto a su marido desde el pasado abril, ¿no? —preguntó Zorn a bocajarro cuando él y Grove se hubieron sentado. El tejano tenía el sombrero apoyado en la rodilla.

Grove dio un respingo ante la brusquedad de su colega. Creía que era mejor sonsacar la información a Helen Ackerman con sutileza, pero Zorn había opinado que un poco de brusquedad daría mejores resultados y había propuesto que se repartieran los papeles del policía bueno y el policía malo.

La discusión había durado todo el trayecto desde el aeropuerto.

—Así es —contestó ella con un leve asentimiento—. Y si quieren saber la verdad, me he

quitado de encima un buen muerto.

Zorn la miró.

—¿Usted y su marido tenían problemas conyugales?

—Eso sería decirlo con mucha suavidad.

Grove intervino.

—Si la conversación se hace demasiado personal, díganoslo, por favor. No obstante, si pudiera contarnos la naturaleza de sus problemas...

La mujer frunció los labios.

—Mi marido no existía.

—¿Cómo dice?

—Era como una especie de hombre invisible, un fantasma; como un fantasma con un traje de tres piezas.

Grove sacó una pequeña grabadora de su maletín y miró a la mujer.

—¿Le molesta?

Ella hizo un gesto de aprobación. Grove conectó la grabadora y dijo:

—Señora Ackerman, ¿le importaría ampliarnos un poco lo de que su marido era un fantasma?

—¿Quieren que se lo explique? Bien. ¿Qué les parece esto? ¿Qué clase de hombre es el que tras una pequeña intervención quirúrgica, no se le pone dura, le recetan Viagra y no se la toma?

Se produjo una pausa, y los dos hombres cruzaron una mirada. Luego, Grove se volvió hacia la mujer.

—¿Su marido tenía problemas de salud?

—Era fuerte como un toro —repuso pronunciando la palabra «toro» igual que un niño se toma una medicina amarga—, y también era un hipocondríaco acabado. ¡Por dios!, cuando le encontraron aquel minúsculo bloqueo en las arterias fue como si se hubieran hecho realidad todos sus sueños. Y no estamos hablando de un problema coronario grave, no; era perfectamente curable. Te meten un tubo y un Roto-Rooter y ya está, sin problema; pero no con Richard. ¡Dios santo!, parecía que le hubieran cortado la polla. Claro que, si tenemos en cuenta que hacía años que no la utilizaba, no creo que para él representara ninguna diferencia.

Tras una breve pausa, Grove le preguntó cómo se ganaba la vida Richard Ackerman.

—Hacía números para Deloitte and Touche —contestó con una expresión de amargura en su operado rostro—. ¡Números! ¡Contables! ¡Qué más da! Se ha largado. Yo me quedaré con la casa cuando lleguen los papeles y nunca más se sabrá de él.

Grove midió sus palabras.

—¿Puede usted relatarnos aquel día, cuando encontraron la momia?

Helen alzó sus huesudos hombros.

—¿Qué pasa con él?

—¿Su marido fue el primero que tropezó con ella?

Una delgada sonrisa cruzó el rostro de la mujer.

—Sí, se podría decir eso, que tropezó del todo.

—¿Hay algo que le haga gracia?

Helen Ackerman contempló los cristales salpicados de lluvia como si recordara algo hilarante.

—A veces se le metían cosas en la cabeza —murmuró—. Así, tal cual, como caído del cielo, se le podía ocurrir que quería correr el maratón de Chicago o nadar kilómetro y medio. Y se lanzaba de cabeza a entrenar con todo el equipo. Resultaba patético que un hombre de cincuenta años se comportara así. El caso es que estábamos de crucero turístico por Alaska y a él se le ocurrió que iba

a subir aquella montaña.

—¿Mount Cairn? —preguntó Grove.

—Sí, sí, Mount Cairn. De repente fue Mount Cairn esto y Mount Cairn lo otro, y durante toda la semana tuve que tragarme todas aquellas bobadas. Luego vino lo del entrenamiento en el barco, haciendo esos ridículos ejercicios y comiendo huevos crudos. ¡El muy idiota! Yo le dije que parara con lo de los huevos, y al final me despertó un día a las cuatro de la madrugada para que fuéramos hacia el parque, de modo que poco después empezamos aquel estúpido ascenso.

—Lo que intentaban ustedes, ¿se trataba de algún tipo de escalada? —preguntó Zorn.

—¿Una qué?

—Pues una escalada técnica, ya sabe, con cuerdas, piolets y todo eso.

Ella hizo un gesto con la mano, descartándolo.

—¡Oh, no! Qué va. Hasta una vieja podría haber subido hasta allí arriba. Basta con caminar. ¡Por el amor de Dios, si hasta los de Mary Kay Cosmetics llegaron a celebrar una reunión de negocios allí arriba! Sin embargo, el cretino de mi marido se gastó cientos de dólares en equipo y esa mañana me sacó de la cama y me arrastró hasta allí cuando todavía era noche cerrada. Y él iba tan tranquilo, como si fuera sir Edmund Hillary, con aquella tontería de bastón, mientras que yo renqueaba como podía. Estaba cubierta de barro y encima me había hecho un desgarrón en mi chaqueta de Eddie Bauer nueva. Pero Richard no me hacía ni caso y marchaba diez pasos por delante de mí. Entonces tropezó, y fue lo más gracioso que yo había visto en mi vida. Richard tropezando, él, don Montañero en persona. ¡Qué gracioso! Su bastón salió volando, cayó de culo y resbaló unos quince o veinte metros. Yo me partía de la risa. Recuerdo que se me saltaban las lágrimas de lo que me reía. No sé por qué me pareció tan gracioso, pero el caso es que me lo parecía. ¡Ese idiota! Sí, fue divertido.

Hizo una pausa, y Grove le preguntó qué había ocurrido a continuación.

La sonrisa de Helen Ackerman se desvaneció.

—El resto no tuvo tanta gracia. Quiero decir que, cuando me di cuenta de con qué había tropezado... ¡Jesús!

—¿Se refiere a la momia? —preguntó Grove—. ¿Su marido había tropezado con la momia?

Ella se encogió de hombros.

—Eso creo.

Grove miró a Zorn, que observaba atentamente a la mujer.

—Siga —la animó Grove asintiendo.

Ella se frotó los maquillados ojos.

—¡Dios mío, suena tan melodramático! La vista nos juega malas pasadas, ¿vale? Pudo haber sido la altitud o la menopausia, no lo sé, pero el caso es que no pude ver nada hasta que él se arrastró hasta aquel lugar del camino y tocó aquella cosa. Fue como contemplar formarse hielo en una ventana.

Grove le preguntó qué quería decir con lo de «formarse hielo».

Ella guardó silencio un buen rato, dominada por el recuerdo de ver a su marido inclinándose sobre una momia que resultaba visible —al menos inicialmente— solo para él. La grabadora de Grove siguió funcionando y registrando el pesado silencio.

Lo opuesto a lo divino

«—Así pues, él se arrastraba por aquel fangoso camino, mirando el suelo, y yo no podía ver una mierda. Quiero decir que seguramente estaba tan cerca de Richard como lo estoy de ustedes ahora, y me preguntaba qué demonios estaba mirando el muy idiota. Entonces, él dijo algo que en ese momento me costó entender. No sé, el viento soplaba, estaba nevando y hacía un frío glacial; pero entonces Richard extendió la mano, como si fuera a meter los dedos en un enchufe. Me refiero a que tenía esa expresión..., la que tienen los niños traviesos cuando se disponen a hacer una maldad. ¿Sabe a lo que me refiero?»

La grabadora zumbada suavemente en el centro de la mesa oval de reuniones que había en la sala de conferencias del edificio Annex, en Reston, Virginia. La estancia era lo bastante grande para albergar la mesa, una docena de sillas giratorias y la pequeña mesita auxiliar del rincón donde se hallaban el café, las pastas y los documentos.

De repente, la voz de Grove se escuchó a través del altavoz:

«—¿Qué cree usted que estaba diciendo?»

»—No tengo ni idea de lo que decía —repuso Helen—. Miren, hasta el día de hoy sigo sin haber averiguado lo que farfullaba mientras se arrastraba hacia aquel sitio y miraba hacia el suelo. Pudo haber sido solo un gemido o algo así. De todas maneras tendrían que haber visto la expresión de su rostro. Nunca se lo mencioné, pero me dio muy mal rollo.»

Se produjo una pausa.

Había cuatro personas sentadas que escuchaban la grabación con expresión adusta. Grove y Zorn, ambos en mangas de camisa, se encontraban en un extremo de la mesa. Tom Geisel estaba en la otra punta, mordisqueando su bolígrafo y con los pies apoyados en una esquina de la mesa. Al lado de Geisel se hallaba Natalie Hoberman, una mujer de mirada de acero vestida con un traje chaqueta gris, a quien Geisel había reclutado hacía cuatro años de la Unidad de Crímenes Sexuales. Hoberman era una de las jefas de la Unidad de Crímenes Múltiples y tenía fama de ser de fiar cuando se presentaba un caso especialmente difícil. Grove siempre se había llevado bien con ella, a pesar de su terrible ego. En esos momentos, Hoberman tenía los brazos cruzados sobre el pecho y escuchaba la cinta con aire escéptico.

«—¿Cuándo vio por fin la momia? —preguntó la voz de Grove.

»—¿Cómo se dice cuando uno ve en uno de esos aburridos documentales una flor creciendo a toda prisa? —preguntó Helen tras una pausa.

»—¿Lapso temporal? —sugirió Grove.

»—¡Sí, eso! ¡Lapso temporal! Así fue. Vi a Richard tendiendo el brazo y tocando... algo... c nada..., pero de repente había algo. Es difícil de explicar. Igual que un cubito de hielo que se derrite, pero hacia atrás. Vi aquella asquerosa cosa tomando forma en el barro, y él la tocaba... Creo que en ese momento grité, creo que dije a Richard que se apartara de aquella maldita cosa, que podía estar llena de gérmenes o lo que fuera. Él se limitó a mirarme con su extraña expresión. ¡Qué tío más raro

era!

»—¿Puede describir su expresión, su aspecto cuando él la miró?

»—No lo sé. Era como... No sé, como si hubiera visto un fantasma.

»—¿Y qué ocurrió entonces?

»—Se puso en pie, como si estuviera borracho y se quedó mirándome con aquel aire tan raro.

»—¿Y qué hizo usted entonces? —intervino la voz de Zorn.

»—Me acerqué y vi que se trataba de un cuerpo. Creo que entonces me puse un poco histérica. ¡Olvídense de la expresión de Richard! ¡La expresión de esa cosa sí que era horrible de verdad! Entiéndanme, yo no había visto nunca un cuerpo muerto de verdad; y, aunque esa cosa se supone que era prehistórica o algo así, la verdad es que me puso los pelos de punta.

»—Prosiga —pidió Grove.

»—Bueno, tienen que comprenderme. Para empezar yo no quería estar allí, y encima, aquello, ¿vale? Quiero decir que nunca se me habría ocurrido que podíamos tropezar con algo importante o que tuviera valor. Lo primero que se me ocurrió fue que aquella cosa era los restos de algún vagabundo, o de alguien de una reserva india que se había emborrachado, extraviado y había muerto por congelación.

»—¿Y qué hizo usted entonces?

»—Insistí en que debíamos volver. Insistí en que cogiéramos aquella cosa asquerosa y bajáramos por el sendero para entregarla a las autoridades. —Se hizo un breve silencio—. Miren, ya sé que no tendríamos que haberla movido. Nos dijeron que de hecho la habíamos dañado y nos amenazaron solapadamente, como si alguien fuera a denunciarnos o algo así. Aquel cretino de detective, Pinsky, nos dijo que le habíamos roto su cosa en el hielo, al estirar para sacarla, lo cual resulta una total ironía si se piensa bien.»

—¿Su "cosa"? —preguntó Zorn.

»—Sí, su polla, su picha, que dicho sea de paso estaba mucho más tiesa que la de Richard. ¡Y va y resulta que se la rompimos! ¡Yo y el cretino impotente de mi marido cuyo miembro hace años que no le funciona!»

Se produjo una nueva pausa en la cinta acompañada por una serie de incómodos sonidos de la apagada risa de Helen Ackerman.

—Apágalo un momento, Ulysses, por favor —dijo Natalie Hoberman.

Grove apretó el botón de «Stop».

—¿Dice algo importante? —preguntó la mujer.

Grove suspiró.

—Si escucharas...

—Dejemos que termine —intervino Geisel—. Estamos todos aquí por lo mismo, y esto es lo único que tenemos.

Zorn se inclinó y le dio una amistosa palmada en la espalda a Grove.

—Oye, *amigo*^[4] ¿por qué no pasamos directamente a la parte en que habla del marido que se ha largado?

Grove volvió a suspirar mientras cogía la grabadora y manejaba los mandos. Una serie de sonidos agudos y distorsionados surgieron del altavoz mientras pasaba la cinta rápidamente observando el contador. Por fin llegó a la parte de la desaparición de Richard Ackerman. Volvió a poner el aparato encima de la mesa y apretó el botón de «Play». La chillona voz de Helen brotó de nuevo.

«—... y pasó lo mismo cuando volvimos a casa. Apenas me dijo una palabra durante la semana siguiente a nuestro regreso. Richard iba dando vueltas por ahí como un zombi, tropezando con todo. ¡Me ponía de los nervios! Dejó de ir a la oficina, dejó de ir al golf, no veía a sus amigos; se quedaba mirando por la ventana. Era como si tuviera una profunda depresión o algo así.

»—No le preguntó usted qué le pasaba —dijo la voz de Grove.

»—No me interesaba. Hacía años que casi no nos hablábamos, y aquel no me pareció más que otro de sus estúpidos cambios de humor. Siempre dije que Richard era bipolar. Su terapeuta lo trataba como a un niño pequeño. Yo creo que recibía la medicación inadecuada.

»—¿Qué pasaba con el trabajo? ¿No lo llamaban del despacho preguntando dónde estaba?

»—Richard era uno de los directivos importantes y tenía un montón de lameculos que le cubrían las espaldas. Recibimos alguna llamada de Deloitte and Touche, pero no creo que las contestase. No sé, creo que durante esa semana apenas le oí decir un par de palabras. Creí que por fin había perdido la chaveta o que había sufrido algún tipo de ataque. ¿Qué más da? Ya se ha ido.

»—Háblenos de eso —dijo Grove.

»—¿De qué?

»—De su desaparición. Cuéntenos los detalles, las circunstancias.

»—Una mañana me desperté y él... ya no estaba. Fue tan simple como eso. Y para reiterar un punto que ya he mencionado: ¿a quién coño le importa? —Se produjo una pausa—. Esperen un minuto. ¿Por qué están ustedes tan interesados en la desaparición de Richard? ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho ese jodido tarado?

»—Nada —respondió Grove—. Nada de nada. Solo estamos recabando información, señora Ackerman.

»—Cualquier cosa que sospechen de él, estoy segura de que será culpable.

»—Bueno, dígame: ¿estaba usted dormida cuando sucedió, cuando él se marchó?

»—No lo sé. Supongo que sí. Digamos que me acosté siendo una mujer casada y cuando me desperté estaba sin pareja, sola en mi propia casa. Tan sencillo como eso.

»—¿No escuchó ni oyó nada raro esa noche?

»—No.

»—Y, cuando se levantó, ¿no halló ninguna nota ni indicios de alteración alguna?

»—No, nada, nada de nada. La casa parecía como si él nunca hubiera estado allí. Sus ropas seguían colgando en el armario, desde luego, y en la escurridera seguía estando su taza de la suerte, la del *tee* de golf. Pero eso era todo, los únicos indicios de que hubiera existido alguna vez. Al día siguiente lo tiré todo a la basura.

»—¿Denunció usted la desaparición, señora? —preguntó Zorn.

»—¿Está usted de broma? Lo último que deseaba era que alguien encontrara al idiota de Richard y me lo devolviera. Estaba encantada de que se hubiera largado. Tengo entendido que su hermana, Phillis, presentó una denuncia al cabo de un par de semanas. No estoy segura. Nunca he tenido una relación muy estrecha con su familia. Viven todos en Detroit, en Bloomington Hill. De lo más pijo. Ya saben, gente de alcurnia. Unos completos gilipollas. Les daré su teléfono por si quieren perder el tiempo hablando con esos...»

¡Clic!

Grove detuvo la grabadora y contempló a Geisel.

—Ese es nuestro hombre.

Él es Sun City.

Geisel frunció el entrecejo.

—¿Tienes el ADN de ese tipo?

—Sí, tenemos un cepillo de pelo que sobrevivió a la campaña de destrucción de su esposa.

Mientras hablamos, se encuentra en el laboratorio de Arlington.

Hoberman tamborileaba en la mesa con las uñas.

—¿Y tenemos ADN de alguno de los escenarios del crimen?

Grove asintió.

—Tenemos un revoltillo, pero estoy seguro de que hallaremos alguna correspondencia.

—¿Y zapatos?

—Su mujer tiró todos los zapatos; de todas maneras tenemos una huella de talón del escenario del crimen de Colorado que sugiere un hombre corpulento, un hombre del peso y tamaño de Ackerman.

—Háblales de las herramientas y del cinturón de herramientas —intervino Zorn.

—¿Herramientas? —preguntó Hoberman.

Grove le explicó que Ackerman tenía un pequeño taller en el sótano de su casa, todo muy ordenado, etiquetado y colgado de un tablón.

—Vimos que su cinturón de herramientas no estaba —dijo Grove con un encogimiento de hombros—, lo mismo que unos alicates de punta afilada y un cuchillo para cortar linóleo que bien podría corresponder a la firma de Sun City.

—Suena poco concluyente —dijo Natalie Hoberman al cabo de un instante.

Zorn sonrió desde la otra punta de la estancia.

—Cariño, si me hubieran dado un centavo por cada sentencia condenatoria que he conseguido aportando pruebas circunstanciales sería lo bastante rico para invitarte a salir.

—Por favor, no me llames «cariño».

—De acuerdo, chicos, concretemos —terció Geisel poniéndose las gafas para leer y mirando el documento que Grove le había preparado—. Principalmente estamos basando esta teoría en la conexión que Ackerman y Sun City tienen con la patología de esa momia, el Hombre de Hielo ¿Correcto?

Grove le contestó que sí, que más o menos así era. A continuación, se apartó de la mesa, se puso en pie y se acercó hasta la ventana.

Un cielo de color gris acero cubría Restin, y la brisa de primavera soplaba a través de los olmos y los cables de alta tensión. Ciento cincuenta kilómetros al sur, la tormenta tropical Beatrice azotaba el terreno bajo con vientos de ciento cincuenta kilómetros por hora. Un manto de negras nubes cubría el estado de Virginia desde hacía un día y medio con la promesa de inminentes aguaceros.

Durante unos instantes, Grove miró las nubes a través de los estores. Un débil ulular subía y bajaba al otro lado del cristal donde la brisa hablaba de vientos primordiales y cielos centelleantes. Grove notó que otro trance amenazaba las fronteras de su equilibrio. Se agarró al borde de la ventana para sostenerse y parpadeó para despejar de destellos el fondo de su retina. «Ahora no —se dijo—. No delante de toda esta gente.» Por fin, se volvió hacia la habitación.

—No es simplemente cuestión de un imitador —dijo.

Geisel lo miró.

—¿Cómo has dicho?

Grove volvió a la mesa y se quedó de pie, con las manos en los bolsillos.

—Eso pensé que era al principio. El error en la patología, el hecho de que Sun City dejara los órganos intactos... Pero ahora ya no estoy tan seguro. Ackerman es nuestro hombre, de acuerdo; pero lo que está haciendo, su significado, creo que va más allá del intento de imitar algo que vio. No sé qué deducir de todo ese rollo del «lapso temporal», pero ya os digo que este asunto va más allá de un simple caso de imitación.

Se produjo una pausa mientras unas cuantas cejas se alzaban por la habitación. Hoberman miró a Geisel, que volvía a mordisquear su bolígrafo. Al otro lado de la mesa, Zorn tenía la vista clavada en la moqueta.

—¿Quieres explicarte? —preguntó al fin Geisel.

Grove señaló la grabadora que yacía en la mesa, silenciosa.

—Está en el comportamiento, Tom. Siempre lo está. Todavía no sé exactamente qué lo impulsa, pero está en el comportamiento.

Se hizo otro silencio hasta que Hoberman intervino:

—¿Qué quieres, Ulysses?

Él la miró.

—Quiero boletines en cada patrulla, en cada sala de comunicaciones, en cada ordenador de a bordo de cada coche patrulla al oeste del Mississippi.

Se produjo una pausa mientras Geisel lo meditaba mordiéndose la mejilla por dentro. Grove prosiguió:

—Tenemos fotos, tenemos amplia información sobre Ackerman. Me gustaría distribuir el material por todos los territorios centrales y del oeste. Está manifestando una conducta gravemente disociativa, de modo que debería ser bastante fácil de localizar.

Hoberman seguía tamborileando con las uñas.

—¿Qué hay del dinero?

—¿Qué pasa con él?

—¿Se llevó dinero consigo? ¿Su mujer no notó que faltara nada?

Grove asintió.

—Sí, tiene dinero, mucho dinero. Tenía dos cuentas privadas que muestran actividad desde el día en que desapareció.

—Ojalá tuviéramos un poco —dijo Geisel—. Los tipos del cuarto piso me están matando este año con los presupuestos. Voy a necesitar una conexión de ADN antes de solicitar todo esto.

—Deberíamos tenerla a última hora del día.

Hoberman dijo que quería volver a la momia, a la razón que hacía que aquello no fuera el caso de un simple imitador.

—De acuerdo, mira —repuso Grove empezando a caminar ante la mesa, conteniendo la emoción, la urgencia que le atenazaba el estómago—. Me doy cuenta de que suena a rollo místico y de fantasmas, pero el comportamiento tal como lo relató su mujer suena al clásico brote psicótico y a más...

Hoberman le preguntó qué quería decir con ese «más».

—Todavía sigo trabajando en esa parte —contestó el criminalista.

—De acuerdo, muy bien. Si se trata de un trabajo en proceso —reflexionó ella—, danos un informe de tus avances.

Grove la miró.

—Lo que vamos a hacer durante las próximas semanas va a ser algo ingente.

—¿Y por qué?

Grove dejó de caminar.

—Porque creo que todos formamos parte del universo ficticio de Ackerman, incluso nosotros, el FBI, la mierda de trabajo que hacemos.

—¿Y qué te hace pensar eso?

Grove se encogió de hombros.

—Llámalo intuición, una corazonada, lo que sea. Por eso creo que deberíamos presentarnos en la próxima escena del crimen con una unidad táctica completa. Si algo ocurre, y Dios no lo quiera, creo que estará por allí. Necesita contemplar el resultado, formar parte de él.

Geisel se movió en su silla, incómodo.

—Ulysses, sabes que si hay una intuición de la que me fío, es la tuya.

—Tom, yo...

—Pero la clase de recursos a los que te refieres... ¡Uf!, solo con el papeleo bastaría para asfixiar una mula. —Geisel meneó la cabeza mientras se pasaba los dedos por el canoso cabello—. Si pudieras darnos algo más, explicarnos algunos detalles de esa intuición tuya...

Grove se preguntó hasta dónde podía llegar. Respiró hondo y dejó escapar un suspiro.

—La razón de que sienta lo que siento se debe principalmente a lo que experimenté cuando vi por primera vez aquella cosa.

Silencio.

—Sé que suena raro —prosiguió—, porque ni yo mismo lo entiendo; pero aquí hay algo más profundo bajo el comportamiento superficial. Eso es todo lo que puedo decir. Tuve un atisbo cuando vi la momia, cuando me di cuenta de que presentaba la misma firma de Sun City. La expresión de aquel rostro... Todos tenéis las fotos en vuestros informes, de modo que sabéis a qué me refiero.

—Ulysses...

—Me pagan para que haga valoraciones —continuó Grove caminando de nuevo—. Y todo esto son valoraciones, una opinión subjetiva. Puede que haya algo empático en todo esto. No lo sé. De verdad que no lo sé. Pero creo que deberíamos seguir trabajando en Anchorage y también que deberíamos dar aviso del tal Ackerman, porque Ackerman es nuestro hombre. De eso estoy totalmente seguro. Es nuestro hombre, y eso es lo único que cuenta, ¿verdad?

Se produjo un nuevo silencio.

—¿Me equivoco? —preguntó finalmente Grove a los presentes sin obtener apenas reacción—. ¿Tenemos algo mejor que ese tipo? ¿Hay algún otro que nos guste más?

Silencio.

Grove notó que se le aceleraba el pulso. Forzosamente tenían que estar de acuerdo con él. Tenían que darle lo que pedía. Esencialmente no tenían otra elección.

A mil quinientos kilómetros de distancia, en las afueras de Portland, Oregon, el hombre que en otro tiempo había sido Richard Ackerman yacía en el suelo de la habitación de un mugriento motel.

Los sollozos estremecían su alto y desgarbado cuerpo como descargas eléctricas, haciendo que sus anchos hombros temblaran y que su grisáceo rostro se retorciera de agonía. De vez en cuando dejaba escapar débiles quejidos, pero la mayor parte del tiempo lloraba en silencio, convulsivamente. Había escaso dolor en su llanto. Se trataba de los últimos restos de su mente consciente, de los postreros restos de su humanidad que luchaban contra lo que llevaba dentro.

—¡No, no lo haré! —sollozó en plena discusión con la voz de su cabeza mientras su aliento levantaba nubéculas de polvo en la gastada y sucia moqueta—. ¡Ya he acabado! ¡Ya he acabado con todo! ¡No volveré a hacerlo!

La voz lamentó discrepar con él y con absoluta calma le explicó que seguiría matando una vez y otra y otra hasta que hallara por fin la víctima adecuada, la víctima escogida.

—¡No! ¡No! ¡Nooo! —Aulló Richard Ackerman golpeando el suelo con los puños. Sus puños eran grandes, del tamaño de calabazas, pero también eran huesudos y flacos, eran las manos de un envejecido artesano. Aquellas eran las manos que una vez habían danzado sobre los teclados de las calculadoras y las hojas de contabilidad, sirviendo a los capitanes de la industria, recortando millones en concepto de impuestos de las cuentas de las grandes corporaciones. Y aquellas manos se habían convertido en las garras leprosas, manchadas de sangre y soriasis de un maníaco asesino.

La voz de su cabeza se desvaneció de repente proporcionándole alivio momentáneamente de la constante presión en su cerebro.

—Vale, vale, vale, puedo enfrentarme con esto —balbuceó sobre la moqueta—. Puedo vencerlo, puedo.

Tragó el horror y el metálico y venenoso regusto de su boca. Luego luchó por ponerse en pie y se acercó, tambaleante, al espejo. Vestía una desgarrada camisa de franela a la que le faltaban la mitad de los botones, medio abierta por delante y que dejaba al descubierto los flojos y sucios pectorales. Un rastro de sangre seca y heces dibujado por unos dedos manchaba los pezones rodeados de vello cano. Se contempló el rostro. Unos vacíos y profundos ojos, enterrados en arrugas, le devolvieron la mirada. Su cabello entrecano, en otro tiempo meticulosamente peinado por los mejores estilistas de Michigan Avenue, no era más que una sucia maraña.

Durante un breve instante sopesó la posibilidad de salir a toda prisa del motel y correr por las calles cubierto con la sangre de la mujer de Nevada, gritando a todo pulmón que alguien lo ayudara, que alguien lo detuviera para evitar que lo que llevaba dentro volviera a matar. Pero, tan pronto como la idea hubo cruzado por su cerebro, se disolvió en un mar de agonía. Richard Ackerman se apartó bruscamente del espejo y empezó a arrastrarse por los rincones de la habitación, retorciéndose las manos, como una rata de laboratorio husmea los confines de su laberinto.

En aquel estado todo le parecía tan claro, tan obvio, tan atrocemente patológico... Comprendía que estaba enfermo. Muy enfermo. En cierto sentido había estado enfermo desde que era pequeño, en Cincinnati, cuando se había dedicado a torturar a las mascotas de los vecinos y a los mapaches que pasaban por las vastas propiedades de la familia. Ninguno de los internados ni de las universidades privadas por las que había pasado ni los hilos de las influencias políticas habían podido cambiar las morbosas imágenes de sangre y carne que habían habitado en los sueños y fantasías de Richard Ackerman desde que era niño. Sin embargo, en esos momentos su perversión se había puesto en cabeza, en su cabeza. De algún modo, había adquirido aquella diabólica personalidad como quien ingiere un virus o una bacteria a través de un alimento en mal estado. Y cuando sus efectos pasaban, como así era en esos momentos, casi podía pensar con claridad.

Comprendía que debía entregarse, que era necesario que lo ingresaran en alguna institución donde no pudiera hacer daño a nadie. Pero al mismo tiempo sabía que esos pensamientos pronto se disolverían en el baño de ácido de la voluntad del ente. El ente despertaría de nuevo, le borraría todo recuerdo del pasado y lo dispondría de nuevo, listo para la Labor.

La cosa de su interior tenía forma, color y textura: era negra, fina como el papel y maligna, como un rostro hecho de pergamino quemado; estaba asolada por tumores cancerosos y ardía dentro de él como un fuego. Era el motor que impulsaba su cuerpo, que lo hacía moverse con salvaje sigilo hacia algún objetivo cósmico que no alcanzaba a comprender. Intuía que era antigua, muy antigua, y notaba que gobernaba su cuerpo con la meticulosa precisión de un maestro de marionetas. De lo que no estaba tan seguro era de cómo lo conseguía, aunque no le cabía duda de que el ente se

estaba haciendo cada vez más dominante.

Pronto no quedaría nada del viejo Richard Ackerman. Los intervalos de conciencia irían remitiendo hasta que, al final, se encogería sobre sí mismo igual que una semilla seca; hasta que no quedara nada salvo el nuevo Richard para conducirlo a un espantoso objetivo. Pero incluso en aquellos pasajeros momentos de lucidez —en aquellos terribles momentos de desvaneciente conciencia— el viejo Richard Ackerman sabía perfectamente dónde y en qué momento la negra, silenciosa y letal energía se había apoderado de él con la brusquedad del rayo.

Se arrastra.

Se arrastra sobre las manos y rodillas, con el rostro azotado por el viento. Los ojos le escuecen y se le hace difícil ver. La espalda le duele por la caída, y el dolor lo lacera. Sigue arrastrándose. Sigue arrastrándose. Tiene la mirada fija en el oscuro objeto que se encuentra a diez metros de distancia. Esa cosa oscura no es lo que parece. Esa cosa oscura y descarnada es importante. Se ha hecho visible para él por un motivo.

Sigue moviéndose hacia ella sin vacilar por la helada pendiente, unos pocos centímetros cada vez. Tiene los guantes mojados por la caída, y nota los dedos entumecidos por el frío. Se aproxima. En el remolino de polvo apenas puede distinguir el objeto. Al principio parece un montón de ropa vieja o una ajada bolsa de basura medio enterrada en el hielo. Se aproxima aún más. Se le ponen los pelos de punta, le zumban los oídos. El miedo le anuda las tripas.

La cosa tiene rostro. Tiene rostro y unos brazos esqueléticos —uno de ellos levantado en una extraña posición—; y las flacuchas y marrones piernas, cruzadas por los pies. Igual que Jesucristo. Igual que Jesucristo en la cruz. Pero esa figura es lo opuesto a lo divino. Esa figura no es más que un lamentable montón de pellejo momificado, congelado en los límites de un glaciar.

El se acerca y contempla ese rostro, antiguo y cadavérico.

Un súbito impulso invade al hombre, el impulso de tocar. La repulsión y la atracción, acompañadas de un escalofrío, lo dominan por igual. Las manos del hombre tiemblan, igual que su barbilla. Ha mantenido en secreto su secreta compulsión desde que era niño: tocar cosas que se suponía que no debía tocar: el óleo de un museo, las entrañas de la tostadora eléctrica, el suave monte de Venus de una vecina... En ese momento resulta irresistible. Y se ve a sí mismo tendiendo la mano hacia ese rostro requemado.

Toca la apergaminada piel de su mandíbula.

De repente, algo como una corriente eléctrica chisporrotea en el pellejo de la momia. Los viejos ojos se abren de golpe. Una oleada de un frío, negro y eléctrico voltaje inunda al hombre arrancándole un mudo respingo.

Se echa hacia atrás instintivamente, como si retrocediera ante una descarga eléctrica. Las radiantes y amarillas pupilas del cuerpo lo contemplan entonces mientras una sonrisa curva las comisuras de la momia. Solo que no se trata de una sonrisa, sino de una mueca —un rictus de muerte intemporal, eterno, omnisciente—, una mueca que se ensancha y ensancha hasta que la boca de la momia se convierte en un pasadizo, en un portal hacia la negra nada.

El hombre trata de gritar, pero ningún sonido sale de su garganta mientras la oleada de oscura energía lo atraviesa...

... bautizándolo, inundándolo, transformándolo.

Contemplad al cazador

Grove bajó a toda prisa los peldaños del edificio Annex de Restin abriendo el paraguas mientras Zorn, a su lado, mascullaba ocurrencias acerca de lo bien que había ido la reunión, la lluvia caía en forma de cortina y el viento los azotaba. Un relámpago centelleó en lo alto, y Grove percibió el olor del ozono y del mar embravecido cuando cruzaron la calle y se apresuraron hacia el coche, que habían dejado en el aparcamiento del personal, en el lado oeste del edificio. Un trueno retumbó en el cielo, estremeciendo la atmósfera.

En el momento en que llegaban al vehículo, el ruido de la lluvia casi ahogaba la llamada del móvil de Grove.

—Es Maura —anunció con apenas disimulado placer después de sacarlo del bolsillo interior y mirar la pantalla.

—¿Quién? —Zorn se estaba secando la calva tras haberse puesto al volante.

—La periodista, la chica de la revista. —Presionó el botón de «responder» y dijo:

—¿Es la famosa Maura County?

—¡Menuda intimidad tiene el tío con la señora! —masculló Zorn para sí poniendo el coche en marcha y saliendo del aparcamiento.

Grove escuchó la grave voz característica de Maura saludándolo desde el otro lado de la línea.

—¿Qué tal, forastero? ¿Cómo te ha ido con los Ackerman?

—Es una historia muy larga pero interesante —contestó Grove, decidido a guardarse los detalles por el momento—. ¿Has regresado a San Francisco?

—Sí, y tengo noticias.

—¿Tienes noticias?

—Pues sí. Ha ocurrido algo que no vas a creer.

Grove contempló la lluvia.

—Para serte sincero, llegado a este punto, me parece que soy capaz de creer cualquier cosa.

—No es nada especial —repuso Maura tras una pausa—, pero se trata de algo que hay que ver para creer.

—Tienes toda mi atención —contestó él—. Dime qué ha ocurrido.

—Primero deja que te cuente algo. —Maura bajó la voz como si temiera que la estuvieran espionando—. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas venir? Me refiero ahora mismo, a que cojas un avión y vengas hoy mismo.

Grove miró a Zorn, que se moría de ganas de escuchar la conversación mientras conducía.

—¿Quieres decir a San Francisco?

—La revista te pagará el billete. Son cuatro horas desde O'Hare, ¿no?

—Es cierto, Maura. Son cuatro horas de vuelo desde Chicago. El problema es que ya no estoy en Chicago, sino en Quantico, en Virginia. ¿Qué ocurre? ¿De qué va todo esto?

Una nueva pausa.

—¿Recuerdas la invitación que mandé a la comunidad de arqueología, la que te adjunté con mi último correo electrónico?

—Claro que me acuerdo. Lo de la base de datos prehistórica fue idea tuya.

—Exacto. Pues he recibido algunas contestaciones.

Grove escuchó el misterioso silencio que se produjo a continuación.

—¿Y? —preguntó al fin.

—Ulysses, no es mi intención ser tan puntillosa con este asunto, pero me resulta imposible explicártelo por teléfono. Sencillamente, tienes que verlo.

Grove suspiró.

—Espera un segundo, Maura. —Se volvió hacia Zorn, que en esos momentos estaba metiendo el sedán del gobierno por la rampa de entrada de la abarrotada autopista—. Terry, viejo amigo, ¿que te parecería darte una vuelta por San Francisco conmigo?

El rostro de Zorn se retorció con una lasciva sonrisa.

—Grove, Grove, Grove...

En algún lugar al norte del río Columbia, después de que el sol se hubiera disuelto como una pastilla de fuego tras las montañas costeras del oeste, y las sombras hubieran alcanzado los caminos y senderos del norte de Portland que formaban largos y descarnados brazos, el titiritero volvió a hacerse con el control de Richard Ackerman.

Ocurrió justo al norte de las grisáceas aguas del lago Vancouver, entre el ondulante entramado de urbanizaciones deforestadas y centros comerciales que formaban el rústico Portland metropolitano. Ackerman se hallaba agazapado tras el volante del Buick Regal del 97 que había robado en el aparcamiento de un desguace tras verlo con la puerta abierta y las llaves en el contacto. A pesar de que no sabía adonde se dirigía ni cómo iba a llegar, había obedecido un impulso.

Robar un automóvil había sido otra novedad para Richard Ackerman. Durante los últimos doce meses había conducido su propio coche —que al fin había abandonado en el bosque de un parque natural de Iowa, en otoño— o había cogido autobuses o trenes. En esos momentos, las blancas líneas de la carretera corrían bajo el baquetado vehículo, y las luces del salpicadero se reflejaban en los ojos de Ackerman mientras este torcía el gesto por el hedor del coche, con la radio sintonizada en estática, con el cerebro sintonizado en estática y su sistema nervioso central zumbando como un amplificador al que le falla una válvula..., cuando ocurrió.

La fría mano de metal le aferró la columna, enderezándolo en el asiento. Sus dientes entrechocaron, y en su cerebro se abrieron una vez más aquellos grandes, oscuros y apergaminados párpados que contemplaron el mundo a través de las cuencas oculares del cráneo de Ackerman.

Ackerman se encogió dentro de sí mismo y contempló el modo en que sus extremidades se estiraban, flexionaban y retorcían. Era como asistir a los movimientos mecánicos de una fábrica. El titiritero alimentó la caldera de las sinapsis de Ackerman, enviando inercia a través de los conductos y hasta los tendones, por los cartílagos, la médula y los músculos. Aquella cosa fue adquiriendo destreza en la tarea de mover a Ackerman, diciéndole lo que debía hacer, gobernando su cuerpo y su espíritu. Las manos se aferraron al volante hasta que sus nudillos palidieron, sus ojos se agitaron como insectos, y el nuevo Richard hizo girar bruscamente el Buick hacia una rampa de salida y entró en un dormido pueblo.

Barton, en Washington, era una insignificante lapa adherida a la orilla del río, apenas unos cientos de casuchas y de abolladas caravanas Airstream. El Buick enfiló a toda velocidad por la carretera de dos sentidos que corría a lo largo de la orilla iluminando con sus faros los reflectores como si fueran rojos ojos de insectos. Interminables hileras de abedules pasaron en la oscuridad bajo el nocturno cielo surcado por enloquecidas constelaciones. La cosa que habitaba en Ackerman se retorció de hambre con un silencioso aullido que resonó en sus oídos. La cosa tenía que alimentarse.

Tenía que cazar, alimentarse y completar su misión.

Un cartel luminoso colgaba en un brumoso banco de niebla a lo lejos:

REGAL MOTOR INN. HABITACIONES DISPONIBLES. TV COLOR. HBO. ¡AUPA, I DEVILS! ¡BUENA SUERTE EN EL CAMPEONATO ESTATAL!

Con un brusco giro del volante, el coche se metió en la cuneta. La bota de excursionista de Ackerman aplastó el pedal del freno, y el Buick zigzagueó hacia el estrecho aparcamiento que había delante del motel hasta que se detuvo ruidosamente, casi arrancando uno de los abollados guardarraíles de la fachada y levantando una nube de polvo en el aire de la noche.

El motor murió.

El silencio regresó al aparcamiento, y el nuevo Richard se quedó allí un momento, con las manos todavía aferradas al volante, el corazón latiéndole y los ojos de un lado a otro como luces de arco. La ventanilla del motel se hallaba a unos diez metros de distancia. Un par de figuras estaban sentadas dentro, donde el azulado resplandor de un televisor en un rincón dibujaba fantasmales sombras. En algún lugar de las distantes colinas, el ulular de un buho rasgó la oscuridad.

Justo en ese momento, el nuevo Richard decidió que aquel hombre y aquella mujer debían morir.

La bolsa de viaje se hallaba en el asiento de atrás, donde había sido arrojada apresuradamente por la ventanilla durante el robo. Contenía el carcaj y el cinturón de herramientas. El nuevo Richard salió del coche, abrió la portezuela de atrás, sacó la bolsa, la dejó en el suelo y descorrió la cremallera. Sus manos se hundieron en un revoltijo de correas, hebillas, varillas de grafito, navajas y herramientas oxidadas.

Mientras trabajaba envuelto en las sombras, preparando sus instrumentos de muerte, los ojos de sabueso de Ackerman se llenaron de lágrimas, y las lágrimas que le rodaron por las mejillas acabaron mezclándose con la baba que se le acumulaba en la comisura de los labios y en el canoso mentón y que le goteaba en la desgarrada camisa de franela, empapándole el tejido. La cosa de su interior también lloraba, lloraba silenciosamente mientras trabajaba, y los grandes y resplandecientes ojos de dragón se inundaban con lágrimas de dolor por todos los inocentes, todos los corderos del sacrificio. Su antigua misión solo podía ser llevada a cabo mediante la muerte, la violencia y la devastación.

El nuevo Richard se echó el carcaj al hombro y el arco bajo el brazo. Devolvió la bolsa al interior del coche y pasó por delante de la oficina, camino de la entrada. Parecía un simple cliente que llegaba para pasar la noche, alguien que volvía de cazar patos en Hayden Island. Entró en el vestíbulo por la puerta de cristal y de inmediato percibió el olor del caliente radiador, el del café recalentado y el de restos de desinfectante.

—Buenas noches, señor —dijo una voz atrayendo la mirada del nuevo Richard hacia un mostrador que llegaba a la altura de los codos y tras el cual se hallaba un gris hombrecillo vestido con un gastado cárdigan. El hombre del motel llevaba gafas de montura de concha de gruesos cristales y parecía tener al menos ciento cincuenta años—. ¿Qué tal ha ido la caza esta noche?

El nuevo Richard extendió el brazo para coger una flecha cuando se oyó otra voz.

—¡No se permite la caza en esta época del año! —La voz era femenina, vieja y cascada.

El nuevo Richard miró más allá del mostrador y vio a una obesa mujer sentada en un sillón ante un televisor sintonizado en la CNN y con un torcido andador de aluminio al lado de ella. Lucía una papada múltiple y un ajado vestido de flores. La carne le caía flaccidamente de los brazos mientras

agitaba el gordo dedo hacia el desconocido.

—¡Bah! Cierra esa bocaza, Evelyn —le respondió el posadero volviéndose hacia ella.

La vieja mujer replicó con sorna.

—Los guardabosques te echarán el guante en cuanto te vean.

—Cállate ya.

—Solo estoy intentando ayudar...

—¿Te importaría dejarme que registre a este caballero?

El nuevo Richard sacó por encima del hombro una flecha del carcaj y la encajó en el arco. El arma crujió al ser tensada. Los dos ancianos apenas parecían reparar en la extraña criatura que estaba de pie en su vestíbulo, a punto de arrebatárles la vida.

—¡A él no le estoy diciendo nada! —graznó la vieja, sin reparar en el desconocido.

—¡Por favor, cállate de una vez!

—¡Cállate tú, viejo imbécil!

—¡Voy a echar tu viejo culo a patadas! ¿Acaso crees que no soy capaz?

—¡Cierra el pico!

—¿Crees que no soy capaz?

De repente, la cosa que en otro tiempo había sido Richard Ackerman dijo con voz tonante:

—¡Dense la vuelta y pónganse de espaldas!

Los dos viejos callaron al instante. El hombre lo miró, boquiabierto. La mujer lo miró, boquiabierta. Durante un fugaz instante los únicos sonidos que se oyeron fueron el de la CNN y el de una polilla que golpeaba insistentemente la ventana en un inútil intento de escapar.

El nuevo Richard sonrió tristemente.

—Dense la vuelta, por favor.

Aquella misma noche, tarde, en su triste apartamento, rodeado de libretas tiradas por el suelo y de diccionarios abiertos boca abajo, vestido únicamente con su ropa interior, Michael Okuda se dio cuenta de que solo le quedaba media dosis, de manera que decidió trabajar totalmente sereno las horas que le quedaban. (En Anchorage, una papelina de heroína costaba once dólares, y con su humilde sueldo de ayudante de laboratorio, Okuda se veía obligado a comprar grandes cantidades. Un paquete con diez papelinas solía costarle setenta y cinco dólares. Acaparar se había vuelto un estilo de vida.) Probablemente fue esa la razón de que realizara el descubrimiento.

Al principio pensó que se trataba de los efectos de la droga que remitían. Aquella tarde había esnifado casi media bolsa, y a las dos de la madrugada estaba empezando a dar cabezadas. Casi no podía ver la libreta que tenía desplegada ante el sofá ni leer la pequeña y retorcida caligrafía con la que escribía sus anotaciones. La visión se le empezó a desenfocar y a desdoblarse. Fue entonces cuando hizo el descubrimiento.

Estaba intentando concentrarse en repetir los símbolos que tenía garrapateados en rotulador por todo el salón, reproducciones de los tatuajes de la momia —los pequeños pétalos que no tenían sentido para nadie—, cuando estos empezaron a desdoblarse, a formar dobles imágenes en su vacilante campo de visión que oscilaban como si pasaran bajo un tosco vidrioó



... entonces se acordó del viejo fenómeno visual que había aprendido en el instituto. Para matar el tiempo durante las clases del señor Gibbons, el pequeño Michael Okuda y sus compañeros se entretenían señalándose con los dos dedos índices y extasiándose viendo la pequeña imagen fantasma que aparecía entre ellos. (La imagen aparecía porque el punto focal de los ojos se cruzaba en ese punto.) Pero en esos momentos, después de tantos años, un Okuda adulto contemplaba el mismo efecto flotando a escasos centímetros en la pared, y lo que veía despertaba en él una inquietante sensación.

Fue en ese instante cuando la revelación se le manifestó en su fatigado cerebro, despertada por la vaga y críptica relación establecida por la imagen de la vieja película de Boris Karloff: «La momia extendió el brazo y acarició suavemente el pergamino con la punta de un dedo petrificado mientras una risa malsana surgía de alguna parte fuera de la pantalla».

Aquellos tatuajes, observados a través de la drogada doble visión de Okuda, revelaban un secreto: ¡eran criptogramas, símbolos que ocultaban palabras, seguramente sumerios! ¡Palabras que podían ser traducidas!

Para un drogata aficionado a la criptología, un desafío lingüístico resultaba más estimulante que un cóctel de cafeína y adrenalina inyectado directamente en vena.

Se incorporó de golpe en el baqueteado sofá; sin querer, tiró un cuenco de Cheez-Its, cogió un bolígrafo y con la ayuda del Oxford Companion Sign Directory se puso a traducir los símbolos del sumerio elemental: en-nu... en-nu-un... en-nu... en-nu-un...

—¡Un hurra por la heroína, la mejor amiga del antropólogo! —gritó Okuda, que ni siquiera se daba cuenta de que reía a la vez que temblaba.

Cuando tuvo la frase completa, se detuvo y la contempló, contempló los rasgos cuneiformes trazados en el papel como una maldita mancha de tinta. Las risas se apagaron. Tenía que llamar a alguien sin pérdida de tiempo. ¿A Mathis? No, por Dios, la muy bruja se burlaría o lo que era peor, se atribuiría el mérito del hallazgo. Okuda se puso en pie y empezó a caminar nerviosamente de un lado a otro con piernas temblorosas. Se detuvo y lo meditó mientras se mordía las uñas.

Quizá Grove fuera la persona a quien tenía que avisar.

El nuevo Richard se encontraba sentado en el gastado sofá del ensangrentado vestíbulo del motel Regal, mirando sin ver el televisor que seguía en marcha, cuya pantalla estaba salpicada de rocciones de sangre arterial. Con la cabeza ladeada como si escuchara algún silbido ultrasónico y con los alicates en una de sus grandes manos, contemplaba un banal anuncio de Amazing Kitchen Magician mientras los cuerpos del posadero y la anciana yacían, enfriándose ante él, en el suelo, en medio de un charco de oscuros fluidos. Las flechas les sobresalían de las respectivas nuca igual que postes de señalización. De debajo del cadáver del hombre salía un abanico de rastros de sangre por haber sido arrastrado.

Todavía le quedaba mucho trabajo por hacer. Tenía que colocar los cuerpos en la posición adecuada y retirar las flechas con los alicates, lo mismo que en los casos anteriores. Arrancarles las flechas era lo más engorroso, igual que limpiar pescado, porque las puntas estaban siempre hundidas entre los tendones y huesos de las vértebras superiores. Sin embargo, la colocación era casi una experiencia trascendental para el nuevo Richard, como recibir la comunión. Les levantaría el brazo derecho en la postura ritual y acto seguido daría un paso atrás y rezaría en un lenguaje largamente olvidado por los habitantes del mundo moderno. Algún día, el ciclo volvería a cerrarse, y el adorado retornaría una vez completado el sacrificio.

No obstante, en aquellos momentos, a la cosa que habitaba en el interior de Ackerman, el proceso se le antojaba desalentador. Hacer funcionar el cuerpo de Ackerman resultaba lento y trabajoso, igual que manejar una máquina con los engranajes oxidados. Un distante dolor le latía en el tórax a causa de la angina de pecho que le obstruía los conductos. Tenía un corazón frágil. El nuevo Richard se preguntó si el cuerpo de Ackerman sobreviviría a los rigores de la misión.

Haciendo caso omiso del inesperado estremecimiento de dolor, el nuevo Richard se levantó, se acercó al primer cuerpo y se arrodilló ante él con los alicates en la mano. Se disponía a sujetar con ellos la punta de la flecha para extraerla cuando se detuvo. Algo proveniente del televisor acababa de penetrar en su conciencia. Sus ojos se volvieron hacia el aparato como los de un autómatas hasta que su mirada dio con la pantalla.

La CNN emitía, impasible. En esos momentos, una rubia locutora se dirigía a los espectadores.

—Un portavoz del FBI ha hecho unas declaraciones en el caso de los asesinatos de Sun City. Tras doce meses de investigaciones la identidad del sospechoso sigue siendo un misterio, y el asesino sigue campando a sus anchas mientras las autoridades buscan desesperadamente alguna pista.

El nuevo Richard concentró con la intensidad de un rayo láser su atención en la emisión.

En la pantalla aparecieron imágenes de archivo del cuartel general del FBI mientras la monótona voz de un reportero acompañaba las imágenes.

«—Mientras todo el oeste de Estados Unidos se estremece ante el último asesinato sin sentido perpetrado por Sun City en el desierto de Nevada, los especialistas del FBI siguen buscando un rastro al que aferrarse.»

El nuevo Richard se quedó inmóvil y observó las imágenes que pasaron a mostrar a un apuesto y trajeado negro que bajaba a toda prisa por la escalinata de un edificio intentando eludir la intromisión de las cámaras.

«—Incluso el famoso criminalista Ulysses Grove, el hombre cuyos análisis hicieron posible en mil novecientos noventa el arresto y posterior encarcelamiento de Cara Feliz, el asesino múltiple de Oregon, parece sumido en la confusión por esta serie de asesinatos al azar.»

¡Pop!

La revelación cayó sobre el nuevo Richard igual que un rayo a través de su cabeza, enviándole descargas de alta tensión a través de la médula, un mensaje que iba mutando en sucesivas y antiguas lenguas hasta que al fin se manifestó en el idioma del momento: «¡Contempla, contempla!».

«—Agente Grove, ¿tiene algún comentario que hacer en el caso, aparentemente estancado, de Sun City?»

¡Plaf!

El nuevo Richard cayó hacia atrás ante el impacto de la repentina comprensión, y un agujero negro se abrió en el mismísimo centro de su ser, absorbiéndolo todo, distorsionando el tiempo y el espacio hasta que todo el vestíbulo del motel pareció contraerse como un enorme ojo, como un enorme iris que absorbiera con su membrana el tubo de rayos catódicos.

«—Lo siento, amigos, no tengo comentarios que hacer. Si desean hacer alguna pregunta pueden dirigirse al jefe de relaciones públicas del FBI. Por mi parte, no voy a hacer comentarios.» ¡Bum!

La pantalla del televisor implosionó en un único y granuloso primer plano del huesudo rostro de ébano de Ulysses Grove, un gran ídolo de ónice esculpido por la mano de algún artista divino. El titiritero que anidaba en el interior de Ackerman lo contempló, lo contempló, incansable.

Grove se encontró con Maura County en el vestíbulo del hotel Nikko, de San Francisco.

—Ven. Has de ver esto —le dijo ella conduciéndolo hasta los ascensores, donde subieron a una

de las lujosas cabinas cuya moqueta y adornos de latón armonizaban con la decoración del resto del hotel—. Nunca he visto nada parecido en los casi trece años que llevo trabajando —añadió mientras las puertas se cerraban.

El ascensor inició el ascenso, y ellos se quedaron allí, inmóviles en la incómoda quietud de su intimidad.

—¿Qué tal el vuelo? —le preguntó Maura al fin, rompiendo el silencio.

—Bueno, ya sabes, de lo más normal —contestó Grove con las manos en los bolsillos de su chaqueta de espiguilla. La cabeza le daba vueltas. Más que en ninguna otra ocasión, se sentía como si fuera una pelota de ping-pong que rebotara de un lado al otro al albur del caso Sun City. Había llegado a la zona de la bahía al atardecer, hacía alrededor de una hora, y ya tenía esa extraña sensación de desorientación propia de quienes viajan demasiado. Terry Zorn lo había acompañado, pero había preferido pasar por la oficina local de San Francisco antes de reunirse en el hotel con Grove y la periodista. En aquellos instantes, con Maura en el ascensor, Grove se sintió anormalmente reservado. Ella vestía un jersey de cuello alto negro y unos vaqueros del mismo color que resaltaban la palidez de su piel y el azul de sus ojos; llevaba el cabello recogido en una cola de caballo. Grove sintió que su mirada era atraída por la curva de la nuca de Maura, y aquel impulso lo hizo sentirse nervioso y culpable.

—Bueno, ¿qué voy a ver? —le preguntó al fin.

—Disculpa todo este misterio —repuso Maura—. Supongo que es por culpa de la periodista que llevo dentro.

—¿A qué te refieres?

—Al eterno miedo a enterrar una pista.

El ascensor se detuvo, y las puertas se abrieron revelando las macetas de piedra, los adornos dorados y los paneles de espejo de la planta de la sala de baile. Grove siguió a Maura a lo largo de un pasillo a cuyos lados se abrían distintas salas de reunión. Pasaron ante el Muir Room, ante el Juniper Room, ante el Larkspur Room y el Madera Room, todos ellos vacíos, todos a oscuras, con las sillas patas arriba encima de las mesas.

—Bueno, ¿cuál es la pista en este caso? —preguntó Grove mientras caminaban a paso vivo. La periodista se movía con tanta viveza que Grove casi tuvo que correr para mantenerse a su altura.

—La verdad es que no estoy segura —contestó tras meditarlo un instante—. Pensaba que quizá tú pudieras aclarármelo.

—¿Debo pensar que has recibido respuesta a tus correos electrónicos?

Ella lo miró.

—Bueno..., sí.

—¿Pruebas de muertes parecidas a lo largo de los siglos? ¿Cuerpos que presentaban la misma patología?

Maura asintió.

—Podría decirse algo así. Creo que lo mejor será que lo veas con tus propios ojos.

—Bueno, pues veámoslo.

—Es aquí mismo. —Maura señaló el final del pasillo—. la última puerta de la izquierda.

Grove la siguió mientras se preparaba para un nuevo encuentro con más arqueólogos gruñones al estilo de Lorraine Mathis o con una docena de viejos profesores sentados alrededor de una mesa disertando acerca de vasijas de barro y puntas de flecha. Se acercaron a la última puerta que lucía el título de «Redwood Room».

Maura se detuvo un largo momento con la mano en el tirador, y Grove se mantuvo tras ella,

esperando. Tenía la impresión de que la pausa de la periodista pretendía acentuar el elemento dramático. Al fin, ella lo miró por encima del hombro y preguntó:

—¿Estás listo para esto?

—Claro —repuso Grove—. Déjalo en mis manos.

Ella asintió, abrió la puerta y lo hizo pasar.

Grove quedó sumergido en el caos.

El ruido era tremendo. Al menos un centenar de arqueólogos, quizá más, hablaban y debatían en una sala de reuniones mucho mayor de lo que Grove había esperado. Las redondas mesas llenas de gente se extendían por todas partes. El techo tenía como mínimo cinco metros de alto y de él colgaban docenas de lámparas de araña. Todas las nacionalidades parecían hallarse presentes. Había árabes con sus chilabas, hindúes con turbantes, asiáticos, especialistas africanos con sus *dashikis* e incluso una mujer musulmana con la cabeza cubierta por una *abaya*.

Grove tuvo que dar un paso atrás para poder contemplar la sala en su totalidad. Y cuanto más miraba, más se daba cuenta de lo que estaba presenciando.

Había pizarras y tableros ante casi todas las mesas, en muchos de los cuales se veían figuras apresuradamente dibujadas, víctimas, momias, y restos humanos fosilizados, en su mayoría descansando boca arriba, flechas que apuntaban a heridas en la nuca, diagramas con vectores de entrada, restos de sangre, patologías y modelos móviles colocados en la misma posición suplicante de las víctimas de Sun City. Algunos de los presentes se hallaban ante las gráficas, señalando esto o aquello a sus colegas, cuyas voces se alzaban en encendido debate. Las manos se agitaban y las cabezas asentían o negaban. Grove se quedó observando un buen rato, sin que nadie reparara en su presencia.

—¡Dios mío! —murmuró al fin mientras se le ponían de punta los pelos de la nuca.

Maura lo miró y asintió muy lentamente, casi con timidez.

—Tú lo has dicho.

TERCERA PARTE

El círculo de Carrigan

No hay explicación para el mal. Debe ser contemplado como una parte necesaria en el orden del universo.

W. SOMERSET MAUGHAM

Cornucopia

Mientras Grove y Maura se apretujaban en la sala para banquetes de la costa Oeste, dirigiendo la reunión hasta bien entrada la noche rodeados de arqueólogos, en un laboratorio del FBI situado en el linde de una base naval de Virginia se analizaban los materiales genéticos recuperados en las distintas escenas del crimen y en casa de los Ackerman, en Wilmette. Contaban con varios cabellos hallados en un cepillo para el pelo y en el desagüe del baño, así como los resultados de los análisis de sangre hechos a Richard Ackerman tres años antes, para la angioplastia que le habían realizado en el Chicago's Northwestern Hospital. También disponían de una serie de muestras de tejidos halladas en los lugares del delito —algunas partículas de caspa, un fragmento de piel, un cabello y una mancha húmeda encontrada en el cuerpo de Carolyn Kenly y que se creía que era de saliva— y de restos parciales de huellas dactilares (a juzgar por la mancha descubierta en un botón, las autoridades de Colorado y Nevada creían que el asesino de Sun City trabajaba sin guantes), pero todavía tenían que reunir las muestras suficientes para poder hacer las correspondientes comparaciones.

La huella genética era otra historia.

El laboratorio de Virginia había descubierto que el asesino era un secretor. Eso significaba que su tipo de sangre y la correspondiente información genética podían quedar determinados mediante otros fluidos que no eran la sangre. De la pequeña mancha de saliva encontrada en el vestido de verano de Carolyn Kenly, los expertos extrajeron un modelo de ADN perfecto. Dicho modelo, que visto bajo el microscopio parecía un código de barras, se convirtió en la referencia con la que se contrastó toda la información genética de Ackerman. El cabello encontrado en la casa de Wilmette correspondió exactamente. La prueba se repitió tres veces antes de que Tom Geisel fuera informado y recibiera una llamada en plena noche. Geisel habló brevemente con el jefe del laboratorio, una mujer alemana llamada Sabine Voerkrupper, antes de vestirse e iniciar una caza del hombre a escala nacional.

En otra época la policía lo llamaba «un boletín completo», y normalmente se retransmitía por radio a todas las patrullas. En él se comunicaba el delito, se describía al supuesto autor con fines puramente de investigación y se autorizaba su detención basándose en una «certeza razonable». Sin embargo, a comienzos del siglo XXI, una época de ambigüedad constitucional, corrección política y constantes demandas judiciales, era necesario tomar medidas extraordinarias para asegurar la confidencialidad de una persecución, especialmente en casos de asesinos múltiples de la magnitud de Sun City.

Al FBI siempre le ha resultado difícil la comunicación con los departamentos locales de policía. Los detectives suelen acusar a los federales de meter las narices en sus casos y convocar ruedas de prensa antes de que estén resueltos. Algunos policías llegan incluso a acusar al FBI de añadir casos resueltos por ellos para maquillar su informes. No obstante, al mismo tiempo, las autoridades locales forman parte tácticamente de las operaciones del Buró. Los investigadores regionales conocen bien sus territorios, cuentan con buenos informadores y viven en las calles. Por ese motivo se estableció en 1960 una unidad llamada Crímenes Reactivos destinada a hacer de enlace entre la policía y los federales.

La Unidad de Crímenes Reactivos fue pensada para actuar frente a delitos ya producidos, como robos de bancos o asesinatos sin motivo y conseguir la máxima asistencia y colaboración de los distintos departamentos de policía. Dentro de esa unidad existe un grupo especial denominado UFAP (Unlawful Flight to Avoid Prosecution) que se ha convertido en el centro de mando de todas las complicadas cazas del hombre, y se encarga de manejar todos los boletines, los despachos, las comunicaciones y los aspectos logísticos de la persecución propiamente dicha.

Aproximadamente a las 2.30 h de aquella agitada noche de revelaciones, Tom Geisel llamó por teléfono al director de la UFAP y lo puso al corriente de los últimos adelantos en el caso Sun City. Luego, le envió por fax todos los documentos y materiales que Grove y Zorn habían reunido sobre Ackerman. En cuestión de horas, archivos PDF y JPG navegaron por internet hasta las oficinas regionales de las distintas unidades de crímenes violentos. Los correos electrónicos inundaron las terminales de campo del FBI, mensajes de alta prioridad zumbaron por los teléfonos, y los despachos restallaron en las radios. Cientos de fotos de Ackerman aterrizaron en las mesas de todos los capitanes y tenientes de policía del oeste de Estados Unidos. La mayoría de las estafetas de correo metropolitanas también las recibieron. Todas las unidades tácticas recibieron los correspondientes memorandos. Todos los cazadores de recompensas recibieron las correspondientes llamadas telefónicas.

Antes de que el sol se levantara en la costa Oeste, Richard Ackerman ya se había convertido, como solía decirse, en «el número uno del *hitparade*».

—Esperen un momento, por favor. ¡Por favor!

Ulysses Grove alzó las manos para acallar las voces de los científicos. Unos cuantos susurros siguieron sonando en la parte de atrás, pero la mayor parte del centenar de eruditos calló y esperó. Las luces de las lámparas de araña se reflejaban en las gafas de sus expectantes rostros.

El criminalista se puso en pie ante ellos, frente a la pizarra, sin la chaqueta y con la camisa arremangada. Tenía el maletín abierto a su lado, en el podio, y este dejaba ver su contenido: una Blackberry, libretas de notas, un móvil, una grabadora, guantes de látex, carpetas y una cámara Polaroid. Lo que no estaba a la vista era el amuleto de la suerte que su difunta esposa le había regalado años antes para el día de San Valentín, que Grove guardaba en un bolsillo interior. Consistía en una pequeña lupa con mango atada a un gastado estuche de cuero en el que había grabado en antiguas letras inglesas la palabra «Sherlock». Grove no sabía exactamente por qué lo llevaba a todas partes. No era supersticioso, pero simplemente se sentía mejor haciéndolo.

Faltaba poco para que amaneciera y el criminalista tenía esa sensación de agotamiento que se experimenta tras una noche entera de trabajo acompañada de mucho café. Maura County se hallaba tras él, sentada en un taburete, ante la pizarra; tenía el jersey de cuello alto negro manchado de tiza: había estado tomando notas durante la hora anterior, intentando apuntarlo todo, intentando hallar algún sentido a toda aquella información; pero en aquella estancia llena de egos y culturas enfrentadas no le resultaba fácil. En aquellos momentos, en la pizarra se leían, escritas con apresurada letra, los puntos en común hallados entre los restos arqueológicos:

1. Heridas mortales cerca de la primera vértebra
2. Postura predeterminada
3. Posición boca arriba
4. Falta de determinados órganos internos

Terry Zorn se encontraba cerca de la puerta, con los brazos cruzados mientras se mordía

nerviosamente el labio; su sombrero de vaquero colgaba del tirador. Se había incorporado a aquel avispero a las dos de la mañana. A las cuatro, habían llevado una gran bandeja con café de Starbucks, que los presentes habían absorbido como si fueran pacientes moribundos recibiendo plasma. De todas maneras, lo cierto era que nadie necesitaba el café para mantenerse despierto, alerta y dispuesto: el intercambio de información bastaba para mantener viva su adrenalina colectiva, porque el modelo se repetía una y otra vez.

Entre los reunidos aquella noche se encontraba la señora Edith Endecott, una anciana escocesa recién llegada de Oxford, con el cabello azul, que había descubierto una momia en perfecto estado de conservación en las afueras de Edimburgo, que databa del siglo XV y presentaba las mismas características de herida en la nuca y postura. También se hallaba presente el llamativo doctor Moses de Lourde, un anacrónico sureño de Vanderbilt que había participado en la exhumación de una víctima de asesinato de más de dos mil años en una marisma desecada de Poverty Point. También estaba el distinguido caballero hindú, profesor V. J. Armatraj de la Universidad de Delhi, que había dirigido el grupo que había descubierto la «momia del año cero» en lo alto de los Alpes italianos, un espécimen congelado que databa de la época de Cristo y que presentaba una herida letal en la nuca. Sumándose a la algarabía se encontraba uno de los más famosos intelectuales de Arabia Saudí, el profesor Akmin Narazi, que había reunido información sobre docenas de hallazgos de los últimos quinientos años que presentaban evidencias de no haber muerto por causas naturales, la mayoría de ellos prácticamente idénticos al Hombre de Hielo de Mount Cairn.

Algunos de los científicos allí presentes ya conocían el repetitivo modelo. Se habían cruzado correspondencia entre ellos y habían llegado a algunas conclusiones; sin embargo, nadie había sospechado que aquellas repeticiones se hubieran extendido a lo largo de los siglos.

—Señores, por favor —repitió Grove—, necesito que se calmen y se concentren ahora en un asunto concreto: en el vínculo, en la conexión. ¿Cuál es el denominador común en este caso?

—¿Acaso no es obvio? —preguntó el profesor Narazi desde el otro lado de la sala con los oscuros ojos brillando por el enfado. Era un hombre de complexión recia, de unos sesenta años y con abundante cabello plateado.

Grove contempló al caballero saudí.

—¿Perdón?

—Hace horas que no dejan de darnos descripción tras descripción —espetó Narazi—. ¿Acaso no está claro que la patología de los casos es similar? ¿Qué más se puede decir?

—Desde luego, tiene usted razón: eso es lo que hay —respondió Grove—, pero yo estoy buscando una conexión más íntima, algo psicológico, puede que cultural.

—Señor —intervino Edith Endecott interrumpiendo a Grove con su tranquila manera de hablar. Su cuerpo en forma de pera iba vestido con un elegante conjunto azul marino, y sus gafas de media luna descansaban en la punta de su aguileña nariz—, creo que entre mis colegas reina una cierta sensación de que usted no ha sido totalmente sincero con nosotros. No quisiera criticar a la señorita County aquí presente ni a su estupenda revista, pero no creo que nos hayan tenido aquí durante toda la noche por un simple artículo de interés general.

Grove suspiró y contempló los impacientes rostros que abarrotaban la sala. Luego, miró a Zorn, que se limitó a asentir sin decir palabra. Había llegado el momento de confesar la verdad.

—De acuerdo, miren... —dijo Grove al fin—. Reconozco que lo que tenemos entre manos es algo un poco más... específico.

La dama escocesa ladeó la cabeza.

—Desde luego. Muy específico. Prosiga, por favor.

Tras un breve silencio, Grove tragó saliva y contó a los reunidos todo lo que sabía.

Les habló de los asesinatos de Sun City. Les contó que el FBI andaba tras la pista de «alguien de interés» que había estado en contacto con los restos hallados en Mount Cairn. Se lo contó todo y, a continuación, les imploró que consideraran aquella información como estrictamente confidencial; luego, les explicó que acababa de quebrantar una docena de normas federales al contarles detalles de una investigación que seguía abierta. Mientras hablaba notó que entre los presentes corrían furtivos comentarios y que se agitaban mientras cruzaban miradas de preocupación. Grove calculó que habría al menos cincuenta entre ellos que estarían planeando una forma de escapar cogiendo el primer avión que saliera de San Francisco. Al fin y al cabo, no eran más que simples académicos y algunos de ellos incluso seguían trabajando en sus doctorados.

El profesor Armatraj, el hindú, fue el primero en romper el incómodo silencio.

—Dígame, agente Grove, ¿debo entender que ese sospechoso que tienen está recreando de alguna manera lo ocurrido con la momia? —El moreno profesor vestía un traje de lino claro y corbata de pajarita hasta el punto de parecer la viva imagen de los pasados tiempos coloniales, como si acabara de surgir de una novela de E. M. Forster. Grove asintió.

—Por decirlo de alguna manera, sí.

—¡Dios Santo! —exclamó Armatraj, más para sí que para los demás.

Un súbito remolino de susurros y comentarios corrió por la sala.

—Pero todo esto, ¿qué tiene que ver con la arqueología? —preguntó una mujer del fondo.

Y otra voz exclamó:

—¡No hemos venido aquí para esto!

Se alzaron más voces, y Grove tuvo que levantar las manos para apaciguarlas.

—¡Amigos, por favor!

La gente se tranquilizó ligeramente, y Grove respiró hondo y prosiguió.

—Entiendo su preocupación. ¿Por qué no nos tomamos todos un descanso? Aquellos de ustedes que quieran volver a casa o los que no deseen seguir trabajando con nosotros pueden marcharse cuando quieran. Les damos las gracias. Con respecto a aquellos que tengan alguna otra información o que quieran ayudarnos, propongo que lo aplacemos para más tarde, cuando todos hayan podido comer algo y descansar.

Por último, Grove dio las gracias nuevamente a los presentes y pidió a aquellos que desearan marcharse que dejaran su documentación al agente Zorn.

El éxodo empezó entre un revuelo de voces, ruido de sillas y entrechocar de tazas de café. Algunos de los asistentes se acercaron a Zorn, que puso cara de sorpresa cuando lo inundaron con sobres llenos de documentos, carpetas y tarjetas de visita. La mayoría de los asistentes salieron hacia el pasillo. Solo se quedaron unas doce personas.

Maura se acercó a Grove y le preguntó en voz baja:

—¿Y ahora, qué?

Grove se encogió de hombros.

—Pues empezamos a revisar el material, a ver si podemos aprender algo de estas almas generosas que se han quedado con nosotros.

—Desde luego saben ustedes cómo vaciar una habitación —dijo una voz a la izquierda de Grove.

El criminalista se dio la vuelta y se encontró frente al doctor Moses de Lourde. El hombre bajito y delgado, iba vestido con un traje blanco con un pañuelo rojo en el bolsillo de la chaqueta. Parecía el hermano mayor de Tom Wolfe.

—¿Perdón? —repuso Grove.

La profesora Endecott y el profesor Armatraj se hallaban detrás del caballero sureño, escuchando atentamente con aire preocupado.

—He dicho que saben ustedes cómo vaciar una habitación, lo cual por desgracia se parece al efecto que causo yo entre mis estudiantes —dijo De Lourde con una sonrisa y tendiendo su mano delicadamente manicurada—. Me llamo Moses de Lourde. Soy profesor de historia antigua en la Universidad de Tulane y estoy a su disposición.

—Es un placer, señor. Muchas gracias —repuso Grove.

—Debo decir, agente Grove, que me parece detectar la punta de un iceberg en su petición que hace referencia a la conexión psicológica entre su sospechoso y el archivo de las momias.

Grove sonrió fatigadamente.

—Muy perspicaz, profesor. Me ha pillado.

—Debo coincidir, agente Grove —terció Edith Endecott—. También ha despertado mi interés.

El profesor Armatraj, que estaba tras ella, no dijo nada, pero parecía incómodo. De Lourde prosiguió:

—Agente, ¿me permitiría usted la osadía de preguntarle sobre sus hipótesis iniciales acerca de esas «profundas conexiones» con las pruebas neolíticas?

Grove lo meditó unos instantes mientras paseaba la mirada por la sala que se iba vaciando. Zorn y Maura se habían acercado para escuchar, y la estancia estaba prácticamente desierta.

—Antes de responder a su pregunta —contestó Grove—, permítame que le plantee una a usted y a sus colegas.

—Adelante —repuso De Lourde con una educada inclinación de cabeza.

—¿No les apetecería desayunar algo?

El sureño miró a sus colegas. Edith Endecott asintió, y el hindú hizo un gesto de indiferencia. De Lourde obsequió a Grove con otra sonrisa.

—Si se trata de huevos escalfados y siempre que haya una botella de tabasco...

El criminalista sonrió, mirando primero a Zorn y después a Maura.

—Creo que eso se podrá arreglar. Vamos.

Se disponían a salir cuando una voz sonó a sus espaldas.

—¡Agente Grove!

El criminalista se detuvo en el umbral mientras los demás salían al abarrotado pasillo.

—¿Puedo tener unas palabras con usted? —dijo una débil voz desde dentro de la sala.

Grove miró por encima del hombro y vio a un encorvado anciano con alzacuellos que se apoyaba en un bastón y cojeaba al andar mientras se le acercaba.

—Todavía no he tenido el placer de que nos presentaran —dijo con voz cascada el anciano clérigo—. Soy el padre Carrigan, jesuita de Santa María, en Brasil.

—Lo siento, yo no... —balbuceó Grove sin saber exactamente qué decir. Tras él, los demás esperaban juntos.

—No soy arqueólogo —dijo el sacerdote. Hablaba con un leve acento de Boston, y su rostro se contraía y parpadeaba al hablar, quizá como secuela de alguna enfermedad—. Los de la Universidad de Sao Paulo me avisaron de esta reunión.

—Estamos encantados de que haya venido —le contestó Grove mientras se preguntaba qué motivo habría hecho viajar hasta tan lejos a un viejo artrítico como aquel.

—Este modelo del que han estado discutiendo... Bueno, yo hace bastante tiempo que estoy al tanto de él.

—¿Bromea usted, padre? ¿Acaso es detective aficionado?

—En absoluto. Parafraseando al Bardo: hay más cosas en la tierra y en el cielo, agente Grove de las que sueña su filosofía.

Grove sonrió.

—No tiene usted idea, padre, de las cosas tan raras que llego a soñar.

El sacerdote frunció bruscamente el entrecejo. Sus lechosos ojos, sepultados por arrugas, irradiaban tristeza y gravedad. Tragó saliva mientras intentaba hallar las palabras para lo que tenía que decir.

—Agente Grove, se dispone usted a abrir la proverbial caja de Pandora, y no estoy seguro de que esté preparado para lo que saldrá arrastrándose de dentro.

Grove contempló al anciano unos instantes.

—Mire, padre Carrigan, ¿por qué no nos acompaña a desayunar? Así podrá compartir sus ideas con nosotros. Además, invita la revista.

El sacerdote frunció los labios. Aquel hombre poseía cierto aire de aristocrática dignidad en su forma de apoyarse en el mango de nácar de su bastón y por el antiguo anillo con el sello de alguna sociedad secreta que llevaba en su retorcido dedo anular. Al fin, asintió y dijo:

—Eso sería estupendo. Muchas gracias.

Pero en su rostro se leía escaso placer.

Un observador accidental —de haber quedado alguno con vida— quizá se habría fijado en los primeros rayos de sol que penetraban a través de los cerrados postigos del vestíbulo del motel Regal, y puede que se hubiera preguntando por qué estaban cerrados y mostraban el cartel de CERRADO a una hora ideal para los cazadores de aves y en plena temporada de patos. También sería posible que se hubiera fijado en las escarlatas marcas de arrastre que se veían en la moqueta y que cruzaban la zona de recepción y daban la vuelta alrededor del mostrador, así como en el metálico olor de la sangre seca y de la carne en putrefacción que empezaba a impregnar el viciado ambiente. Y sin duda habría reparado en la alta y nudosa figura que se hallaba de pie tras el mostrador, tan inmóvil como una figura india de madera.

Llevaba más de una hora allí, de pie, desconectado del dolor que le aferraba la espalda, mirando ante sí como en trance, como si fuera un androide recepcionista esperando al cliente que jamás llegaría. El viejo Richard Ackerman nunca habría sido capaz de permanecer quieto de aquel modo durante tanto tiempo, sino que a los diez minutos se habría doblado hasta el suelo presa de espasmos y se arrastraría hacia su esposa suplicando su Vicodin. Pero aquel era el nuevo Richard Ackerman y se había visto obligado a llevar su cuerpo hasta el límite porque la revelación por fin se había producido.

Salvo por un leve sonido de goteo, en el vestíbulo reinaba el silencio mientras el nuevo Richard pensaba.

En el noroeste de la costa del Pacífico existe un pájaro llamado halcón peregrino. Como robusta ave depredadora que es tiene una envergadura de casi un metro, garras poderosas y un insaciable apetito de ratones, aves más pequeñas, serpientes y lagartos. Algunos ornitólogos han observado al halcón peregrino atacando a miembros de su propia especie, y no por necesidad de comida: según parece, esa rapaz es una de las pocas especies que mata por el placer de hacerlo.

Mucho tiempo atrás, hace unos seis mil años, en la Edad del Bronce, existió una especie antecesora de la actual que era el doble de grande, con alas de dos metros y ojos como negras perlas. Aquella rapaz del Neolítico había desarrollado un mecanismo que le permitía encogerse sobre sus

plumas para parecer más pequeña, débil y hasta puede que herida. De ese modo, atraía a sus víctimas hasta que al final, en un súbito cambio de tornas, el cazado se convertía en cazador y el halcón devoraba a su presa con la mayor facilidad. La cosa que habitaba en Richard Ackerman era, en muchos sentidos, igual que aquel halcón peregrino, con una sola excepción: únicamente tenía un enemigo natural.

El nuevo Richard contemplaba el ajado vestíbulo del motel a través de los ojos de Ackerman, escrutando la estancia, pensando, sopesando, imaginando a todos los hombres que lo estaban buscando. Se preguntaba una y otra vez de qué modo podía atraer hacia la caza al de piel oscura, al importante, al único que contaba. Ulysses Grove. Aquel nombre era como ceniza en la boca del titiritero; pero, al mismo tiempo, también le servía de poderoso encantamiento. Ulysses Grove era la puerta, el camino; pero ¿cuántas víctimas iba a suponer? ¿Qué podía hacer el nuevo Richard que tuviera el suficiente impacto para atraer al negro cazador a la lucha? Tenía que ser algo de proporciones mucho más grandes que un simple asesinato; algo mucho más importante que simplemente dos pobres diablos en el maloliente vestíbulo de un motel.

Volviendo la cabeza sobre su eje con movimientos espasmódicos, casi de insecto, la cosa que habitaba en Ackerman contempló el lugar por enésima vez buscando la clave, la idea, la manera de atraer al cazador a la persecución.

Los grisáceos rayos de una encapotada mañana de Oregón caían oblicuamente en los viejos muebles dejando en suspenso motas de polvo y dibujando en la pared del fondo apagadas líneas de luz. La neblinosa mañana casi no había hecho retroceder las sombras e iluminaba a duras penas el ensangrentado vestíbulo. Poco a poco iban apareciendo objetos que antes no se veían: las viejas revistas esparcidas por la mesita auxiliar, la planta de plástico del rincón, el descolorido paisaje marino del cuadro del fondo. La mirada del ser pasó de uno a otro. Contempló el televisor, que emitía un espantoso programa sobre tratamientos para adelgazar, y la amarillenta pantalla de la lámpara. Por fin, sus ojos dieron con el libro de tapas de cuero que tenía ante él, en el mostrador.

Lo había tenido delante todo el tiempo.

El registro.

Unos dedos temblorosos abrieron el gastado volumen haciendo crujir la vieja cola de la encuademación. Con la yema manchada de sangre siguió la columna de nombres garrapateados en el margen izquierdo. Escrito a mano en el estilo de las antiguas posadas de carretera, el registro contenía una interminable lista de solitarios huéspedes, la mayoría de los cuales dormían profundamente en las miserables habitaciones que había adosadas a ambos lados del vestíbulo...

... todos ellos ajenos mientras soñaban sus banales sueños, esperando ser sacrificados.

Un secreto envuelto en secretos

Los ojos del padre Carrigan centellearon de furia mientras la taza de té temblaba en su huesuda mano y derramaba su contenido por encima del borde.

—¡Vayan a la Biblioteca Vaticana y consúltenlo si no me creen! —exclamó dirigiéndose a los sentados a la mesa y forzando la voz para hacerse oír por encima del ruido de la cafetería—. ¡Esos preciosos descubrimientos de ustedes han agitado fuerzas que es mejor dejar tranquilas! ¡Es solo el orgullo, un orgullo desmesurado, el que lleva a que se desentierren esas pobres almas! —El reverendo hizo una pausa, como si las emociones de las que era presa lo agotaran. Luego, miró a cada uno de los distinguidos académicos allí presentes—. Dígame, profesor De Lourde, ¿por qué ha venido usted desde tan lejos a cambio de tan poca remuneración? ¿Por qué todos esos arqueólogos de fama mundial han cruzado medio mundo para asistir a una reunión tan misteriosa?

El profesor Moses de Lourde se disponía a dar un mordisco a una pequeña tostada en forma de triángulo, pero se detuvo con el pan al borde de los labios mientras una leve e irónica sonrisa aparecía en su distinguido rostro.

—Supongo, padre —respondió finalmente—, que la razón está en nuestro viejo ego. En una reunión de arqueólogos, la promesa de la publicación de un artículo en una revista científica de circulación nacional equivale a agitar un trozo de carne cruda ante una jauría de perros salvajes.

Unas sonrisas de complicidad surcaron los rostros de los académicos, e incluso Maura no pudo contener el gesto.

En la mesa se hizo el silencio mientras Grove, sentado ante un plato de huevos revueltos que se habían quedado fríos, intentaba interpretar al sacerdote, aprehenderlo y averiguar si estaba chiflado. Entretanto, los demás mantenían deferentemente la mirada en sus platos, bebían café o picoteaban su comida para no alterar al sacerdote más de lo que ya estaba. El restaurante, que no era más que una estrecha serie de mesas redondas distribuidas en el atrio del vestíbulo, se estaba llenando con los clientes matutinos. Los camareros iban de un lado a otro, la máquina del café silbaba y borboteaba y los platos entrechocaban. Grove notó que algunos comensales los miraban. No le costaba imaginar lo que aquella mesa de excéntricos podía parecer a los ojos de los no iniciados.

Hasta ese momento, Grove había llegado a algunas conclusiones. La primera era que le empezaba a resultar evidente que el hecho de desenterrar antiguas víctimas de asesinato con patologías similares no era ningún secreto para nadie. Los científicos y los historiadores se habían dividido en función de las distintas teorías, y la mayoría de ellos había llegado a la conclusión —lo mismo que Okuda— de que los asesinatos habían tenido un carácter ritual. Segundo, los expertos coincidían en que las víctimas habían sido casi siempre chamanes o curanderos: todos llevaban consigo su correspondiente versión de la «bolsa de medicinas» hallada junto al Hombre de Hielo de Mount Cairn. Sin embargo, lo que había dado pie a la encendida conversación durante el desayuno había sido la afirmación del padre Carrigan de que una serie de sucesos malévolos seguía al descubrimiento de cada momia, que algo metafísico era liberado como resultado de todas las excavaciones.

El profesor De Lourde se limpió la comisura de los labios con la servilleta.

—¿Puedo preguntar al buen padre qué hizo exactamente durante su estancia en la Ciudad del

Vaticano?

El anciano se mordió los pálidos labios y a continuación se llevó a la boca la taza de té con manos temblorosas para sorber un poco de su oscuro contenido. Su rostro había enrojecido en el calor de la discusión y en esos momentos se veía salpicado de hinchados capilares.

—No era más que un burócrata, un hombre del comité —respondió al fin—; pero ninguno de ustedes reconocería el tipo de comité aunque le dijera cómo se llamaba.

—Pruebe, padre.

Los ojos del sacerdote centellearon.

—*Consilium de Miraculum* —dijo—. ¿Lo ve? Ese nombre no significa nada para ninguno de los presentes.

La profesora Endecott, que había estado tomando notas en una pequeña libreta de espiral, habló mirando por encima de sus gafas de lectura.

—¿Puedo preguntarle qué le hace estar tan seguro de que no sabemos nada de ese comité?

El anciano frunció el entrecejo.

—¿Ha oído usted hablar de él, profesora...?

—Endecott, Edith Endecott. La verdad es que no. Nunca lo había oído mencionar.

—Eso se debe a que ese comité nunca existió.

—¿Cómo dice?

El sacerdote respiró profundamente, como si explicar todo aquello fuera para él una penosa tarea.

—El comité no existió porque era secreto. En cualquier caso, todo lo que sucedía al amparo de la bandera vaticana era secreto, de modo que aquello era ciertamente un secreto envuelto en un secreto.

Grove intervino.

—Mi latín no es gran cosa, pero ¿el nombre no quiere decir «Comité de Milagros»?

El clérigo asintió.

—Se trataba de un grupo formado por sacerdotes, antropólogos, eruditos y expertos en la antigüedad que se dedicaban a investigar y a comprobar la veracidad de los milagros.

Los presentes intercambiaron una mirada. Maura County no parecía verle la gracia; sentada ante un cuenco con cereales, miró a Grove frente a ella, y este intentó leer en la expresión de la periodista. Se trataba de una curiosa mezcla de fascinación y repulsión, como si todo su entusiasmo por el apasionante artículo que iba a escribir se hubiera desvanecido a impulsos de un creciente temor. Al lado de Maura, removiendo su vaso de té helado y con el sombrero vaquero encima de la mesa vecina, Zorn parecía a punto de soltar una carcajada en cualquier momento. Saltaba a la vista que no creía casi nada de lo que allí se decía. Grove, por su parte, se sentía ambivalente. Contempló el arrugado rostro del clérigo.

—¿Y de qué clase de milagros estamos hablando en este asunto, padre?

El padre Carrigan suspiró.

—Los milagros no son siempre buenos, agente Grove. Los milagros no son siempre benignos y positivos para la humanidad. El milagro benéfico es un concepto del Nuevo Testamento.

Hizo una pausa, y Grove le rogó que prosiguiera.

—El comité fue llamado al menos en tres ocasiones para que investigara las similitudes entre varios restos momificados: primero, unos hallados en Italia a finales de los años cincuenta; segundo, otros descubiertos en distintos lugares del este de Europa, en los años setenta; y la tercera vez, en Estados Unidos.

Se produjo otra pausa, y el profesor Armatraj, con los ojos brillantes de curiosidad mientras bebía su té, habló por fin.

—¿Y a qué conclusiones llegaron exactamente?

El sacerdote volvió a tragar saliva, como si el asunto lo mortificara.

—Al principio no teníamos ningún indicio de a qué nos enfrentábamos. Ignorábamos el significado de los tatuajes y de las marcas que parecían comunes a todas las momias; sin embargo, enseguida vimos que había una conexión entre las posturas, la forma en que los brazos estaban alzados, y el gesto de invocar.

Armatraj contestó que no acababa de entenderlo.

El anciano clérigo levantó un brazo no sin esfuerzo.

—En los antiguos ritos de la Iglesia, el novicio levanta su mano de este modo. El suplicante hace lo mismo. Es el gesto de la absorción.

—Por favor, defina lo que entiende por «absorción».

El sacerdote dejó caer el brazo con aire fatigado.

—Absorción en el sentido de «invocación».

Grove estudió al anciano.

—¿Invocación de qué?

Carrigan miró al criminalista como si este acabara de preguntarle de qué color era la hierba o si existía la fuerza de la gravedad.

—Pues de un espíritu, faltaría más —repuso con tono impaciente.

Grove le pidió que se explicara mejor.

—Me estoy refiriendo a la llamada a un espíritu para que venga a ocupar un cuerpo físico y terrenal —aclaró el hombre con los ojos centelleantes bajo los arrugados párpados—. Se trata de un gesto muy poderoso. Lo vimos en todos los casos y llegamos a la conclusión de que existía alguna relación entre la llamada y los trágicos sucesos que ocurrían tras cada descubrimiento.

—¿Puede decirnos algo acerca de esos sucesos? —intervino Maura—. Ha mencionado de pasada algo sobre esas cosas terribles que sucedieron.

El sacerdote la miró gravemente.

—Querida mía, durante siglos, el *Consilium de Miraculum* ha sido una especie de sismógrafo de la actividad espiritual, tanto de la divina como de la diabólica. En los años que siguieron a cada uno de esos hallazgos, los informes y las noticias de desdichas humanas alcanzaron niveles culminantes, especialmente en las zonas vecinas a los descubrimientos. Hablo de muerte y destrucción, incluso de informes de lo que el agente Grove calificaría de «asesinos imitadores». Créame cuando le digo, señorita County, que teníamos las manos llenas. Debo admitir que las opiniones diferían en el seno de las autoridades eclesiásticas; pero entonces, igual que ahora, creía y creo que existía una relación entre todo aquello y la exhumación de aquellas almas desdichadas.

Maura reflexionó unos instantes y preguntó:

—¿Y qué pasó?

El sacerdote pareció quedar confundido, de modo que Maura le aclaró:

—Me refiero a cuando usted llegó a la conclusión de que existía una conexión, ¿qué hizo usted al respecto?

El anciano se encogió de hombros.

—El mundo de la política hizo imposible que la Iglesia llevara a cabo ninguna investigación oficial y llegara por lo tanto a conclusión alguna. La gente estaba demasiado ocupada discutiendo entre ella sobre a quién pertenecían las momias. Todo se llevó en secreto, señorita County, y las

autoridades locales se mostraron muy tozudas y muy reacias a hablar siquiera con los representantes de la Iglesia. El caso es que mis colegas del Vaticano acabaron dirigiendo su atención a otros asuntos.

El anciano clérigo bajó la vista y acarició el mango del bastón que tenía apoyado contra la mesa.

—Con el tiempo, se las arreglaron para prescindir de mí y de mis descabelladas teorías. Me desacreditaron y me trataron como a un viejo senil. Al final me enviaron a mi querido gulag sudamericano.

Se hizo un nuevo silencio. Grove se disponía a preguntar algo, pero de repente se abstuvo al notar algo raro: el profesor De Lourde, normalmente jovial y vivaracho, había perdido todo su buen color. El elegante sureño estaba sentado muy erguido en su silla, con los labios apretados. Estaba claro que De Lourde había dado con algo inquietante.

—¿Se encuentra usted bien, profesor? —le preguntó Grove.

—Esto... Sí—repuso con apenas un hilo de voz.

—¿Ocurre algo?

Todos los ojos estaban fijos en De Lourde. Con el rostro demudado y la mirada perdida en la lejanía, el académico intentó hablar, pero tuvo dificultades en traducir sus pensamientos con palabras. Grove notó un escalofrío en la nuca; ver al afable y educado De Lourde así, sin palabras, lo inquietó más que cualquier otra cosa que hubiera ocurrido aquella mañana.

—Pido disculpas —dijo De Lourde al fin—. Es solo que acabo de llegar a la más diabólica de las conclusiones.

«¡Qué raro!», pensó Olivia Mendoza mientras apagaba el motor de su viejo Chevy Geo en el aparcamiento del motel Rega. Permaneció sentada un momento, contemplando a través del parabrisas salpicado de lluvia la entrada que daba al vestíbulo. Era una regordeta hispana de piel morena y con el cabello teñido de rubio platino. Bajo su gastado abrigo llevaba el uniforme azul celeste de la compañía de limpieza Mighty Maids.

Parecía como si el viejo Pete Bowden hubiera vuelto a colocar inadvertidamente el cartel de «Cerrado». Seguramente la vieja cabra había vuelto a darle a la botella de J&B que tenía escondida en el archivador de la oficina, la botella cuya existencia se suponía un secreto para todos. Olivia se había encontrado en más de una ocasión con pruebas del «secreto» del posadero. Una vez habían sido un par de bragas colgando de la máquina de café de la entrada; otra, había hallado a Bowden inconsciente en el suelo del vestíbulo, medio desnudo y con la ropa interior en los tobillos. Olivia había tenido que hacer un esfuerzo para no echarse a reír ante el ridículo tamaño de la polla de Bowden.

Pero ese día el viejo pedorro había ido demasiado lejos: no solo estaba puesto el cartel de «Cerrado», sino que también los postigos estaban echados y las luces, apagadas. Todo el lugar parecía tapiado, como si el negocio hubiera quebrado y fueran a expropiar la propiedad. «Lo cual tampoco sería mala idea —se dijo Olivia con una medio sonrisa— siempre que pudiera encontrar otro chollo de casa de la que ocuparme en Portland.»

La mujer dejó escapar un suspiro y cogió el paraguas que estaba en el suelo del coche medio enterrado bajo envoltorios de chocolatinas. La lluvia había remitido un poco, pero seguía cayendo con la fuerza suficiente para que necesitara un paraguas. El asiento trasero del vehículo estaba lleno de productos de limpieza y de envases vacíos de Slim-Fast. Olivia Mendoza había intentado todas las dietas adelgazantes posibles, y su última obsesión eran los carbohidratos, lo cual no le había

hecho perder peso, pero sí ganar malhumor. Cogió el paraguas, se apeó del coche, forcejeó para abrirlo y fue hasta el maletero, sacó de allí el pequeño cesto de plástico lleno de productos de limpieza y se encaminó bajo la llovizna hacia la entrada.

Al principio creyó que la puerta se hallaba cerrada, pero no tardó en darse cuenta de que solo estaba atascada (aunque «atascada» quizá no fuera la palabra exacta). Cedió un poco cuando la empujó, como si algo se hubiera secado y adherido a su parte inferior. Olivia recordó entonces la época en que su hijo pequeño, Ramón, era un bebé y la puerta de la cocina de su pequeño apartamento se quedaba enganchada de aquella manera, con una pegajosa mezcla de restos de comida y papillas.

Al final, la puerta cedió, y Olivia entró en el oscuro vestíbulo.

Enseguida olió algo extraño, algo que nunca había oído en aquel lugar, y si había algo en lo que Olivia Mendoza estuviera versada era en olores. Era algo áspero, mineral, que parecía impregnar el sobrecargado aire del vestíbulo mientras ella contemplaba las sombras. Sacudió las gotas de lluvia de su paraguas y lo dejó apoyado contra la pared. El lugar era un caos, perdido como estaba de tinta o de Dios sabía qué líquido oscuro que salpicaba el suelo y las paredes con grandes manchas. «Esta vez sí que la ha armado buena el maldito viejo», se dijo Olivia mientras observaba la penumbra. Dio un paso y oyó que algo crujía bajo ella. Miró hacia abajo, y el corazón se le aceleró.

Sangre.

Eso era lo que estaba pegado al borde inferior de la puerta y lo que se le adhería a las suelas de crepé haciéndolas crujir. ¡Por amor de Dios! ¡Sangre! La mente de Olivia funcionó a toda velocidad durante unos instantes.

«Pete Bowden habrá salido y se habrá emborrachado. Seguro que al volver habrá tropezado y se habrá saltado los dientes o puede que haya perdido la cabeza y se haya puesto violento y descargado sus frustraciones con Evelyn con un cuchillo de monte. O quizá haya habido una pelea. Sí, eso habrá sido. Pero, Dios mío, esto es mucha sangre para una simple pelea. ¡Mira esas paredes y el suelo! Quizá pueda sacarlas con un poco de agua caliente con sal. Quizá. ¡Pero Dios mío, mira esas manchas en la moqueta! ¡Dios mío, mira esa moqueta!» Olivia dejó caer el cesto de la limpieza, y los productos rodaron por el suelo.

Algo hizo que la asistente se quedara petrificada. Tenía la boca seca como la mojada. Un grito se le ahogó en la garganta, pero permaneció en el pegajoso suelo un rato más mientras contemplaba el ensangrentado vestíbulo e intentaba llenar sus pulmones de aire. Obligó a sus piernas a que se movieran, las forzó para que caminaran hacia el mostrador de recepción, que se encontraba en el otro extremo de la estancia, apenas a cuatro metros de distancia. Lenta y convulsivamente, siguió las huellas de sangre que se arrastraban más allá del mostrador.

Los cuerpos estaban debidamente escondidos detrás, apoyados contra el rodapié.

Olivia se tapó la boca con la mano y se puso a temblar mientras contemplaba los dos cadáveres —el hombre flaco y la gorda mujer— cuidadosamente dispuestos en idéntica postura, con los brazos alzados, los cenicientos rostros contraídos, y la pálida carne salpicada de negras manchas de sangre. Ambos tenían la nuca pegada al suelo por un charco de un líquido negro y endurecido.

Fue entonces cuando Olivia Mendoza se puso a gritar; pero, extrañamente, casi no emitió ningún sonido aparte de un ronco estertor, como el de un pájaro herido de muerte, mientras con mano temblorosa buscaba ciegamente el teléfono.

Sus dedos lo hallaron y tantearon en busca del auricular, haciéndolo caer de su soporte.

En los días y semanas que siguieron se habló mucho de la velocidad —o mejor dicho, de la falta

de velocidad— con que se desarrolló la investigación de la matanza del motel Regal. Normalmente, la policía de Portland tendría que haberse hecho cargo de un crimen tan horrible ocurrido en su zona, pero el motel se hallaba justo en la línea divisoria de la demarcación de Washington, de modo que enseguida se planteó un conflicto de competencia jurisdiccional.

Vancouver, que se encontraba diez kilómetros al norte, era la ciudad más cercana en contar con un departamento de homicidios; sin embargo, el laboratorio forense tuvo que llegar desde Olympia, casi a ciento cincuenta kilómetros de distancia. Esto determinó desde el principio que mediara un considerable lapso entre la llegada a la escena del crimen del primer agente —un novato ayudante del sheriff del condado— y el momento en que por fin hicieron su aparición los técnicos forenses de Olympia.

El registro oficial dejó constancia de que el ayudante hizo acto de presencia a las siete y diez y de que halló a la asistenta acurrucada en su vehículo en estado de pánico casi catatónico e incapaz de responder a sus preguntas. A las siete y doce minutos, el ayudante del sheriff desenfundó su arma, entró en el lugar de los hechos y halló los cuerpos del propietario del motel (Peter Bowden, de cincuenta y tres años) y de su mujer (Evelyn Bowden, de cuarenta y nueve) en el suelo, tras el mostrador. Parecía que ambos (a juicio del ayudante, al menos) llevaban muertos varias horas.

El agente dio aviso inmediatamente de un «uno-ocho-siete», y el departamento de Vancouver recibió aviso. Las subsiguientes investigaciones demostraron que los siguientes treinta minutos resultaron especialmente problemáticos tanto para el departamento del sheriff como para la policía de Vancouver. Por razones conocidas únicamente por el ayudante y el primer detective que se presentó en la escena del crimen, nadie pensó en comprobar la situación de los huéspedes del hotel hasta pasadas las ocho menos cuarto. Puede que el problema estuviera en la falta de actividad detectada en el resto de la propiedad. Durante los dos minutos que el ayudante estuvo hablando con la mujer de la limpieza, así como durante los cinco que pasó inspeccionando el ensangrentado vestíbulo —incluso después de que hiciera acto de presencia el primer coche de policía procedente de Vancouver—, nadie pensó en mirar en las habitaciones. No se había visto a nadie asomarse por la puerta o mirar por las ventanas, de modo que es posible que los investigadores creyeran que el establecimiento estaba vacío. Fuera cual fuese el motivo, lo cierto es que nadie llamó a la puerta de ninguna habitación exactamente hasta las siete cuarenta y dos de aquella mañana.

A pesar de que, según el sanguinolento libro de registro hallado en el despacho del motel, once de las veinticuatro habitaciones estaban ocupadas, naturalmente, nadie contestó. Al final, uno de los detectives echó un vistazo a través de las cortinas y vio sangre. Las puertas fueron forzadas y lo que se encontró provocó arcadas y gestos de sorpresa. Se realizaron más llamadas. Voces tensas por el estrés impartieron severas instrucciones a través del teléfono. Además de la oficina forense de Olympia, las oficinas del FBI de Seattle y Portland fueron alertadas.

A las ocho y media de aquella mañana, entre los velos de la llovizna que llegaba desde el Pacífico, el motel Regal se agitó con siniestra actividad. Un caleidoscopio de luces de emergencia y de flashes de los coches patrulla teñía las cortinas de agua con sangrientos colores y atraía a los curiosos como la luz a las polillas. Excursionistas, cazadores, trabajadores que cambiaban de turno y regresaban a sus casas y mecánicos de un taller cercano, todos se amontonaron con macabra fascinación bajo sus paraguas alrededor del cordón policial. Algunos se instalaron en sillas plegables, otros se sentaron en cajas.

Todos charlaban nerviosamente. Todos deseaban echar un vistazo a la carnicería, puede que a las víctimas que estaban siendo retiradas del establecimiento bajo mantas ensangrentadas. Pero,

durante la siguiente hora y media, solo los técnicos forenses entraron y salieron de las habitaciones: estoicos ayudantes del departamento forense vestidos con trajes protectores y hoscos detectives llevando sujetapapeles. Entre la multitud empezaron a correr murmullos sobre una abominación nunca vista; pero nadie más allá del perímetro de seguridad tenía la menor idea de lo ocurrido. Nadie salvo el alto y encorvado individuo de mediana edad que se encontraba de pie cerca del grupo de mecánicos.

Aquel anónimo sujeto, con su largo y enjuto rostro oculto por la capucha de su parka robada, aguantaba bajo la lluvia como si no le importara lo más mínimo empaparse hasta los huesos. Nadie se fijó en él mientras estuvo observando, asomando la cabeza por encima de los paraguas.

Mostraba la paciencia de una esfinge mientras miraba, aguardaba y prestaba especial atención a todo nuevo detective que se presentaba en la escena del crimen.

Nueva Orleans AP— La «Vieja Chispas», como llaman los internos del corredor de la muerte de Angola a la silla eléctrica, fue puesta en marcha una última vez el pasado domingo para la ejecución del hombre que en su momento aterrorizó toda Louisiana y parte de Texas. John George Haig, el asesino múltiple condenado a muerte y conocido por los viejos del lugar con el sobrenombre de «Drácula», no pronunció últimas palabras mientras era conducido ayer a las 11.45 h por el estrecho corredor de hormigón camino de la «sala de procesado».

A Haig se le administraron los últimos sacramentos y fue atado a la silla a las 11.55 h. Cuando la manecilla segundera del gran reloj regulador señaló las doce en punto, una descarga de diez mil voltios atravesó el cuerpo de Haig poniendo punto final a dos ejemplos vivientes de una época en la historia de Louisiana: el primero, el fin de la silla eléctrica como forma de ejecución, final hecho posible por la enmienda constitucional que entrará en vigor a finales del próximo mes; el segundo ejemplo lo encarna el propio John Haig.

EL NACIMIENTO DE UN ASESINO

Nacido en Oxford, Mississippi, en 1935 e hijo de un predicador de la Iglesia de Pentecostés, Haig creció en un mundo hecho con el fuego y el azufre del Nuevo Testamento. Los archivos indican que Haig no llegó a la enseñanza secundaria y que se escapó de casa. A partir de ese momento pasó los siguientes diez años de su vida vagabundeando de ciudad en ciudad, mendigando. Es probable que Haig sufriera cierto retraso mental, pero nunca se le diagnosticó.

Los psicólogos nos dicen que las semillas de una conducta asesina se plantan pronto; y en el caso de John Haig, todos los indicios señalan que el chico ya caminaba por la senda del asesinato desde joven. Amigos y parientes relatan historias de torturas a los animales, de pequeños delitos y piromanía. De todas maneras, la primera manifestación pública de su conducta antisocial de la que se tiene constancia data de 1965 y ocurrió durante la exhibición de una feria ambulante que recorría el estado.

Conocida como el Inman Brothers Emporium of Scientific Oddities, la feria se había presentado ante numeroso público aquel verano en la zona del Bayou. La principal atracción era un cuerpo momificado que se creía que era de un habitante de las cavernas de hacía más de 2.000 años, cedido por la Universidad de Tulane, que había desenterrado el hallazgo de una ciénaga en Poverty Point el año anterior.

Los testigos presenciales informaron haber visto a Haig comportarse «de un modo peculiar» alrededor de la urna donde se exhibía la momia. Segundos más tarde, Haig rompía el cristal con las manos desnudas e intentaba robarla. El personal de seguridad intervino y consiguió rescatar la momia. Haig, que en aquella época tenía 29 años, fue detenido y encarcelado durante tres meses.

REINADO DE TERROR

Tras ser puesto en libertad, Haig pareció desvanecerse en la oscuridad. Durante los siguientes diez años, los archivos oficiales perdieron casi por completo su pista; no obstante, los criminalistas han confeccionado recientemente un calendario de acontecimientos que traza un panorama de violencia y locura crecientes. Los asesinatos sin resolver empezaron a amontonarse y a despistar a los investigadores.

Se hallaron víctimas escogidas al azar y colocadas en extrañas posturas, con los cuellos desgarrados como por un animal salvaje. También se hallaron restos de saliva en algunas heridas, así como marcas de dientes. No tardaron en circular rumores de que el asesino era una especie de canibal o de vampiro que bebía la sangre de sus víctimas.

Cuando Haig fue por fin capturado en 1975 —gracias a unas huellas encontradas en el lavabo de una estación de servicio—, el número de asesinatos sin resolver que se le atribuían ascendía a 34. Durante los 18 meses que siguieron, Haig fue interrogado intensivamente por numerosos expertos. Los resultados dibujaron el retrato de un lunático perturbado y sediento de sangre cuyos motivos eran impenetrables.

JUSTICIA FINAL

Durante su juicio, Haig desveló numerosos aspectos de su anormal personalidad, por no mencionar su modus operandi como asesino múltiple. Se creía bendecido por poderes sobrenaturales que le habían sido concedidos por Dios. También creía que la verdadera llamada la había vivido el 13 de abril de 1965, el día en que puso los ojos en los restos momificados que exhibía el espectáculo de los Inman Brothers.

A lo largo de numerosas entrevistas, Haig reveló a los psicólogos que la «voz de Dios» había salido de la momia y le había ordenado que llevara a cabo «rituales purificadores hasta que el enemigo sea hallado».

«—Los corderos sacrificados nunca sufrieron —declaró ante un interrogador—. Murieron rápidamente y sin dolor.»

El beber su sangre, cosa que Haig había hecho varias veces, tenía según él un propósito ceremonial «porque de ese modo puedo vivir para siempre».

El domingo, para alivio de aquellos que recuerdan los horrores que ese perturbado sujeto perpetró en el estado de Louisiana, esa última voluntad quedó desterrada para siempre con una descarga eléctrica.

El profesor De Lourde asintió ante la pantalla de su ordenador portátil después de que los otros hubieran tenido la oportunidad de echar un vistazo al artículo.

—Debo confesar —dijo gravemente— que no establecí la relación hasta estos momentos.

De Lourde se hallaba sentado en el sillón de terciopelo y latón situado ante una terminal telefónica cerca de los lavabos del entresuelo del hotel y donde tenía conectado su Mac Powerbook. La terminal estaba en un pequeño nicho al final de una hilera de teléfonos públicos y servía para conectarse a internet a cambio de una tarifa exorbitante por cada minuto de conexión. Una música ambiental sonaba de fondo, y un leve aroma a tabaco de pipa impregnaba el ambiente. Por suerte, era lo bastante temprano para que pudieran disfrutar de una cierta privacidad en aquel reducido espacio.

—«El enemigo...» —murmuró Grove, de pie detrás de De Lourde, mirando la página web de la Universidad de Tulane que mostraba en su parte central las noticias archivadas—. ¿De qué va eso?

Los demás se reunieron tras Grove y miraron la pantalla por encima del hombro del

criminalista. Zorn se mantenía a un lado, tan escéptico e inquieto como siempre, y Maura al otro, mordiéndose el labio nerviosamente y con aspecto de lamentar haber puesto en marcha todo aquello. El padre Carrigan estaba sentado al lado de Grove, manoseando su bastón y mirando de reojo aquel alarde tecnológico del siglo XXI que no parecía comprender. Los demás profesores se encontraban detrás de Maura y tenían un aire pensativo. El doctor Armatraj parecía especialmente intrigado por el giro de los acontecimientos.

Moses de Lourde, con la mirada todavía fija en el artículo de prensa, se encogió de hombros.

—Hace dos días habría asegurado que no se trataba de otra cosa que de los desvarios de una mente desquiciada; pero ahora, tras haber conferenciado con mis colegas y hablado con el padre aquí presente, ya no estoy tan seguro.

—Yo ya no estoy seguro de nada —masculló Grove intentando hacer caso omiso del escalofrío que le recorría la espalda.

De Lourde lo miró volviendo la cabeza.

—Hay más.

—Le escucho.

El sureño se pasó la lengua por los labios con gesto pensativo.

—La momia de la que habla el artículo, aquel morador de las cuevas, fue el motivo que me hizo acudir a la reunión. Yo formé parte del equipo que la descubrió.

Con aquellas palabras, De Lourde atrajo la atención de todos los presentes. Grove le hizo un gesto indicándole que continuara.

—Adelante, prosiga.

—Bueno, tal como les dije a algunos colegas ayer por la noche, yo solo tenía treinta y dos años por aquel entonces. Creo que estábamos en 1964. Yo trabajaba en mi doctorado en antropología en Tulane cuando me enteré de las excavaciones de Poverty Point y supe que habían sacado una momia de una marisma de turba desecada. Como la profesora Endecott les dirá, los restos humanos que terminan en ese tipo de marismas se conservan igual de bien que en cualquier otro medio, incluyendo el hielo. ¿Estoy en lo cierto, profesora?

Edith Endecott asintió desde detrás de Maura.

—Y debo añadir que es una verdadera suerte para nosotros, los arqueólogos.

—Es cierto. En fin..., el caso es que el asunto despertó ciertas controversias en torno a la era en la que se suponía que había vivido aquella supuesta víctima de un sacrificio ritual. Los antropólogos sostenían la teoría de que los moradores de las cuevas creían que estaban siendo castigados por los dioses.

Grove miró al académico.

—¿Castigados?

De Lourde asintió.

—Nuevamente volvemos al terreno de la especulación, pero alrededor del siglo I el mundo estaba cambiando, especialmente en Oriente Próximo. Las profecías se estaban haciendo realidad. Jesucristo había sido crucificado, y el Imperio romano iniciaba su declive. Incluso en Norteamérica se vivía un choque de culturas. Los habitantes de las cuevas creían que una fuerza demoníaca estaba acabando con todos ellos. Quién sabe. Puede que solo fuera obra de la naturaleza, de animales o de una plaga. Pero también podría haber sido humano.

Grove lo pensó unos instantes.

—¿Me está hablando de un asesino múltiple de la antigüedad?

El sureño se encogió de hombros.

—O de una sigilosa agresión por parte de una cultura enemiga. Quién sabe.

—¡El ciclo es lo que es!

Todas las cabezas se volvieron hacia el anciano clérigo cuya cascada voz vibraba como el fuelle roto de un órgano.

—Eso es exactamente a lo que yo me refería —prosiguió con entrecortados jadeos—, a la maldad que sigue a todos los descubrimientos sembrando en paralelo la maldad y la miseria presente eones antes, cuando la momia vivía. ¿No lo ven? Es el eterno ciclo que se repite a lo largo de los siglos.

—Podría decirse que esa teoría tiene algo —convino De Lourde—. Si miramos los datos empíricos, y hasta los circunstanciales, hay que reconocer que existe una constante.

Zorn intervino al fin.

—Perdónenme, pero todo esto no son más que una sarta de gilipolleces de primera categoría.

—Terry... —le advirtió Grove.

—Con el debido respeto, padre —prosiguió Zorn mirando al agitado sacerdote—, pero me he estado mordiendo la lengua durante todo este rato y creo que tengo derecho a hacer mi pequeña aportación. —Zorn se volvió hacia De Lourde—. Están hablando de un ejemplo, de un supuesto «ciclo»; pero, a ver, pongamos los pies en el suelo, no contamos siquiera con una prueba circunstancial. Lo que tenemos ahí fuera es un imitador. No hay vudú ni...

—Agente Zorn, ¿puedo decir algo? —interrumpió una voz tranquila y con un leve acento. El profesor Armatraj jugueteaba con un pañuelo en sus morenas y delicadas manos.

Grove hizo un gesto de asentimiento al elegante indio.

—Adelante, profesor.

—Los restos de la mujer que recuperamos en los Alpes italianos en 1987 presentaban sin ninguna duda la misma patología —empezó a decir dirigiéndose principalmente a Zorn—. La herida mortal de la nuca, la postura artificial... La momia fue datada mediante el carbono catorce en dos mil años antes de Cristo, una época de muchos trastornos, como mis colegas confirmarán.

De Lourde miró al hindú.

—¿Se refiere a Locusta?

—Precisamente.

Zorn dejó escapar un suspiro.

—Está bien, ¿quién demonios es Locusta?

Armatraj lo miró y dijo:

—Ella bien pudo ser la primera asesina múltiple de la historia.

—Fue una creadora de venenos —intervino De Lourde—, aunque tengo entendido que también recurría a otros métodos, como el estrangulamiento y el apuñalamiento. Hoy la llamaríamos una «asesina a sueldo», una mercenaria del imperio si prefiere. La leyenda dice que mantenía una serie de esclavos en los que probaba los efectos de sus pócimas y torturas.

Armatraj asintió.

—También dirigía una escuela de envenenadores. Gracias a ella, se calcula que Locusta y sus estudiantes mataron entre todos a unas diez mil personas. El emperador romano Claudio fue seguramente su víctima más famosa.

El sacerdote intervino de nuevo, y su jadeante voz provocó escalofríos a Grove.

—Locusta la Centinela fue una figura histórica de quien el Vaticano sospecha que estaba sometida a la influencia del demonio, una persona poseída por un espíritu impuro. Esto es un hecho documentado.

Zorn meneó la cabeza.

—No lo entiendo, ¿me está diciendo que esos restos eran los de ella?

Armatraj alzó su delgada mano.

—Eran de una de sus víctimas, al menos esa era la opinión generalizada entre los componentes de mi grupo. Yo creo que tenían razón, especialmente ahora, ahora que tenemos un contexto más completo.

Se hizo una pausa, y Grove la aprovechó para preguntar:

—¿Había alguna cosa en el otro extremo del ciclo?

Armatraj respiró profundamente.

—En 1988, menos de un año después de haber desenterrado a la Mujer de Hielo de los Alpes, se produjo en Italia un caso que levantó un gran escándalo: un conocido gángster se volvió loco de repente y empezó a matar gente por el simple placer de hacerlo.

Grove le interrumpió:

—Deje que adivine la forma en que mataba y le diga que era...

—En efecto —prosiguió Armatraj con ojos centelleantes—, un punzón de picar hielo, un golpe de punzón en la nuca. Y después también hacía cosas con los cuerpos, colocándolos en ciertas posturas. En aquellos momentos, yo, lo mismo que el profesor De Lourde, no vi la relación.

Grove se disponía a añadir algo más cuando reparó en un fornido sujeto vestido con una gabardina y una gorra inglesa que llevaba un muestrario y que se acercaba a los teléfonos más alejados, quizá a unos ocho metros de distancia, lo bastante cerca para escuchar la conversación. Había cada vez más hombres de negocios y clientes madrugadores haciendo llamadas y caminando por el hotel. Grove empezaba a sentirse incómodo.

—Profesor De Lourde, voy a tener que pedirle que desconecte el ordenador y que pase delante —dijo el criminalista en voz baja señalando el extremo del vestíbulo, más allá de los teléfonos y los lavabos, donde podrían hablar en privado—. Por favor, síganme los demás. Solo será un segundo.

Condujo al grupo hasta el final del corredor, a una zona libre de gente donde había dos sofás situados alrededor de una mesa de centro. La amortiguada luz de los apliques de latón de las paredes iluminaba suavemente la lujosa decoración. El grupo se sentó alrededor de Grove, que enseguida se sintió igual que un reticente oficial de inteligencia conduciendo a sus subordinados tras las líneas enemigas, donde todo adquiría tintes siniestros: el constante rumor de la música ambiental, la discreta iluminación, la perfumada esterilidad del hotel Nikko. Su mente flotaba en las recientes revelaciones y notaba un helado nudo en el estómago.

—Doctora Endecott, ha estado muy callada todo el rato —dijo finalmente dirigiéndose a la mujer del cabello azul.

Ella suspiró.

—La verdad es que no estoy al corriente de ninguna oleada de violencia ocurrida tras nuestro descubrimiento en Flodden Bog, y eso que los restos presentaban los mismos rasgos de los que hemos estado hablando.

Se produjo una nueva pausa y un nuevo intercambio de miradas. Grove le preguntó si era posible que se hubiera olvidado de algo.

—No lo creo —contestó ella tras pensarlo un momento—. Estoy segura de que se produjo algún crimen, el crimen siempre existe; pero nada que encajara con la firma que ha descrito usted.

—Entonces sonrió con una sonrisa extrañamente torcida—. De todas maneras, hubo gente en Oxford que se adelantó con algunas extrañas teorías sobre los restos hallados en Flodden Bog.

Grove la miró.

—¿Como qué?

La mujer meneó la cabeza como si le restara importancia.

—Uno de mis colegas, un caballero llamado Hartrey, estaba convencido de que la momia había sido víctima de la familia de Sawney Bean.

Zorn preguntó de inmediato quién demonios era Sawney Bean.

—Vas a tener que ponerte al día en materia de asesinos múltiples, Terry —le dijo Grove sin apartar la mirada de la mujer escocesa—. Los Bean fueron unos caníbales que sembraron el terror por toda Escocia, creo que allá por el año mil setecientos.

—En realidad fue antes —precisó la profesora Endecott—, en el siglo quince. Según cuenta la leyenda, ninguna brigada podía cruzar los páramos de la costa sin perder como mínimo uno de sus miembros a manos de aquella familia de salvajes. El instigador era el padre, que había instalado a su familia en una cueva cerca del mar. Todos se alimentaban de forasteros. Se bebían la sangre de sus víctimas y daban la carne a los niños.

—¡Jesús! —exclamó Maura.

—Cuando fueron arrestados tenían algo así como unos quince hijos y puede que unos treinta nietos. Tengo entendido que fueron llevados todos a Edimburgo y ejecutados, incluyendo mujeres y niños. —La anciana se encogió de hombros y miró al sacerdote—. No sé si eso basta para formar parte de un ciclo, padre, pero seguramente tiene...

El sonido del móvil de Terry Zorn interrumpió a la mujer con su agudo pitido.

—Lo siento, profesora —se disculpó Zorn sacando el aparato del bolsillo de su chaqueta deportiva. Comprobó quién llamaba y acto seguido miró a Grove—. Es Quantico.

Grove contempló a Zorn dar media vuelta y alejarse conversando en voz baja.

—Tengo una pregunta que formular al grupo —dijo Maura cuando el criminalista se volvió hacia los profesores—. Ya sé que hemos hablado del asunto, pero sigo sin tener idea de quiénes eran esas personas.

La profesora Endecott le preguntó a qué personas se refería.

—A las momias, a las víctimas. Básicamente hemos establecido que aquí tenemos un modelo con respecto a las características de las víctimas, la «victimología», según la llama el agente Grove.

Se produjo un breve silencio mientras los profesores se miraban como si intentaran decidir quién debía responder. Al final, fue De Lourde quien habló.

—Por mi parte, yo diría que se trataba de hombres santos.

Armatraj asintió.

—Sin duda. Eran chamanes, y eso es algo que sabemos por los objetos que fueron encontrados junto a la mayoría de los cuerpos, así como por los tatuajes y los hatillos.

Grove se volvió hacia el hindú.

—¿Los qué?

—Los hatillos con elementos medicinales. —Armatraj hizo un gesto ahuecando las manos—. Las pequeñas bolsas de piel donde los hombres primitivos guardaban sus provisiones y utensilios.

Grove se acordó de los hongos hallados junto al Hombre de Hielo, en Mount Cairn.

—Sí, ya sé a qué se refiere. —Miró a Maura—. La momia de Alaska también tenía algo parecido.

Ella se lo confirmó con un asentimiento.

Se produjo otro silencio, y Grove aprovechó para mirar por encima del hombro y localizar a Zorn, que estaba en el otro extremo del vestíbulo, con unos treinta metros de extensa moqueta de por medio, de pie allado de una palmera, iluminado por los rayos de la mañana que penetraban por las

ventanas. El lugar bullía de actividad, y los ascensores cargados hasta los topes de clientes subían y bajaban tras Zorn mientras él seguía hablando por teléfono.

La voz de Maura llamó la atención de Grove.

—Pero lo que sigo preguntándome es qué hacían todos esos chamanes en lugares tan remotos.

—Me temo que no la entiendo, querida —dijo De Lourde con aire confuso.

—Lo que digo es: los restos de Mount Cairn fueron encontrados a unos tres mil metros de altura, y Flodden Bog está en plena naturaleza. Gracias al registro fósil, sabemos cómo eran esos territorios en aquella época, ¿no? Eso significa que la mayoría de esas víctimas fueron asesinadas en campo abierto.

De Lourde se llevó un dedo a los labios y meditó unos segundos.

—Supongo que es posible que tenga razón.

—Bueno, y ¿qué estaban haciendo? ¿Qué estaban haciendo esos chamanes en mitad de ninguna parte cuando fueron asesinados?

La pregunta quedó suspendida en el silencio durante unos segundos mientras Grove volvía a mirar hacia el vestíbulo.

Zorn iba hacia ellos. El tejano caminaba con aire severamente firme mientras cerraba el móvil con urgencia.

«Solo una cosa puede hacer que a Zorn se le ponga esa cara», pensó Grove mientras notaba que un escalofrío le hacía un nudo en el estómago.

Entretanto, Edith Endecott decía:

—Es una pregunta totalmente lógica, querida; pero, por desgracia, los restos hallados solo nos permiten llegar a un cierto número de conclusiones y no nos lo dicen todo.

—¿Dónde habré oído eso antes? —repuso Maura con un suspiro.

—Perdonen, amigos —interrumpió Terry Zorn hecho un manojo de nervios y con los ojos centelleando de energía—, pero tengo que pedirles prestado al agente Grove unos minutos.

Grove no tuvo que preguntar el motivo. Lo sabía. Por la mirada de Zorn ya sabía todo lo que le hacía falta saber.

La suite de Maura County se hallaba en el piso veintitrés y contaba con una pequeña sala además de una fantástica vista sobre el brumoso parque del Golden Gate. La había reservado a nombre de la revista por si era necesario entrevistar en privado a cualquiera de los participantes de la conferencia que tuviera algo interesante que contar. En esos momentos Maura estaba de pie en el pequeño vestíbulo contemplando a Zorn y a Grove afanarse en torno a la cama de matrimonio mientras discutían sobre armas y escenas del crimen.

—Terry, se supone que somos criminalistas. No formamos parte de ninguna unidad táctica. Hace más de diez años que no llevo pistola —dijo Grove mientras cerraba su bolsa para trajes y metía el resto de sus cosas en el maletín.

La expresión de Zorn era de completa irritación mientras se ocupaba de la maleta de aluminio que reposaba en la cama.

—La escena del crimen de Portland ya está fuera de control, ¿vale? Y ahora contéstame una cosa: ¿Me dijiste o no me dijiste que creías que el asesino es un espectador?

—Terry, por favor...

—¿Lo dijiste o no?

Grove suspiró.

—Sí. De acuerdo. Creo que existe la posibilidad de que ronde las escenas del crimen, pero esc

no quiere decir...

—Pues entonces, hoy llevarás un arma —interrumpió Zorn abriendo su maleta y descubriendo una enorme pistola dentro de su estuche. Zorn guardó silencio un momento y miró a Maura, que de repente se sentía como una intrusa entrometiéndose en un asunto que no era de su incumbencia, igual que una niña presenciando una discusión de dos adultos sobre sexo. Al final carraspeó y dijo:

—Bueno..., creo que lo mejor será que yo os espere abajo.

—No, espera —dijo Grove—. Esta es tu habitación, por amor de Dios. No eres tú la que tienes que marcharte.

—Debo hacer unas llamadas —insistió Maura dirigiéndose a la puerta.

—No, por favor. —Grove se le acercó y le puso la mano en el hombro—. Ahora formas parte de esta investigación. Quiero que te quedes.

Su contacto era tan amable —tierno incluso— que, mientras sus miradas se cruzaban durante un instante, Maura sintió que algo nuevo mediaba entre ellos, algo sutil e inexplicable relacionado con el destino o con algún tipo de reacción química. Fue solo pasajero, y, más adelante, Maura se preguntaría si realmente había sucedido o si había sido cosa de su imaginación por el efecto del estrés y el nerviosismo. Tragó saliva.

—De acuerdo, de acuerdo. Las llamadas pueden esperar.

—Acércate, Ulysses —dijo Zorn—. El tiempo apremia.

Había sacado la pistola de su estuche y se disponía a abrirle el tambor. El arma emitió un sonoro chasquido que puso los pelos de punta a Maura.

Grove se acercó a la cama y tomó el arma de manos de Zorn. A Maura, el arma le parecía enorme e intimidante.

—No he hecho ejercicios de tiro desde que estuve en el ejército —murmuró apuntando hacia el suelo y mirando por el vacío cañón de casi quince centímetros.

—Es como ir en bicicleta, colega —contestó Zorn buscando algo más en el estuche.

Grove examinó el revólver.

—¿Qué es, un Bulldog del treinta y ocho?

—Un Magnum Tracker tres-cinco-siete de Charter Arms con balas de punta hueca.

A los inexpertos ojos de Maura, Grove parecía tener experiencia —aunque no reciente— en el manejo de armas.

—De acción simple, ¿no? —preguntó Grove volviendo a armar el tambor.

—Pues no, señor. Esto, amigo, es un revólver de doble acción. No tienes más que apuntar y apretar el gatillo. Un solo tiro será suficiente para parar los pies a cualquier hijo de puta.

Grove suspiró.

—Terry, ¿es necesario todo esto?

—Sí. Es necesario, y ve con cuidado de no pegarte un tiro en el pie o tendrás que ir a buscarte los dedos a la China.

—¿Qué bonito!

Los dos hombres hablaban deprisa y sin humor. Su tensión nerviosa era palpable y eso hacía las cosas aún más difíciles para Maura.

—Toma, cógelo. —Zorn le tiró una sobaquera con su respectivo arnés y una serie de pequeños estuches parecidos a monederos—. Póntelo y no te lo quites.

—Sí, señor.

Acto seguido, Zorn le entregó una serie de objetos que parecían envases de rodamientos de bolas.

—Ponte dos cargadores rápidos en el cinturón y lleva una caja de balas en la maleta.

Grove preguntó a su compañero si había pedido autorización para viajar con armas.

—No vamos a ir en avión de línea regular —repuso Zorn, que se estaba colocando su arma por encima de la camisa y la corbata. A Maura le pareció que se trataba de una automática porque era más fina y estilizada—. Geisel ha cogido prestado un helicóptero en la base que las Fuerzas Aéreas tienen en Travis.

Cuando Grove se hubo colocado el armamento y puesto la chaqueta preguntó:

—¿A qué hora salimos?

—Despegaremos dentro de una hora y aterrizaremos antes del mediodía. Será mejor que nos pongamos en marcha. Nos pasarán a buscar dentro de diez minutos.

Maura observó la situación y se maravilló del modo en que Grove conseguía mantener cierta elegancia bajo presión. A pesar de haber pasado toda la noche sin dormir escuchando las disquisiciones de un grupo de académicos repletos de cafeína, seguía ofreciendo una fachada tan pulcra y aseada como siempre. No obstante, en su rostro y gestos se empezaban a apreciar las primeras grietas. Maura se fijó en las bolsas bajo los ojos y el decaimiento de los hombros.

Grove se le acercó y le apoyó cariñosamente la mano en el brazo.

—Es un feo asunto. Está yendo a más, y tenemos que pararle los pies a ese tipo.

—Lo entiendo Ulysses. Lo entiendo perfectamente.

—Lamento marcharme y dejarte con todo este lío.

—No te preocupes. Hazme solo un favor: ten cuidado.

—Eso haré. —Sonrió y le dio un breve apretón en el brazo—. Entretanto, tú sigue haciendo hablar a los profesores. Nos han aportado una información estupenda.

—Vamos, colega —llamó Zorn por encima del hombro mientras iba camino de la puerta—. La escena del crimen se está haciendo vieja y nosotros también.

—Te llamaré —dijo Grove rozando la mejilla a Maura y retirando la mano enseguida como si lo hubiera pensado mejor.

Ella le deseó buena suerte y lo vio marcharse.

Durante un momento, Maura se quedó en la vacía habitación, sintiéndose abandonada y ridícula vestida con su único vestido bueno mientras en sus oídos resonaba el eco de las armas. Fue hasta la puerta y se asomó al pasillo.

Los dos criminalistas estaban ya a medio camino de los ascensores. Zorn caminaba ligeramente por delante de Grove sin dejar de dar órdenes por teléfono. Grove miraba el reloj mientras las puntas de su gabardina flotaban tras él.

Durante un breve y angustioso instante, Maura County se preguntó —quizá irracionalmente— si volvería a ver a Ulysses Grove.

La llamada

A las diez se elevaron en el aire, despegando de la pista de Travis bajo una ligera llovizna mientras las ráfagas de viento bandeaban el Huey Cobra como olas rompientes. El piloto del helicóptero era un veterano de Vietnam llamado Zimmer que llevaba el pelo cortado como un indio mohawk, tenía unos brazos como mazos y estuvo parlotando todo el camino. Su voz se confundía con el rugido del rotor y en sus gafas de aviador se reflejaba el oscilante horizonte. Zorn y Grove se acomodaron, codo con codo, en el banco del artillero, delante del piloto, como dos niños demasiado crecidos en un autobús escolar. A través del sucio cristal de la carlinga veían el mundo oscilando en lentos giros a medida que el helicóptero atravesaba la densa y cambiante atmósfera.

Lo que debía ser un trayecto de hora y media se convirtió en un viaje de tres horas a través de un clima primaveral de todo tipo. Primero fue el viento que persiguió al Huey desde su salida de Travis y por las cumbres del Mendocino National Forest. La galerna hizo chirriar los remaches del aparato, la lluvia azotó la carlinga y el capitán Zimmer tuvo que sujetar los mandos con las dos manos durante casi una hora mientras luchaba con el encabritado aparato. Milagrosamente, ni Grove ni Zorn se marearon; simplemente pasaron la mayor parte del tiempo intercambiando miradas y observando nerviosamente las oscilantes copas de los árboles al tiempo que se aferraban a los gastados bordes de cuero del asiento.

En un momento dado, Grove se volvió hacia el piloto haciéndose oír por encima del estruendo de los motores.

—¿Está pensando en aterrizar?

—¿Por qué lo pregunta? —gritó Zimmer.

—¿No está volando un poco bajo? —Grove señaló hacia abajo. Parecía como si los patines de aterrizaje estuvieran a punto de rozar el rocoso terreno, y eso le producía sudores fríos.

—Eso es Mount Shasta, muchachos. Échenle un buen vistazo —dijo indicando con un gesto de la cabeza el pedregoso paisaje que se deslizaba bajo ellos, y, mientras asentía, toda la aeronave pareció imitarlo, inclinándose de un lado a otro igual que un barco escorando en una tormenta.

—Digo que vuela usted demasiado bajo, ¿no le parece?

Zimmer sonrió burlonamente.

—Es el único modo.

—El único modo, ¿para qué?

—Para que nos mantengamos por debajo del viento —rió el piloto—. Es lo que solía hacer en Vietnam cuando pilotaba estos Cobra por encima del Mekong. ¡Asustaba a todo bicho viviente!

Y así siguió durante lo que pareció una eternidad pero que en realidad duró solo hora y media, dos como mucho, hasta que al fin el viento amainó y se convirtió en una cortina de agua. Mientras seguía allí, encogido y tieso, Grove intentó concentrarse en el caso Ackerman, pero su cerebro no colaboró. Un despliegue de fuegos artificiales irrumpió en su mente, retazos de sus pesadillas que lo asaltaban con cada sacudida del helicóptero, oscuras figuras en la ladera de una montaña, un aullido inhumano, una daga tallada en pedernal arañando el hielo. Notó el bulto del Magnum 357 presionándole los riñones. «¿Qué demonios estoy haciendo con esta pistola? —se dijo—. ¿Acaso me parezco al jodido John Wayne o algo así?»

La palabra «enemigo» afloraba intermitentemente en la conciencia de Grove. ¿Cómo lo había expresado el artículo sobre Haig que De Lourde les había enseñado? «La "voz de Dios" había salido de la momia y le había ordenado que llevara a cabo "rituales purificadores hasta que el enemigo sea hallado".» Así pues, cabía la posibilidad de que Haig fuera un chiflado que oía voces; pero ¿a qué enemigo se refería y cuál era la finalidad del ritual?

En algún lugar sobre la frontera de Oregón, mientras el helicóptero subía y bajaba entre columnas de secoyas, el cielo se oscureció tan de repente que pareció que se hubieran metido directamente en un túnel. El aparato inició el descenso con tanta brusquedad que Grove notó que se levantaba del asiento. Las luces de navegación centelleaban bajo la aeronave. El día se convirtió en noche. Unas voces surgieron de la radio de Zimmer, y el piloto empezó a comunicarse con el personal de tierra. A continuación se desató un ruido que parecían petardos estallando. El piloto gritó algo, pero Grove no entendió una palabra.

—¿Qué?

—¡Granizo! —chilló Zimmer.

—¿Hay algún problema? —preguntó Zorn.

El piloto rechinaba los dientes.

—¡No a menos que nos alcance un rayo!

Los siguientes cuarenta y cinco minutos transcurrieron en plena confusión. Grove y Zorn se aferraron a su asiento mientras Zimmer luchaba con la palanca de mandos y conducía el helicóptero a través de la oscuridad. Las piedras de hielo rebotaban en la carlinga, y los rotores aullaban. Por primera vez durante el vuelo, el capitán Elvin Zimmer no habló demasiado.

En realidad, al final les alcanzó un rayo, pero por suerte no fue hasta el final del viaje, justo cuando entraban en el espacio aéreo de Tacoma. Zimmer consiguió que el aparato descendiera sobre un campo de aterrizaje auxiliar, a unos sesenta kilómetros al sur de Fort Lewis, y cuando por fin tocaron tierra con el baqueteado aparato, Grove musitó una oración de agradecimiento. Le dolía la cabeza, y por alguna razón, justo en aquel momento, cuando los cielos se abrían y una lluvia torrencial descargaba sobre el inmóvil helicóptero, pensó en su madre, lo cual resultaba extraño porque era algo que casi nunca hacía. Sin embargo, allí estaba de nuevo, pensando en Vida y toda su parafernalia africana por tercera o cuarta vez en otros tantos días.

Se acordó de que Hannah solía escribir cartas a la anciana, bromeando con ella, preguntándole acerca de África y de los viejos tiempos en su país de origen. «Deberías invitarla de vez en cuando, Uly. ¡Es tu madre, por amor de Dios!», lo apremiaba ella, pero él se limitaba a poner expresión mortificada y se negaba en redondo a tener algo que ver con la anciana y sus absurdas supersticiones nubias.

Grove apartó aquellos recuerdos de su mente mientras se esforzaba por salir de las profundidades de su asiento y se apeaba del helicóptero.

La lluvia se había convertido en un diluvio torrencial, y los relámpagos centelleaban cada pocos segundos, rasgando el cielo como si fueran las garras de alguna bestia gigantesca. Los dos criminalistas sortearon los charcos mientras corrían hacia un hangar cubriéndose la cabeza con sus periódicos.

—Tú no te habrás creído ninguno de esos cuentos chinos, ¿verdad? —le preguntó Zorn mientras corrían.

—¿Qué cuentos chinos?

—Los de esos espíritus saliendo de las momias y apoderándose del primer infeliz que pasa por

allí.

—¿Quieres saber la verdad? —No. Te pido que me mientas.

—La verdad es que llegado a este punto soy capaz de creer cualquier cosa —gritó Grove mientras el relámpago volvía a iluminar el cielo y su efecto estroboscópico hacía que todo pareciera transcurrir a cámara lenta.

La escolta del FBI los estaba esperando en la puerta del hangar. Era una agente rolliza y veterana llamada Karyn Flannery. Llevaba una arrugada gabardina, se cubría el cabello con un pañuelo de plástico y tenía un par de paraguas bajo el brazo. Allí, de pie, masticando chicle con ojos centelleantes mientras los dos criminalistas se acercaban, parecía una mujer dura.

—Caballeros —dijo señalando la puerta del fondo que daba a una galería que conectaba el edificio principal con la entrada de delante—. Me consta que seguramente tendrán prisa por llegar a la escena del crimen.

Zorn miró las nubes.

—Eso suponiendo que la maldita escena siga estando en su sitio.

Un momento después salían del edificio bajo sus paraguas y corrían bajo la lluvia hacia el Jeep Cherokee de la agente especial Flannery. Zorn se instaló en el asiento de atrás y Grove en el del pasajero. Flannery puso el motor en marcha y salió de allí a toda velocidad entre una nube de humos de escape.

El trayecto de treinta minutos hasta el motel Regal los llevó por el condado de Cowlitz, una vasta extensión de pequeños pueblos y terrenos vallados tan densamente boscosos que los árboles parecían tragarse hasta el más mínimo rayo de luz que lograba filtrarse a través de las nubes. Mientras circulaban rápidamente por la carretera de dos sentidos, con los limpiaparabrisas acompañando rítmicamente el monótono informe de Flannery sobre lo que se había hecho en la escena del crimen, Grove contempló el paisaje a través de la ventanilla salpicada de lluvia. Era consciente de que habría tenido que tomar notas del resumen que les ofrecía la agente; no obstante, se sorprendió pensando en cuentos de hadas, en *Hansel y Gretel*, y en *Caperucita roja*. Los bosques sombríos siempre le hacían pensar en esas historias. ¿Tendrían un efecto parecido en Ackerman? ¿Estaría acechando entre las sombras?

Flannery empezó a relatar el descubrimiento de las víctimas en las habitaciones del motel. Hasta que no había empezado a entrar en las habitaciones y comprobado que todas las víctimas presentaban las mismas lesiones y las mismas posturas, la policía de Vancouver no había estado segura de que existiera alguna relación entre las muertes. Oficialmente se trataba del peor asesinato en masa en la historia del estado de Washington. Incluso antes de que los forenses de Olympia hicieran acto de presencia, el jefe de los detectives de Vancouver había hecho público un comunicado anunciando a todas las divisiones y a la prensa que un hombre reclamado por el FBI llamado Richard Conrad Ackerman andaba suelto por la zona y se lo debía considerar armado, muy peligroso y con toda probabilidad mentalmente perturbado. En los boletines informativos aparecieron fotos de Ackerman, pero los detalles de los asesinatos —incluyendo la identidad de las víctimas— fueron omitidos hasta que las familias fueran notificadas.

Los técnicos forenses encontraron de todo en las habitaciones: cabellos, fibras, saliva, huellas, el lote completo; tantas pruebas concluyentes que hasta un abogado recién salido de la facultad no habría tenido dificultad en conseguir una sentencia condenatoria. Fue necesario llamar a más policías para que ayudaran a registrar la zona. Al mediodía, patrullas de lugares tan distantes como Yakima y Eugene habían sido enviadas a rastrear zonas de descanso, depósitos de autobuses, estaciones de ferrocarril y aeropuertos. Eso había ocurrido hacía dos horas, y hasta el momento no se habían

producido resultados. Nadie había visto coches sospechosos aparcados alrededor del motel, ninguno de los trabajadores que hacían el turno de noche en las factorías de los alrededores había visto a nadie merodeando en la oscuridad. Era como si Ackerman hubiera perpetrado aquella atrocidad y después se hubiera desvanecido en la espesura de los bosques.

Grove contempló a la agente Flannery que entrecerraba los ojos para ver a través de la lluvia mientras hacía girar el vehículo en una curva muy cerrada.

—Vamos a necesitar que nos ayude en la escena del crimen, agente Flannery.

—Para eso estoy aquí.

—¿Qué hora tiene?

Ella miró el reloj.

—Las dos y diez. Deberíamos llegar en unos cinco minutos.

—De acuerdo. Mire, estoy seguro de que los de Olympia están haciendo un buen trabajo recogiendo pruebas.

—Seguro que sí.

—Pero en estos momentos no es eso lo que más nos interesa, ¿lo entiende?

—De acuerdo.

—Hoy vamos a buscar algo totalmente distinto en esa escena del crimen. Eso es lo que básicamente quiero decir.

La mujer lo miró de reojo.

—A usted le interesa buscar algo distinto de las pruebas, ¿es eso?

—Necesito que comprenda lo que le estoy diciendo porque necesitaré su ayuda en la escena del crimen.

Ella masticó su chicle con más energía.

—Mire, si quiere que lo ayude, tendrá que ser un poco más concreto.

Grove miró por encima del hombro a Terry Zorn, que estaba sentado en el asiento trasero igual que un magnate del petróleo, con su sombrero tejano sobre las rodillas y la calva salpicada de lluvia.

—Mire, señora, nosotros iremos tras los mirones.

—Supongo que tendrá mucha gente allí, ¿no?

La mujer mascó el chicle aún más rápidamente.

—O sea, que van tras los curiosos.

—Eso mismo.

—Pues entonces será porque creen que quien lo haya hecho puede rondar todavía por la escena del crimen —dijo en voz baja, masticando furiosamente.

—Probablemente ya no estará —añadió Grove.

—Es solo una teoría —terció Zorn desde la oscuridad del asiento trasero.

—Nos enfrentamos con una personalidad muy organizada, agente Flannery —explicó Grove—. Con esta gente es todo cuestión de ego. A eso me refería.

Una cegadora luz surgió fuera, iluminando el pasillo de árboles, la solitaria carretera y también el interior del coche, como si alguien acabara de tomar una fotografía de la situación. El retumbar de un trueno siguió al resplandor.

—De acuerdo. Realmente estupendo —dijo la rechoncha mujer poniéndose rígida en el asiento. Aparte del masticar, aquella fue su única reacción.

—Va a ser usted nuestra primera línea de combate, señora —comentó Zorn desde atrás.

—¿Cómo dice?

Grove la miró.

—Tan pronto como lleguemos a la escena del crimen, todos querrán hablar con nosotros y aportar su pequeño grano de arena. Lo que vamos a necesitar es que haga de interferencia, ¿me sigue?

—Sí, señor.

—Vamos a necesitar que nos consiga tiempo, que mantenga a los detectives lejos de nosotros mientras repasamos a la multitud. ¿Lo entiende?

—Sí. Eso creo.

—Lo que me gustaría es que parezca que estamos trabajando en la escena del crimen cuando en realidad lo que estaremos haciendo será trabajar entre los mirones. ¿Comprendido?

—Comprendido.

—Así pues, agente Flannery, lo que va a hacer si se siente con ánimos es engañar a ambas partes, hacer que la multitud crea que estamos buscando pistas y al mismo tiempo distrayendo a los detectives y a los forenses y manteniéndolos alejados de nosotros.

—Creo que puedo ocuparme de la tarea, agente Grove.

El criminalista sonrió:

—No lo dudo.

Cinco minutos más tarde habían cruzado las afueras de Vancouver y visto los primeros indicios del Portland metropolitano extendiéndose alrededor de ellos tras una cortina de lluvia. Llegaron a un cruce y giraron para meterse por una estrecha carretera secundaria que corría a lo largo del río, serpenteando a través de aldeas de pescadores hacia la demarcación del estado.

Los primeros indicios de la tragedia no tardaron en aparecer en forma de centelleantes luces rojas y azules que parecían siniestros adornos navideños. Zorn había dicho que la escena estaba fuera de control, pero Grove no esperaba tanto desorden. Parecía algo que podría haber sido descrito por Dante en su viaje por los siete círculos del infierno. Al menos dos docenas de coches patrulla estaban aparcados de cualquier manera a ambos lados de la carretera; algunos de ellos, atascados en el barro, hacían patinar sus ruedas y salpicaban barro en todas las direcciones. Un mar de paraguas ondulaba en el lado norte del camino y hacia una zona elevada. Cientos de curiosos se amontonaban alrededor de un cordón medio roto. Fragmentos de cinta amarilla ondeaban al viento y bajo la lluvia.

Flannery pulsó un botón en el salpicadero y encendió las luces de persecución. Los rociones que desprendía el Jeep se tiñeron de rojo.

—Es peor de lo que había pensado —masculló Zorn encajándose el sombrero.

Flannery empezó a hacer ráfagas con las luces largas mientras se acercaba a la barrera medio deshecha. Un hombre gordo vestido con un chaleco de caza cruzó ante los faros. Alguien gritó con furia. Una ininteligible voz sonó a través de un megáfono.

—Ahora, todos tranquilos —advirtió Grove mientras un patrullero vestido con un poncho de plástico transparente se acercaba a la ventanilla de Flannery. La agente bajó el cristal y empezó a decir algo.

—¿Dónde demonios cree que va? —tronó el policía.

La mujer suspiró, le mostró su placa del FBI y lo fulminó con la mirada.

—¿Te importa si pasamos, cariño?

Durante un breve instante, el patrullero se quedó como si lo hubieran abofeteado, con la lluvia goteándole del ala de su Stetson. Luego, los dejó pasar como si todo se hubiese desarrollado a su plena satisfacción.

Grove se sujetó y notó el bulto del revólver bajo su gabardina mientras Flannery seguía adelante.

Dentro del cordón policial, las cosas no iban mucho mejor. Había al menos doce furgonetas del departamento forense aparcadas en abanico ante el motel, con las luces dando vueltas y las puertas traseras abiertas de par en par. Los auxiliares, ataviados con trajes protectores, se afanaban allí, sacando y guardando en los vehículos equipos diversos. El reducido aparcamiento de gravilla del motel, cubierto de bolsas de plástico y ropa de cama amontonada y mojada, estaba lleno a rebosar de gente: los investigadores con sus empapadas gabardinas saltaban por encima de los charcos y serpenteaban entre los patrulleros de impermeables amarillos. Los fogonazos de las cámaras de los forenses destellaban de tanto en cuanto, entre relámpago y relámpago.

Flannery halló un lugar donde aparcar en un rincón de la propiedad, entre una de las furgonetas forenses y un poste de la luz.

—Empecemos con los de la primera fila —dijo Grove abriendo la puerta y desplegando su paraguas—. A partir de ahí, nos moveremos hacia fuera.

El relámpago brilló nuevamente mientras Grove salía del Jeep y la fría brisa lo envolvía. Contempló el edificio un instante a través de la lluvia, asombrándose de lo anónimo del sitio. ¿Cuántos de esos mugrientos moteles jalonaban las carreteras del país? ¿Por qué tenían todos la misma apariencia?

Independientemente de que fueran propiedad de grandes cadenas o pequeños negocios familiares como aquel, todos mostraban los mismos letreros de neón fabricados en el mismo sitio, las mismas ásperas tapicerías de los sofás, los mismos apagados colores y los mismos detalles baratos de bienvenida; los mismos vasos de plástico, los mismos lavamanos manchados de óxido, y el mismo olor a rancio y a goma en los baños.

El intenso hedor de la muerte no hacía más que añadir un punto de atención entre tanta uniformidad impersonal.

Grove miró por encima del hombro un instante, lo bastante breve para hacerse una idea de la distribución de la gente. Con eso le bastó. Vio a los más curiosos situados delante, la mayoría bajo paraguas, apretujados contra la barrera, en frente del motel. Tras ellos, otros ladeaban o estiraban la cabeza para ver mejor y se repartían por la carretera que estaba bloqueada desde la mañana. A los ojos del criminalista, el conjunto resultaba bastante homogéneo, casi todos hombres, casi todos simples trabajadores, casi todos inofensivos. Había cazadores, adolescentes y tenderos de los establecimientos próximos. Grove vio algunas cámaras de vídeo doméstico mojándose bajo el aguacero y a unas cuantas mujeres sujetándose los pañuelos del pelo contra el gélido viento.

—Perdón, ¿es usted el criminalista?

La voz provenía de detrás de Grove. Se dio la vuelta y vio que se le acercaba uno de los agentes de la zona, un fornido hombretón con una empapada gabardina y el bigotudo rostro goteante de lluvia.

Flannery apareció corriendo tras él.

—¡Señor! —exclamó—. ¡Espere un momento!

—Está bien, no pasa nada —dijo Grove haciendo un gesto a la mujer del FBI al tiempo que tendía una mano al agente y sujetaba el paraguas que lo ponía a salvo de las miradas de los curiosos con la otra—. Soy el agente especial Ulysses Grove, del Departamento de Ciencias de Comportamiento, y este es el agente especial Zorn. —Grove señaló con la cabeza hacia el vaquero que se refugiaba bajo un diminuto paraguas, unos metros más atrás.

Se dieron un húmedo apretón de manos y conversaron rápidamente y en voz lo bastante baja para que nadie pudiera oírlos por encima del ruido de la lluvia.

—Soy el agente Masamore, de la policía de Portland. Lamento todo este follón. No sé qué más

vamos a poder sacar en limpio de esto. Parece que se ha desvanecido, pero tengo a todo el mundo buscándolo. Lo cogeremos.

—Estupendo —asintió Grove.

Masamore señaló el edificio.

—Seguramente querrá hablar con los forenses y...

—Agente Masamore —lo interrumpió Grove con expresión amistosa y levantando la mano para resultar lo menos amenazador posible—, deje que le aclare un punto antes de empezar...

El robusto agente arqueó una ceja mientras Flannery miraba hacia otro lado.

—... Lo que nos gustaría, si no le parece mal, es entrar en el asunto poco a poco —añadió Grove secándose una gota de humedad de la nariz.

—Está bien, pero ¿quiere decir con eso que ya está al corriente de lo que hemos hecho?

Grove mantuvo su amistosa expresión.

—Mire, nos reuniremos con usted dentro de unos minutos. Seguramente, y si no le importa, utilizaremos muchas de sus notas.

El agente Masamore se encogió de hombros y se subió el cuello de la gabardina, ligeramente irritado.

—Hagan lo que les plazca. Yo, por mi parte, voy a cobijarme de la lluvia. —Dio media vuelta y trotó por la mohosa gravilla hacia la recepción del motel.

Grove lo vio desaparecer en el interior mientras otro relámpago iluminaba el cielo. La lluvia seguía cayendo incesantemente sobre el paraguas de Grove y en ese instante notó algo en la nuca. «Alguien me está observando», se dijo. La repentina e inesperada sensación afloró en su conciencia igual que una burbuja, y él la descartó en el acto. «Son los nervios, colega, nada más —pensó—. En estos momentos hay un montón de gente observándote. Flannery te mira, Zorn te mira.» Se dio la vuelta y echó una furtiva mirada a la multitud.

Había toda una serie de rostros anónimos, muchos de ellos envejecidos tras una vida de trabajo, alcohol, tabaco y preocupaciones, que escrutaban la escena. Eran como espectadores de un suceso deportivo a cámara lenta. Grove había estudiado otras multitudes en el pasado y había escrito una tesis sobre ellas, años atrás, en la academia. También había desarrollado varias teorías. A una la llamaba «teoría de la atención radiante» y decía que para mantener a cierto número de gente observando hacía falta que algo suscitara un mínimo interés. En otras palabras, si una persona parecía interesada en algo, un centenar más permanecerá junto a ella como ovejas esperando que algo ocurra. La atención pasa de uno a otro como un fenómeno osmótico.

Otra teoría desarrollada por Grove era conocida como la «relación de respuesta al interés/frecuencia», lo cual sencillamente quería decir que una multitud necesitaba que ocurriera un mínimo de acción para estarse quieta y mantenerse unida e intacta. En el caso del motel Regal, el estímulo lo proporcionaban las idas y venidas de los técnicos forenses con sus blancos trajes que entraban y salían de las habitaciones del establecimiento arrastrando cadáveres. Como ratas de laboratorio cautivas de algún morboso experimento pavloviano, el gentío sentía cada media hora más o menos el impulso de dispersarse, un impulso incrementado por la lluvia, pero entonces aparecía un nuevo cuerpo que sacaban de otra habitación empapada de sangre, y la gente volvía a quedarse donde estaba. Las víctimas iban saliendo de una en una, a intervalos de unos cuarenta minutos, lo cual resultaba suficiente para mantener la atención de la gente a pesar del mal tiempo.

Grove cruzó una mirada con Zorn y asintió mientras se metía la mano bajo la gabardina y en el bolsillo interior de la chaqueta. Había llevado consigo unas cuantas hojas informativas que había descargado de internet e impreso en el hotel Nikko. Las cuartillas, que estaban dobladas por la mitad,

tenían en la esquina superior izquierda una foto reciente de Ackerman. Sacó una, la desdobló y contempló la imagen. Las gotas de lluvia la salpicaron. En la foto —que había sido facilitada por la hermana de Ackerman, no por la esposa de este— aparecía vestido con traje oscuro y corbata y posaba ante un fondo satinado. Sonreía, pero era la falsa sonrisa de una foto de pasaporte.

Incluso a pesar de la pérdida de detalle fruto del fotocopiado, el reflejo de muerte de los ojos de Ackerman resultaba claramente apreciable.

Zorn se abrió paso hacia Grove, moviéndose lenta pero firmemente a lo largo de la ondulante cinta amarilla. Cada cierto tiempo el tejano se detenía y miraba descuidadamente a la multitud por encima del hombro, tomando nota de los cambios, fijándose en los rostros y después volviendo su atención hacia el suelo como si estuviera investigando posibles huellas.

Grove se acercó y le entregó una de las mojadas cuartillas. El tejano la cogió, asintió pero no la miró.

—Si está aquí —dijo por lo bajo, con la mirada en el suelo—, creo que se encontrará al otro lado de la calle o espiando desde algún sitio de atrás.

—Puede, o puede que no —repuso Grove de espaldas a los curiosos—. Recuerda que todo esto no es más que un espectáculo, un espectáculo que ha montado para nosotros en exclusiva.

Zorn hizo ver que miraba algo en el suelo mientras la lluvia le goteaba del paraguas.

—Habría que contrapesar su ego con la posibilidad de ser atrapado.

—Eso forma parte de lo que estimula su fantasía, la emoción, lo que el riesgo le reporta.

—Si quieres yo me encargo de un lado y tú del otro.

—Sí, bien.

Sin más ceremonias, los dos criminalistas dieron media vuelta y tomaron direcciones opuestas. Zorn cruzó con toda naturalidad el cordón policial y se encaminó hacia el otro lado de la carretera con aire de haber olvidado algo. Grove permaneció cerca de la primera fila de mirones.

Agachándose y actuando como si estuviera inspeccionando algo incrustado en la sucia gravilla, cogió una de las cuartillas y volvió a examinar la foto de la esquina. La lluvia la había emborronado y el rostro de Ackerman aparecía distorsionado por gruesos chorretones de tinta. El enjuto rostro quedó grabado en el cerebro de Grove con el siguiente resplandor del rayo que transformó brevemente la prematura penumbra en plateada claridad. «Alguien está observándote de nuevo. Alguien entre la gente se está concentrando en ti. ¡Mira ya!»

Grove observó lentamente por debajo del paraguas y, a través de la cortina de lluvia, estudió la primera fila de curiosos. Parecía un Mount Rushmore de trabajadores: una hilera perfecta de cincelados y severos rostros caucásicos medio ocultos por los paraguas, con los ojos mirando fijamente hacia delante, hacia la fachada del motel Regal. Parecían hambrientos de más carnicería.

La mirada de Grove se deslizó por aquella hilera: tipos con chalecos de caza, adolescentes con gastadas cazadoras vaqueras, un barbudo motorista vestido de reluciente cuero negro, un viejo con un impermeable amarillo que parecía recién salido de un anuncio de pescado en conserva, una corpulenta mujer que miraba con prismáticos y, por último, en el extremo de la fila, un tipo alto con capucha que miraba en su dirección.

Que miraba directamente a Grove.

Un disparo

El hombre llevaba un chubasquero de nailon azul, ligeramente abultado en la espalda, y su rostro quedaba oscurecido por la gran capucha. Bajo la lluvia y a aquella distancia —cuatro, máximo seis metros— a Grove le resultaba imposible identificarlo con el hombre de la foto. Lo único que se distinguía dentro de la negra oscuridad de la capucha era la punta de la larga y recta nariz del hombre y el apagado vislumbre de los dientes, ya fuera de una sonrisa o de una mueca, quizá de ambas.

El sujeto no hizo movimientos bruscos. Parecía una estatua allí, de pie, soportando el aguacero al final de la hilera de curiosos y observando a Grove directamente desde las profundidades de su capucha. A pesar de que el criminalista apartó la mirada intentando dar la impresión de que no había reparado en la embozada figura, podía ver con el rabillo del ojo que no se había movido y que su mirada seguía fija en él.

La adrenalina corrió por las venas de Grove mientras permanecía agachado fingiendo interesarse en el empapado suelo. Sujetaba todavía el ridículo paraguas y la empapada cuartilla, y durante unos angustiosos segundos no consiguió poner en claro sus ideas ni se pudo mover. Sabía que no podía desenfundar su arma sin asustar a Ackerman y a todo el mundo.

Y también sabía que no podía advertir a Zorn sin alertar al asesino.

Sin perder tiempo se obligó a concentrarse intensamente, tal como había aprendido a hacer en la academia del FBI. Allí lo habían metido junto a los novatos como él en el campo de entrenamiento, que era una inmensa ciudad de cartón piedra plagada de figuras recortadas de criminales que aparecían inesperadamente, para que completaran el recorrido con sus pistolas de perdigones. Para satisfacción de su entrenador, Grove había demostrado tener un talento casi sobrenatural para acertar en las dianas. Sin embargo, en esos momentos, a años luz de la academia, rodeado por el hedor del mundo real, Grove se dio cuenta de que tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para llegar al mismo estado de concentrada disposición.

Agachado en aquel horrible barro ensangrentado, empapándose bajo la lluvia y rodeado de una algarabía de ruidos, apretó los dientes con tanta fuerza que los hizo rechinar. Notaba la implacable y casi reptilesca mirada del sujeto alto de la capucha fija en su rostro como un hierro ardiente. Notó que los músculos se le endurecían con la tensión que precede a la lucha.

«Ese hijo de puta no se ha dado cuenta de lo que está pasando —se dijo sorprendido—. No sabe que lo has identificado. ¡No se ha dado cuenta de que lo has descubierto!»

Una nueva serie de relámpagos convirtieron la escena del crimen en un plateado negativo.

Grove comprendió al instante que allí tenía su oportunidad. Si podía mantener el engaño —esa actuación digna de un Oscar de un investigador examinando el terreno— quizá consiguiera meter la mano bajo la gabardina y desenfundar su Magnum 357 sin delatarse. Si podía utilizar el factor sorpresa quizá consiguiera abalanzarse sobre Ackerman lo bastante rápida y decisivamente para evitar violencias o desgracias mayores. Naturalmente, su plan se basaba en la creencia de que a Ackerman solo le quedaban unas cuantas neuronas con vida. Por desgracia, Grove no tenía forma de calcular la magnitud de su locura. En ese instante, todo lo que tenía era un alto y desgarrado asesino, con indicios de catatonía y el rostro oculto por una capucha demasiado grande, de pie como petrificado en el extremo de su campo de visión.

Entonces se le ocurrió una idea, una idea para poder coger su arma sin alertar al asesino. Decidió lo que haría apenas en un par de segundos. Primero, metería la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacaría su libreta de notas. No habría nada raro en eso, nada que un detective no hiciera decenas de veces todos los días. Segundo, fingiría buscar el bolígrafo que no tenía, palpándose los bolsillos y frunciendo el entrecejo, representando su papel hasta el final. Y tres, acabaría metiendo la mano bajo la gabardina, quitando el cierre de la sobaquera y desenfundando al mismo tiempo que se levantaría, dejaría caer el paraguas y encañonaría a Ackerman en un único y fluido movimiento.

El objetivo de todo aquello consistía en no dar a Ackerman ninguna posibilidad de que reaccionara. En otras palabras, que no pudiera responder. La clave del éxito estaba en actuar con rapidez y decisión. Empezó a respirar profundamente. Lo mismo que en el *swing* del golf, el manejo de un arma depende por completo de la relajación y la respiración.

Ackerman seguía sin moverse.

Grove puso en marcha su plan de tres fases para coger su pistola sin quitar ojo a la multitud que lo rodeaba. Pocos de los curiosos hablaban, y si lo hacían resultaba imposible distinguir sus voces entre el ruido de la lluvia. En el otro extremo del aparcamiento, un detective llamó para que lo ayudaran, y un par de técnicos forenses acudieron corriendo con una camilla plegable.

Ackerman seguía mirando a Grove.

El criminalista sacó la pequeña libreta beige del bolsillo.

Hasta allí, todo bien. Ackerman no se había movido. Grove dejó la libreta en el suelo y fingió buscar su bolígrafo. Lo exageró todo lo que pudo, como un actor interpretando para las filas del fondo, palpándose el bolsillo del pecho; luego, el izquierdo, el trasero del pantalón y, por último, metiendo la mano bajo la gabardina. El corazón le latía con tanta fuerza que pudo notar el pulso en la axila mientras abría la sobaquera. Tenía la boca seca. El cuello le palpitaba por exceso de adrenalina. Notó el sordo chasquido de la correa de seguridad al abrirla.

Tenía la mano —una mano húmeda y tensa por los nervios— alrededor de la culata cuando oyó que un inesperado grito resonaba al otro lado de la carretera.

Fue entonces cuando todo empezó a irse al diablo.

—¡Todo el mundo al suelo! ¡FBI! ¡No te muevas, Ackerman, hijo de puta! ¡FBI!

Zorn cruzó la calle corriendo, blandiendo su automática, pero chocó contra un anciano cazador dejándolo tirado en el suelo. La multitud se agitó como un rebaño de ovejas asustadas por el griterío, y muchos de los curiosos se agacharon o se lanzaron al embarrado suelo. Moviéndose torpemente de lado, Zorn sostenía su pistola con ambas manos —la mejor postura para disparar— mientras corría hacia el sospechoso encapuchado.

El hombre alto apenas tuvo tiempo de darse la vuelta, pero lo hizo instintivamente mientras la gente se tiraba al suelo a su alrededor.

Abalanzándose hacia el sospechoso, reduciendo la distancia a doce metros, a diez, a ocho, Zorn se olvidó de los procedimientos que le habían inculcado en la academia del FBI, veinte años antes. Algo se había disparado en su cerebro unos segundos antes, cuando había alzado por casualidad la vista del boletín y, volviendo la cabeza hacia el motel, había puesto los ojos por azar en la encapuchada figura justo cuando un relámpago iluminaba el paisaje lo bastante para descubrir, la cara bajo la capucha. ¡Allí estaba el hijo de puta de la cuartilla! ¡De pie, con su arrugado rostro surcado por una cadavérica sonrisa! Y había sido aquella sonrisa, aquella mueca la que había hecho saltar a Zorn, soltar el paraguas, desenfundar el arma y correr bajo la lluvia lleno de furia. En esos

momentos se hallaba a menos de ocho metros de él y tenía la mira centrada en el negro agujero que era la capucha.

Entonces ocurrieron muchas cosas a la vez, y todas muy deprisa.

Se produjo un quejido colectivo, lo bastante fuerte para ser oído desde el otro lado de la carretera, cuando los curiosos de la primera fila parecieron agacharse a la vez igual que un ballet obedeciendo la coreografía, con sus paraguas agitándose bajo la lluvia. Algunos de los investigadores que estaban en el aparcamiento también se arrojaron al suelo, instintivamente echando mano de sus armas, mientras otros aparecían en la entrada del motel, armas en mano y dispuestos para disparar. Zorn no podía ver a Grove, pero oyó una aguda y silenciosa señal de alarma resonando en sus oídos mientras se acercaba al sospechoso. El repentino peligro se registró en sus entrañas antes de que su cerebro tuviera tiempo de transmitir las órdenes oportunas a sus piernas.

Ackerman había agarrado a la persona que tenía más cerca —la corpulenta mujer de los prismáticos— y tranquilamente le apuntaba al cuello con algo largo y puntiagudo.

Una súbita vacilación hizo que Zorn diera un traspié y resbalara en un aceitoso charco a menos de cuatro metros del sospechoso. Sus piernas salieron volando y cayó con tanta fuerza y de culo encima de un cazador medio agazapado, que se quedó sin aliento. Increíblemente, el cañón de su enorme y negra automática no se desvió ni un ápice de su trayectoria hacia el embozado rostro de Ackerman, ni siquiera cuando Zorn se quedó sentado, medio atontado por el dolor, al lado de la ondulante cinta amarilla.

En ese instante, otra arma había sido desenfundada y apuntaba al asesino.

Ulysses Grove se hallaba en posición de disparo a unos cinco metros de distancia, con el rostro tenso y goteante, la mirada fija en Ackerman y la rehén. En ese breve instante, el cerebro de Zorn rebotó miedo, arrepentimiento y vergüenza al comprender de inmediato que estaba allí, espatarrado como un idiota, como un novato, como un maldito ignorante mientras su espalda gritaba de dolor. Había forzado un enfrentamiento, había violado una docena de normas elementales del trabajo táctico y en esos momentos se enfrentaban a un problema con rehenes por su culpa. Todos esos pensamientos cruzaron por la mente de Zorn en cuestión de décimas de segundo y después se dispersaron como hojas al viento...

... porque Ackerman empezó a moverse.

Si el asesino hubiera vacilado unos segundos más, los otros agentes habrían tenido una oportunidad de ocupar sus posiciones para poder dispararle; no obstante, esa mañana había demasiados factores que jugaban en contra de los federales y la policía: la lluvia, que lo había oscurecido todo con su opaca película; los curiosos, que se habían dispersado en todas direcciones ante la amenaza de disparos haciendo imposible que la policía pudiera acertar al asesino; había demasiados cuerpos que se movían de un lado a otro, demasiados paraguas que se agitaban al viento y rodaban por el suelo de grava y hasta volaban por encima del tejado del motel.

Los relámpagos, con sus deslumbrantes fogonazos, no conseguían más que empeorar la situación al conferir a cualquier movimiento un aire sincopado y a cámara lenta. Y eso era lo que estaba ocurriendo cuando Grove apuntó con su revólver a Ackerman (que se hallaba a poco más de tres metros de distancia) y gritó con voz estentórea, como un domador de leones regañando a un felino díscolo:

—¡Suéltala, Ackerman! ¡No tienes escapatoria! ¡Déjala ir!

Frenética pero firmemente, Ackerman fue retrocediendo hacia la cinta amarilla que flameaba en el lado oeste de la propiedad, arrastrando a la mujer de los binoculares igual que un trofeo de caza,

haciendo caso omiso de sus sacudidas y gemidos, mirando repetidamente por encima del hombro como si fuera un autómatas y estuviera triangulando la distancia entre Grove, entre los demás agentes armados y el bosque que se extendía por detrás del motel. Lo que el asesino clavaba en el cuello de la mujer parecía ser un dardo o una flecha corta cuya cola se agitaba en la lluvia.

Un nuevo relámpago iluminó el paisaje, y Grove tuvo que entrecerrar los ojos para poder mantener encañonado a Ackerman. A su derecha vio que Zorn se ponía en pie y recuperaba la posición de tiro. Notó que el tiempo se le escapaba mientras los demás tiradores se agrupaban lo más rápidamente posible en la periferia entre el ruido de las armas al ser amartilladas, de pies arrastrándose y el murmullo de frenéticas voces. Sin embargo, todo aquello se concretaba demasiado despacio porque Ackerman ya se encontraba a medio camino de la franja de maleza que rodeaba el lado occidental del aparcamiento de gravilla.

—¡No lo hagas, Ackerman! ¡No lo hagas! ¡No lo hagas!

El dedo de Grove, húmedo de sudor, se curvó alrededor del gatillo, y en el lapso de un solo segundo el criminalista vio desplegarse ante sus ojos el peor de los escenarios posibles, el que revelaba la más siniestra inevitabilidad: el borde de gravilla que terminaba sin reborde ni remate alguno, fundiéndose simplemente con la maleza de la colina sumida en las sombras que proporcionaban una perfecta vía de escape hacia la densa arboleda que se alzaba tras el motel.

Antes de que Grove tuviera la más mínima oportunidad de hacer algo, varios acontecimientos se sucedieron bajo el estroboscópico fulgor de un relámpago: el asesino cometió el error de mirar por encima del hombro en dirección a los árboles el tiempo suficiente para que uno de los tiradores de los lados le disparara a la capucha. Grove se disponía a dar un tiro al aire en señal de advertencia cuando escuchó el estampido. El arma tuvo que ser de gran calibre porque el estruendo fue inmenso y rivalizó con el del trueno. Resonó por las colinas circundantes. Los árboles que el asesino tenía detrás fueron perforados en un nube de bruma, y la pistola de Grove se disparó como afectada por vibraciones simpáticas y pegó un tiro al aire envuelto en un destello plateado. Todos se echaron al mojado suelo, y el asesino lo aprovechó para lanzarse hacia los árboles tras haberle hecho algo a la mujer.

De repente, Grove se vio por tierra y apenas pudo distinguir a la mujer de los prismáticos que se desmoronaba y caía al suelo apenas a tres metros de distancia, con el cuello perforado y escupiendo una sangre negra como la tinta bajo el engañoso fulgor de la tormenta. Se convulsionó una vez y después se quedó rígida ante la muerte inminente, con las manos aferrando todavía aquellos patéticos prismáticos mientras su carótida se vaciaba en el fango. En un suspiro, Grove se arrodilló al lado de la víctima mientras una descarga cerrada de cien armas o más barría de repente el aparcamiento desde todos los ángulos.

La luz y el ruido desataron una tormenta. Grove se echó al suelo y se cubrió la cabeza. Zorn hizo lo mismo a menos de tres metros al lado de su colega. Con el rabillo del ojo, Grove vio los fogonazos, innumerables destellos amarillos brillando en la penumbra como fósforo. Los árboles entraron en erupción entre salvas y chispas de rebote. El estruendo tuvo una total inoperancia a los oídos de Grove. No se parecía en nada a los tiroteos de las películas. Aquel sonido era seco, metálico y martilleante.

Ackerman se había esfumado.

El tiroteo cesó.

—¡Necesitamos ayuda médica! ¡Por aquí! ¡Que alguien traiga un médico ya! —gritó Grove a pleno pulmón, pero casi incapaz de escucharse por lo mucho que le pitaban los oídos. Consiguió

ponerse en pie e inclinarse sobre la mujer de los prismáticos, que estaba empapada en su propia sangre y se agitaba en los charcos de lodo del aparcamiento con el rostro contraído de dolor y los ojos muy abiertos.

Grove dejó caer la pistola, presionó con la mano la herida de la mujer para detener la hemorragia y notó el latido del corazón, débil como el de un pájaro. Entonces lo supo, supo que la mujer se le iba, que estaba acabada y apenas le quedaban unos momentos. Metiendo los dedos desnudos en la ensangrentada garganta, le abrió las vías respiratorias y empezó un fútil intento de reanimación boca a boca mientras a su alrededor se producía un remolino de voces y movimiento. Terry Zorn pasó corriendo al lado de Grove y se metió en el bosque en persecución de Ackerman.

Los segundos que siguieron fueron cruciales para Grove.

Contempló el rostro ensangrentado de la corpulenta mujer y vio que sus ojos parpadeaban y su boca se movía sin que de ella saliera ningún sonido aparte de un leve gorgoteo. Entonces se le hizo un nudo en las tripas, un nudo de rabia y tristeza porque estaba contemplando los ojos moribundos de una mujer y solo veía en ellos la dureza de la vida de una madre trabajadora con demasiada sombra de ojos y rímel en las pestañas.

Entonces, alguien vestido de blanco tiró de Grove apartándolo de la mujer, y el criminalista cayó hacia atrás en la gravilla, rodó a un lado y buscó su arma. El sombrero de Zorn estaba en el suelo, a pocos centímetros, marcado por una pisada de barro; por alguna razón, la visión de aquel sombrero allí tirado desencadenó algo en Grove, que se levantó y echó a correr hacia el bosque, pistola en mano, sin apenas escuchar las frenéticas voces de los demás investigadores que lo rodeaban.

Haciendo caso omiso de los gritos de advertencia, se metió de lleno en la espesura del bosque.

Zorn mantenía la pistola apuntando al frente igual que la proa de un barco abriéndose paso a través de una tormenta mientras corría por el embarrado sendero que serpenteaba entre los heléchos y píceas oscurecidos por la lluvia. Apenas podía distinguir la confusa sombra del asesino —«intuir» habría sido la palabra adecuada— que corría a unos seis metros por delante, huyendo por las boscosas colinas con un bulto rebotándole a la espalda.

Unas voces le llegaron a través de la tormenta, pero Zorn no les prestó atención y siguió aferrando la pistola con las dos manos del modo en que le habían enseñado el primer día en el campo de tiro de la academia. Saltó por encima de un tronco caído y tropezó, pero de algún modo consiguió mantener el equilibrio. Notaba el calvo cuero cabelludo frío y cosquilleante de sudor y adrenalina. Los ojos le escocían, pero siguió avanzando por el tupido follaje, con la mirada fija en la borrosa figura del asesino que se movía ante él.

El sendero se interrumpió, y el bosque pareció cerrarse en torno a él igual que un pasillo en la oscuridad. La lluvia se derramaba entre las interminables columnas de cedros y abedules. Centelleó un relámpago, y, por un instante, los abedules y sus cortezas brillaron con cadavérica blancura.

Ackerman se le estaba escapando. Zorn vio que su silueta se difuminaba en la distancia, entre la espesa vegetación. El texano intentó acelerar el paso, pero ya no resultaba fácil. Caminaba por un terreno pedregoso que estaba resbaladizo por la lluvia y lleno de raíces y ramas muertas que entorpecían la marcha; pero aun así siguió adentrándose más y más en la desconocida oscuridad mientras las ramas lo azotaban al pasar.

«Un disparo», pensó. Eso era todo lo que necesitaba. Un disparo limpio y certero y podría acabar con aquel hijo de puta y ahorrar a los contribuyentes el costo de muchas más horas de investigación, de más demandas y recursos. Y siguió pensando aquello avanzando, cuidando de no

resbalar con las mohosas raíces y las rocas de granito. En el bolsillo de la gabardina tenía dos cargadores de recambio con nueve balas cada uno, lo cual, incluyendo el de la automática, hacía un total de veintisiete balas: potencia de fuego más que suficiente para poder terminar el trabajo. Intentaría acertar un disparo en la cabeza. Si tenía éxito enmendaría su error de antes. Tom Geisel estaría orgulloso. También su padre, en Tennessee. Incluso Grove tendría que admitir que Terry Zorn era alguien con quien era necesario contar.

Siguió pensando todo aquello durante un rato. Había recorrido ya casi un kilómetro y medio cuando empezó a aminorar la marcha. Caminó un poco más y se detuvo. Estaba solo.

La idea lo golpeó como un puñetazo en el estómago. Se hallaba en un pequeño claro, rodeado por una cúpula de ramas de píceas y un sotobosque tan tupido que parecía que la vegetación formara una masa compacta. El corazón empezó a latirle alocadamente. Estaba empapado en sudor, notaba la chaqueta adherida a la espalda, y sus pies parecían nadar dentro de sus botas de vaquero. Ya no oía a Grove ni tampoco a los demás detectives y agentes. Los únicos sonidos que le llegaban eran los del lejano trueno y de la lluvia incesante que golpeaba el suelo de hojas.

Se secó el sudor de la calva y de las pestañas; luego, mirando por encima del hombro contempló la hondonada del río de la que acababa de salir y comprendió que había ascendido una suave pendiente hasta alcanzar un boscoso risco que dominaba el río Columbia. La grisácea corriente era visible a través de los claros entre los zumaques. Zorn bajó la vista hasta su pistola y comprobó la recámara, asegurándose de que estuviera lista.

Empezó a subir por una pendiente rocosa, pero sus botas resbalaron; estuvo a punto de caer hacia atrás, y tuvo que agarrarse a unas ramas para evitar caer y una muerte indigna por golpearse en la cabeza. Al final consiguió llegar al pelado llano que miraba al río.

Allí, la lluvia caía con fuerza. Zorn se subió el cuello de la gabardina y tuvo que entrecerrar los ojos para poder contemplar el desolado claro. Tenía las dimensiones de una pista de squash; el suelo estaba formado por piedras, cascajo de granito y hojas muertas medio petrificadas. En algunos lugares, las piedras surgían del terreno como pequeñas lápidas, relucientes por la lluvia. Los árboles y el follaje circundantes formaban una barrera natural tras el que bailaban las sombras empujadas por el viento.

En algún lugar, cerca, se quebró una ramita.

El pánico se apoderó de Zorn, que se agachó bruscamente, sujetando instintivamente su automática con ambas manos mientras todos los músculos del cuerpo se le tensaban. El vello de los brazos se le puso de punta, y notó un hormigueo en el cuero cabelludo. Se había acordado de algo justo cuando había oído la ramita que se rompía, y la revelación resultó ser como una carga de plomo que cayera de repente en sus hombros, dejándolo sin aliento, anulando su coraje y encogiéndole el corazón.

Era algo que tendría que haber recordado de todo lo relacionado con Ackerman, algo incidental que en esos momentos lo llamaba desde la memoria con la voz de la maldición: el largo bulto que, bajo el chubasquero, rebotaba en la espalda de Ackerman.

¡Ackerman llevaba un arco y flechas!

La oscuridad sin fondo

Lejos, por delante de él, Ulysses Grove oyó dos ruidos en rápida sucesión. El primero fue un grito ahogado, tan distorsionado por el ruido de la tormenta y por la angustia que expresaba que le resultó difícil identificar si pertenecía a un hombre o a una mujer. El ahogado gemido fue seguido al instante por el estampido de una pistola de gran calibre, una explosión que se elevó en el aire y resonó como el eco moribundo de un trueno.

Ambos sonidos descargaron torrentes de adrenalina en las venas de Grove mientras avanzaba entre una tupida maraña de matorrales, haciendo que su paso se avivara de inmediato mientras iba apartando la vegetación con el largo cañón de su Magnum 357. Los bosques de la costa noroeste del Pacífico eran casi selvas vírgenes y aquel no era ninguna excepción. El suelo consistía en una gruesa alfombra formada por resinosos heléchos y musgo, y a Grove le parecía como si estuviera intentando correr con patines de hielo.

Los demás agentes se encontraban en algún lugar tras Grove, gritándole a través de la lluvia y ordenándole que volviera. No obstante, Grove hizo caso omiso de sus ahogadas advertencias y siguió abriéndose paso entre el follaje a medida que ascendía por la pendiente, resbalando con las reblandecidas hojas muertas y con la pistola haciéndole perder el equilibrio. A unos veinte metros de distancia le pareció ver un claro que terminaba en un despeñadero, y avanzó con redoblado esfuerzo.

Los sonidos habían provenido de algún lugar por allí, y Grove fue hacia ellos. Estaba calado hasta los huesos y la ropa parecía pesarle una tonelada; sin embargo, hizo caso omiso de esas molestias y corrió hacia el lugar del disparo. Unos segundos más tarde llegaba al borde del claro. Era un extensión de rocas y hojas en descomposición, relucientes por la lluvia.

Entró en el pedregoso claro.

—¡Nooo!

El sonido traspasó la lluvia, y Grove se volvió velozmente hacia la izquierda, apuntando con la pistola, con el cañón temblándole igual que a un novato. Entonces vio a Zorn arrodillado en el barro, a unos veinte metros de distancia.

El relámpago volvió a centellear.

El primer impulso de Grove fue abalanzarse hacia su colega, pero algo lo detuvo, algo más profundo que el instinto, algo que surgía de lo más primitivo de su cerebro ordenándole: «¡Agáchate! ¡Agáchate! ¡Agáchate!».

Grove se tiró al suelo y aterrizó sobre el vientre en una postura militar evasiva que su memoria había desenterrado de entre los recuerdos de su entrenamiento básico en la academia. Mantuvo los brazos extendidos, con la pistola al frente, apoyada en el suelo y lista; pero los brazos le dolían. ¿Qué demonios les pasaba? ¿Por qué le dolían de repente?

«¡Es una trampa, una trampa! ¡Haz algo! ¡Haz algo ya!»

Sonó otro grito ahogado —esa vez más parecido a un gruñido o quizá a un intento de hablar—, y Grove comprendió que su compañero estaba muriendo, quizá desangrándose hasta morir, quizá en estado de shock. Resultaba difícil distinguir los detalles a través de la lluvia. Terry Zorn yacía boca arriba, con el brazo levantado en un extraño ángulo y enredado con las ramas del borde del claro. Su pecho subía y bajaba, y su cuello estaba oscuro y reluciente, como si alguien lo hubiera bañado con

pintura negra.

Grove se arrastró por el húmedo y mohoso suelo hacia Zorn.

El trueno vibró en el aire. A Grove los oídos le pitaban sin cesar mientras intentaba recordar las normas de las fuerzas de seguridad israelíes que había aprendido en el FBI. Había que blandir la pistola como si se estuviera apuntando al objetivo con el dedo y concentrarse en la mira de atrás, no en la de delante. ¿O era al revés? La mente de Grove temblaba de miedo.

Llegó al lado de Zorn, lo bastante cerca para escuchar los gorgoteantes sonidos.

—Lo... sss... ooo...

Zorn se retorció. Su rostro se contorsionaba mientras algo parecido a palabras intentaba salir de su lesionada garganta. Se estaba ahogando en su propia sangre. Tenía el cuello perforado de punta a punta, y una rota flecha de caza le sobresalía de la nuca.

—No pasa nada, Terry. No pasa nada. Ya estoy aquí. Tranquilo, te sacaremos de esta. ¡Mierda!

Grove se incorporó hasta quedar en cuclillas, dejó la pistola en el suelo e intentó acunar la cabeza de Zorn. La sangre goteó formando ríos de vida que escapaban de su cuerpo, empapando el ya mojado terreno. Con manos temblorosas, Grove intentó taponar la herida de la yugular. Los ojos de Zorn parpadeaban bajo la lluvia.

—Lo... sss... ooo...

De repente, Grove comprendió que Terry Zorn estaba intentando decir «lo siento».

—No te preocupes, hombre, te vas a poner bien, te vamos a sacar de aquí y todo irá bien.

Grove miró por encima del hombro y se preguntó qué demonios pasaba con los demás agentes. ¿Acaso se habían perdido? Su voz perforó la tormenta:

—¡Agente herido! —gritó—. ¡Maldita sea, agente herido! ¡Que alguien traiga un médico ya!

Con sus labios ensangrentados y temblorosos y ladeando la cabeza, Zorn intentó decir algo más. Grove se inclinó sobre él.

—Lo... siento... —murmuró el texano con un hilo de voz y, a continuación, dejó escapar un entrecortado suspiro.

—¡Terry!

Zorn se deshinchó como un balón en los brazos de Grove hasta quedar exánime, y este le sacudió el brazo.

—¡Terry!

Zorn era una estatua.

Grove se quedó mirando largo rato los ojos sin vida de su compañero. Las emociones fueron más fuertes que él y, de repente, hizo algo que los analistas de campo más adelante considerarían una tontería propia de un aficionado: abrazó a su amigo.

El abrazo no duró mucho. La lluvia y la sangre empapaban a los dos hombres, y el instinto de lucha de Grove pugnaba por salir; sin embargo, durante los instantes que se mantuvo, Grove sintió un tremendo afecto y una gran tristeza por el texano. Zorn había sido durante años un amistoso rival, un colega a la sombra de Grove. Pero en ese momento, en aquel terrible instante de lucidez, con el cuerpo todavía caliente entre sus brazos, Grove sintió en sus huesos toda la fracasada trayectoria vital de Terry Zorn, toda su tristeza, la del padre que nunca sería complacido, la de las aspiraciones que nunca serían satisfechas. Los ojos de Grove se llenaron de lágrimas y se le hizo un nudo en el estómago.

Sostuvo a su difunto amigo un rato más hasta que escuchó un ruido que salía de algún lugar cercano, un sonido que desafiaba cualquier fácil clasificación, que penetró en su cerebro e hizo vibrar las cuerdas de su sistema nervioso central igual que un diapasón al ser golpeado.

Las emociones humanas son un asunto complicado. Una emoción puede presentarse con la apariencia de otra. Los sentimientos pueden proyectarse de modo inadecuado. En aquel risco azotado por la lluvia, Grove se dio de bruces contra una dolorosa confluencia: la de los años transcurridos reprimiendo la amargura por la pérdida de Hannah; los meses y meses perdiendo el control de su salud, de su vida y de sus dotes como criminalista; el interminable y doloroso entregarse a su trabajo y aquel inexplicable núcleo de percepciones y conocimientos sobrenaturales... Todo aquello cristalizó bruscamente y se presentó en forma de fría y metálica ira, una ira alimentada por el extraño ruido que provenía de las sombras que había justo a su derecha.

Dejó lentamente a Zorn en el barro y, muy despacio, se agachó hasta adoptar la posición de trinchera, estirado boca abajo, con los brazos extendidos y el cuello hacia atrás. Cogió su pistola y notó el Magnum 357 frío y aceitoso en la palma de la mano. «¡Por amor de Dios! ¿Dónde están los demás agentes?» Las manos le habían dejado de temblar, sus lágrimas habían cesado. La ira lo fortalecía, lo tranquilizaba. Empezó a arrastrarse hacia el ruido mientras su cerebro, listo para el combate, intentaba identificarlo.

Surgía de lo profundo del bosque a lo largo del lado norte del claro. Grove se arrastró con los codos hacia el muro de follaje, listo para disparar en cualquier momento. El sonido resultaba difícil de localizar. Se parecía más a una vibración, a un grave zumbido de veinte ciclos, como el aire que es expulsado intermitentemente por el tubo de un órgano. Sin embargo, cuanto más se acercaba Grove a los árboles, más le parecía una respiración jadeante. Quizá Zorn hubiera herido al asesino. Quizá formara parte de la trampa. A Grove ya no le importaba.

Llegó al linde del bosque y se incorporó permaneciendo agachado, reaccionando ante el más mínimo sonido y sujetando la pistola con las dos manos. El ruido cesó, y Grove se asomó por entre las columnas de árboles y los matorrales, esperando en cualquier momento el impacto de una flecha. Gritó a través de la lluvia, y su voz le sonó extraña, como si perteneciera a otra persona.

—¡Ackerman!

Dentro del bosque, la oscuridad era como la noche de un mundo de troncos caídos y tupida maleza, un mundo tan denso que absorbía lo que quedaba de la grisácea luz diurna. Grove lo contempló por encima del cañón del Magnum, con el punto de mira de la punta borroso y nítido el primero, los brazos firmes como el mármol. A su derecha, algo brilló con una apagada y etérea claridad. Grove parpadeó para apartar la lluvia de sus ojos.

Al final identificó lo que estaba mirando: un empinado afloramiento de roca que se hallaba tras los árboles, una circunvolución natural de granito surgida seguramente en los albores de los tiempos, cuando el río Columbia era todavía joven y el Hombre de Hielo caminaba todavía por las heladas laderas de los Cairns. La cara desgastada por los elementos aparecía oscurecida por el bosque y la bruma, pero enmarcaba claramente una sombra más profunda en su centro, a nivel del suelo. Una abertura.

¡Una cueva!

Grove se preparó. El sonido surgía del negro agujero. Era como un ronquido gorgoteante, un gutural jadeo que despertaba ecos en la oscuridad. Manteniéndose agachado y sosteniendo la pistola con ambas manos, se pasó la lengua por los labios y se adelantó hacia la cueva.

El sonido se hizo más fuerte a medida que se acercaba.

Grove tuvo que recordarse que sostenía un revólver de gran calibre y doble acción cargado con munición de punta hueca y que dos cargadores de repuesto le presionaban los riñones. Incluso aunque le acertaran en la carótida con una flecha, seguramente tendría tiempo de efectuar algunos disparos y

volatilizar la cara de aquel hijo de puta. La furia corría por sus venas, electrizándolo. La boca de la cueva era un óvalo irregular de unos dos metros, justo lo bastante alto para que pudiera pasar un hombre. El ruido seguía sonando.

Por un momento, cuando se detuvo ante la entrada de la cueva con el corazón latiéndole alocadamente y la lluvia corriéndole por la cara, Grove sopesó la idea de esperar a que llegaran los refuerzos. Pero descartó la idea al instante. ¿Y si la cueva tenía otra salida? Grove respiró hondo y se adentró en la oscuridad.

La humedad se filtraba por todas partes a su alrededor y lo engulló con su mohosa sensación de frío. El profundo y sepulcral ronquido se elevó en torno a él como el sonido de un fuelle gigante. Grove se agachó y se movió despacio y de lado a través de la negrura con la pistola dispuesta.

Un rayo centelleó en el exterior, solo un momento, el suficiente para iluminar las profundidades de la cueva. Era profunda, increíblemente profunda, tanto que su final parecía hundirse en un pozo sin fondo. De unos tres metros de ancho, con estalactitas colgando del techo y las paredes relucientes de humedad, era de roca viva; en el suelo se veían los restos oxidados y casi petrificados de unos viejos raíles.

Grove recordó vagamente haber oído hablar de aquellas minas excavadas en las laderas de la costa noroeste del Pacífico. No recordaba si tenían otras salidas. Lo cierto era que en esos momentos no recordaba gran cosa, solo el jirón de una pesadilla que seguía vivo en su recuerdo. «Unas virutas de cobre, un puñado de hierba, la pata de un lagarto, un tubo hecho de corteza enroscada de abedul, una daga de pedernal.»

Fue entrando poco a poco en la cueva. Los ojos le lagrimeaban. Un hedor a putrefacción amoniacal y a algo más, algo que de tan rancio era casi dulce, impregnaba el aire. Grove olisqueó. Se disponía a secarse las lágrimas de los ojos cuando percibió un movimiento con el rabillo del ojo.

Se volvió de golpe.

Una sombra cruzó fugazmente la cueva tras él. De inmediato quedó registrada en su cerebro como algo muy grande, enorme, y seguramente no humana, a juzgar por el modo en que se había desplazado. Grove levantó la pistola con el dedo en el gatillo y la carne de gallina. Se agachó y escuchó el grave sonido que surgía ante él como un motor.

Otro relámpago iluminó nuevamente el interior de la cueva durante una fracción de segundo.

Un enorme oso bloqueaba la boca de la caverna. Sus terribles colmillos brillaban de baba, y los ojos se le salían de las órbitas. Aquel era el gutural sonido, el grave y largo resoplido de un órgano.

Grove se quedó paralizado de terror en la estroboscópica claridad, con el dedo petrificado en el gatillo, mientras el gigantesco oso negro soltaba un horrisono gruñido y se alzaba sobre sus patas traseras.

Luego, se lanzó al ataque.

El Magnum 357 escupió fuego, dos plateados fogonazos en la oscuridad que le arrancaron al oso en pleno salto fragmentos de la oreja mientras Grove tropezaba hacia atrás. Aterrizó sobre el trasero, y el golpe le vació los pulmones de aire y le arrancó el revólver de las manos.

La enorme masa de pelo y dientes cayó sobre él, haciéndole jadear. Para Grove fue como si le hubieran dejado caer en el pecho un automóvil pequeño.

Las mandíbulas del animal, llenas de babeantes colmillos, arremetieron contra el rostro del criminalista, y este, obedeciendo al puro instinto hizo acopio de todas sus fuerzas en un desesperado intento de bloquear con las manos el negro morro de la bestia.

Grove luchó por su vida en la oscuridad. Era como intentar contener una enorme sierra

mecánica que se agitaba. Los mellados colmillos de la criatura traspasaron las manos de Grove. Su peso le inmovilizó las piernas y las zarpas traseras le desgarraron los empapados pantalones y la carne de los muslos. Un lúgubre bramido surgió de la garganta del herido y furioso animal.

El rayo volvió a alumbrar.

Bajo la plateada luz del destello, Grove y el oso se encontraron cara a cara cuando un ruido siseante restalló tras la bestia haciendo que echara la cabeza hacia atrás.

Durante una fracción de segundo, antes de que el fogonazo se extinguiera, Grove vio que la metálica punta de una flecha de caza sobresalía del ojo derecho del oso. El animal quedó inerte, exhaló una fétida bocanada de aliento y se desplomó como un peso muerto sobre el pecho de Grove.

Un repentino dolor traspasó al criminalista, que por unos momentos no pudo respirar. Tenía las manos entumecidas a causa de las muchas heridas; y, en la pierna izquierda, un profundo corte producido por un zarpazo.

Consiguió arrastrarse hasta zafarse del peso del animal y rodó sobre la mohosa roca mientras luchaba por recobrar el aliento. Dio contra la pared y aspiró profundamente mientras cruzaban por su mente todo tipo de pensamientos presa del pánico. «¡La pistola, idiota! ¡La pistola! ¡Coge la pistola!»

Fue entonces cuando escuchó un nuevo sonido: una lenta y entrecortada respiración. Y comprendió al instante que no provenía de ninguna fiera del bosque.

Correspondía a un hombre.

Al hombre que en esos momentos oscurecía la entrada de la cueva, perfilado por el resplandor de los relámpagos.

Dios cruel

Grove intentó moverse. Notaba el cuerpo inerte, como cubierto de frío cemento por la repentina pérdida de sangre y los traumatismos, y cualquier movimiento le resultaba doloroso.

La oscura figura se dirigió hacia un objeto metálico que relucía en el suelo de piedra, a unos tres metros de distancia: el Magnum 357.

—¡Ackerman! ¡Ackerman!

La sombra siguió avanzando lenta pero inexorablemente hacia el arma.

Estaba todo demasiado oscuro para poder ver claramente al hombre, pero resultaba evidente que se movía de modo extraño. Rígida, convulsivamente, como si una corriente eléctrica le activara la musculatura. El grave e hiperventilado sonido que surgía de sus labios se había convertido en otra cosa, en un cántico, en una letanía expresada en un lenguaje desconocido.

—¡Ackerman, escúchame! ¡Escúchame un segundo! Concéntrate y escucha, escucha.

Grove intentó retroceder hacia las profundidades de la cueva, intentó ganar un poco de tiempo, pero su cuerpo, resbaladizo por la sangre, estaba tan rígido como un bloque de hielo. Tenía las manos empapadas de sangre, notaba el pulso en las venas del cuello y empezaba a ver borroso. Un shock hipovolémico podía provocar rápidamente parálisis, desorientación e incluso alucinaciones.

La figura se hallaba a menos de tres metros de distancia, arrodillándose al lado de la pistola, a escasos centímetros del enorme cuerpo del oso muerto. A tan escasa distancia, Grove pudo distinguir el carcaj que el hombre llevaba colgando a la espalda, encima del chubasquero, junto con el arco, y también el encapuchado rostro que era un paisaje de arrugas y dientes. La cabeza del hombre se estremeció convulsivamente mientras unas crípticas palabras salían de su boca, rápidamente y en voz baja, resonando en la oscuridad.

—¡Aaahhh-baal-sssahhh-geee-utu-utu-sssuh-hoolnam-mmin-sssahhh!

Grove intentó decir algo más, pero las palabras se le atragantaron cuando vio que Ackerman cogía la pistola. Los pensamientos se agolparon en la mente del criminalista.

«No voy a apartar la vista. No, no voy a acobardarme ante este hijo de puta. Puede matarme aquí mismo si quiere, pero no pienso mirar a otro lado.»

Ackerman se incorporó sobre sus convulsas piernas, levantó la pistola y apuntó a Grove.

El relámpago centelleó de nuevo, y Ackerman echó atrás la cabeza en ademán victorioso, agitándola de un lado a otro. A Grove le recordó un perro salvaje alimentándose frenéticamente. La cueva se iluminó justo cuando a Ackerman se le caía la capucha, y durante un instante el rostro del asesino se hizo visible: un ajado pellejo surcado de arrugas donde unos ojos brillaban como ascuas de cristal.

Grove se atragantó con su propia sangre mientras gritaba y lloraba a la vez:

—¡Vamos, adelante! ¡Hazlo ya! ¡Hazlo y acabemos de una vez!

Pero algo inesperado ocurrió entonces: en la fracción de segundo del destello, Grove vio cómo el rostro del hombre se transformaba espontáneamente. La piel le quedó flaccida como un globo deshinchado, y el fuego de su mirada se extinguió. El salvaje rictus de la boca se convirtió en una mueca de horror.

—¡Oh, D... Dios, no! —balbuceó el asesino de repente en un desesperado intento de

comunicarse con Grove.

—¿Qué? ¡Háblame, Ackerman! ¿Qué demonios quieres?

El arma osciló, y la alta figura se estremeció, como si una fuerza interior luchara por hacerse con el control del cuerpo. Grove percibió al instante los indicios de la presencia de fuerzas opuestas actuando en su cerebro, los clásicos movimientos disociativos de un trastorno múltiple de personalidad; pero algo más profundo, algo mucho más importante acechaba bajo aquella realidad como un enorme, oscuro y sumergido Leviatán.

—No... se... lo... permitas —balbuceó el asesino mientras una lágrima le rodaba por la mejilla igual que un diamante, con la pistola apuntando al suelo y los ojos fuertemente cerrados en gesto de agonía.

—¿Que no le permita qué? ¿Que no le permita hacer qué? —preguntó Grove lleno de rabia y dolor, con las piernas convertidas en dos pesos muertos pegados a la roca. La oscuridad regresó, más profunda. Una oscuridad absoluta. Grove jadeó en busca de aire e intentó ver a su agresor.

Una voz cascada sonó en la negrura.

—No... dejes que te mate... Tú eres quien él quiere... Eres tú... Siempre has sido tú.

Los agentes —los dos del SWAT de Portland que habían llegado minutos antes y el policía de Olympia— llegaron al linde del claro justo cuando otra serie de relámpagos iluminaba el lugar. Simms, el más veterano de los SWAT, sosteniendo el rifle de asalto en sus enguantadas manos y entrecerrando los ojos para ver mejor a través de la lluvia, se hizo cargo del flanco derecho. Su compañero, Karis, cargando con su chaleco de Kevlar y con el resto del equipo empapado, se encargó del izquierdo mientras indicaba a Boeski con un rápido gesto de la mano que se mantuviera detrás y los cubriera. Entonces, Simms y Karis, como dos acorazados bailarines saltaron el borde de piedra y se agacharon en el claro azotado por la lluvia. Simms vio de inmediato al agente del FBI caído —el que se llamaba Zorn— y se lo indicó a Karis. Este, el menos experimentado de los dos, rechinó los dientes de rabia y dio una patada en el suelo, furioso por haber perdido la pista de los agentes del FBI en el bosque con tanta facilidad por culpa de la tormenta a pesar de ser tantos agentes. Sin embargo, aquellos pensamientos no le duraron mucho, porque se hallaba en una zona de máxima alerta y los gestos de la mano de Simms, que estaba a unos veinte metros, en el despeñadero batido por el viento, le decían todo lo que necesitaba saber. Simms había hecho un rápido examen del cuerpo de Zorn y comprobado que había muerto. Sin embargo, el otro agente del FBI —Grove— y el sospechoso seguían sin aparecer y estaban armados. Además, a juzgar por los frenéticos gestos de Simms señalando los árboles vecinos, los dos seguían siendo un peligro potencial.

Todo aquello ocurrió en cuestión de unos segundos, antes de que un penetrante sonido surgiera más allá de la hilera de píceas y matorrales haciendo que los dos SWAT se arrojasen al embarrado suelo, con las espaldas encorvadas igual que animales asustados y las armas en la posición de tiro que les había sido inculcada en su memoria muscular a lo largo de meses de entrenamiento. Pero ninguno de los dos se movió porque el sonido, el trompetazo que resonó a través de la lluvia, era prácticamente desconocido para cualquier oído humano y por lo tanto carecía de precedentes en los manuales del SWAT y en sus campos de ejercicio.

El nuevo Richard rugió en la oscuridad de la cueva. Por fin se había impuesto a los últimos vestigios del viejo Richard y los había escupido como un desechado parásito. Su grito de victoria había brotado en la cueva igual que un coro de voces demoníacas mientras levantaba la pistola y apuntaba al hombre negro que yacía en el suelo.

El primer disparo sonó glorioso, iluminando las paredes de piedra con su fuego amarillo.

La punta hueca alcanzó a Grove en la cadera, arrancándole un fragmento de músculo de dos centímetros y medio de diámetro, atravesándole limpiamente una nalga e incrustándose en la mohosa roca de la pared, tras él.

Grove dejó escapar un involuntario jadeo y cayó de lado entre una nube de cordita y polvo, boca abajo y contra un rincón. La descarga había tenido justo el efecto incapacitante que el nuevo Richard había calculado, un preámbulo del ritual que había aprendido en sus sueños.

—¡Acaba de una vez! —gimió Grove en el suelo, con el rostro contra la fría piedra y su torturado aliento levantando nubéculas de polvo en la oscuridad.

El asesino arrojó la pistola al suelo, y el arma hizo un ruido metálico contra las rocas. Luego, con un rápido movimiento de su brazo derecho sacó una flecha del carcaj y la sostuvo, apuntando con la punta hacia arriba, como si fuera un pararrayos.

—¡Laaahhh-nahhh-hammaahhh-nam-siligakkkaaahhh-asssu-maaahhh! —cantó el nuevo Richard en un disonante batiburrillo de palabras y frases secretas que le habían sido enseñadas en sueños, y su voz se elevó y onduló como un cantante enloquecido llevando sus cuerdas vocales al límite de la ruptura.

Grove, en el suelo, en la oscuridad, se desangraba con el rostro en el polvo. Sabía lo que iba a llegar a continuación. Lo sabía. Y ese conocimiento se materializaba en su cerebro igual que una imagen fotográfica apareciendo en la cubeta del revelador. Pensó en Hannah, y, durante un breve instante, pensó en Maura County y en lo que podría haber sido. Luego, cerró los ojos porque una mano como un tornillo mecánico le rodeaba el brazo derecho. La presión era enorme, como si lo hubiera atrapado un cepo. A continuación, notó un limpio tirón, y su brazo derecho quedó colocado en posición.

Lo siguiente que notó fue la helada punta de una flecha de caza en la nuca.

Karis fue el primero en ver la boca de granito de la cueva, una gris y arenosa fachada en medio de una jungla de vegetación, ensombrecida por la cortina de lluvia y los heléchos. Agachado tras una píceca y enjugándose las gotas de lluvia de la cara, después de haber comprendido tras un momento de vacilación que el sonido había salido de allí, llamó con un chasquido de la lengua a Simms, que, agachado, se abría paso entre la vegetación. Los dos SWAT hablaron con rápidos gestos. Luego, Karis se dirigió hacia la cueva. Simms lo siguió, pisándole los talones listo para vaciar el cargador de treinta proyectiles de su Ingram. Los dos oficiales, obedeciendo lo aprendido en su entrenamiento, se apretujaron a ambos lados de la entrada de la cueva. Más lenguaje corporal, más respiraciones, más músculos dispuestos, los húmedos dedos más tensos en los gatillos. Todavía les faltaba mucha información, muchas preguntas seguían sin respuesta en sus mentes: ¿en qué tipo de cueva iban a entrar? Y lo más importante: ¿era una de esas minas de zinc abandonadas sobre las que Karis había leído y cuyos túneles se prolongaban interminablemente hasta desembocar en el otro lado del promontorio?

Grove abrió los ojos en la oscuridad. «¿Sigo vivo? ¿Sigo con vida?» La parálisis se había apoderado de todo el lado izquierdo de su cuerpo, que había sido colocado en la delatora postura de las víctimas de Sun City, una broma cruel hecha por un dios cruel. Su visión era borrosa, pero tampoco le servía de gran cosa en la oscuridad de la cueva. Aun así, percibió que algo ocurría tras él, que algo ocurría con Ackerman. El sonido de la entrecortada respiración resonaba débilmente, apenas audible, en los oídos del criminalista, y una sombra aún más oscura se agitaba en el extremo

de su campo de visión.

Intentó doblar el cuello, intentó ver qué sucedía. Se sentía como si lo hubieran clavado a la cubierta de un barco que se hundiera, como si el peso del dolor y la sangre derramada lo arrastraran a las más negras profundidades. Un ruido de pies arrastrándose sonó tras él. Ackerman jadeaba.

¿Jadeaba?

Grove hizo un último y supremo esfuerzo para ladear la cabeza y ver al asesino. Un dolor desgarrador le recorrió la espalda mientras miraba, y el dolor le arrancó un grito de agonía. Por fin consiguió atisbar la oscura silueta que se alzaba sobre él, sujetando el arco y las flechas.

Ackerman se había quedado inmóvil, pendiente de asestar el golpe definitivo, con la punta de la flecha a escasos centímetros de la nuca de Grove.

Una serie de temblores sacudieron a Ackerman, enderezándolo como si de repente se hubiera tragado una barra de hierro. Hizo una mueca y se estremeció. Sus facciones se contorsionaron. Un ojo empezó a parpadear espasmódicamente, y apretó las mandíbulas como si le estuvieran aplicando corriente de alto voltaje. Grove, delirando de dolor, se preguntó si la cabeza de Ackerman se pondría a dar vueltas.

Fue el penúltimo pensamiento que cruzó por la mente del criminalista antes de que un negro velo cayera sobre él.

Ackerman empezó a jadear en busca de aire mientras la punta de la flecha oscilaba a escasa distancia del cuello de Grove. Los jadeos se entremezclaron con un gemido, un sonido casi musical que le surgió del pecho mientras se inclinaba hacia atrás. De repente, Ackerman se llevó una mano al pecho, una mano grande y nudosa que le aferró en un acto puramente reflejo.

En el frío suelo de piedra, en la oscuridad, el último pensamiento consciente de Grove antes de perder definitivamente el sentido fue de alivio, casi de decepción: acababa de acordarse de algo que le había dicho Helen Ackerman. Entonces comprendió lo que estaba ocurriendo, y la idea llegó acompañada de una inquietante ola de temor por el hecho de que el curso de los acontecimientos pudiera quedar determinado por algo tan poco místico como la simple coincidencia y los caprichos del sistema circulatorio humano.

Aquel hijo de puta estaba sufriendo un ataque al corazón.

Grove se hallaba inconsciente cuando Karis y Simms entraron en la oscuridad de la cueva. Un par de haces halógenos perforaron las sombras y cayeron sobre el criminalista que yacía en medio de un charco de sangre, derrumbado contra la húmeda pared de roca, a unos diez metros de la entrada. En la pared de enfrente vieron un gran montón de huesos y negra piel de lo que había sido un oso. Entretanto, el nuevo Richard se había refugiado en las sombrías profundidades de la cueva, arrastrando tras él su inerte pierna izquierda como un tronco podrido.

Los SWAT no corrieron de inmediato hacia Grove. Ni siquiera se molestaron en efectuar una comprobación visual de los signos vitales del criminalista. El protocolo establecía que primero había que asegurar la zona, lo cual no resultaba fácil en aquel reducido espacio y sin ninguna luz. ¿Estaba muerto el oso? Eso parecía. Tras intercambiar unos gestos, los hombres se adentraron cada uno por un lado de la cueva con las armas levantadas y los dedos en los gatillos mientras los delgados haces de luz de sus linternas barrían las profundidades del túnel. Luego, se detuvieron, escucharon y no oyeron ninguna señal del ser que acababa de sufrir un ataque al corazón y que se arrastraba por los laberínticos túneles de la mina.

En esos momentos, Ackerman había llegado a la zona más estrecha, a unos cincuenta metros de distancia, con unos andares monstruosos que, de haberlos presenciado Michael Okuda, le habrían

recordado el personaje de la momia interpretado por Boris Karloff. Tras prolongar la búsqueda en la oscuridad, el comandante Simms se convenció de que la lucha —y fuera lo que fuese lo que había originado el espantoso aullido— había terminado. Con una orden de su mano, los dos SWAT se acercaron al criminalista. No tardaron en descubrir que Grove seguía aferrándose a la vida. Ni Simms ni Karis tenían grandes conocimientos médicos, pero sí los suficientes de primeros auxilios para saber que Grove había perdido mucha sangre, que se hallaba en estado de shock y muy débil. También sabían que los siguientes minutos podían ser críticos si deseaban salvar la vida del agente del FBI, de manera que improvisaron una camilla con sus chalecos, lo colocaron en ella con la mayor delicadeza y lo sacaron de la cueva dejando un rastro de sangre en la roca mientras hacían llamadas de emergencia por los micrófonos de sus radios para que acudieran en su auxilio los idiotas que seguían buscando al otro lado de la colina.

Cuando Simms y Karis salieron al exterior, el bosque bullía de agentes SWAT que registraban el terreno en busca de un fantasma. Dos policías de Olympia acudieron corriendo para ayudarlos con el «paquete» mientras Simms llamaba a un helicóptero de evacuación y Karis aplicaba vendajes y torniquetes en las heridas de Grove.

El criminalista permaneció inconsciente todo el rato mientras su mente organizaba su secreto tumulto, y ni el ruido y el ajetreo de cuatro rescatadores carentes de experiencia pudo penetrar la tormenta de su cerebro.

Un agujero en el paisaje

—¡No!

Grove se despertó en un paroxismo de sudor y músculos doloridos. Su cabeza se apartó bruscamente de la almohada, y sus brazos se tensaron contra las barras de seguridad de la cama haciendo crujir el armazón. Tenía las manos fuertemente vendadas, y llevaba un detector diastólico pinzado en el dedo índice derecho.

Dejó caer la cabeza en la cama y se quedó tendido allí un rato, sin aliento, como si acabara de correr una carrera. Le crujía todo el cuerpo, igual que si lo tuviera envuelto en celofán, y notaba como si le hubieran amputado una parte de él. Se tragó su miedo, y se pasó la lengua por los resechos labios. Contempló la penumbra a su alrededor y se dio cuenta de que se encontraba en una especie de cueva subterránea o de catacumba y que la cama estaba situada contra el muro de piedra de algún túnel olvidado que se extendía a derecha e izquierda hasta perderse de vista.

¿Qué clase de hospital era ese? Cualquiera habría esperado encontrar luz eléctrica o algunas sillas, pero aquel sitio no parecía tener ni cañerías. Grove tragó saliva y respiró profundamente varias veces en un intento de aplacar el miedo que le encogía el corazón. Observó el túnel y comprendió exactamente qué era lo que estaba viendo. Las húmedas paredes, manchadas de moho y suciedad se alzaban unos tres metros por encima de la cama de hospital de Grove. Escasamente iluminado por débiles antorchas, el techo estaba coronado por grisáceas estalactitas hechas con huesos humanos: esqueléticos pies y carámbanos de fémures y tibias colgaban del putrefacto sedimento de lo alto.

Inmediatamente a la derecha de Grove se extendía una hilera de restos humanos momificados, cada uno empotrado verticalmente en la pared, igual que sardinas enlatadas en sus respectivos sarcófagos. Manos y articulaciones descarnadas sobresalían aquí y allá. Cráneos parcialmente fosilizados se medio fundían en la descompuesta roca, con sus vacías cuencas que se abrían a la nada. A sus pies, reunidos en pequeños y polvorientos cestos, había marchitas ofrendas. Grove reconoció restos polvorientos de pan *injera*, piedras *katanka*, perlas sudanesas; símbolos de la infancia de Grove, de su tierra de origen. La visión le llegó al alma y lo inundó de tristeza.

Cerró los ojos. Escuchó un terrible sonido en la oscuridad y supo que se acercaba a él. Lentos pasos que se arrastraban, que se aproximaban con una espantosa certidumbre que pulsaba una terminación nerviosa en la base del cráneo de Grove. Mantuvo los ojos cerrados, deseando que la visión se desvaneciera.

«Por favor, por favor, todavía no.»

Los pasos se acercaron y, con ellos, el rancio y a la vez dulzón olor de una tumba se infiltró por la nariz de Grove. Abrió los ojos y vio a la figura del chubasquero de nailon azul surgiendo de las profundidades del túnel.

Quizá estuviera a unos veinte metros de distancia. Iba hacia él y ya no era humana. Su largo y cadavérico rostro —todavía oscurecido por la capucha— se había convertido en una máscara de muerte putrefacta; la larga y recta nariz, en el ulceroso y curvado pico de un demonio donde brillaban unos mugrientos colmillos largos como garras. Grove se quedó paralizado porque el ser de la capucha levantaba el brazo hacia él, una negra y esquelética mano que invitaba a Grove a que

estableciera contacto con ella, a que la aferrara, suplicante.

«Por favor, por favor, todavía no.»

La grave y gutural voz que de repente gruñó desde los abismos de aquella espantosa capucha sonó como el choque de dos placas tectónicas.

—¡Tú eres el elegido!

Grove cerró los ojos de golpe, los cerró como persianas remachadas por lágrimas de acero.

Pero entonces, una serie de sonidos desconocidos inundaron sus oídos. Avisadores electrónicos y chasquidos mecánicos. Oyó un sonido de jadeo, como el de un fuelle expulsando aire. Al final, reunió la fuerza necesaria para abrir nuevamente los ojos.

De repente se encontró en la habitación de un hospital de verdad. El pulso le latía frenéticamente, y su pecho ascendía y descendía con brusquedad. Yacía boca arriba, con la cabeza en la almohada y respiraba por la nariz, luchando por tranquilizarse, por controlar los latidos de su corazón y recobrar la serenidad.

Por fin consiguió echar un vistazo a lo que lo rodeaba. En esos momentos se hallaba en una habitación individual con las cortinas de la ventana corridas. La única iluminación provenía de una hilera de luces de control y de indicadores que había al lado de la cama. El suave «tic» de un monitor de pulso y temperatura proporcionaba el único sonido. Grove volvió la cabeza lo suficiente para ver la hora en el reloj digital de la mesilla de noche: las 4.07 h. A juzgar por el silencio y la oscuridad, debía de ser de madrugada.

Encontró el botón del timbre de llamada colgando de la cabecera de la cama y lo apretó como pudo con su vendado pulgar.

Unos instantes más tarde, una enfermera entraba silenciosamente en la habitación. Las luces se encendieron, sobresaltando a Grove.

—Buenos días, señor Grove —dijo la enfermera acercándose a la cama con un estetoscopio alrededor del cuello. Era una mujer regordeta y de cabellos grises con un uniforme blanco. Se colocó el instrumento en los oídos y auscultó a Grove.

—No quisiera sonar melodramático —dijo Grove con voz cascada—, pero ¿qué día es hoy?

—Martes, diecisiete. Lleva usted cuarenta y ocho horas aquí, con nosotros.

—Estupendo, y el «aquí» significa... ¿Portland?

—Está en el Olympia General, en el gran estado de Washington. ¿Cómo se encuentra?

—Se lo diré más tarde.

La enfermera contempló los monitores, anotando las lecturas. Luego, presionó un interruptor bajo el colchón que elevó la cabecera.

—El doctor no tardará en llegar. Parece que ha tenido usted unos días agitados, ¿no?

Grove notó que lo incorporaban hasta dejarlo casi sentado y se dio cuenta de que tenía el torso comprimido por algo rígido.

—Perdón, ¿a qué se refiere?

Ella lo miró con una leve sonrisa.

—Pesadillas.

—Bueno..., sí—Grove dejó escapar un suspiro—. Algunas.

Apenas recordaba más que momentos inconexos de los últimos dos días. Recordaba haberse despertado en el helicóptero después del encuentro en la cueva, que miró por encima del hombro y vio las nubes de tormenta por debajo de la panza del aparato. Recordaba haber perdido el sentido varias veces mientras era llevado por la sala de urgencias y conducido a traumatología. Incluso recordaba algunos rostros conocidos contemplándolo mientras se recuperaba: Tom Geisel; Walt

Hammerman, del Departamento de Justicia; Louis Muller, el director del FBI. Todos ellos obviamente incómodos y cohibidos por la política y el protocolo, habían murmurado palabras de consuelo. Grove había intentado mantenerse despierto pese a la avalancha de pastillas, pero al final había dormido la mayor parte del tiempo. Dos días. Dormido y a ratos despierto por horribles alucinaciones. Normalmente, Grove las habría descartado sin más y atribuido a la pérdida de sangre, al shock o a la falta de oxígeno; pero a lo largo de aquellos dos días se había convencido de que las visiones no se originaban en su maltrecho cerebro, sino que provenían de fuera de él. Poco importaba que la fuente fuera orgánica, telequinética o de cualquier otro tipo; se trataba de mensajes que pretendían llegar a su psique. Nunca había creído en los fenómenos paranormales, y hasta cierto punto seguía sin creer; pero, cuando el escepticismo se enfrentaba a lo irrefutable, se convertía en locura. Esa era la razón de que aquella mañana, mientras regresaba al mundo de los vivos, se sintiera tan baqueteado.

—Aquí está nuestro paciente.

La voz sonó en la puerta interrumpiendo los pensamientos de Grove. El médico de blanca chaqueta era sorprendentemente joven —apenas debía de superar los veinte años— y lucía un engominado tupé. Al acercarse a la cama, con su sonrisa y su sujetapapeles bajo el brazo, tenía todo el aspecto de un vendedor de seguros dispuesto a explicar las ventajas de una póliza.

—¿Qué tal, doctor? —dijo Grove, que guardaba borrosos recuerdos de la cara del médico parcialmente oculta por una mascarilla.

—Soy yo quien debería hacerle esa pregunta. Respire hondo y contenga el aire, por favor.

Grove notó el frío estetoscopio del médico en su pecho, mientras respiraba obedientemente. El criminalista notaba todo el lado derecho entumecido, y le picaba la entepierna a causa del rápido rasurado preoperatorio. Le escocía la garganta, y notaba las manos doloridas y frías bajo las vendas. También tenía un vendaje alrededor de la cintura que le formaba un bulto en el costado. El resto de su cuerpo estaba cubierto de apositos.

—¿Cuál es el diagnóstico, doctor? —preguntó mirando al joven—. ¿Voy a vivir o qué?

El médico le sonrió.

—Debe de haber alguien allí arriba a quien le cae usted especialmente bien.

El ferrocarril Sacramento Northern Pacific corre a lo largo de la buhardilla de Estados Unidos como una calcificada tubería, y sus fosilizadas traviesas se hunden en la tierra. De vez en cuando, un largo convoy recorre la línea central con una carga de mineral de hierro haciendo escasas paradas y pasando por islas de civilización igual que un barco fantasma en la noche. En las tempranas horas de aquel miércoles, un tren como ese hizo una parada de emergencia en las afueras de Eureka.

La máquina, un aglomerado de tuercas, tornillos y grasientas plataformas, siseó, se detuvo en la oscuridad y escupió a un sucio hombrecillo vestido con un mono de trabajo. El nombre del maquinista era Jurgens, y saltó del estribo al suelo con la tranquila indiferencia de un veterano del ferrocarril.

Jurgens caminó a lo largo de las vías golpeando los ejes y los acoplamientos con su barra de nogal como si fuera un domador de elefantes. El problema era el sutil «clic» que había notado en las curvas, el ligero desplazamiento de peso de los vagones centrales. Sospechaba que pudiera tratarse de vagabundos. Los viejos mendigos habían desaparecido, pero los habían sustituido los chavales de las barriadas, que subían para ponerse ciegos de *crack* o hacer lo que les diera la gana. A Jurgens le traía sin cuidado lo que fuera, pero el supervisor le había ordenado que mantuviera limpio el tren.

Un ruido en la oscuridad llamó la atención del maquinista, que avivó el paso.

Algo se movió en el antepenúltimo vagón, el Quaker, el que tenía roto el pasador y grietas en la tablazón. Al acercarse, Jurgén vio un rastro de restos en la oscuridad, a lo largo de los raíles: trozos de periódico desgarrados y envoltorios de comida. El corazón se le aceleró, y deseó haber cogido algo más sustancial que un simple palo de madera, algo como una palanqueta o puede que incluso una escopeta cuando vio la sangre. A la luz de la luna parecía de color negro y salpicaba los restos de basura y el apagado brillo de las vías.

—¿Quién hay ahí? —gritó Jurgén.

Los dos chicos que había en el vagón llevaban muertos bastante tiempo, colocados en la posición de súplica sobre la cual los eruditos habían especulado desde tiempo inmemorial. Pero Jurgén aún tardaría en ver sus cuerpos porque estaba demasiado preocupado por el rastro de basura manchada de sangre que corría por la gravilla y por la sucia cuneta a lo largo de las vías.

Se arrodilló y recogió uno de los periódicos hecho jirones. Estaba salpicado por un roción de sangre. El titular decía:

«Criminalista muerto en acto de servicio». Un poco más abajo se veía una fotografía de Terry Zorn. Otra imagen mostraba a un segundo criminalista que había sido herido durante el tiroteo, pero la mayor parte de la foto estaba desgarrada. Jurgén tiró la hoja y cogió otra. Era de una edición del *USA Today* donde aparecían los dos criminalistas pero a la que le faltaba el rostro de Grove. En otra página salía la fachada del motel Regal con todos los coches de policía repartidos por todo el aparcamiento y un recuadro con una foto de los dos investigadores del FET. Esa también tenía un agujero en el sitio donde tendría que haber estado la cara de Grove.

Jurgén cogió más hojas. A todas les faltaba la cabeza de Grove.

El tejido del pavor

La buena noticia, según los médicos, era que la bala no había afectado ninguno de los órganos vitales de Grove ni las arterias. Si le hubiera seccionado la femoral habría muerto fácilmente, o podría haber quedado parálítico si le hubiera acertado en la columna. Para Geisel y la gente del Departamento de Responsabilidad Profesional estaba claro que la intención del asesino había sido la de disparar para inmovilizar al criminalista y no para matarlo, seguramente para dejarlo impotente frente a Dios sabía qué. El resto de las heridas de Grove, en su mayoría resultado de su encuentro con el oso, eran básicamente superficiales. La principal era la del muslo, que le había ocasionado una seria lesión vascular al provocar una hemorragia en el tejido muscular. El hematoma resultante había sido suficiente para provocar un profundo shock y delirios. Durante un tiempo, a los médicos les había preocupado la posibilidad de que Grove perdiera el uso de la mano izquierda por culpa de la mordedura en la muñeca. Por suerte, la unidad de traumatología del Olympia contaba con uno de los mejores cirujanos del país. La terapia de recuperación había comenzado de inmediato. Cada pocas horas, Grove tenía que salir de la cama y caminar por la habitación agarrándose a la percha de donde colgaba el gota a gota. Teniendo en cuenta el número y el tipo de heridas, evolucionaba bien. A juzgar por las apariencias, había salido del trance en un estado francamente aceptable, al menos en el terreno físico.

La muerte de Zorn había causado una verdadera conmoción en todos los departamentos del FBI en el Departamento de Justicia y en las distintas agencias de servicios internos de Washington. El hecho de que normalmente no se asignase a los criminalistas a tareas tácticas fue algo que Grove tuvo que escuchar varias veces durante aquellas terribles setenta y dos horas de recuperación. Zorn tenía una ex mujer y dos hijos mayores en Texas de los que Grove nunca había oído hablar. También se insistió mucho en la legendaria animosidad que había entre los dos criminalistas. El capitán Ivan Hauser, de la policía de Las Vegas, había hecho declaraciones acerca de las constantes discusiones entre los dos criminalistas que había presenciado la semana anterior.

El funeral por Terry Zorn se celebró aquel martes por la tarde; Grove se enteró por uno de los chicos de la Oficina de Relaciones Públicas que fue a verlo a Recuperación para tomarle declaración. Según deseos del texano, se había tratado de una discreta ceremonia familiar. El cuerpo fue incinerado y sus cenizas entregadas a sus hijos. En Quantico se organizó una colecta en beneficio de la familia.

Los amigos y los colegas del agente especial Terrence Zorn no fueron los únicos galvanizados por su muerte. El Washington Bureau of Investigation —una de las principales agencias de investigación del país— se tomó como algo personal el desastre ocurrido en los bosques y movilizó a su grupo SWAT y a otras organizaciones parecidas para que localizaran al fugitivo Ackerman en una caza del hombre sin precedentes. El martes por la noche, el sujeto seguía campando a sus anchas, pero los informes habían empezado a llegar. Un individuo sospechoso había sido visto en una estación de servicio por un representante de una compañía minera. El chubasquero de nailon de Ackerman había sido encontrado en el baño de un restaurante de carretera cerca de Vancouver. A las autoridades les preocupaba que el asesino pudiera escapar aprovechando el sistema ferroviario o en avión, pero ninguna de las vigilancias organizadas en esos puntos había descubierto nada. Al final lo

encontrarían. Eso era algo que todos sabían, especialmente el coordinador de la búsqueda, el comandante Harían Simms del SWAT. Simms había sido el que había sacado a Grove de la mina abandonada.

Toda aquella enérgica actividad no sirvió para estimular a Grove, ni física ni mentalmente. No sentía la llamada de la venganza ni la necesidad de unirse a la persecución. Lo único que sentía era miedo, un terrible miedo que lo incapacitaba. Era la patológica sensación de vacío a la que se suponía que los criminalistas del FBI eran inmunes. Sin embargo allí estaba, asfixiando a Grove en su habitación del hospital como si le hubieran envuelto la cara con un velo.

Quizá todas las obscenidades y banalidades del mal que Grove había combatido a lo largo de los años le estuvieran pasando finalmente factura. Todos aquellos cuentos que decían que Grove era la persona, el elegido, habían pasado a formar parte de sus miedos más íntimos. Lo único que ansiaba era meterse en un agujero y morir. No deseaba tener que hablar más del asunto, hacer más declaraciones. No quería reabrir más heridas. Puede que esa fuera la razón de que se hallara tan deprimido cuando el personal del hospital permitió a Maura County —que había viajado desde San Francisco pagándose de su propio bolsillo— que entrara a verlo.

Maura entró en la habitación de Grove aquella tarde, alrededor de las seis y media.

—¡Dios mío, mira cómo estás! —exclamó asomándose por la puerta y entrando casi de puntillas.

Vestía sus característicos téjanos desgastados y su cazadora vaquera y llevaba una bolsa de papel con algunos regalos. Se acercó a la cama y dejó la bolsa en el carrito donde estaban los restos del almuerzo a medio comer que le habían subido de la cafetería.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —repitió, inclinándose sobre él y abrazándolo suavemente.

Grove fue incapaz de devolverle el gesto. Simplemente, no pudo. Ni física ni emocionalmente le quedaba nada para ella. Maura lo percibió al instante, vaciló un segundo y enseguida se retiró con una expresión de sorpresa dibujada en el rostro.

—Abajo me han dicho que te vas a poner bien —dijo, volviendo a coger la bolsa de papel y jugueteando con ella—. Lamento lo de Zorn, ha sido terrible. Te he traído algunas cosas. Lo sé, lo sé. Pero no he podido resistirme.

—¿Cómo va la reunión de chiflados? —preguntó Grove incorporándose y apoyándose en el cabezal.

—Los envié a todos a sus casas. De todas maneras, De Lourde y el padre Carrigan siguen rondando por la zona de la bahía y poniendo a todo el mundo nervioso con sus historias. —Se apartó un mechón de los ojos y le mostró la bolsa—. Te he traído algunas cosas, un poco de comida basura, revistas... Ya sabes, lo típico para cuando uno está en el hospital —dijo dejándole en el regazo una lata de cacahuets, unas golosinas y distintas revistas.

—No tenías que haberte tomado tantas molestias.

—Eso es lo que hacen los amigos, Ulysses, visitar a los amigos cuando estos están en el hospital.

—Te lo agradezco.

Ella calló mientras se retorció un mechón de cabello.

—Dime, ¿he hecho algo mal? —preguntó.

—No. Claro que no. Es cosa de las pastillas que me dan, que me dejan un poco atontado.

Maura suspiró y miró alrededor del cuarto en busca de un lugar donde sentarse. Encontró una butaca, la arrastró hasta un lado de la cama y tomó asiento.

—Tengo entendido que tenía familia.

—¿Zorn? Sí, la tenía. No en muy buenas condiciones, pero la tenía.

Maura meneó la cabeza.

—Horrible.

—Atraparemos a ese tipo. No te preocupes.

Ella lo miró.

—Tengo entendido que te dijo algo cuando os encontrasteis en la cueva.

Grove meneó la cabeza.

—Locuras de un esquizofrénico, pero ¿cómo te has enterado?

—Es algo que circula entre los medios de comunicación. Alguien debió de dar una buena propina a alguno de los agentes de Portland.

—¡Jesús!

—O sea que tú crees que ese tipo no es más que un chiflado que tiene una fijación con lo de la momia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Grove mirándola.

—Solo me preguntaba si te habías tragado alguna de las cosas que se dijeron en la reunión, lo del ciclo de muertes o que algo se desataba cuando se desenterraba una momia.

Grove apartó la mirada y dejó escapar un dolorido suspiro.

—¿Quién sabe lo que hay en la cabeza de ese tío? Yo no creo en espíritus demoníacos. A mi manera creo en todo y en nada. Resulta difícil de explicar.

—¿Tienes idea de cuándo te darán el alta?

Grove hizo un gesto de indiferencia.

—Creo que dentro de unos días. No lo sé. Empiezo a caminar normalmente.

—¿Estás seguro de que todo va bien?

Grove esbozó una sonrisa.

—Todo va bien.

—¿No es nada que yo haya dicho o hecho?

—Tranquilízate. A ese tío le echaremos el guante y tú ganarás el Pulitzer.

Maura se estremeció.

—Solo quiero que lo capturéis. ¡Dios mío, nunca soñé que mi insignificante artículo fuera a llevarnos hasta...! ¡Jesús!

—No te preocupes. —Grove le puso la vendada mano derecha en el hombro—. Atraparán a ese tipo, tú escribirás tu artículo y todo saldrá bien. Ya lo verás.

—¿Y nosotros?

Grove respiró profundamente. No sabía qué contestar: su mente se había quedado en blanco.

—Ulysses, esto no es un compromiso. Pero, como hablamos de estar juntos cuando esto acabara... Solo me preguntaba... Bueno, ya sabes... La verdad es que no sé qué estoy diciendo. Probablemente este sea el momento y el lugar menos oportunos para...

—No creo que sea buena idea —espetó Grove, interrumpiéndola.

Ella bajó la vista inmediatamente.

—Sí..., seguramente tienes razón.

—No es culpa tuya, Maura. Se trata de algo que debo resolver por mí mismo —repuso Grove pero las palabras sonaron vacías.

Maura se las arregló para sonreír.

—No pasa nada. No tienes que esforzarte por mí. —De repente parecía arrepentida. Apartó la vista cuando los ojos se le llenaron de lágrimas—. Ya soy mayorcita y puedo cuidar de mí misma.

Puedes creerme.

Grove notó una punzada de disgusto.

—Maura, por favor, no te lo tomes como algo personal...

Ella levantó la mano y lo miró a los ojos con una expresión que se había hecho dura.

—Por favor. Estoy bien, así que no sigas. Supongo que no te importará que todavía me interese por ti.

Grove sonrió.

—Ese sentimiento es mutuo.

Se hizo un breve silencio, y el ruido del monitor cardíaco retumbó en los oídos del criminalista.

Al final, fue Maura la que rompió el silencio.

—¿Vas a unirme a la persecución cuando salgas de aquí?

Grove suspiró.

—¿Yo? No. Lo mío es dedicarme a la lupa.

Ella se quedó mirándolo.

—¿Qué?

—Pienso retirarme del FBI. Voy a jubilarme anticipadamente.

—¿Me estás tomando el pelo?

Grove paseó la mirada por la habitación.

—En absoluto. Para mí se acabó. Puede que Terry tuviera razón. Estoy quemado. Hace años que no resuelvo un caso. Los días de gloria se terminaron.

—¿Se lo has dicho a alguien?

—Todavía no. Tú eres la primera en saberlo. Menudo honor, ¿eh?

—Pero ¿por qué, Ulysses?

—¿Y por qué no?

—¿Que por qué no? ¿Que por qué no? —Maura se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación—. Para empezar, tú fuiste el primero que señaló a Ackerman. ¿Lo recuerdas? ¡Venga ya! Tú eres la persona, eres el...

—Cuidado con lo que dices.

—Solo estoy diciendo que... ¡Está bien, no es asunto mío, pero no me dirás que no te retiras en la cima de tu talento!

—¿Tú crees? ¿Sabías que en Washington se están riendo de mí? En el gran edificio Edgar Hoover yo no soy más que una broma. Terry tenía razón.

—Ulysses...

—Es todo el caso Sun City, es donde ha acabado, es la momia, es todo ese absurdo sobre ciclos diabólicos. Poco importa que nos condujera hasta Ackerman. No tiene sentido. ¿Acaso no lo ves? Todo el caso se ha convertido en una broma pesada.

Maura caminó un momento frente a la cama, mordiéndose una uña y reflexionando.

—¿Estás seguro de que esto no tiene algo que ver conmigo y ese artículo del *Weekly World News*? —preguntó señalando las revistas de la cama—. Ulysses, yo no he hablado con nadie de esa publicación, y aunque lo hubiera hecho, no habría...

—¿De qué estás hablando? —Grove miró la prensa—. ¿Qué artículo?

Ella lo miró boquiabierto un instante.

—¿Cómo? ¿No lo has visto?

—¿Ver? ¿El qué?

—¡Dios mío! —Maura se quedó inmóvil, mirando fijamente y con los puños apretados. Luego,

se acercó a la cama, rebuscó entre las revistas mientras murmuraba—: Pensé que lo habrías visto y que te reirías. Incluso te he traído un ejemplar para ti solo. Ya sabes, solo para reírnos un rato. Ahora sí que me siento como si acabara de estropearlo todo.

Enterrado bajo el *Newsweek*, el *Times*, el *Squire* y el *Entertainment Weekly*, había una revista sensacionalista con grandes titulares. Grove la cogió y la examinó. ¡LOS IMPLANTES DE J-L EXPLOTAN! rezaba uno. Grove la había visto muchas veces en los quioscos de los supermercados; alguna vez la había hojeado mientras hacía cola en la caja.

Al final de la página había un recuadro titulado: ¡EXCLUSIVA! ¡LAS FOTOS DE LOS ENTRESIJOS DE UNA CAZA DEL HOMBRE! Grove contempló el delgado ejemplar que vociferaba en letras púrpuras acerca de «Ulysses Grove, el misterioso cazador de hombres del FBI y sus místicos métodos». Unas líneas más abajo, el artículo proseguía: «Un monstruo anda suelto, un monstruo poseído por el espíritu de una antigua momia». Sin embargo, no fue aquel ejemplar lo que preocupó a Grove. Lo que lo preocupó fue la foto tomada con teleobjetivo.

Hasta ese momento, Grove había conseguido evitar aparecer fotografiado en la prensa sensacionalista, pero estaba contemplando una imagen de él y de Maura delante del Marriott Courtyard de Alaska, tomada en el preciso instante en que él le pedía que salieran juntos. En la imagen, Grove sonreía torpemente mientras parecía compartir alguna conversación íntima con la periodista.

Tenían todo el aspecto de dos amantes.

—Estupendo... Qué bien —masculló.

Maura iba a decir algo; sin embargo, se dio la vuelta y miró el encapotado cielo al otro lado de la ventana.

Michael Okuda se sentía definitivamente incómodo mientras permanecía escondido en el callejón que había detrás del Olympia General. Metió las manos en los bolsillos de su viejo pantalón militar, encorvándose para protegerse de la fría brisa de primavera. Vestido con una gastada cazadora vaquera y con el cabello despeinado, el joven científico podría haberse confundido fácilmente con un adicto a las drogas que estuviera esperando a su camello. Y en realidad, esa idea no estaba lejos de la verdad, porque Okuda era sin duda un adicto a las drogas que estaba esperando para comprar una sustancia prohibida y que llevaba unos días atormentado por una serie de contactos que lo habían enviado inesperadamente de viaje hasta Olympia, donde se estaba comportando igual que un punk callejero.

—¡Eh!

La voz surgió de las profundidades del callejón, cerca de la entrada de servicio del hospital. Un fornido auxiliar negro vestido con un sucio uniforme blanco y una redecilla en el pelo caminaba a grandes zancadas hacia Okuda con una mueca furiosa en el rostro. En la mano llevaba algo metido en una bolsa hermética para residuos.

—¿Lo tienes? —preguntó Okuda, tiritando por el viento.

—¡Creía que ibas a esperar en el jodido coche! —gruñó el auxiliar al acercarse—. ¡Podría perder mi trabajo si alguien nos viera!

—No te preocupes por eso.

El auxiliar le entregó la bolsa.

—Venga, suelta la pasta.

Okuda le pagó —dos billetes nuevos de cien dólares— y asintió rápidamente. El otro dio media vuelta y se alejó sin decir palabra. Okuda se metió la mercancía en el bolsillo y se dirigió hacia la

salida del callejón.

Su baqueteado Toyota se encontraba aparcado y con el motor en marcha. Dos caballeros de cierta edad que estaban sentados en el asiento trasero, igual que un par de mochuelos, lo observaron acercarse. Okuda se puso al volante y entregó la bolsa por encima del asiento al profesor Moses de Lourde.

El sureño, enfundado en su elegante terno blanco, frunció los labios al ver la gasa manchada de sangre.

—Han lavado sus túnicas y las han blanqueado con la sangre del cordero —murmuró.

—¿No deberíamos primero hablar con Grove? —preguntó Okuda de forma retórica.

De Lourde rechazó la cuestión con un gesto de la mano.

—No hay razón para que lo molestemos hasta que tengamos algo más que una simple teoría.

—¿Está seguro de que con eso basta para conseguir una secuencia? —preguntó el anciano sacerdote que estaba sentado al lado de De Lourde.

Okuda le aseguró que así era. A continuación metió la marcha, y los tres se alejaron en el coche.

No invitado

La figura permaneció en el umbral, perfilada por los fluorescentes del pasillo del hospital. Al principio, Grove pensó que estaba contemplando otra de sus visiones. El roce de la puerta lo había despertado, pero nadie había dicho una palabra.

Incluso entre las sombras, la presencia le resultaba familiar: era una mujer, y seguía de pie, tan quieta y silenciosa como un gamo. La grácil curva de su cuello, la mata de cabello, la maternal redondez de sus caderas; todo le resultaba conocido. Grove intentó decir algo, pero por alguna razón fue incapaz de coordinar el movimiento de sus labios. Miró el reloj y vio que su siesta de la tarde se había prolongado hasta entrada la noche.

Aquel día había tenido una interrupción, alrededor de las tres, cuando un joven médico había aparecido para retirarle algunos vendajes y examinarle la cadera. El diagnóstico resultó estupendo, y Grove fue informado de que al día siguiente le darían el alta. Pero en esos momentos, flexionando las manos mientras se incorporaba y parpadeaba para quitarse de los ojos las telarañas del sueño, se sentía completamente desorientado.

—*Mtoto tamu*—dijo la mujer sin moverse de donde estaba y ladeando la cabeza con una distinción que conmovió a Grove.

—¿Quién eres?

—*Mazazi hapa huku*.

A Grove aquellas palabras le sonaron familiares —a lengua bantú o swahili—, pero la aterciopelada voz traspasó su sistema nervioso del mismo modo que un silbido ultrasónico puede sobresaltar a un perro. Se irguió de golpe.

—Mamá...

Las luces del techo parpadearon cuando Vida Grove entró con paso vacilante en la habitación y permaneció allí un momento con las manos entrelazadas en gesto de mortificación y el largo y atractivo rostro surcado por la preocupación.

—*Hivi... kwa hiyo a kutisha*—murmuró en voz baja.

Grove pasó las piernas por el borde de la cama mientras se cubría.

—En inglés, por favor.

—Tenía tanto miedo... Estaba tan asustada... —balbuceó ella llevándose las manos a los labios y acercándose a su hijo arrastrando los pies con la gracia de una bailarina ya anciana. Lo rodeó con los brazos y lo atrajo hacia su seno. Grove no se movió y tampoco correspondió el gesto. Aspiró su olor —Estée Lauder, beicon y cigarrillos— y se apartó.

Vida retrocedió.

—Tu amigo me dijo que te habían malherido —dijo ella tras un breve silencio.

Llevaba un largo vestido africano parecido a una túnica llamado *maasai* de una vibrante combinación de colores púrpura y escarlata que le caía, suelto, de los huesudos hombros. Tenía un pequeño bolso sobre el vientre, y del cuello le colgaba un estuche para los cigarrillos sujeto por una tira de cuero. El paquete se agitó sobre sus colgantes pechos mientras gesticulaba.

—Tu amigo dice que te dispararon mientras perseguías a ese tipo malvado, que te han tenido que operar.

Grove la miró.

—Sobreviviré. ¿Qué amigo te lo dijo?

Vida miró nerviosamente por encima del hombro, y una voz llegó desde el pasillo.

—Fui yo. Ha sido culpa mía —dijo Maura County entrando en el cuarto. Llevaba la cazadora vaquera abrochada hasta el cuello y parecía tímida y a la defensiva—. Sé que no era asunto mío, pero creí que era necesario que alguien le avisara.

—*Mtoto...* —empezó a decir Vida.

—¿Cómo demonios la localizaste? —quiso saber Grove. Sentía un espasmo de rabia en el estómago. La tristeza y el remordimiento se transforman fácilmente en furia—. Nunca te he hablado de ella.

—La noche que estuvimos charlando en el vestíbulo del Marriott me dijiste que tu madre vivía en Chicago.

Grove se pasó las manos por la cara.

—¡Jesús!

—Telefoné a Tom Geisel y se lo pregunté, le dije si le parecía bien que la llamara. Grove miró a su madre.

—Lamento que hayas hecho un viaje tan largo para nada.

La anciana parecía confundida.

—¿Para nada? ¿Dices que he venido para nada? No lo entiendo.

Grove se encogió de hombros.

—Como puedes ver, estoy bien. Mañana por la mañana saldré del hospital.

Vida pasó la mano por la barra de seguridad de la cama como si estuviera absorbiendo el dolor de Grove.

—Cuando un hijo está herido, una madre va a verlo. Así son las cosas.

Grove meneó la cabeza.

—De acuerdo. Tienes razón. Gracias por venir desde tan lejos, pero ahora ya estoy bien. De verdad.

Vida miró a la periodista.

—De pequeño era igual.

Maura sonrió.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—Cuando se caía o se metía en una pelea, yo intentaba consolarlo; pero él se me quitaba de encima, igual que ahora.

—Vale, mamá. Ya está bien.

—Nunca quería que lo ayudaran.

—¡Ya basta!

La contundencia del tono de Grove acalló violentamente a ambas mujeres, y un tenso silencio se apoderó de la habitación.

Vida clavó la mirada en el suelo mientras Maura permanecía inmóvil, petrificada por aquella explosión inesperada.

Al fin la periodista rompió el silencio.

—Lo siento, Ulysses. Se trata de tu madre. Pensé que tenía derecho a saberlo.

Grove le dirigió una mirada furiosa.

—No tienes ni idea de quién es ella ni de quién soy yo.

Maura volvió la cabeza como si la hubieran golpeado en el estómago, pero Vida miró desafiante

a su hijo. Su mata de grises cabellos le confería un aire regio.

—*Mtomo*, he venido hasta aquí solo porque...

—Escucha —la interrumpió Grove mirando sus grandes y tristes ojos—, no pretendo ofenderte, pero no necesito ninguno de tus abalorios mágicos; no necesito huesos de pollo ni danzas para la lluvia. Estoy bien, ¿de acuerdo? Y ahora, si no te importa, quiero descansar. Gracias por venir. Aprecio el esfuerzo, pero en estos momentos lo que necesito es estar solo.

Al fin, tras un largo silencio, Maura cogió de la mano a la anciana y la sacó de la habitación.

El Centro de Análisis Forenses Irving Potok —conocido por los miembros de las agencias de orden de la zona del norte del Pacífico como CAFIP— es la sede de los laboratorios de la policía. El achaparrado edificio de ladrillo se encuentra en una concurrida esquina del distrito de Pike County, en Seattle, y allí se ofrecen análisis de cabello, de vestigios de sangre y de ADN a todo el mundo, desde las agencias gubernamentales hasta las universidades. Está abierto las veinticuatro horas del día y siempre hay mucho trabajo.

Sus niveles inferiores, con su laberinto de estrechos cubículos llenos de monitores de ordenador, suelen rebosar de patólogos y de ayudantes de forenses en busca de pruebas que los ayuden a resolver los casos que los llevan de cabeza. De tanto en tanto, el CAFIP atiende las peticiones de algunos académicos, antropólogos y geólogos que buscan autenticar un espécimen; pero nunca en sus once años de historia el personal del laboratorio se había encontrado con tan insólito trío esperando los resultados de un análisis de ADN en uno de los cubículos del sótano.

—Ya sale —dijo Michael Okuda asintiendo ante la pantalla.

Estaba sentado en una silla giratoria, tiritando por culpa del «mono», con el cabello revuelto y los ojos enrojecidos. El profesor Moses de Lourde se encontraba tras él con los brazos cruzados, mientras que el padre Carrigan se mantenía algo más alejado, en el rincón, apoyado sobre su bastón.

La primera secuencia, una sucesión de negras columnas muy parecidas a un código de barras pero más compleja, parpadeó en la pantalla.

—Bueno, ¿y esto qué es? —quiso saber De Lourde—, ¿el ADN del Hombre de Hielo?

Okuda volvió a asentir sin apartar la vista del monitor. Más códigos de barras desfilaron ante él, y tuvo que cotejarlos con una guía que le había proporcionado uno de los ayudantes del laboratorio. Su visión era borrosa y tuvo que parpadear para aplacar sus nervios. Sus temblores aumentaron. Al final, vio sus sospechas confirmadas en un destello de luz catódica.

—¡Dios misericordioso! —exclamó De Lourde mientras la última secuencia aparecía en la pantalla y su luz se reflejaba en su rostro y en el de Okuda. Dos matrices completamente diferentes se superponían una sobre otra igual que una colonia de insectos formando perfectas y luminosas filas.

—¡Joder! —exclamó Okuda por lo bajo.

Al principio, cuando se le había ocurrido, le pareció imposible. Sin embargo, la traducción de los tatuajes del Hombre de Hielo lo había enganchado. Traducido aproximadamente, «en-un, en-un-un» significaba «Protégenos mientras nosotros los protegemos a ellos». Inicialmente, Okuda había pensado que se trataba de algún tipo de plegaria u oración, pero después de que el sacerdote y el profesor empezaran a hablar de la impresión que les producía Grove y del ciclo de maldades y de historias relacionadas, Okuda empezó a entrever una serie de significados alternativos para aquellas palabras. Y todos ellos lo habían conducido hasta allí, a aquel laboratorio subterráneo y a las líneas de luz y sombra convergentes del monitor.

—Tenemos que hablar con él sobre esto —dijo por fin sintiendo una punzada de culpabilidad, como si estuviera hurgando en la vida y destino de otro ser humano con la misma indiferencia con la

que un mendigo rebuscaría en un cubo de basura.

—La sangre es algo secundario —murmuró una voz tras Okuda. El padre Carrigan, con el arrugado rostro surcado por el remordimiento, miraba el suelo mientras hablaba sin dirigirse a nadie en particular—. La sangre no es lo más importante.

De Lourde se volvió hacia su nuevo amigo.

—¿Y qué es lo más importante, padre?

El anciano levantó la vista y susurró:

—Lo importante es la invocación.

Las dos incorregibles fumadoras estaban sentadas envueltas en humo azulado en una desierta cafetería situada al otro lado de la calle, frente al Olympia General.

Vida Grove sostenía el L&M entre sus delgados y oscuros dedos y le daba frecuentes chupadas, como si estuviera sorbiendo de él alguna medicina.

—La verdad es que se suponía que no iba a nacer —dijo con un fatigado asentimiento de su canosa cabeza—. Es algo que nunca le conté a Ulysses, pero se suponía que no tenía que haber nacido.

—Lo siento, pero no estoy segura de entenderla —contestó Maura, que se hallaba sentada frente a Vida en el reservado, con una taza de café y un bollo que no había probado. Se sentía agotada y ridícula, pero escuchaba atentamente lo que la anciana negra parecía a punto de confesarle.

—Cuando yo no era más que una jovencuela —empezó a decir Vida—, y estaba... ¿Cómo se dice que llevaba a Ulysses?

—Embarazada.

—Sí, eso. Pues hubo problemas, según me dijo el médico. Yo tenía diabetes y hacía seis meses que estaba embarazada. Me dijeron que seguramente perdería al niño.

Maura asintió.

—Eso debió de ser terrible. En aquella época usted era una madre soltera, ¿no?

Vida descartó la pregunta con un gesto de la mano.

—Mi esposo estuvo en mi vida el tiempo suficiente para darme un hijo. Luego, desapareció igual que un fantasma. —Vida le dio una larga calada al cigarrillo—. De todas maneras, yo no quise resignarme a lo que me habían dicho, así que me fui a ver a un *seer*...

—¿Un qué?

—Un *seer*. Un sudanés que vivía al final de la calle, un chamán. Aquel hombre era un sanador que decía el futuro y ayudaba a otros africanos. Sé que puede sonar raro, pero no quise aceptar lo que me habían dicho de que mi hijo iba a morir, de modo que fui a ver al chamán y le pregunté qué debía hacer. Nunca olvidaré la mañana en que fui a su casa. Me llevó al sótano, donde estaba oscuro y la puerta tenía cuentas colgando y me sentó delante de su brasero.

—¿Un brasero?

—Sí. Es un fuego ceremonial, con mucha magia. Se parece a lo que ustedes llaman «incienso» en las iglesias católicas.

—Sí, sí —asintió Maura.

—Y allí estaba yo, sentada, muerta de miedo; una jovencita embarazada de seis meses. Entonces, los ojos de aquel hombre se desorbitaron, y su cara era toda de sorpresa, puede que incluso de miedo. Yo le pregunté qué pasaba, y él me dijo: «Este niño tuyo es muy especial. Será un profeta y caminará con los grandes líderes».

Vida hizo una pausa y apagó el cigarrillo en un cenicero que había al lado de una botella de

ketchup solidificado.

—Yo solo quería saber si mi niño iba a sobrevivir —prosiguió—, y qué podía hacer para salvarlo; pero aquel chamán no hacía más que repetirme que mi hijo se convertiría en un gran hombre y que sería capaz de cruzar de una dimensión a otra. Al final no pude soportarlo más y salí corriendo. Huí.

—¿Y qué ocurrió después?

—Es difícil de explicar, pero para mí fue como una especie de... ¿Cómo lo diría?, una especie de punto de inflexión. Tomé hierbas y todas las noches hacía una ceremonia. Recé para que mi hijo naciera sano y fuerte e intenté creer que así sucedería. Y así sucedió. Mi hijo nació pequeño, pero sano.

Se produjo otra pausa, y Maura vio que los ojos de la mujer estaban llenos de lágrimas. Le rozó la mano.

—Yo diría que Ulysses le ha salido bastante bien. Ha sido usted una buena madre.

Vida soltó una amarga carcajada.

—Eso no es lo que él diría. En realidad, si me odia tanto es por culpa mía.

—¡Eso es ridículo!

—No. Mire, mi hijo siempre quiso una sola cosa: ser norteamericano, tener amigos y ser como los demás; pero yo nunca pude olvidar las palabras del chamán, nunca. Supongo que yo era demasiado... Seguramente lo eduqué para que fuera demasiado africano. Ser diferente en esta cultura es un pecado, y los niños pueden ser crueles, muy crueles.

Su voz se apagó. Apartó la vista del plato sucio y contempló la calle desierta y empapada por la lluvia.

Maura decidió dejar el tema, y al cabo de un momento rompió el silencio.

—Lamento decírselo, pero creo que de algún modo me he enamorado de su hijo.

Vida asintió, como si ya estuviera al tanto del asunto.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Soy mujer.

El tema quedó zanjado con aquellas palabras y durante un rato hablaron de trivialidades hasta que Maura dijo:

—Tengo que volver al trabajo, a San Francisco.

Vida parecía desilusionada.

—¿Se despedirá de Ulysses?

Maura se las arregló para sonreír fatigadamente.

—Ya lo he hecho.

Pagaron la cuenta, se levantaron y se dirigieron a la puerta. Fuera había dejado de llover, pero el aire estaba impregnado de humedad. Las dos mujeres se abrazaron, se despidieron y partieron en direcciones opuestas.

Maura miró una sola vez por encima del hombro a la elegante anciana que se perdía en la noche, y por un breve instante se preguntó si la volvería a ver. Pensó que no, que su papel en aquel drama había concluido.

Sin embargo, no tardaría en comprobar que estaba equivocada en ambas cuestiones.

Todo es un ritual

En algún momento de las profundidades de la noche, Ulysses Grove tuvo otra visión, la tercera de aquella tumultuosa semana, y en esa ocasión no hubo ninguna cama de hospital que lo mantuviera en contacto con la realidad.

Esa vez él era el Hombre de Hielo y se estaba asfixiando, sepultado bajo toneladas de nieve, jadeando en busca de aire, agitándose, muriendo. Todo lo que podía ver era un objeto, negro y serpenteante, en el hielo, por encima de él, abriéndose paso hacia donde estaba.

Al principio creyó que se trataba de una serpiente. Borrosa por la nieve, latiendo con una energía maligna y espantosa, la oscura silueta reptó y fue acercándose hasta que Grove empezó a gritar. Intentó apartarse de aquel horror que se le echaba encima amenazadoramente, apestando a maldad y muerte.

Estremeciéndose en espasmos de agonía, con los pulmones palpitándole y el cuerpo inerte e impotente, Grove dejó escapar un aullido de terror cuando la cosa apareció a través del hielo, a escasos centímetros de su cara.

La mano era muy vieja y estaba renegrida. Era la mano de un cadáver momificado que lo llamaba y lo tentaba. Le bastaba con aceptarla, con rendirse y tocarla.

Y fue justo en ese momento cuando fue devuelto de golpe a la realidad.

Se incorporó bruscamente en la cama del hospital, jadeando y temblando de forma convulsiva. Tardó un rato en recobrar el aliento, y aún más en darse cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas le habían dejado regueros salados en el rostro y mojado el cuello de su camión de hospital. Luchó por contenerlas.

«Pero ¿qué te pasa?»

Sin embargo, cuanto más luchaba contra aquellas lágrimas, más comprendía que la visión le había revelado algo importante, algo crítico respecto a la momia, respecto a la relación de esta con Ackerman; y, lo que era más relevante, respecto a lo que se suponía que debía hacer para poner fin a los asesinatos. Esa era la parte más triste. Era demasiado tarde. Grove estaba acabado. Algún otro iba a tener que enfrentarse a ese destino.

Alguien más fuerte que Grove.

Se quedó tumbado un momento, dando rienda suelta a sus emociones, dejando que las lágrimas brotaran de él mientras el murmullo de su llanto llenaba la vacía habitación. Así estuvo un rato, con los gota a gota y los monitores cardíacos desconectados, mientras el silencio absorbía los sonidos... hasta que se dio cuenta de que sus sollozos no eran el único ruido de la habitación.

Al principio parecía una especie de zumbido electrónico sonando por debajo de sus sollozos; pero, cuanto más audible se hacía, más atención le prestaba él; y, cuanto más atención le prestaba, más se reducía su llanto. No tardó en dejar de llorar del todo hasta que empezó a respirar simplemente, a grandes bocanadas, igual que un niño asustado. Escuchó más atentamente el zumbido y comprendió que había otra voz con él, en el cuarto.

—¿Qué...?

Una sombra se alzó por encima de su hombro, y él se apartó dando un involuntario respingo. Entonces, la sombra canturreó suavemente y un brazo surgió de ninguna parte y le apoyó la mano en

el antebrazo.

Grove miró hacia abajo y vio los oscuros y delgados dedos de su madre y comprendió que era Vida quien se hallaba en la habitación con él. Lo que había estado escuchando era su voz en la oscuridad, cantándole suavemente su canción de cuna africana, confortándolo.

—Mamá...

—No pasa nada —susurró ella—. Estoy aquí, Uly. Estoy contigo.

Una vez habituados sus ojos a la oscuridad, Grove vio a su madre sentada en un taburete, al lado de la cama, iluminada por un leve rayo de luna que penetraba a través de las cortinas. Ella se inclinó sobre la barra de seguridad de la cama y le rodeó los hombros con su delgado brazo. El calor del contacto desató en Grove un torbellino de emociones contradictorias —vergüenza, soledad, arrepentimiento— hasta que esos sentimientos ardieron como un charco de alcohol prendido por una llama.

Grove sintió que lo acometía una nueva oleada de sollozos y la dejó pasar.

Se echó hacia delante y lloró en brazos de su madre. Lloró por todos aquellos años de difusa hostilidad hacia ella, de resentimiento, de traición y de furia mal dirigida. Vida lo acunó y siguió cantándole la nana con su voz cascada por el humo hasta que la canción traspasó la desdicha de Grove y él la reconoció: una vieja canción de cuna zambiana llamada *Mayo Mpapa*, un cuento que hablaba de la protección que los padres brindaban a sus hijos.

*Mayo mpapa naine nka kupapa
Ukwenda babii kwali wamapa chalo
Ndeya ndeya ndeya no mwana ndeya
Ndeya no mwana wandi munshila ba mpapaula
Munshila ba mpapaula
Iye, iye, iye yangu umwnaa wandi
Yanguumwana wandi mushila ba mpapula*

(Madre, llévame.

Yo me ocuparé de ti algún día.

No es bueno estar solo en este mundo.

Madre, llévame.

Yo te llevaré algún día

como los cocodrilos llevan a sus crías en la espalda)

Cuando hubo acabado de cantar, Vida se quedó abrazada a su hijo en la silenciosa oscuridad. Grove no se movió. Se sentía cambiado de algún modo, como los restos de un fusible que se hubiera quemado.

Al final, salió de la cama.

Pero, en el instante en que sus pies tocaron el suelo, el aturdimiento y el dolor lo invadieron y tuvo que aferrarse a la barra de seguridad. El mareo pasó. Respiró profundamente y caminó arrastrando los pies, muy lentamente, hasta el panel de los interruptores, donde encendió la luz. Luego, empujó penosamente un sillón para que su madre pudiera sentarse con más comodidad. La herida de la cadera le latía de dolor, y el rostro le escocía por las lágrimas. Volvió a instalarse en la cama con mucho cuidado.

Entonces hablaron hasta bien entradas las horas previas a la madrugada. Hablaron y hablaron.

Hablaron de los viejos días en Chicago, del viejo vecindario y de los viejos parientes que habían muerto. Rieron de algunas cosas y guardaron silencio ante otras. En cierto momento, Vida tomó la mano de su hijo, y este no hizo ademán de retirarla. Era como si, por primera vez en su vida adulta, pudiera ver con claridad.

Al final, la conversación abordó el asunto de su tensa relación.

—Lo siento, mamá —dijo Grove—. Lo siento por muchas cosas. Tendría que haber...

—Por favor, Uly —lo interrumpió ella—, nunca digas que lo sientes. —Vida sonrió al ver la expresión de sorpresa de su hijo—. Las disculpas no son necesarias porque así es como los espíritus hacen que sucedan las cosas.

Grove le sonrió un momento. Luego, su sonrisa se desvaneció cuando se preguntó qué más le tendrían reservado los espíritus.

Después de la charla con su madre, Grove se tomó dos pastillas y durmió profundamente durante cuatro horas mientras Vida se quedaba leyendo en un rincón, viendo dormir a su hijo. Durante ese breve interludio, mientras el amanecer iluminaba la ventana tras las cortinas, la habitación del hospital se convirtió en el lugar más seguro y tranquilo de todos los lugares en los que Grove había estado a lo largo de su tormentosa vida.

Cuando por fin se despertó, poco antes de las nueve de la mañana, sintió el cuerpo curiosamente reparado aunque aún dolorido. Sus manos habían recobrado gran parte de su anterior movilidad, aunque las notaba rígidas. Las heridas de su torso y de su muslo se habían cerrado. Cualquier movimiento le producía dolores, y la sensación de mareo había aumentado. No obstante, se sentía extrañamente vigorizado.

Dio los buenos días a su madre y después se preparó para que lo dejaran marchar. Vida lo ayudó a vestirse en recuerdo de los viejos tiempos. Grove sonrió cuando ella dejó sobre la cama su americana —que todavía estaba metida en la bolsa de plástico de la tintorería— igual que había hecho un millón de veces con su ropa cuando él era pequeño. Vida también depositó cuidadosamente al lado de la almohada el maletín de Grove, que alguien había recuperado del jeep de la agente especial Flannery. Grove se tomó otro analgésico y contempló el maletín un momento mientras se preguntaba qué debía hacer con su contenido: el Magnum 357, que seguía en su funda, el cinturón de cargadores, la Palm, las libretas de notas, la maltrecha grabadora, los guantes —tanto los de goma como los de tela—, los archivadores y la Polaroid. Sus herramientas de trabajo. No quería volver a verlas. Había acabado con ellas. Extendió la mano y abrió el cierre.

La tapa crujió.

Dentro del maletín, entre los distintos objetos, las libretas y la electrónica, la cadena de la suerte de Hannah seguía en su bolsa de tela, sujeta por un elástico. Grove la sacó y la abrió. El talismán estaba bruñido por años de constante y nervioso contacto. Grove contempló la pequeña lupa, donde se veía una pequeña grieta que cruzaba la lente, y pasó el dedo por el mango de cuero, acariciando la palabra «Sherlock». Se preguntó si debía dárselo a Maura County.

Una punzada le atravesó el corazón.

Maura County... Si se la había quitado de encima había sido para protegerla. ¿O acaso tenía miedo de algo? No podía dejar de pensar en aquellos reflejos dorados de sus claros y azules ojos, en la entonación de su voz ni en la curva de cisne de su cuello. ¿La había rechazado por razones heroicas o simplemente tenía miedo de enamorarse de alguien que no fuera Hannah? Pero eso era ridículo. Hannah le habría echado una buena reprimenda.

De repente, Grove tomó una decisión: cambiaría de vida. Ese mismo día. Iría a buscar a Maura

y la haría volver.

—¿Y ahora qué? —preguntó Vida, de pie cerca de la puerta, retorciéndose las huesudas manos como si le hubiera leído el pensamiento.

Grove se puso su abrigo de sport y se estiró las mangas mientras se miraba en el espejo.

—Tengo un asunto que resolver. Luego dimitiré. Me marcho a casa. Pienso dormir toda una semana.

—Eso está bien. Los chicos han de descansar.

Grove sonrió y cerró el maletín con un golpe seco. Luego se acercó a su madre y la cogió por los brazos.

—También iré a verte lo antes posible a Chicago, así que será mejor que tengas preparado un poco de ese estofado africano tuyo.

La sonrisa de Vida podría haber iluminado una ciudad durante toda una semana.

Todo es un ritual para un africano, incluso para uno descarriado como Grove.

Tras recibir el alta de su joven médico y salir del hospital, Grove cogió un taxi y fue hasta la oficina de correos más próxima donde embolsó cuidadosamente sus credenciales del FBI en un sobre acolchado y las envió sin acompañarlas de nota alguna a:

Jefe Thomas Geisel
Sección BSD-1333
Federal Bureau of Investigation
Edificio J. Edgar Hoover
935 Pennsylvania Avenue. NW.
Washington DC 20535

Cuando tuvo el paquete listo, Grove se puso en la cola pensando en Maura y en lo que le diría. Quería empezar de nuevo con ella, desde cero. Quería cortejarla a la antigua usanza. Se imaginó charlando con ella en alguna cafetería medio hippy de San Francisco, escuchando la historia de su vida. Cuando por fin le llegó el turno, fue cojeando hasta la ventanilla y puso el paquete en el mostrador.

Bien. A partir de ese momento solo le quedaba una cosa por hacer.

Reunión

El taxi lo esperaba ante la oficina de correos, con el contador en marcha, acumulando una considerable suma; pero a Grove no le importó. Subió rígidamente al asiento trasero cargando su bolsa para trajes y el maletín, dejó escapar un suspiro de dolor y pidió al chófer que lo llevara al aeropuerto.

El conductor hizo el trayecto en un tiempo récord. Antes de entrar en la terminal, Grove desmontó el Magnum 357 para evitar que lo detectaran; luego guardó las piezas en el maletín, y este en la bolsa. Una vez en la acera llamó a un mozo. Sin su placa del FBI no era más que un civil como los demás a los ojos de los servicios de seguridad.

El avión con rumbo a la zona de la bahía de San Francisco salió puntualmente y el viaje duró apenas hora y media.

Una vez en tierra, Grove alquiló un coche en el aeropuerto y condujo a través de la niebla guiándose por un mapa que había comprado antes de salir de Olympia. Eran poco más de las cinco, y confiaba en encontrar a Maura en su casa.

Grove no recordaba haber hecho nunca una visita como aquella, presentándose de sopetón. Los prudentes criminalistas no hacían semejantes cosas; sin embargo, aquel día le parecía de lo más apropiado. Seguía sin estar seguro de lo que iba a decir a Maura. Había planeado seguir su instinto y pedirle perdón, decirle incluso que la amaba. Podía también mencionarle la reconciliación con su madre. Aunque quizá fuera mejor reservarse esa parte.

Maura vivía al norte de la ciudad, una vez cruzado el Golden Gate, en las colinas de Mount Tamalpa. Grove tuvo que consultar el mapa en un par de ocasiones: una, cuando se vio atrapado en el puente en pleno atasco de hora punta; y después, cuando subía hacia el norte de Sausalito.

Llegó a Corte Madera alrededor de las seis y empezó a buscar la casa de Maura a través del parabrisas salpicado de lluvia de su coche de alquiler. A lo lejos, en las colinas, podía ver las casas del condado de Marin extendiéndose entre el verdoso mar de secoyas.

Un cartel apareció en lo alto entre la niebla:

«Plaza de Madera 1,5 km».

Nada más llegar a la calle sin salida donde estaba la vivienda de Maura notó que algo no iba bien. Quizá se tratara de su habitual paranoia (desarrollada a lo largo de años de visitar cámaras de los horrores) o puede que se debiera a la emoción del momento, al hecho de presentarse sin haber avisado y de no saber qué iba a decir. Fuera lo que fuese, tenía erizado el vello de los brazos cuando se apeó después de aparcar en la acera tras el maltrecho Geo de Maura que ella le había mencionado en una de sus conversaciones de la semana anterior.

Grove vio la pegatina del parachoques y le pareció muy propia de Maura. Decía: «Las mujeres de verdad los prefieren fósiles». La puerta del pasajero estaba abierta.

El aire estaba perfumado y pegajoso con el aroma de los pinos y los muelles. Se levantó el cuello de la gabardina y subió a duras penas por los estrechos escalones de madera. La cadera le dolía sin cesar. Necesitaba otro calmante. Los peldaños acabaron ante la puerta de Maura, la 1-C.

Aquella entrada era la única del lado sur del edificio, y cuando Grove llamó con los nudillos, el sonido se le antojó hueco y muerto, como si hubiera llamado a la puerta de una tumba. Esperó y

volvió a llamar. Nada se movió en el interior del silencioso apartamento.

Grove se asomó por encima de un seto de eucaliptos para atisbar por una rendija de la ventana de la entrada. Uno de sus puntos saltó bajo la chaqueta, y el corazón le dio un vuelco.

—¡Jesús! —exclamó.

Se dio la vuelta casi involuntariamente con la mente presa del pánico y olvidando el dolor. Contempló la desierta propiedad. De repente, sin su placa, sin su pistola se sentía desnudo.

Volvió cojeando a su coche de alquiler, abrió la puerta de atrás, sacó el Magnum 357 de la bolsa del traje y lo volvió a montar. Una frase se repetía en su cerebro:

«Quizá no sea nada. Quizá no sea nada. Quizá...».

Volvió a subir los peldaños hasta la puerta y llamó de nuevo, esa vez con más fuerza.

—¡Maura, soy yo, Ulysses! ¿Estás ahí, Maura?

Nada.

Grove forzó la puerta de malla y dio una fuerte patada con su zapato de Armani de trescientos dólares contra la puerta interior. Se oyó el restallido de la madera, y un dolor abrasador le recorrió la cadera; pero la puerta aguantó. Una patada más, y cedió. Grove entró en el apartamento.

La sangre le saltó a los ojos. Estaba por todas partes. La sorpresa hizo que se agachara, le encogió los testículos y le dilató las pupilas.

La atmósfera en el desordenado apartamento era tensa y vacía, como si las motas de polvo hubieran quedado suspendidas en el aire.

Grove miró a su alrededor y no vio más que las marcas de las cuchilladas.

—¡Maura! ¡Maura!

El grito resonó en las profanadas paredes y se extinguió. ¿Qué estaba haciendo? Tragó saliva e intentó pensar con claridad.

«Cálmate y examina este lugar, míralo bien. Eso es lo que haces, miras y ves cosas. Luego, reconstruyes lo que ha pasado; así que hazlo ya. ¡Reconstruye!»

Estudió rápidamente el modesto salón, con sus paredes de ladrillo visto y su suelo de madera, con sus enmarcados carteles de Johnny Rotten y Jane Goodall. Vio las señales de lucha: una lámpara caída, una mesa volcada, los libros esparcidos por todo el lugar. La sangre de las paredes dibujaba toscas palabras escritas a mano que carecían de sentido pero que anunciaban algo terrible.

Su mirada se posó en un periódico tirado en el suelo y salpicado de sangre. Era el *Weekly World News* que llevaba el artículo sobre el Hombre de Hielo y él. La fotografía de la esquina inferior, donde se veía claramente el rostro de Maura, aparecía salpicada de sangre.

De repente, la evidencia surgió en su mente, y se quedó petrificado, con la pistola entre las manos, temblando y con el corazón latiéndole desafortadamente.

«¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡No me hagas esto! ¡No me hagas esto!»

Quedaban otras habitaciones por comprobar.

Respiró hondo y se desplazó de lado, con el arma dispuesta, como si se hallara en plena zona de guerra. Recorrió el corto pasillo y entró en la cocina. La puerta de la nevera estaba abierta, y en el suelo había una huevera llena de huevos rotos.

Grove halló más garabatos en las paredes del dormitorio, y los muebles patas arriba, pero, gracias a Dios, ningún cuerpo.

Gracias a Dios.

Cuando comprobó el cuarto de baño y vio el botiquín abierto y todas las medicinas machacadas en el lavabo se convenció por fin de que Ackerman había sido el autor de todo aquello. El hijo de puta había localizado a Maura a través del artículo y la había secuestrado. Probablemente en esos

momentos la estaría torturando, eso si es que ella no estaba... «¡No!»

Grove apartó ese pensamiento de su mente y se quedó un momento en la puerta del baño, con la pistola en la mano y respirando pesadamente.

Lo peor de todo, lo que casi lo dejaba sin respiración, era el hecho de que todo aquello había sido en su beneficio. Se trataba de un mensaje en clave para él. Ackerman lo quería a él.

—¡No me hagas esto!

El grito de Grove estremeció el aire y lo estremeció a él mismo. Estaba sin aliento y permaneció en el sitio un momento, temblando, intentando decidir qué hacer a continuación. ¿Llamar a la policía? No. ¿Llamar a la oficina del FBI más próxima? De ninguna manera. Todavía no. No hasta que pudiera recuperar el control de la situación, de sí mismo y de sus emociones.

Cuando se le hizo dolorosamente evidente que se hallaba solo en el apartamento, aflojó la presa de la pistola y la dejó colgando.

Fría conexión

Caminó por el salón, cojeando frente a la ventana, intentando poner a trabajar sus instintos de investigador. Antes de llamar a los forenses, antes de convertir el apartamento en una feria, tenía que conseguir algo de primera mano, lo que fuera. Al cabo de un momento fue hacia la puerta de entrada.

Con cuidado para no levantar sospechas de los vecinos, salió fuera sin hacer ruido y bajó los peldaños. El frío aire húmedo fue como una bofetada en su cara. Se dirigió al coche.

Sacó su maletín de la bolsa del traje con manos temblorosas. Sus herramientas estaban dentro, y las necesitaba; las necesitaba para pensar.

Volvió a subir. Volvió a entrar. El cierre del pestillo lo aisló en aquel silencioso horror.

Lo que más le preocupaba, lo que más le obsesionaba era lo escrito en las paredes. No soportaba pensar en Maura desangrándose. Aquella idea nadaba bajo la superficie de su conciencia igual que un tiburón hambriento. ¡Era la sangre de ella la que estaba por todas partes!

Y había mucha.

La mayor parte de lo escrito resultaba ilegible: trazos, manchas y salpicaduras, pero algunos fragmentos de las palabras garabateadas con tinta carmesí en las paredes de yeso, en las molduras y rodapiés, despertaban ecos familiares en Grove. «*Un una gu susa unna se enu un enuna.*» Lo mismo que había salido de la boca de la putrefacta boca del chalado de la cueva. ¿Palabras sin sentido? ¿Bobadas propias de un loco, o algo importante? La mente de Grove era un motor funcionando a plenas revoluciones pero impotente, un motor a punto de fundirse por falta de lubricante, el lubricante de la calma.

«Tranquilízate —se dijo—. Ten calma y piensa.»

Debía tomar fotografías de la escena. Eso debía hacer. Se arrodilló en una de las arrugadas alfombras, se metió la pistola en el cinturón y buscó los cierres del maletín.

Se quedó de piedra.

El maletín vibraba. Parecía que estuviera lleno de avispas frenéticas. Durante un instante de locura, a Grove le dio miedo abrirlo.

Entonces se acordó de por qué el maletín vibraba de vez en cuando, y lo abrió sosteniéndolo precariamente en las rodillas, con las manos aún temblorosas.

Su teléfono le avisaba de que tenía llamadas que habían dejado mensajes. Zumbaba igual que un cortapelo. Grove lo cogió y lo arrojó al otro lado de la habitación.

El teléfono rebotó contra la pared y acabó deslizándose bajo el sofá, pero sin romperse.

Grove buscó sus guantes de goma y le costó ponérselos en las heridas manos, que le volvían a sangrar. El maletín estuvo a punto de volcar, y una de las libretas de espiral cayó al suelo.

—¡Maldita sea!

Grove arrojó el maletín por los aires, y su contenido se esparció por el suelo: la Blackberry, las libretas, la grabadora, los guantes del algodón, las carpetas, la cámara Polaroid y su cadena de la suerte metida en su bolsita. Se llevó las manos a la cara y reprimió sus ganas de ponerse a gritar.

Un ruido lo sobresaltó.

El teléfono sonaba debajo del sofá.

Grove tragó saliva, tragó ácido, preparándose para lo peor. Una fría mano le retorció las tripas.

¿De nuevo su intuición?

«Deberías responder a esa llamada —dijo una voz en su interior—. ¡Es Ackerman que te llama, idiota! Te está observando. ¡Tienes que contestar!»

Grove se puso en pie y con esfuerzo cruzó la habitación, se agachó y recuperó el aparato. El teléfono vibraba en su enguantada mano.

—G... Grove —balbuceó en el micrófono tras conectarlo.

La voz que escuchó era aguda y le resultó familiar.

—¡Ulysses! ¡Gracias a Dios! Hace horas que te busco, soy Okuda, Michael Okuda. ¿Dónde te habías metido?

—¿Quién has dicho que eres?

—Michael Okuda, del laboratorio Schliemann. Lo siento, pero es que acabamos de hacer lo que podríamos llamar un sorprendente «descubrimiento». ¿Hola?, ¿estás ahí? ¿Me escuchas?

Grove apenas podía articular palabra.

—¿Quiénes forman el «nosotros»?

—¿Qué? Oh, lo siento. Estoy hablando de mí, del profesor De Lourde y del padre Carrigan, los de la conferencia, los de la reunión que organizó Maura County.

—¿Qué queréis? —preguntó Grove—. Tengo un asunto entre manos y debo marcharme, así que...

—Mira, ya sé que pisamos un terreno delicado, pero teníamos que asegurarnos, ¿vale?, antes de seguir adelante. Bueno, ya sé que no me estoy explicando; pero el padre Carrigan tenía una teoría, de modo que cogimos una muestra de tu sangre en el hospital y la hicimos secuenciar.

Grove agarró el teléfono con tanta fuerza que casi lo partió.

—¿Que vosotros qué? ¿Que habéis hecho qué?

—Ulysses, escúchame. El resultado ha sido idéntico. Tu ADN es exacto al de Keanu. ¿Has oído lo que acabo de decir? ¿Hola?

—¿Q...? ¿Qué?

—Ya sé que parece absurdo, pero una secuencia de ADN nunca miente. El hecho es que eres su descendiente genético.

Grove estaba paralizado.

—¿Su qué?

—Su descendiente genético —chilló la voz—. El descendiente genético de la momia. A eso me refería.

Grove no dijo nada. Una punzada en la cadera hizo que le entraran ganas de gritar.

—Ulysses —prosiguió Okuda—, los dos tenéis el mismo ADN. Y eso me lleva a la teoría del padre Carrigan. ¿Estás preparado para lo que viene?

Grove miraba el suelo, el desorden provocado por sus herramientas de investigación esparcidas por toda la habitación.

Las libretas de espiral yacían allí, con sus crípticos garabatos, su Blackberry estaba rota y abierta igual que un insecto muerto, los guantes de algodón se esparcían por doquier y su cadena de la suerte había rodado hasta un rincón.

La idea, la conexión se estableció de golpe en la mente de Grove como una cadena tirando de una vagoneta en una montaña rusa.

—Perseguía a alguien —murmuró Grove para sí con voz apenas audible mientras seguía contemplando sus efectos personales esparcidos por el suelo.

Oyó que la voz preguntaba:

—¿Qué has dicho?

—Que era un investigador —respondió Ulysses—, igual que yo. Todos lo eran. Las momias, eran todas cazadores de asesinos, igual que yo.

Tras una larga pausa, la voz de Okuda preguntó:

—¿Cómo demonios lo has sabido?

Herencia

La habilidad de Grove para realizar grandes saltos mentales era legendaria entre los miembros del FBI. Su cerebro parecía estar conectado visualmente. Cuando apenas contaba dos meses de edad su madre ya se había fijado en la destreza de su hijo con las formas y los colores. Luego, llegaron las visiones —que no compartió con nadie—, de las que sabía que eran algo más que simples alucinaciones. En el ejército sobresalió en los preceptivos exámenes psicológicos. Su agudeza visual alcanzó su punto álgido a mediados de los años noventa, cuando atrapó a Keith Hunter tras ver una pegatina de Cara Feliz en la pared de un aseo de camioneros. También condujo a las autoridades hasta Anatoly Onoprienko tras ver un anillo de compromiso en el dedo de una prostituta. Nunca había explicado los macabros juegos de sombras que danzaban ante sus ojos en semejantes ocasiones. Nunca había hablado con nadie del FBI acerca de sus visiones. ¿Cómo habría podido? Sin embargo no dejó de utilizarlas. Utilizaba las visiones y las imágenes de sus sueños igual que un matemático las ecuaciones, como los hechiceros manejaban las runas.

De pie en aquel ensangrentado apartamento, contemplando el contenido de su maletín esparcido por el suelo de madera mientras sus heridas le ardían furiosamente, Grove sufrió otra de sus revelaciones visuales.

Todos los cabos sueltos de los pasados meses acudieron a su campo de visión como una animación gráfica de fragmentos de ADN reconstruyéndose a sí mismos, los borrosos desvanecimientos que habían acompañado a cada escena del crimen, la extraña familiaridad con aquella momia de la Edad del Bronce, la recurrente visión de habitar en el cuerpo de un montañero del Neolítico, el inexplicable comportamiento de Richard Ackerman y los delirantes comentarios del excéntrico sacerdote jesuíta. En la penumbra del apartamento, Grove vio los objetos esparcidos transformándose como si estuvieran hechos de cera, metamorfoseándose y adquiriendo la forma de los antiguos artefactos que había visto dispuestos sobre la mesa de análisis del laboratorio Schliemann.

Un bolígrafo se convirtió en una punta de flecha de ónice. Una libreta de espiral se convirtió en un rollo hecho de corteza de abedul. Los guantes de algodón se convirtieron en manojos de hierba seca; la Palm, en una pata de lagarto; y el Magnum 357, en una daga de pedernal. Y al final, en la quietud de la penumbra, Grove vio transformarse el último de los objetos: la vieja cadena de la suerte que Hannah le había regalado, aquel poderoso talismán, se convirtió en un medallón de dientes de sable que colgaba de una tira de cuero, un amuleto prehistórico para ahuyentar al diablo. Un hatillo de «medicina» se había transformado en otro equivalente.

—¡Ulysses! ¡Ulysses! ¿Sigues ahí?

La chillona voz de Okuda resonó en el auricular del móvil. Grove no se movió durante un largo rato. No dijo nada ni desvió la mirada de los objetos del suelo que, de repente, habían alterado su prosaica naturaleza.

—¿Hola? ¿Hola...?

Grove arrojó el móvil contra la pared, y el aparato se estrelló en pedazos que rebotaron hacia el criminalista. Un trozo de plástico se le enredó en el pelo, y se lo quitó con la mano despreciando el dolor de sus extremidades.

Fue hacia el sofá donde había dejado el revólver, se quitó los guantes de látex y los arrojó a un lado. Su cerebro era un volcán. Cogió la pistola y comprobó el tambor. Seis balas. Se la metió en la parte de atrás del cinturón y fue hasta el rincón donde estaba la cadena de la suerte. La recogió y se la metió en un bolsillo. Por último, cogió la carpeta con los diagramas y los mapas de Okuda, se la guardó y fue hasta el teléfono de pared que había cerca de la puerta de la cocina.

Tras envolverse la mano en un pañuelo para no dejar huellas, marcó el número de la policía. Cuando la operadora contestó, Grove habló clara y rápidamente:

—Escuche atentamente porque solo lo diré una vez.

—Señor...

—He dicho que escuche atentamente. Si se pierde algo, use la cinta de transcripciones. De acuerdo, ahora quiero que mande una unidad de la policía, a los forenses y a alguien de la oficina local del FBI...

—Señor, voy a necesitar que...

—Escúcheme o colgaré y me ocuparé de que tenga que enfrentarse a una comisión disciplinaria y perder su trabajo. Lo que le he dicho es que necesito que envíe esas unidades a la siguiente dirección: el 2217 de Madera Drive, en Corte Madera. La puerta estará abierta y se encontrará usted con la escena de un secuestro. ¡Ahora haga su maldito trabajo!

Colgó.

Luego, cruzó el salón como un torbellino, abrió la puerta bruscamente y salió al frío aire marino. Bajó la estrecha escalera, rodeó el coche, abrió la portezuela y se puso al volante. Cambió de posición la pistola de manera que no le presionara el vendaje, puso en marcha el motor, arrancó y se alejó como una bala entre nubes de humos del tubo de escape.

Un observador casual, quizá alguien que espicara a través de las cortinas de un apartamento vecino, al ver a Grove alejarse entre tanto estrépito, habría llegado a la conclusión de que aquel hombre sabía exactamente lo que hacía y adonde debía ir para hacerlo.

CUARTA PARTE

La invocación

En el camino que conduce a ninguna parte he encontrado mi alma.

CORRINE ROOSEVELT ROBINS

Sangre y trementina

Mucho después de que el caso Sun City hubiera pasado a formar parte de las leyendas de las agencias gubernamentales de seguridad (por no mencionar las morbosas páginas de los diarios sensacionalistas), el vuelo de Grove sería objeto de fervientes debates y ampliamente analizado una y otra vez. De todas maneras, la verdad acerca del viaje era mucho más simple de lo que la historia haría creer a la gente.

Lo cierto es que Grove no huyó de la escena del crimen en Corte Madera en ningún sentido además, técnicamente hablando ya no era agente de la ley, y eso hacía que su desaparición fuera problemática para el FBI, para el Departamento de Justicia y para sus representantes legales. En las inevitables demandas civiles que se sucedieron, Tom Geisel declaró bajo juramento que Grove simplemente quería acabar un asunto y que actuaba, como siempre, en condición de asesor. Desde un punto de vista oficial, la naturaleza urgente del viaje fue minimizada, y el retrato que se hizo de él ante los tribunales fue el de una persona metódica y perfeccionista. No se mencionaron para nada sus visiones ni se abordó su relación con la rehén, tampoco se hicieron comentarios acerca de su escasamente ortodoxa presentación ante los máximos responsables del FBI ni del modo en que había llegado a la conclusión de que Ackerman había regresado a Alaska, al parque nacional de Lake Clark, el lugar donde había sido descubierto el Hombre de Hielo.

La verdad es que la realidad de aquellas frenéticas doce horas tras el descubrimiento del ensangrentado apartamento de Maura County —tiempo durante el que Grove consumió un total de ocho pastillas de codeína—, sería difícil de explicar ante un tribunal.

Esa misma tarde, Grove se dirigió al Aeropuerto Internacional de San Francisco; tuvo suerte porque había un vuelo a punto de salir para Anchorage a las siete y cuarto y consiguió convencer al personal del mostrador de que tenía una misión urgente por cuenta del gobierno y que necesitaba que lo dejaran pasar por los controles de seguridad. Había guardado la pistola en su equipaje y mostró una tarjeta del FBI que había encontrado en su cartera. Lo dejaron pasar en el último minuto.

Grove no tenía modo de saber —al menos con un mínimo grado de certeza— si Maura County seguía con vida o si Ackerman se había refugiado en Alaska. Hizo una llamada desde el mostrador de los coches de alquiler en el aeropuerto, y se puso en contacto con un viejo amigo que trabajaba en el cuartel general del FBI; le preguntó si habían recibido algún aviso a través de cualquiera de las oficinas de San Francisco, Portland, Seattle o Anchorage de algo que pudiera recordar a Sun City. Norman Prokorny, su amigo, le informó de que habían tenido docenas de llamadas, puede que cientos, de gente que había visto actitudes sospechosas que podían encajar con Ackerman. No obstante, el comandante Simms y la mayor parte de los oficiales de campo que trabajaban en el noroeste del Pacífico habían descartado casi todos los avisos por considerarlos irrelevantes o simples bromas. Grove preguntó a Prokorny si habían tomado en serio alguna de las llamadas, y este le contestó que solamente dos. Una provenía de un coche patrulla de Oregón que había visto la furgoneta de un pintor cuyo robo había sido denunciado, corriendo a toda velocidad por la autopista 5. Posteriormente, el patrullero había perdido el rastro; pero un poco más tarde el FBI recibió una llamada de la Real Policía Montada del Canadá de la Columbia Británica informando de que un vehículo que respondía a las mismas características se había saltado un control de seguridad en una

carretera de una provincia del norte.

Grove no tardó en triangular la información y convertirla en una flecha luminosa que brillaba en su mente: un secuestro en San Francisco, la denuncia del patrullero en la autopista 5 y el control de carretera de la Columbia Británica trazaban una línea recta hacia Alaska. Pero, incluso sin aquellos testimonios oculares, Grove se habría dirigido de todos modos hacia el norte, hacia la escena del crimen original, porque creía que Alaska era el único lugar en el mundo donde contaba con alguna posibilidad de resolver el caso. Por otra parte, no tenía forma de explicar todo aquello a nadie del FBI sin parecer un orate.

Era dolorosamente consciente de que, al no avisar a los federales, al abandonar la escena del crimen de Corte Madera y al hacer caso de su intuición e iniciar una persecución de miles de kilómetros por su cuenta estaba infringiendo todas las normas habidas y por haber. Pero, al mismo tiempo, contaba con su revelación. Sabía qué había estado haciendo el Hombre de Hielo de Moun Cairn en la ladera de la montaña hacía seis mil años. De hecho, sabía lo que habían estado haciendo todas aquellas momias.

Perseguir asesinos.

Grove había llegado a la conclusión de que todas las momias habían sufrido una emboscada mientras efectuaban la persecución. Puede que el asesino hubiera vuelto sobre sus pasos y los hubiera atacado por la espalda. La postura seguía sin ser concluyente, y Grove no veía mucho sentido en la teoría del padre Carrigan de que aquello constituía una forma de invocación. Sin embargo, no le importaba especialmente. Grove creía que solo tenía una oportunidad para salvar a Maura, una oportunidad para poner punto final al caso. Solo una.

Algo que el Departamento de Responsabilidades del FBI nunca sabría —y tampoco lo: investigadores y periodistas que escribirían sobre el caso en años venideros— era que Grove nunca dudó de su teoría. Nunca se hizo preguntas, ni siquiera mientras estuvo sentado en el pequeño avión de hélice cuyos motores armaban tal estruendo que la única azafata tenía que gritar a pleno pulmón para preguntar si alguien deseaba una bolsa de cacahuets. En ningún momento consideró la posibilidad de estar equivocado.

El vuelo nocturno a Anchorage puede parecer interminable a ojos de los no iniciados. Durante cinco interminables horas el avión turbopropulsado brinca y se agita rumbo noroeste en el oscuro cielo sobre Vancouver; luego, vira al norte por encima de la cordillera costera Cariboo Chilcotin antes de iniciar su descenso en el espacio aéreo de Alaska, sobre las islas Aleutianas.

Sujeto a su asiento, en la parte trasera de la clase Business, Grove apenas notó el paso del tiempo.

Estaba concentrado, estudiando los mapas que Okuda le había preparado, haciendo caso omiso del ardiente dolor del costado y de sus malheridas muñecas, pensando en Maura y rezando para que siguiera con vida.

Maura luchó contra las corrientes de su propio y negro océano, luchando para mantener la cabeza por encima de la superficie, para tomar una bocanada de aire; pero le era muy difícil, mucho; tanto que pensó abandonar, que en lugar de vivir, en lugar de luchar se dejaría ir y se hundiría en las gélidas y vacías profundidades.

Entonces, algún remoto rincón de su mente comprendió que no se hallaba en ningún océano, sino en un vehículo. Lo cierto era que yacía boca abajo en el frío y ondulado suelo de una furgoneta, vestida solamente con su ropa interior, con las manos atadas a la espalda y el cuerpo medio pegado al suelo en un charco de su propia sangre.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra comprendió que se hallaba en el compartimiento de carga de una furgoneta robada que corría a toda velocidad por un paso de montaña con un chiflado al volante. Notó que se hundía cada vez más profundamente en el vacío. Sabía que iba a morir. Una parte de sí se maravillaba del hecho de que hubiera sobrevivido tanto tiempo y de que hubiera permanecido semiinconsciente hasta ese momento. Una parte de sí se preguntaba si su captor sabía exactamente cuánto tiempo iba a aguantar.

Aquel demente parecía tenerlo todo planeado: la forma en que la había sorprendido en su apartamento, cómo la había mantenido atada pero consciente durante todo el proceso, como le había cortado los dedos y el cuero cabelludo sin tocarle las arterias principales para conseguir la sangre para el sacrificio y el modo en que no había dejado de farfullar en todo momento. Se sentía como un cordero preparado para ser degollado.

Maura había reconocido algunas palabras de aquella vieja lengua —el sumerio—, y sabía algo más. Sabía quién era esa criatura y de lo que era capaz. También sabía que probablemente la mataría en un acto ritual. Pero en ese instante, mientras se deslizaba hacia la muerte, uno de sus últimos pensamientos conscientes fue: ¿Por qué ese viaje? ¿Adonde la estaba llevando?

Estaba intentando hallar una respuesta cuando oyó las sirenas.

Al principio le llegaron desde una gran distancia, como en un sueño, y tuvo que esforzarse para escucharlas. Le sonaban casi como una serie de llantos de recién nacidos —lo cual era una tontería, pero eso le parecían—. ¿Acaso estaría imaginándose aquellos sonidos?

Parte de su problema era el shock, y otra parte era el frío. Estaba tiritando, acercándose a las fases iniciales de la hipotermia. Lo único que deseaba era dormir para siempre. No podía oír del todo bien, pero había algo en el movimiento de la furgoneta, el hecho de que cobrara velocidad y se bamboleara violentamente, que le decía que las sirenas eran reales, que eran de verdad y que se acercaban.

Iban a por el chiflado.

Parpadeó, tragó saliva y movió la cabeza, despertándose en el suelo de la furgoneta, animada por el sonido de la vibrante persecución. Podía ver muy poca cosa: las paredes cubiertas de ropa con todo tipo de manchas; los botes de pintura tirados por todas partes, algunos de ellos abiertos y volcados cuyo contenido formaba un arco iris, el disolvente y la trementina mezclándose con su sangre y dibujando un curioso efecto marmóreo en las esquinas del gélido suelo.

La furgoneta tomó una curva muy cerrada, y Maura rodó. La sangre seca se le despegó de la piel y se dio un golpe contra la pared que le hizo ver las estrellas. Tosió mientras le zumbaban los oídos. El vehículo zigzagueaba y derrapaba intentando aparentemente eludir las aullantes sirenas.

Se puso boca arriba y se agarró a un panel lateral. Sentía las manos entumecidas y ennegrecidas por la sangre seca. Intentó no soltarse. El terreno estaba lleno de baches, y el motor rugía mientras la furgoneta se bamboleaba al pasar sobre piedras, troncos o lo que fuera. Las sirenas se fueron apagando.

¿Las habría despistado el conductor? La furgoneta se metió en una curva muy cerrada, y Maura se deslizó hacia las puertas traseras. Luego, el vehículo inició una subida por una fuerte pendiente. Otra curva. Una pendiente aún más pronunciada. ¿Adonde demonios se dirigía aquel loco? Intentó sujetarse al suelo. ¿Adonde la llevaba? Percibió un leve aroma. ¿Abetos? ¿Madera en descomposición? ¿Las montañas? ¿Acaso la estaba llevando a las montañas?

¡Las montañas! ¿Por qué eran tan importantes? No podía recordarlo. No podía respirar. La furgoneta empezó a aminorar su velocidad. Las sirenas habían desaparecido. El silencio se abatió sobre el vehículo mientras reducía las marchas hasta detenerse.

Unos pasos se arrastraron trabajosamente por el exterior dando la vuelta hacia la parte trasera.

Las puertas se abrieron de repente, y cayó al suelo cubierto de nieve. El impacto del gastado asfalto en la piel le envió calambres de dolor por todo el cuerpo. Un grito ahogado escapó de sus labios. Se quedó allí un momento, tiritando en la oscuridad, intentando respirar, con el desnudo cuerpo entumecido y las manos atadas todavía a la espalda. El cielo se veía flanqueado de esqueléticos abetos cuyas ramas parecían brazos suplicantes que se alzaban hacia las nubes. El demente se alzaba ante ella igual que un oscuro y monstruoso golem.

Maura cerró los ojos. Sabía que sus horas estaban a punto de acabar. Iba a ser sacrificada a algún dios esotérico. Su sangre sería el medio; y su cuerpo, el mensaje.

«Qué modo tan apropiado de abandonar este mundo para una periodista científica: que su propia esencia se transmute en un mensaje al más allá.»

En aquellos momentos finales, mientras esperaba la muerte, su mente retrocedió ridículamente a los años de sus fracasos amorosos. Nunca había llegado a nada serio con nadie. ¡Qué patético! El corte de su mejilla le ardió con el helado viento, y pensó en Grove.

Si conectaba con él, sería en la muerte. ¡Muy adecuado! Al menos llevaba su mejor sujetador y sus mejores bragas. Su madre siempre decía que a una nunca debían pillarla muerta en ropa interior de mala calidad. Maura se echó a llorar en la oscuridad y esperó a que la fría cuchilla le sajara de golpe el dolor.

Pero el golpe no llegó.

Abrió los ojos y vio al monstruo de pie, cerca de las abiertas puertas de la furgoneta. Tenía el rostro oculto entre las sombras. Imposible leer en él. Saltó un destello, la chispa amarilla de un mechero de gas, y una llama iluminó el rostro de Ackerman, que hacía muecas de dolor.

Los dientes le brillaban igual que gusanos.

Sostenía una botella medio llena de un líquido amarillento en cuyo cuello ardía un trapo con una llama anaranjada. Parecía un improvisado cóctel Molotov. Lo arrojó hacia atrás. La botella cayó dentro de la furgoneta saturada de pintura, rebotando en el suelo metálico entre charcos de sangre y trementina.

Ackerman dio media vuelta y desapareció entre los árboles. Maura empezó a alejarse arrastrándose por el suelo; había recorrido la mitad de la asfaltada superficie cuando la furgoneta estalló.

La vía de acceso principal al parque nacional Lake Clark se efectúa en avioneta o en embarcaciones pequeñas. La reserva natural es una salvaje extensión, sin caminos, surcada por ríos y llena de lagos, que forma uno de los mayores centros del mundo para la pesca del salmón. Por la noche, cuando uno se acerca por el aire desde Cook Inlet, la montañosa región parece alzarse del suelo igual que un enorme y oscuro templo, y el horizonte parece hundir el irregular perfil de las montañas en un mar de vaporosas nubes.

Volando en el asiento del pasajero de un pequeño Piper Cub al que le habían instalado flotadores y que había contratado hacía poco en la estación de los *rangers* de Mount Redoubt, Ulysses Grove fue el primero en ver el incongruente punto de luz en medio de la negra alfombra que era el suelo.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó a voz en cuello para hacerse oír por encima del ruido del motor.

—¿Qué? —repuso el piloto, un tipo enjuto y de rostro atezado que vestía un mono gris, chaleco de plumón y gafas amarillas; era ayudante de la policía del parque.

—¡Allí! ¡Allí abajo!

Grove señaló el brote de luz amarilla que parpadeaba en la oscuridad de los árboles, y el avión se inclinó ligeramente cuando el piloto miró por la ventanilla el paisaje que se extendía cien metros por debajo de ellos. No había duda de que algo ardía en la oscuridad, cerca de la punta noroeste de Bristol Bay.

—¡Parece un maldito incendio! —gritó el piloto, tirando de la palanca y haciendo que el avión virara hacia el norte—. ¡Hace al menos cincuenta años que no teníamos uno!

—¿Sabría decirme dónde está?

—Yo diría que por la estación de los *rangers* de Mount Cairn —repuso el piloto encogiéndose de hombros.

Grove asintió.

La escena del crimen.

Respirando lenta y profundamente, el criminalista se concentró en su interior.

Un Pequeño trozo del infierno

Grove preguntó al piloto si podía aterrizar en algún lugar cercano al incendio.

El hombre levantó la mano, apretó un botón en el salpicadero del techo, y se abrió una tapa donde había un mapa plastificado del parque.

—El lago Bristol está bastante cerca.

—Pues vamos allá.

El piloto miró por la ventanilla.

—Ahí abajo no hay mucho sitio.

—Da igual. Vamos allá.

El piloto suspiró, se pasó la mano por la cara y empujó la palanca. El avión descendió de inmediato.

Grove notó que el asiento se le escapaba de debajo de las piernas y vio que el horizonte se inclinaba mientras el motor rugía y él se aplastaba contra la portezuela. Se sujetó instintivamente. Los músculos le ardían. El estómago le dio un vuelco, y sintió náuseas.

Los árboles se alzaron hacia ellos, abriéndose y revelando el ramal norte de Lake Clark. El agua se fue acercando cada vez más. Parecía una lámina de negro cristal que reflejara las irregulares sombras de las Chigmits, al sur y al oeste. Y aquel estallido de luz amarilla que destacaba en un campo de negrura se reflejaba en el lago igual que una lengua de fuego de veinte metros que lamiera obscenamente el cielo.

El agua ascendió hacia la panza del avión hasta que... ¡Bang!

Los flotadores rozaron la superficie, la cabina se estremeció y toda la avioneta vibró. Grove apretó los dientes. El motor protestó mientras el piloto sujetaba con firmeza la palanca de mando para evitar que el aparato culebrea y acabara chocando con alguna roca medio sumergida. Hicieron falta varios minutos para detener la avioneta.

Cuando el motor se detuvo, un tremendo silencio se abatió sobre el aparato.

—Señor—dijo el piloto, que bajó de su asiento y cogió un remo—, si no le importa quedarse donde está durante un momento, yo me ocuparé de llevarlo hasta el muelle.

Grove empleó aquel rato para prepararse. El vendaje compresivo que llevaba bajo la chaqueta era muy rígido. Sus enguantadas manos estaban heladas, de modo que las flexionó. Llevaba los documentos doblados en el bolsillo interior, y su mente estaba llena de impresiones fragmentarias que intentó ordenar. Se concentró. «Ese fuego es para ti, viejo idiota, así que no la pifies. Tienes una oportunidad de acabar con todo esto, de modo que será mejor que la aproveches.»

El avión se ladeó cuando el piloto se situó encima del flotador y remó hasta llevarlo a tierra. Al cabo de un momento hubo una leve colisión, y Grove oyó la voz del piloto que le decía algo sobre esperar una escolta y al jefe de la oficina de Anchorage.

Grove salió de la avioneta y subió al viejo embarcadero. Le acometió un mareo, y lo combatió mientras se aferraba a uno de los pilares de la estructura. La oscuridad era enorme, el cielo era enorme. El gélido viento lo abofeteó, y Grove se abotonó hasta arriba y se subió el cuello de la

gabardina. El bulto del Magnum 357 sobre su lesionada cadera le resultó reconfortante.

—¡Perdone, señor! ¿Adonde va? —dijo el piloto al verlo alejarse—. ¡Señor! ¡Señor!

Grove ya estaba cruzando el aparcamiento de gravilla que había al lado del embarcadero. Podía distinguir el amarillo resplandor del fuego a través de los árboles, puede que a menos de quinientos metros. El corazón le latió con fuerza.

El piloto volvió a llamarlo, pero Grove hizo caso omiso y siguió adelante, cojeando. En la esquina noroeste del aparcamiento encontró un camino de acceso y se internó por él usando como guía el resplandor que destacaba contra el cielo.

Contemplar un lugar sobre el que solo se ha leído puede resultar desconcertante, pero también puede ser una revelación. Grove había estudiado el diario de la *ranger*, los archivos de la policía, el informe del detective Pinsky y los documentos del laboratorio. Todos describían el arranque del sendero de Mount Cairn donde los Ackerman se habían presentado con los restos del Hombre de Hielo de manera parecida: un precioso y silvestre camino situado en el lindero del bosque con la pequeña cabaña de troncos de los *rangers* y un mirador con una preciosa vista de las nevadas cumbres que se alzaban al norte.

Sin embargo, lo que Grove halló aquella noche cuando dobló el recodo de la pavimentada carretera no fue nada parecido. Una vieja furgoneta ardía, arrojando nubes de negro y denso humo por sus abiertas puertas traseras. Al menos media docena de vehículos de emergencia se amontonaban en el claro, con las luces centelleando. El aire apestaba a gases tóxicos y estaba teñido con el resplandor púrpura de las luces. Parecía un feo fragmento del mismísimo infierno.

Grove vio principalmente policía del parque, patrulleros del estado y técnicos forenses locales corriendo de un lado a otro, gritándose entre ellos. Probablemente la gente del FBI todavía no había llegado porque no había calculado aún la gravedad de la situación. De todas maneras, Grove estaba seguro de que Geisel y su gente se hallaban en camino. A juzgar por la situación del fuego —las llamas rugían con furia, y el humo ya se extendía por buena parte del parque—, los federales no tardarían en llegar.

Fue entonces cuando Grove divisó la ambulancia que había al otro lado del claro.

El corazón le dio un vuelco. Las luces de dentro estaban encendidas, y dos enfermeros atendían un paciente que se hallaba en una camilla.

—¡FBI! —gritó con voz ronca mientras caminaba como podía entre el caos mostrando su caducada tarjeta de investigador a todos aquellos que mostraban algún interés. Curiosamente, nadie pareció intrigado o sorprendido por su presencia.

Cuando llegó a la ambulancia, se asomó dentro y se encontró con un enfermero —un fornido hispano con el uniforme manchado— que se ocupaba de atender a Maura County.

—Vamos, señorita, vamos —le murmuraba mientras le masajeara rítmicamente el corazón. Luego, se inclinó hacia ella y le hizo nuevamente el boca a boca.

—¡Oh, Dios mío!

Grove se quedó allí, al lado de la puerta, ajeno al hecho de haber hablado, contemplando las heridas de Maura. Más del setenta por ciento de su cuerpo parcialmente desnudo estaba vendado, y la mayor parte de las gasas se veían manchadas de sangre. El enfermero siguió con el masaje. «Uno, dos, tres. Vamos, señorita, vamos.» Grove apartó la vista, sobrecogido por la emoción.

Entonces, rezó.

Rezó a un oscuro dios que era una combinación de su herencia africana y su particular visión del cosmos. De hecho, hasta ese momento, Grove no había tenido conciencia de que en su mente

hubiera un rincón para la existencia de Dios. Sin embargo, había surgido de las negras sombras de su subconsciente.

El sonido de unas toses lo sacó del ensimismamiento de sus oraciones, y levantó la mirada.

Maura se movía. Estaba viva. Su cuerpo se agitaba, y jadeó en busca de aire. El enfermero le administró una inyección y le palpó el cuello. Luego, asintió a su compañero.

—¡La hemos recuperado! ¡La hemos recuperado, tío!

Grove abrió las puertas de par en par.

—¡Eh! ¿Qué hace? —gritó el otro enfermero cuando lo vio subir a la ambulancia—. ¿Quié demonios es usted?

Grove se agachó y pasó frente al enfermero, tirando por poco varios gota a gota. Rodeó a Maura con los brazos y le apoyó la frente en el hombro. Los enfermeros intentaron apartarlo, pero él se resistió. La piel de Maura estaba fría y olía a alcohol y a yodo. Su respiración se había estabilizado. Iba a salvarse.

La voz de Grove sonó casi inaudible.

—Lo siento, lo siento. No sabes cuánto lo siento...

Al final, los enfermeros lograron separarlo y lo sacaron de la ambulancia. El fornido mexicano se quedó con Maura mientras que el otro, un joven de cabellos rubios cortados casi al cero, intentaba enterarse de lo que ocurría con Grove.

—Señor, tengo que pedirle que se identifique. Necesito saber quién es usted.

—FBI.

—Sí, claro. Mire...

—Soy el agente Ulysses Grove, de la Unidad de Ciencias del Comportamiento. —Las lágrimas de su rostro se habían secado bajo el gélido viento—. Por favor, vaya; vaya y ocúpese de ella.

—Bueno, está bien.

Grove se retiró. El enfermero dejó escapar un suspiro, se encogió de hombros y volvió al interior de la ambulancia. El criminalista dio media vuelta y se alejó con paso vacilante. Luego, se detuvo y se quedó de pie ante los humeantes restos de la furgoneta. Le ardía la garganta, y tenía los dientes apretados. Los demás policías estaban demasiado ocupados para fijarse o para que les importara que aquel extraño sujeto que decía ser del FBI estuviera allí en medio, contemplando la furgoneta ardiendo, embobado.

Grove miró por encima del hombro la cabaña de los *rangers*, a unos veinte metros de distancia. Se levantaba bajo una bóveda de píceas, enterrada en las sombras, mientras las llamas se reflejaban en sus ventanas. Grove respiró profundamente. La vacía cabaña lo esperaba. La montaña lo esperaba.

Sabía lo que tenía que hacer.

La cabaña estaba cerrada con un viejo candado Yale forjado. Grove había estudiado técnicas de penetración en Quantico y, al igual que la mayoría de los agentes, tenía las mismas habilidades que un refinado ladrón. El candado no le duró ni diez segundos. Entró y se puso a buscar dos cosas en los mal ventilados confines de la cabaña. Encontró ambas. Primero, necesitaba un mapa de los caminos de la ladera sur de Mount Cairn. Encontró uno bajo el inacabado mostrador de madera que daba a la puerta. Arrancó la hoja del mapa que necesitaba y se la guardó en el bolsillo trasero.

Un sonido procedente del exterior lo sobresaltó. Una de las sirenas aulló brevemente. La ambulancia se marchaba llevándose a Maura.

Gracias a Dios.

Grove registró la cabaña en busca del segundo elemento que necesitaba, algo que ponerse para

salir a la montaña, botas, un jersey, un plumón. Lo que fuera.

Una vez más, tuvo suerte. De los tres sujetos que trabajaban normalmente en la estación del sendero de Mount Cairn —Grove vio sus nombres en el mostrador—, dos eran mujeres; y el otro, hombre. Según parecía, ese *ranger* era un gandul.

Debajo de su escritorio situado en la parte de atrás, Grove encontró un montón de ejemplares de la revista *Maxim* y una bolsa de gimnasia. Grove la abrió con manos temblorosas. Dentro había un par de gastadas botas de montaña. Estaban medio peladas y sucias y eran demasiado pequeñas, pero Grove se las arregló para meter en ellas sus doloridos pies. También había un sucio chaleco de plumón y un gran chaquetón con capucha y la insignia de los *rangers* del parque en la espalda. En el fondo de la bolsa encontró también un rollo de cuerda de escalar y otras herramientas para el alpinismo: un piolet, crampones y clavos para las botas.

Grove se cambió rápidamente desechando su ropa de Armani mientras las voces y las luces seguían destellando y sonando en el caos del aparcamiento. La manos le temblaban todavía cuando comprobó su revólver. Le quedaban doce balas: seis en el tambor y otras seis en el cargador rápido.

Tardó mucho más de lo normal en abrocharse las botas y el chaleco. Sus dedos se negaban a cooperar. El frío y los puntos de las heridas colaboraban para que no los sintiera. Cuando lo hubo conseguido, se guardó la pistola en la parte de atrás del cinturón, aseguró el cargador, se abrochó el abrigo y se encasquetó una gorra de los *rangers*. Luego, se aseguró de tener a mano y a buen recaudo el mapa y el diagrama que le había preparado Okuda. Su cadena de la suerte de Sherlock Holmes le abultaba en el bolsillo del pantalón.

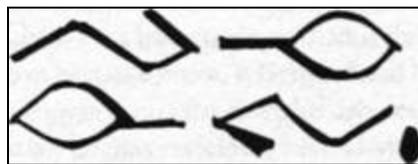
Se dirigió a la puerta, pero vaciló un momento, deteniéndose en la oscuridad. Sacó uno de los mapas y lo examinó.

Volvió al escritorio. Había un gran papel secante lleno de garabatos y una taza con lápices, bolígrafos y rotuladores. Grove cogió uno de los rotuladores, se arrodilló y pensó en el Hombre de Hielo mientras extendía en el suelo el mapa de Mount Cairn trazado por Okuda.

¿Con qué horrores se habría tropezado el pequeño chamán, hacía seis mil años, en el glaciar?

Contempló el mapa de Okuda. El joven asiático había marcado sin darse cuenta una esquina con uno de sus garabatos: las familiares formas redondeadas de los tatuajes del Hombre de Hielo.

Grove se levantó la pernera derecha del pantalón y dejó al descubierto una zona de piel. Después y con cuidado, dibujó cuidadosamente con el rotulador aquellos mismos símbolos en su pierna, en la misma posición que las marcas de la momia:



Cuando hubo acabado, tiró el rotulador, se bajó la pernera, se puso en pie y se encaminó hacia la puerta. Allí se detuvo un instante entre las sombras.

«Protégenos mientras nosotros los protegemos a ellos.»

Acto seguido, se deslizó fuera de la cabaña.

El frío, el ruido y las oscilantes luces asaltaron sus sentidos. Tragó saliva y se escabulló, cojeando pero velozmente, hacia el linde de los árboles.

Nadie lo vio desaparecer entre la masa de abedules y abetos, hacia el norte. Nadie lo vio dar un rodeo en dirección al sendero situado al otro extremo de donde se hallaba la llameante furgoneta.

A salvo entre las sombras, más allá del alcance de los destellos azules, encontró la pequeña

bandera roja prendida en el poste que indicaba el comienzo del sendero que ascendía a la cima.
Pasó ante ella y comenzó a subir por la ladera.

El ojo de la cerradura

El primer tramo del camino hacia la cima de Mount Cairn serpentea a través de un denso bosque de píceas. En la profundidad de la noche, esos bosques son de una oscuridad impenetrable, y caminar por los senderos a esas horas está estrictamente prohibido.

Tras casi cuarenta y cinco minutos de marcha y teniendo en cuenta sus heridas, Grove caminaba con ritmo constante a través de la gélida oscuridad, exhalando nubéculas de vapor.

El ruido de sus botas sobre la capa de nieve despertaba ecos en el silencio. Para tratarse de mediados de mayo, el terreno seguía con bastante nieve, y Grove deseó haber tenido una linterna mientras caminaba entre los árboles. Ante él parecía que existían huellas recientes, pero el viento las había desdibujado y apenas podía verlas.

A falta de camino visible, las pequeñas banderas rojas que sobresalían por encima de la nieve eran las únicas indicaciones que señalaban la senda.

Los jadeos le retumbaban en los oídos con la fuerza del trueno. Le dolía el costado, y el pecho le palpitaba. Notaba el latido de la sangre en las heridas. La altitud estaba empezando a afectarlo. Sentía que la cabeza le daba vueltas, y la respiración se le hacía trabajosa.

«Piensa en Maura, destrozada y ensangrentada; piensa en las víctimas inocentes, piensa en Zorn. Haz que la furia trabaje a tu favor.»

Esperaba que en cualquier momento una flecha surgiera de la oscuridad. Metió la mano bajo el abrigo y halló la culata del revólver. Sin aminorar el paso, desenfundó el arma, la sacó y la mantuvo pegada a su costado mientras seguía caminando.

Por alguna razón que no comprendía del todo se vio pensando en el enloquecido discurso que el padre Carrigan les había soltado en el hotel Nikko. ¿Qué había dicho el anciano sobre la posición en la que habían muerto todas las momias?

«Es un gesto de absorción... Una invocación... La llamada a un espíritu para que venga a ocupar un cuerpo físico y terrenal.»

Solo, en aquella montaña dejada de la mano de Dios, Grove se sentía como si estuviera haciendo exactamente eso: intentando atraer a un loco; intentando invocar a un hijo de puta para que saliera de su escondrijo; siguiendo con él una trayectoria convergente en la oscuridad que se acabarían entrecruzando —una, antigua; la otra, moderna— como dos cadenas idénticas de ADN.

En la oscuridad, ante él, apareció otra pequeña bandera roja. Grove se acercó y se detuvo. La nieve se había hecho más profunda. En esos momentos, le llegaba a los corvejones y convertía cada paso en un duro trabajo. Tenía los pies entumecidos. El bosque era menos denso, y el aire se había enrarecido. Le faltaba la respiración. Alzó la mirada y vio el caos de estrellas en el firmamento, brillantes e impasibles como la bóveda de un planetario.

Tenía la sensación de estar a punto de abandonar la atmósfera de la tierra y de adentrarse en el espacio profundo. Intentó recobrar el aliento. Intentó concentrarse. Las heridas le latían dolorosamente. Sacó los dos mapas y los estudió en la etérea y plateada claridad.

Sus manos temblaron mientras procuraba distinguir las líneas negras de las azules que surcaban el amarillo papel de vitela. Comparando ambas rutas —la que los Ackerman habían tomado y la que

los arqueólogos habían reconstruido para el Hombre de Hielo— Grove llegó a la conclusión de que se estaba acercando al punto en que ambos caminos se encontraban. El lugar donde había sido enterrado el Hombre de Hielo. Sintió cosquillas en la pierna bajo el pantalón, allí donde la tinta del rotulador se había secado. «Protégenos mientras nosotros los protegemos.»

Un ruido lo sobresaltó.

El mapa cayó al suelo, y Grove alzó la pistola instintivamente, como propulsado por un resorte, sujetándola con ambas manos, con los ojos muy abiertos y convertidos en brillantes medallones en la oscuridad. Algo se había movido a unos diez metros de distancia. Grove apuntó.

Algo que podía ser piel cruzó las sombras, y Grove disparó tres veces en rápida sucesión. El cañón escupió tres fognazos mientras el retroceso del arma sacudía las destrozadas manos del criminalista. Las balas perforaron el follaje como si desgarraran papel.

Luego, silencio.

Con los oídos pitándole en el subsiguiente silencio, Grove se las arregló para seguir avanzando a través de la nieve hasta el claro que tenía delante con la pistola todavía levantada y caliente entre sus helados dedos. Había visto brevemente algo rodando por el suelo entre fognazo y fognazo.

Algo se agitó entre las sombras, a su izquierda. Contempló la blanca superficie de la nieve y vio el animal aunque su mente tardó unos segundos en asimilarlo. Lo miró y lo miró mientras su aliento formaba nubéculas de vapor. La cosa le devolvió la mirada con el shock reflejado en sus ojos como cuentas.

El pájaro, que se agitaba en estertores de muerte y se ahogaba en su propia sangre, era enorme. Tenía las plumas grises y moteadas. Grove lo reconoció por los folletos del parque: una perdiz ártica. Había muchas en el parque. Grove tuvo la sensación de que el pecho le iba a estallar. Se quitó los guantes para tener mejor tacto en el gatillo.

Estaba apuntando al cráneo de la desdichada criatura cuando oyó otro ruido.

Provenía de los vastos campos helados de lo alto, más allá del linde de los árboles; de la blanca tundra donde la enrarecida atmósfera mataba los árboles y deformaba los matorrales hasta convertirlos en abominaciones que asomaban entre la nieve. Llegó entre el viento igual que un susurro. Los genitales de Grove se encogieron, y el vello del cuerpo se le erizó igual que viruta de hierro en un campo magnético.

Alguien lo había llamado por su nombre con voz de ultratumba. Una voz sin tono ni humanidad, áspera como el chisporroteo del azufre de la cabeza de una cerilla.

—¡Ulyyyssesssss!

Grove se tragó su miedo y empezó a remontar la pendiente nevada. La luna brillaba a través de las ramas, cada vez más escasas. Sus botas se hundían en la nieve entre crujidos. Al cabo de poco vio el linde de los árboles, abriéndose ante él como un arco de unas antiguas y blancas ruinas.

La guía del parque lo llama el «ojo de la cerradura», y es un claro formado por abetos marchitos y raquíticas píceas. Para los excursionistas aquellos claros son la antesala de las alturas alpinas y donde se establecen los campamentos base para las escaladas técnicas.

Cuando Grove llegó al claro y tuvo su primer atisbo del helado campo iluminado por la luna, su corazón casi se detuvo. El satélite bañaba el glaciar igual que un reflector, revelando un desconocido paisaje de cráteres blancos y dunas. Anteriores visitantes habían alabado la belleza de aquellas vistas. Hacia el norte, se elevaba la negra torre de granito que era la cima de Mount Cairn.

Un delicado rastro de pisadas se perdía en la distancia como puntos de sutura en la nieve.

Grove dio un respingo y volvió a levantar la pistola.

Lejos, a un centenar de metros, donde las huellas terminaban, justo en el mismo lugar donde la

momia había sido encontrada el año anterior, estaba Ackerman, con la nieve por encima de los tobillos. Con el rostro medio oculto por la capucha de nailon, no era más que una silueta que lo miraba mientras sostenía el arco de caza en una mano y una flecha en la otra.

Desde aquella distancia, lo único que se podía apreciar dentro de la capucha eran los dientes amarillos.

La trampa

«¡Vamos, vamos, idiota! ¡Dispárale! ¡Por amor de Dios, dispara! ¡Tienes tres oportunidades! ¡La mira está ajustada para una distancia de cien metros o más! ¡Vamos! ¡Vamos!»

Grove apuntó.

«¡Vamos, vamos, vamos!»

Disparó una vez. Dos.

«¡Mierda!»

Los fogonazos relampaguearon en los ojos de Grove y el estruendo hizo vibrar el delicado aire de la noche. En la distancia, sobresaltado por el ruido, Ackerman dio un respingo. Luego se volvió y se alejó a grandes zancadas, ayudándose con sus descarnados brazos mientras se abría paso por la nieve hacia un enorme afloramiento rocoso que había hacia el este.

«¡No le he dado! ¡Maldita sea, no le he dado!»

Grove se lanzó hacia el claro, sin dejar de sujetar la pistola con sus insensibles y heladas manos. Jadeaba y gritaba para sus adentros.

«¡No lo dejes escapar! ¡Ahora no! ¡Con lo cerca que estaba, no!»

Fijó la vista en la silueta que huía en la distancia. El viento aullaba en el valle. En algún lugar, hacia el sur, un halcón gritó.

Mientras se lanzaba a través del campo de hielo tan deprisa como sus débiles piernas le permitían, Grove notó que la vastedad del espacio se abría ante él igual que un desolado planeta.

La llaman «la pista del glaciar Chikilna», y es una inmensa pendiente con la anchura y longitud de cinco campos de fútbol, bordeada a ambos lados por barrancos y abruptos precipicios de roca cubiertos de hielo. Los bordes pueden ser traicioneros. Grandes planicies de nieve se extienden como olas congeladas en pleno movimiento sobre profundas grietas. Uno puede perder pie sin previo aviso, y por todas partes pueden aparecer pozos de nieve causados por cambios en la dirección del viento.

Ackerman había desaparecido tras un contrafuerte de roca, doscientos metros más adelante.

Grove se apresuró a ir hacia allí. Estaba demasiado oscuro para que pudiera ver lo que había más allá de aquellos peñascos, sin embargo, la claridad que precedía al amanecer se reflejaba en la nieve y producía una especie de resplandor púrpura. La mente de Grove luchaba contra el pánico mientras escrutaba el horizonte en busca de cualquier rastro del asesino.

«Me queda una bala en el tambor. Una bala en el tambor y seis en el cargador del cinturón.»

Su gorra de *ranger* salió volando empujada por el viento. La cadera le dolía y le daba alfilerazos mientras se acercaba a las piedras y se hundía más profundamente en la nieve. Notaba las piernas como si le pesaran una tonelada, como si una pesadilla lo estuviera obligando a moverse a cámara lenta mientras avanzaba.

De repente, su mente le ofreció un fragmento de una visión, una memoria genética, la del asalto de otro cazador en una montaña, miles de años atrás.

El viento serpentea por entre el oscuro pasillo que forman los esqueléticos árboles. Sopla alrededor del chamán igual que una bruja aullándole al oído. Este da un paso cada vez,

hundiendo sus botas rellenas de hierba seca en la nieve, hasta las rodillas. Tiene los pies entumecidos, y apenas puede verse las manos ante el rostro a medida que trepa por la grieta del glaciar. Casi ha llegado. Debe seguir, debe...

Un ruido sacó a Grove de su ensoñación.

Sonaba como un gañido o un grito sofocado perforando la oscuridad en algún lugar tras las rocas. Grove se lanzó al suelo de inmediato. Aterrizó sobre manos y rodillas en treinta centímetros de nieve, llenándose la boca de hielo, arrancándose más puntos de sutura y provocando que su campo de visión se llenara de estrellas.

La pistola se le disparó.

El estampido, amortiguado por la nieve, le restalló en los tímpanos; y la bala rebotó en una roca cercana arrancándole un fragmento de hielo. El sonido retumbó en la distancia despertando ecos fantasmales.

La mano de Grove, enterrada en la nieve y completamente entumecida, seguía aferrada a la culata de la pistola.

Se arrastró hasta un peñasco y quitó la nieve del cañón del arma. Con el corazón latiéndole a toda velocidad, abrió el revólver, y el humo salió flotando de la recámara. Arrojó los casquillos, y las cápsulas de latón cayeron en la nieve. Se metió la mano en el abrigo, localizó el cargador, lo sacó y lo encajó en el barrilete. Algo no funcionaba. ¿Encasquillado? ¡No! ¡El cargador estaba congelado! ¡Congelado! ¡Y las balas estaban pegadas como con cola!

Otro ruido. Grove se dio la vuelta bruscamente. ¡No tenía munición! ¡Estaba indefenso indefenso!

Se incorporó hasta quedar agachado.

«¡Piensa! ¡Piensa!» Rodeó el peñasco. «¡Piensa!»

A pesar del pulso desbocado y los ojos irritados por el viento, trazó un plan.

«Arroja algo al otro lado del peñasco. Luego, trepa por encima y sorpréndelo.»

Grove se arrastró tan silenciosamente como pudo alrededor de la roca y se detuvo, respirando pesadamente. Entonces, con toda la fuerza que pudo reunir, arrojó la inutilizada pistola hacia el borde del nevado llano, a unos treinta metros hacia el norte.

El arma produjo un sonido metálico al golpear contra las piedras.

Moviéndose con todo el sigilo posible, Grove trepó por el contrafuerte y enseguida buscó la purpúrea sombra de Ackerman.

«¿Dónde demonios está? ¿Dónde demonios está?»

Grove siguió arrastrándose sobre manos y pies, buscando, buscando hasta que de repente se oyó un crujido y notó que la roca cedía bajo él igual que una enorme trampa.

Ocurrió todo de repente: dio una voltereta cuando su rodilla derecha rompió la capa de nieve y la repisa cedió por un lado. Bruscamente, Grove se vio deslizándose hacia atrás, hacia el precipicio, patinando sin control. Gritando y resbalando.

Arañando el hielo e intentando aferrarse. Hasta que resbaló por el borde.

Negra eternidad

En el último momento, las ensangrentadas uñas de Grove se hundieron en una grieta igual que garfios. Su cuerpo rebotó, resbaló por el borde del precipicio y se quedó colgado, colgado sobre el vacío mientras sus helados y agarrotados dedos se aferraban a la fisura.

«¡No mires abajo! ¡Maldita sea, no mires abajo!»

Miró hacia abajo.

El precipicio se hundía bajo él en una negra eternidad, millones de años de corrientes y flujos glaciales, una negra e infinita boca ansiosa por devorarlo.

El viento le azotó la espalda. Intentó levantar su cuerpo por encima del borde, pero sus heridas no se lo permitieron. El dolor le desgarraba la pelvis, las costillas y la cabeza. Su cuerpo colgaba de la montaña igual que un peso muerto.

Nadie supo cuánto tiempo estuvo colgando, solo, entre las ráfagas de aquel helado abismo. Pudo haber sido únicamente un minuto o pudo haber sido mucho más. Grove nunca llegó a saberlo. En aquel gélido e implacable viento, el tiempo parecía encallado igual que un reloj averiado.

Sabía que iba a morir. Aun así, no podía evitar la sensación de que todavía le quedaba una tarea por realizar. Un último asunto pendiente.

Colgando allí de sus congelados y entumecidos dedos, Grove volvió a escuchar la dulce canción de cuna de su madre. La plegaria se repitió en su traumatizado cerebro una y otra vez como un sueño enfebrecido que seguía el ritmo de su jadeante respiración:

Ndeya no mwana wandi munshila ha mpapula Munshila ba mpapaula Iye, Iye, Iye yangu umwanaa wandi Yangu umwana wandi mushila ba mpapula.

(No es bueno estar solo en este mundo.

Madre, llévame.

Yo te llevaré algún día

del mismo modo en que un cocodrilo lleva a sus crías en el lomo.)

Las lágrimas le abrasaron los ojos. Estaba a punto de abandonar cuando vio dos cosas casi simultáneamente que hicieron que siguiera agarrado.

El amanecer había llegado.

Los primeros rayos de brillante y limpia luz alpina rasgaron la penumbra y pintaron la ladera de la montaña con violentos brochazos rojo anaranjados. Los dentados peñascos de roca que lo rodeaban se tornaron luminosos, y los cristales de hielo reflejaron la luz como chispas de plata.

Entonces, en aquel anuncio de una nueva mañana, una encapuchada sombra se deslizó por la rocosa superficie de la ladera este. Era alta y desgarrada, y surgió de entre unas peñas, por encima de Grove. Una flecha sobresalía del arco que empuñaba, una flecha que apuntaba directamente a la nuca del criminalista.

—¡Ha llegado tu hora!

Apenas audibles por encima de las ráfagas de viento, aquellas palabras llegaron a los oídos de Grove como el tañido de una compasiva melodía. La revelación lo estremeció. «Es tu hora.» Tres sencillas palabras pronunciadas en aquel viscoso y primitivo siseo. Tres palabras que resonaron en la mente de Grove despejando todas las dudas: la bestia lo había burlado hasta conducirlo a aquel precipicio, a aquel funesto destino, igual que había burlado a tantos otros perseguidores a lo largo de los milenios.

Aquella idea consiguió casi que cayera al vacío. A pesar de todo, se sostuvo un instante más, el tiempo suficiente para volver la cabeza y contemplar el rostro de absoluta devastación que se asomaba por encima del saliente rocoso.

En la naciente claridad el rostro de Ackerman se hizo parcialmente visible bajo la capucha. Un mentón puntiagudo, un pico lleno de úlceras a modo de nariz y solo un ojo visible relampagueante de energía demoníaca. El rostro tenía el aspecto de llevar muerto mucho tiempo, seguramente víctima de un ataque al corazón, y su color era el de la ceniza negra.

—¡Es tu hora! —siseó el monstruo mientras tensaba la flecha en el arco.

Grove cerró los ojos.

Se oyó el ulular del viento y acto seguido el de la cuerda del arco al destensarse. Grove sintió un dolor atroz y desgarrador justo encima del omóplato derecho. Era tan feroz como el mordisco de un perro rabioso, y estuvo a punto de hacerle caer al vacío. A pesar de todo, Grove aguantó, aguantó con todas las fuerzas que le quedaban, con los dedos soldados a la grieta. El dolor le recorrió el costado, atravesándole las entrañas igual que un atizador al rojo vivo justo cuando otro sonido desvió su atención a la izquierda.

Tuvo un atisbo de la flecha cayendo al vacío, llevada por el viento, dando vueltas y vueltas en las corrientes y desvaneciéndose finalmente en una nubécula de blanca nieve. ¡El viento! ¡Gracias a Dios, el viento había desviado la flecha y conseguido que solo lo rozara!

Un grito gutural surgió de lo alto. Grove intentó mirar, pero sus dedos resbalaron justo en ese momento.

—¡Aaahhh!

Rebotó contra la roca y se quedó colgando de una sola mano, ¡una única, débil y entumecida mano! Jadeando en busca de aire, mientras el vértigo lo asfixiaba, con el corazón desbocado y la vista borrosa, intentó mirar hacia arriba. El tiempo se le acababa. Los congelados dedos empezaban a ceder.

La cosa que en otro tiempo había sido Richard Ackerman, y que en esos momentos se hallaba a escasos centímetros de distancia, se inclinó sobre el borde del precipicio y cogió un segundo proyectil. Su rostro resultaba claramente visible en la pálida claridad. Pero ya no era un rostro, sino la abominación de uno; se parecía más a una carnosa efigie deformada por el diablo, con los ojos hundidos como calabazas putrefactas, y las pupilas reluciendo de un amarillo fosforescente, fruto de alguna voluntad parásita e inextricable.

Grove miró a Ackerman, miró a través de sus ojos humanos directamente a los ojos del demonio, al abismo; y el abismo le devolvió la mirada. Grove consiguió alzar su mano libre, y la postura y colocación que adoptó se pareció considerablemente a la posición en que habían sido descubiertas todas las víctimas: con una mano levantada hacia el cielo. La invocación.

El demonio se detuvo, ladeando su deforme cabeza, confuso. ¿Qué era aquello?

Grove le tendía una helada y temblorosa mano, suplicando que lo ayudara. ¡El gran perseguidor rogando por su vida! El demonio saboreó los últimos pensamientos del criminalista.

«Por favor, no me dejes caer. Tomaré tu mano. Por favor. Tomaré tu mano y me rendiré a ella si

me ayudas.»

La cosa que había sido Richard Ackerman sonrió. A continuación, tendió una larga y descarnada mano hacia el abismo.

Grove recurrió a sus últimas reservas de energía y aferró la mano del diablo.

La abertura

—¡Ven a mí! —gritó Grove con su último aliento, y, de repente, el demonio se envaró como una marioneta cargada con millones de voltios de electricidad. La deformada boca se abrió flojamente unos momentos, convirtiéndose en unas fauces de imposibles dimensiones, y dejó escapar un infernal aullido que estremeció el glaciar como una carga de profundidad. Luego, la negra entidad penetró en Grove.

En ese único y terrible instante, casi nada de la transferencia fue visible a los ojos humanos.

La única prueba externa de la absorción fue un cambio espontáneo en Grove y Ackerman, como si los dos se hallaran a ambos lados de una gran balanza: Ackerman se derrumbó, y Grove se hinchó igual que un globo que flotara en el aire mientras sus manos seguían entrelazadas en una paralizada simbiosis.

La cosa que había entrado en Grove era una bestia negra y ponzoñosa. Grove se convulsionó. Tenía la impresión de que un segundo esqueleto cuyos huesos estaban hechos de obsidiana y cuya médula provenía directamente de los infiernos se desplegaba en su interior. Su mente se estremeció con confusos soliloquios, balbuceos en lengua sumeria, horribles imágenes que surgían y parpadeaban —siglos de asesinatos, crueldades incesantes, ríos de sangre humana que inundaban la tierra en oleadas carmesíes que rompían contra las débiles murallas de los hombres.

Fue entonces cuando Grove jugó su carta final.

Se soltó.

Cayó a plomo casi cien metros, agitando brazos y piernas, con su cuerpo preso de convulsiones en plena caída libre como si fuera un insecto debatiéndose en furiosas agonías de muerte. El grito que salió de sus pulmones no fue de este mundo, y el efecto Doppler fue alterándolo a medida que caía: un rugido demoníaco que se iba haciendo más y más profundo hasta convertirse en un enfurecido y diabólico rugido de barítono.

El criminalista aterrizó en un montón de nieve con el ruido de un ahogado impacto que resonó débilmente en las grandes paredes de roca y hielo.

Luego, solo se escuchó el silencio.

En la cima de la ladera este de Mount Cairn, Ackerman se había desplomado, muerto, con su devastado cerebro por fin libre.

Un centenar de metros más abajo, Grove yacía sepultado por cuatro metros de blanda nieve. El sol del nuevo amanecer derramaba sus rayos oblicuamente en el lugar del impacto. El cráter tenía la forma de un murciélago, o también de un ángel, dependiendo del punto de vista de quien lo contemplara.

Clínicamente muerto bajo toda aquella nieve, pero aferrándose todavía a los últimos rescoldos de vida, el agente especial Grove notó una enorme presión en la base del cerebro mientras yacía suspendido en su blanca tumba de hielo.

Fue un impulso irresistible, una formidable compulsión la que circuló por las vías de su sistema vascular y lo mantuvo con vida mucho más allá de los límites de la supervivencia humana.

Fue la urgencia de matar.

Epílogo

La cabaña

Todo cambia. Todo cede su lugar y desaparece.

Eurípides

Voces. Voces en la oscuridad. Voces amortiguadas por la nieve. Sonidos de maquinaria. Palas. Rotores de helicópteros haciendo vibrar el glaciar. Ruidos acercándose, acercándose cada vez un poco más.

Luego, una sola y masculina voz gritó alto y claro con la urgencia de una bofetada.

—¡Lo he encontrado! ¡Por aquí! ¡Rápido, solicítale una evacuación médica! ¡Una evacuación ya!

El sepulcro de nieve se estremeció.

No se podía mover. Igual que las momias de Anubis tuvo que aguardar en silenciosa inmovilidad que el curso de los acontecimientos del mundo de los mortales lo descubriera. Notaba que en su pecho se agitaba algo distante. ¿Cuánto tiempo llevaba bajo la nieve? ¿Segundos? ¿Minutos? ¿Horas? ¿Milenios?

La oscuridad crujió y se abrió. La luz del día entró. Unas manos enguantadas empezaron a apartar capas de nieve.

Con unos ojos que a duras penas veían, Grove distinguió a sus rescatadores: media docena de hombres con anoraks de sanitarios lo sacaban de su blanca y gélida tumba. Un enfermero con un equipo de primeros auxilios —un desfibrilador portátil, oxígeno y tablillas inmovilizadoras— se abrió paso excavando hasta él.

Una mano enguantada apareció y lo agarró por la solapa de su helada chaqueta.

—¡Está vivo! ¡Parpadea! ¡Traed la radio de telemetría!

La excavación se aceleró. Las radios crepitaron. Unas voces gritaron. Grove notó que rompía una cápsula de amoníaco debajo de su nariz e intentó ver al médico, con sus vidriosos ojos.

—Agente Grove, ¿me oye?

No podía hablar y apenas podía respirar. ¿Cuándo había caído? ¿Hacía solo unos minutos? En esos momentos, más hombres trabajaban en torno a él. El dolor le traspasaba el hombro, allí donde la flecha lo había alcanzado. Notó una tremenda presión en el pecho, y un sonido gorgoteante surgió de sus entrañas. Le enrollaron unos cables en las piernas. El médico, un joven negro con un casco de helicóptero y gafas cogió el desfibrilador.

—¡Tenemos una lectura plana! ¡Voy a provocarle un shock! ¡Que se aparte todo el mundo! ¡De acuerdo, atrás!

La descarga lo tensó y le arqueó la espalda. Jadeó.

—¡Lo hemos recuperado!

La serpiente reptó por su cerebro, a través de su sistema nervioso autónomo. El titiritero se hizo con el control de sus músculos y tendones. El enfermero seguía trabajando en él, ajeno al despertar, haciendo algo con agujas hipodérmicas, cuando la serpiente atacó.

—¡Aaagh!

Las manos de Grove, ennegrecidas por la congelación, se cerraron alrededor del cuello del enfermero. El joven dejó escapar un grito ahogado que solo sirvió para estimular a la cosa que habitaba en Grove. Unos dedos delgados, negros y helados estrangulaban la nuez de Adán del pobre hombre con la fuerza de un tornillo mecánico.

El enfermero se puso muy pálido y sacó una lengua grisácea mientras escupía hilillos de saliva entre convulsas toses. Y muy dentro del cerebro de Grove, envuelto en un manto de negrura, el verdadero Grove lo contempló con espanto, igual que un hombre maniatado, amordazado y confinado en una oscura habitación mirando a la fuerza una película *snuff*. Sus manos actuaban dotadas de una voluntad propia, arrancándole la vida a aquel joven con delectación. Un orgasmo de placer sacudió a Grove cuando los ojos del enfermero se desorbitaron, y resultó horrible y maravilloso, terrorífico y erótico, todo al mismo tiempo.

Más gente se presentó en la escena. Entre todos agarraron al nuevo Grove, arrancándole los dedos de la garganta del enfermero. Alguien clavó una aguja en el brazo de Grove, y un poderoso sedante corrió por su torrente sanguíneo. El titiritero gritó de ira, y fue un furioso aullido que surgió de Grove mientras la droga lo expulsaba.

El cuerpo de Grove quedó inerte en la nieve. Regueros de sangre dejaron su huella en la blancura helada. Sus brazos dejaron de agitarse mientras el sedante hacía efecto. Sus movimientos cesaron, y se fue sumiendo en la oscuridad.

Lentamente.

Se fue sumiendo en la oscuridad. Hasta que la oscuridad fue total.

Una semana después de que Harían Simms y la fuerza táctica conjunta de Alaska hubiera rescatado a Grove de la ladera de Mount Cairn, una joven mujer pasó por el aeropuerto de Washington sin que ninguno de sus compañeros de viaje se fijara en ella. Vestía unos vaqueros y una cazadora tejana y caminaba con la ayuda de un bastón. Llevaba los rubios cabellos recogidos en una tirante cola de caballo y sostenía un cigarrillo sin encender, impaciente por salir de la zona de no fumadores.

Una vez fuera de la terminal, lo encendió sin pérdida de tiempo y llamó a un taxi.

A la luz del día, sus heridas resultaban más visibles. Le habían quitado la mayoría de los vendajes el día antes, durante una breve visita a la clínica de San Francisco, pero seguía conservando algunos en los brazos, otro en la mejilla izquierda y uno más bajo la blusa. Había pasado por interminables interrogatorios y entrevistas a lo largo de la semana. Le habían dicho que probablemente le quedarían cicatrices, y que algunas de ellas serían invisibles, cicatrices psicológicas. A pesar de todo, a efectos prácticos todos aseguraban que se iba a recuperar plenamente.

Sin embargo, no era eso lo que la preocupaba. No era su bienestar lo que le atenazaba los nervios mientras subía al taxi del aeropuerto, tiraba su bolsa de viaje al asiento de atrás y daba instrucciones al chófer. Lo que la preocupaba era Grove. La semana anterior había mantenido un par de incómodas conversaciones —una con Tom Geisel, del FBI; y la otra con Michael Okuda, de Laboratorio Schliemann— y en ellas le habían contado a grandes trazos lo ocurrido a Grove.

Según parecía, la fuerza táctica había llegado a Mount Cairn apenas unos minutos después de que el criminalista emprendiera el ascenso a la montaña. Luego, se escucharon disparos; poco después localizaron a Ackerman cerca del lugar donde había estado enterrado el Hombre de Hielo, muerto a causa de un fallo cardíaco. A continuación, localizaron al criminalista enterrado en la nieve, prácticamente muerto, con las costillas rotas, un pulmón perforado, una profunda herida en la nuca,

donde la flecha lo había rozado y una grave hipotermia que amenazaba su vida. Aunque alguien afectado de hipotermia puede parecer muerto y que lo consideren clínicamente fallecido, también puede ser reanimado.

Aun así, el problema no era físico. Habían conseguido salvarle la vida —sus heridas había sido mínimas gracias al efecto amortiguador de la nieve que había detenido su caída—; pero, por alguna razón, se había visto afectado por una extraña psicosis. Geisel no había podido —o querido— ser más concreto, y Okuda parecía haberse desvanecido de la faz de la tierra. Maura se enteraría más adelante de que Okuda había ingresado en un programa de desintoxicación tras derrumbarse ante el extraño curso de los acontecimientos. En cualquier caso, todo el mundo se mostraba muy reservado acerca del criminalista, como si el suyo se hubiera convertido en un caso calificado de alto secreto. Incluso Vida se había mostrado poco habladora por teléfono. Lo único que le había dicho era que Grove había sido llevado a una cabaña que Tom Geisel tenía en el río Shenandoah, a unos cien kilómetros del domicilio de Grove, en Arlington.

Mientras viaja hacia allí, en el asiento trasero del viejo taxi, cruzando las verdes colinas que habían sido los antiguos campos de batalla de la guerra civil, Maura se preparó para lo que pudiera encontrarse. Ya no le importaban los derechos de publicación de la historia del caso Sun City, su inminente ascenso en *Discover* ni tampoco las alabanzas de Chester Joyce por su trabajo.

Lo único que deseaba era que Grove se repusiera.

En el preciso instante en que Maura meditaba y cruzaba el exuberante paisaje de Virginia, en los bosques al oeste de Leesburg se desarrollaban los momentos finales de un antiguo rito.

En una habitación revestida de madera de cedro, con las contraventanas cerradas al bosque que las rodeaba, había tres individuos que llevaban cuarenta y ocho horas sudando ininterrumpidamente ante la cama de un cuarto, trabajando sin descanso. Por la tarde del segundo día, durmiendo y descansando por turnos, los tres individuos apreciaron por fin un cambio.

Vida había estado agitando sobre su hijo un humeante manojito de trigo ceremonial, murmurando sin cesar en swahili la palabra «fuera» cuando ocurrió.

—¡Nge! ¡Nge! ¡Nge! ¡Nnn!

Grove intentó incorporarse bruscamente en la cama, y las acolchadas ataduras apenas pudieron contenerlo. Estaba lleno de sangre y bilis y tenía el cuello cubierto por vendajes.

El padre Carrigan, que se mantenía al pie de la cama entonando la familiar letanía católica para los casos de exorcismo —«El arcángel Gabriel te ordena...»—, retrocedió violentamente por la sorpresa. El frasco de agua bendita se le escapó de las manos y fue a estrellarse contra la pared. El profesor De Lourde, que se hallaba de pie en el rincón más alejado de la habitación, sosteniendo una cámara de vídeo digital y con la camisa arrugada y empapada de sudor, dio un repentino respingo y se quedó con la boca abierta.

La cámara se le escapó de los dedos y cayó al suelo, donde su lente se rompió, lo cual hizo que la documentación posterior de lo que allí iba a suceder fuera por desgracia imposible.

Y lo que siguió resultó un milagro.

O al menos ese fue el pensamiento que cruzó la mente del padre Carrigan mientras este asistía a la transformación. Al otro lado de la cama, Vida contempló el cambio con ojos desorbitados y lo interpretó de modo diferente. En aquel increíble instante, se convenció de que los dioses habían descendido para ayudar a su hijo a llevar a cabo la magia más poderosa que jamás había presenciado. En el rincón, durante aquel sorprendente momento, el profesor De Lourde, siempre académico y cínico, llegó al instante a una tercera conclusión: la de que se habían vuelto todos locos

y que estaban sufriendo alucinaciones. Sin embargo, todo eso formaba parte del trato que el trío había pactado cuando convencieron a Tom Geisel para que les dejara llevar al psicótico Grove a la cabaña del bosque. Ocurriera lo que ocurriese, fueran cuales fuesen los resultados, los tres amigos reunirían sus puntos de vista y respectivas culturas para enfrentarse a la tarea de exorcizar el demonio del interior de Grove: el misticismo africano de Vida, el catolicismo del padre Carrigan y el benevolente escepticismo de De Lourde. No obstante, en esos momentos, mientras asistían al desarrollo del fenómeno, ninguno de ellos estuvo seguro de lo que estaba viendo.

El cuerpo que yacía en la cama —destrozado y arrasado por la salvaje posesión demoníaca— se había incorporado de repente hasta alcanzar una posición semisentada. Entonces sucedió algo extraordinario: un segundo cuerpo, un cuerpo astral que inicialmente parecía hecho de blanca luz, se abrió paso a través de la carne del primero como si fuera una mariposa surgiendo de una crisálida. Ese segundo Grove se lanzó hacia delante y cayó al suelo, al pie de la cama.

Y entonces, durante solo un instante —un instante que nunca sería registrado en vídeo y nunca sería creído del todo por ninguna de las tres personas presentes ese día—, hubo dos Grove en aquella cabaña: el ennegrecido y retorcido cascarón de la cama y la reluciente, empapada y exhausta segunda versión que yacía en el suelo de madera. Y fue en ese instante cuando se produjo el cambio.

El cascarón del hombre de la cama empezó a disolverse ante los ojos de los presentes mientras el sonido de un viento desconocido ululaba entre las cuatro paredes igual que una bestia moribunda. La figura se agitó y se tornó borrosa durante un momento, como si fuera una escultura hecha de humo. Luego, se formó una columna que empezó a girar como un torbellino, una columna de gas nocivo que ascendió entre remolinos hasta que penetró en una grieta y desapareció con un débil y torturado gemido.

De repente, un trueno retumbó en el exterior.

Vida corrió hacia su hijo, se arrodilló y lo tomó en sus brazos mientras De Lourde y Carrigan se asomaban instintivamente a la ventana. A través del sucio cristal vieron el encapotado cielo que se elevaba por encima de los árboles agitándose igual que el líquido de un caldero: un negro remolino, denso y opaco como la tinta de un calamar, brotó del techo de la cabaña y oscureció el horizonte como una negra y cadavérica zarpa cuyos dedos apresaran los cielos. De Lourde dio un respingo, y el padre Carrigan musitó una plegaria.

Un relámpago rasgó la negrura con venas plateadas, y la lluvia empezó a caer.

Gotas de lluvia repiquetearon en el techo de la cabaña como una salva, y De Lourde y Carrigan se volvieron. Vida seguía abrazando a su hijo. Grove, cubierto únicamente por los calzoncillos y los ensangrentados vendajes, yacía inerte en sus brazos. Seguía semiconsciente y parecía delirar, pero estaba vivo; estaba de una pieza y de vuelta. Cerró los ojos, se aferró a su madre e intentó volver a respirar normalmente. Durante un largo rato, nadie dijo nada.

El bendito ruido de la lluvia llenó la cabaña.

A partir de aquel día, Grove se aferraría a un único recuerdo del exorcismo. Solo, dentro de la oscura cárcel de su mente, envuelto en sombras mientras contemplaba su cuerpo agitándose entre convulsiones, había visto inesperadamente otra mano que se tendía hacia él en la oscuridad, una mano familiar, la mano de una mujer. Atravesó la bruma y llegó hasta él con gráciles y largos dedos, invitándolo a que la cogiera, a que se rindiera a ella, a que la aferrara. Un dorado anillo de casada brillaba en uno de sus dedos. ¡La mano de Hannah!

No fue el poder de las letanías del padre Carrigan ni los rituales de Vida, ni siquiera la firme presencia de De Lourde lo que devolvió a Grove a la realidad. Al final lo que lo arrancó de las garras del demonio, apartándolo de aquel terrorífico *dóppelganger* resultó ser algo mucho más

íntimo y secreto: Hannah había vuelto por él, y le había ofrecido su exquisita mano de caramelo tras años de amargura.

Y Grove la había seguido con toda su alegría fuera de las tinieblas.

Horas más tarde, cuando la tormenta ya había pasado y una cierta calma había regresado a los bosques, el oscuro rostro de Vida se asomó al cuarto trasero de la cabaña. —Tienes visita, *mwana*.

Grove se hallaba sentado en una mecedora, junto a la ventana, tapado por una manta de *patchwork* y con dos muletas apoyadas en la mesita que tenía al lado. Había estado ojeando distraídamente un álbum de fotos de la familia Geisel, disfrutando del sencillo placer de ver las imágenes de nietos y comidas del día de Acción de Gracias. Levantó la vista y sonrió a su madre.

—¿*Wanawake?* —preguntó.

El rostro de Vida se iluminó de placer.

—Sí. Es una mujer. ¿*Jinsi ganii*

Grove sonrió.

—Um... ¿*Labda...*? ¿*Labdayumkini?*

Vida rió.

—Vamos a tener que seguir trabajando con tu swahili. Es la señorita County.

Grove se levantó, se puso las muletas bajo los brazos y caminó arrastrando los pies hasta el espejo ovalado y el lavamanos de loza. Cada respiración le producía un dolor sordo en el perforado pulmón y en las costillas fracturadas. Llevaba un camisa y unos vaqueros limpios, pero no le gustó la imagen que vio reflejada. Su rostro ofrecía un aspecto terrible, como un trapo marrón que hubiera sido retorcido, escurrido y puesto a secar. En la venda que le cubría el cuello se veían repugnantes manchas amarillentas.

«Colega, tienes una pinta horrible.»

Suspiró y se encaminó muy despacio hacia la puerta.

Maura lo esperaba en el porche mientras contemplaba los viejos y retorcidos robles que flanqueaban la entrada de la propiedad de Geisel. La lluvia había cesado. El sol había salido, y se filtraba por los huecos entre las nubes. El aire olía a pino y a tierra húmeda. Aun así, el distante horizonte seguía lleno de negros portentos, como si un demonio se hubiera disuelto en el aire solamente para dar comienzo a su nueva reconstitución.

La joven se dio la vuelta rápidamente cuando oyó el sonido de las muletas haciendo crujir el suelo de madera a su espalda.

—Esto... —empezó a decir Grove, que calló de golpe cuando sus miradas se cruzaron.

—Sí, yo... —Maura también se interrumpió, como si tuviera preparadas unas palabras pero no pudiera pronunciarlas. Se acercó un paso más.

—Estoy bien —dijo él—. Y parece que tú también. Entonces, las muletas cayeron al suelo y los dos se abrazaron.

Fue un abrazo total y sincero. Ninguno de los dos habló. Simplemente se quedaron estrechamente abrazados el uno al otro durante un intenso momento. Grove aspiró el aroma de Maura mientras ella lo sostenía, y olió por primera vez en lo que le parecían muchos años. Maura tenía un aroma particular —a aceite de gualteria, a humo y a algún tipo de polvos que Grove no podía identificar—. Lo aspiró todo y la abrazó en la paz de aquel porche de tablazón.

Al cabo de un rato, Maura se apartó y le volvió a poner las muletas bajo los brazos. Se sentaron el uno al lado del otro en dos sillas Adirondack que miraban hacia los oscilantes árboles.

—Ulysses, no sé qué decir.

Grove la miró y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No tienes que decir nada.

—Me alegro de que estés bien.

—El sentimiento es mutuo.

—Ulysses...

—¿Qué?

—Ella lo miró.

—Cuando dijiste que no creías que lo nuestro fuera buena idea...

Maura hizo una pausa.

—Mira, Maura, lo siento. Estaba confuso, hecho un lío.

Estropeé las cosas.

—No... Verás, el caso es que... tenías razón.

Grove contempló su rostro macilento.

—Maura...

—No. Lo digo en serio. —Se pasó la lengua por los labios mientras escogía las palabras—. Tu mundo no es..., no es mi mundo.

Cayó un largo silencio, y el corazón de Grove se llenó de remordimiento. Oía el canto de los pájaros como a millones de años de distancia. Quiso decir algo más, pero al final se contentó con poner una mano en el brazo de Maura y darle una cariñosa palmada.

Ya habría tiempo para más palabras, puede que lo hubiera también para empezar de nuevo; pero, en esos momentos, parecía mucho más adecuado que se quedaran sentados en silencio. Y eso fue lo que hicieron.

Permanecieron sentados y no dijeron palabra, se quedaron contemplando los vaivenes de la brisa, mientras se preguntaban cuánto tiempo duraría aquella tregua que la oscuridad y el caos les había brindado.

Porque nunca dura.

— oOo —

Agradecimientos

A David A. Johnson, mi padrino y mi mejor amigo, por introducirme en la historia de Otzi, el hombre de hielo tirolés; al gran Peter Miller por sus consejos e infatigable tarea como agente; y a Michaela Hamilton por la demostración de genialidad más larga que he presenciado en el negocio de la edición. Y por último, pero no por ello menos importante, gracias muy especiales al amor de mi vida (y a mi más sabio crítico), Jeanne Bonansinga.

notes

[1] Bureau of Land Management.

[2] Grave trastorno neurológico que se manifiesta con múltiples tics faciales y corporales acompañados de gruñidos y exabruptos. (N. del T.)

[3] Personaje de la madre en la serie de televisión La tribu de los Brady, que representa la esencia de la moderna mujer liberada. (N. del T.)

[4] En español en el original.